

# MICHAEL CHABON



## Jóvenes hombres lobo

Lectulandia

En *Jóvenes hombres lobo* se recogen algunas de las mejores y más tempranas páginas de Michael Chabon. En esta colección de relatos, Chabon se mueve en un terreno elegante, cuyo tono subyacente se adueña de la narración. Muy en la línea de Scott Fitzgerald, en estas historias aparecen personajes vagamente grotescos, jóvenes matrimonios que bailan y coquetean con extraños en fiestas glamurosas en las que siempre está a punto de suceder algún desastre.

Los nueve relatos de este volumen (a excepción de uno) están ligados por un mismo tema: el fin de una relación sentimental. Y bajo esta premisa, los jóvenes hombres lobo que dan nombre a este libro son ni más ni menos que dos adolescentes cuyos mundos fantasiosos y marginales conectan cuando uno de ellos es expulsado del colegio y el otro se enfrenta al divorcio de sus padres. En esta misma línea, todas las historias tratan sobre el hecho de hacerse mayor y, en concreto, sobre los cambios que acontecen al final de la juventud. En los relatos que nos presenta Chabon, la madurez es un proceso de transformación casi mutante en el cual cuerpos inocentes se cubren de vello, el amor se transforma en insaciable odio y los sueños inocentes devienen ambición frustrada.

**«De todos los autores que se publican ahora, Chabon es quizá quien ha encontrado una voz propia más clara y que conecta mejor con el lector medio».**

**Jordi Puntí, *Babelia***

**«Apasionante».**

**Francisco Casavella, *El Mundo***

**«Michael Chabon es uno de los jóvenes novelistas norteamericanos con un estilo más elegante, pretendidamente sencillo y mágicamente directo. Las tramas de sus novelas y cuentos aúnan eso tan difícil de conseguir como es un argumento sugerente, con rasgos donde se dan cita el ingenio, la ternura y la comicidad».**

**Diego Doncel, *El Cultural***

**«Entre los jóvenes valores de la actual literatura norteamericana, Michael Chabon es probablemente el menos abiertamente experimental».**

y el que mejor conecta con las mejores virtudes del clasicismo de la llamada generación del *New Yorker*, es decir, escritores como Truman Capote, J. D. Salinger o John Cheever».

Mauricio Bach, *La Vanguardia*

**Lectulandia**

Michael Chabon

# **Jóvenes hombres lobo**

**ePub r1.2**

**Trips 07.10.14**

Título original: *Werewolves in Their Youth*  
Michael Chabon, 1999  
Traducción: Javier Calvo Perales  
Retoque de cubierta: Castroponce

Editor digital: Trips  
Corrección de erratas: Castroponce  
Aporte digital cedido por Castroponce  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Ayelet

## Jóvenes hombres lobo

Lo había conocido como bulldozer, como samurái, como androide programado para matar, como Hombre de Plástico y como Hombre de Titanio y como Devorador de Materia, como Buick Electra, como camión Peterbilt, e incluso, durante una semana, como el Puente de Mackinac, pero fue como hombre lobo que Timothy Stokes finalmente se pasó de la raya. Yo no estaba presente cuando sucedió. Estaba en el barranco que había al fondo del patio de la escuela, fundando la capital de un imperio de hormigas. «Y esto de aquí, claro está, esta maravillosa estructura, es el templo de El-bok», les explicaba a las hormigas, adoptando el mismo tono que adoptaba mi madre para hacer que los recién casados se sintieran cómodos mientras recorrían las habitaciones vacías del deprimido mercado inmobiliario en el que pasaba los días. Señalé una pirámide de arcilla roja en el centro de una plaza pavimentada con las caóticas tachaduras de las huellas de mis manos. «Y esto, naturalmente, es el palacio del Emperador de las Hormigas. Pero ja, ja, eso ya lo sabéis, claro. Muy bien, y esto de aquí —señalé una especie de corral circular que había construido clavando una serie de palitos afilados en el suelo— es para encerrar a vuestras hormigas esclavas. ¿Verdad que está bien? Y aquí es donde ordeñáis a vuestros pequeños afídidos». Encima de mi ciudad había el montículo de un poblado ordinario de hormigas. A mi alrededor la tierra fría y roja estaba adornada con un bordado negro de hormigas. Recurriendo al transporte forzoso y al precio de no pocos abdómenes y tórax seccionados, conseguí que algunas hormigas siguieran la Autopista Formícida Imperial, un amplio surco en la arcilla que salía de los pórticos de la ciudad, subía la abrupta pendiente del barranco y desde allí desembocaba a la inmensidad del mundo. Con mi aprovisionamiento de partes arrancadas de cuerpos de hormigas encastré los ojos negros de El-bok el Despiadado, un ídolo en forma de hormiga moldeado en la cúspide de la pirámide. Acababa de empezar a describir, para mí mismo y para las hormigas, los complejos ritos sagrados del dios cuyo culto les estaba imponiendo cuando oí los primeros gritos procedentes del patio.

—Oh, no —dije poniéndome de pie— Timothy Stokes.

Las chicas chillaban a Timothy como siempre que él las perseguía: a la vez y con unos gorjeos que parecían casi placenteros, como si estuvieran viendo pasar al gato de la casa con algo ensangrentado en la boca. Trepé por la ladera del barranco y emergí justo cuando Timothy, con la espalda encorvada, los brazos extendidos y gruñendo con gran realismo, manifestaba su ansia de morder gargantas de débiles humanos. Timothy decía aquello o algo parecido cada vez que se convertía en hombre lobo, y a mí no me habría preocupado mucho si en el curso de su primera transformación no hubiera llegado al punto de morder a Virginia Pease en el cuello. Era del dominio público en la escuela que después de aquello los padres de Virginia

le habían escrito una carta al director y que la próxima vez que Timothy Stokes hiciera daño a alguien lo iban a expulsar. Timothy tenía, en palabras de nuestra maestra la señora Gladfelter, un pie fuera de la escuela, y existía la esperanza generalizada aunque no manifiesta entre sus compañeros de clase, sus padres y todos los profesores de la escuela elemental Copland Fork de que un día nada lejano les proporcionara a las autoridades la excusa que necesitaban para mandarlo a la escuela especial. Me quedé un rato allí, junto a mi ciudad en miniatura, toqueteando una partícula de hormiga con las yemas de los dedos y mirando cómo Timothy seguía su curso lupino y gruñidor sobre las pistas de rayuela. Yo sabía que alguien tenía que hacer algo para tranquilizarlo, pero era la única persona de nuestra escuela que podía tener alguna razón para querer salvar a Timothy Stakes de la expulsión, y lo odiaba con todas mis fuerzas.

—¡Llevo trescientos años con esta maldición! —declamó.

Llevaba su uniforme estándar consistente en unos vaqueros blancos y una camiseta blanca y lisa, aunque era una tarde fría de octubre y ya hacía mucho que el resto de nosotros había sido enfundado con vistas al otoño en pana y plumón. Entre los rasgos extraños de la especie alienígena de la que supuestamente procedía Timothy Stokes según la opinión popular, había una aparente inmunidad al frío. En medio de una tormenta de nieve de febrero aparecía en la puerta de tu casa, respondiendo a las preguntas de tu madre solamente cuando ésta se dirigía a él como Untivak, lleno de planes para construir iglús, beber sangre de foca y masticar grasa cruda, vestido solamente con los vaqueros blancos y la camiseta de siempre, además de un par de enormes botas negras que le llegaban hasta las caderas y que debían de haber sido de su padre, víctima no discutida de la guerra de Vietnam. Timothy acababa de cumplir once años pero ya era tan alto como la señora Gladfelter y su fuerza corporal era famosa. En aquel mismo año, en el curso de un período de dos semanas durante el cual Timothy creyó ser una grúa electromagnética, en varias ocasiones lo vimos balancear una tapa de alcantarilla de hierro por encima de su cabeza.

—Mi maldición es rondar por las noches hasta el fin de los tiempos —continuó en tono grandilocuente, y su voz resonó por todo el patio.

Cuando se trataba de temas que le gustaban tanto como la licantropía y los aviones de alas rotatorias, usaba palabras altisonantes, tenía datos y cifras debidamente memorizados y hablaba como el cerebritito por el que algunos lo tomaban, pero yo sabía que no era tan inteligente como sus modales serios y sus gruesas gafas negras hacían creer a la gente. Sus notas siempre estaban entre las peores de la clase.

—¡He estado buscando presas tan encantadoras como vosotras!

Se abalanzó contra la pared más cercana de la jaula de chicas que lo rodeaba. Las



chicas se alejaron de él como si las hubieran rociado con una manguera, chocando entre ellas y agarrándose las unas a las mangas de las otras entre chillidos. Algunas estaban cantando la canción que cantábamos sobre Timothy Stokes:

*Timothy Stokes,  
Timothy Stokes,  
vas a acabar  
loco de atar.*

Y la que cantaba más alto era la mismísima Virginia Pease, vestida con su abrigo negro afelpado y sus medias de color rojo brillante. Estaba parapetada detrás de Sheila y Siobhan Fahey, sus mejores amigas, balanceando una pierna flaca hacia Timothy y apartándola bruscamente cuando Timothy la atacó con una de sus zarpas de hombre lobo. Virginia tenía el pelo rubio, era la única niña de quinto curso que tenía las orejas perforadas y las uñas pintadas y Timothy Stokes estaba enamorado de ella. Yo lo sabía porque los Stokes vivían en la casa de al lado de la nuestra y estaba al corriente de toda clase de secretos sobre Timothy que no me apetecía en absoluto saber. Me prohibía a mí mismo, con una severidad casi religiosa, mostrarle a Timothy ninguna clase de amabilidad. Nunca le dejaba sentarse a mi lado, ni en el almuerzo ni en clase, y si intentaba hablar conmigo en el patio yo no le hacía caso. Ya era bastante malo tener que ser vecino suyo.

Fue hacia Virginia que Timothy se dirigió ahora con un gruñido sordo saliéndole de la garganta. Ella se retiró detrás de sus amigas y sus gritos se volvieron menos melódicos, menos puramente formales. Timothy se puso a cuatro patas. Puso en blanco los ojos feroces y echó un último vistazo a su alrededor. Fue entonces cuando me vio, a medio camino del otro lado del campo amarillo de fútbol. Se quedó mirándome, pensé yo, como si esperara que tuviera algo que decirle. Lo que hice fue tirarme al suelo boca abajo, con el corazón latiéndome igual que cuando alguien me pillaba mientras yo estaba espionando un partido de béisbol o una fiesta de cumpleaños. Volví a bajar por el barranco desrizándome hacia atrás, lo cual infligió daños considerables a mi ciudad y aplastó un ala del palacio imperial. Durante los diez minutos siguientes de gruñidos y gritos alarmados que siguieron permanecí allí tumbado, sin moverme. Con la mejilla sobre la tierra del suelo. Al principio oí a las niñas llamar a gritos a la señora Gladfelter, luego oí a la señora Gladfelter en persona, con voz muy enfadada, y luego me pareció oír la voz del señor Albert, el profesor de educación física, que siempre intervenía para parar las peleas cuando ya era demasiado tarde y algún abusón ya te había hecho caer las gafas de un guantazo y te había tirado todos los libros por el suelo del gimnasio. Luego el timbre señaló el final del recreo y todo quedó en silencio, pero yo me quedé en el barranco, a las puertas de

la ciudad de las hormigas.

Mientras intentaba reparar los daños que les había causado a sus paredes, me dije a mí mismo que no me daba ninguna lástima el estúpido de Timothy Stokes, pero entonces recordé su mirada confusa cuando yo lo abandoné a su suerte, a todas las cosas inimaginables que le harían en los pasillos de la escuela especial. No podía quitarme de la cabeza algo que había oído que le decía la madre de Timothy a la mía, hacía solamente un par de días. Tendría que explicar que en aquella época de mi infancia yo había adquirido el vergonzoso hábito de escuchar las conversaciones de los adultos, sobre todo de mis padres, y, lo que es peor, de husmear en sus cajones, un pasatiempo o una compulsión que en los meses recientes me había llevado a descubrir fotografías de mi madre desnuda sacadas con la Polaroid de mi padre, documentos escolares e informes médicos que explicaban mis problemas de aprendizaje, mi obesidad juvenil, mi hiperactividad y mi tendencia a la soledad. Y más recientemente, una carta del abogado de mi madre avisando en tono jovial de que si mi padre continuaba con su actual tendencia de comportamiento violento se le podría impedir legalmente que volviera a acercarse a mi madre, posibilidad que yo me había pasado algunas noches especialmente malas rezando desesperadamente para que se hiciera realidad, pero que ahora que era probable que sucediera me parecía el más milagroso de todos los prodigios espantosos que se habían desatado sobre el mundo en el curso del año anterior. En la carta del abogado no se mencionaba para nada si a mi padre le permitirían acercarse a mí. En todo caso, yo me había asomado la otra mañana a la barandilla de las escaleras del vestíbulo cuando la señora Stokes —que se llamaba Althea— vino a casa a recuperar unos prismáticos Zeiss de doscientos dólares que Timothy me había cambiado el día anterior por tres cómics ajados de Mister Miracle y una moneda de un dólar de 1794 que él creía que era de verdad pero que yo sabía perfectamente que era un obsequio que le habían hecho a mi padre hacía unos años por suscribirse a la revista *American Heritage*.

—Ya sabes —le dijo Althea Stokes a mi madre con aquella voz grave y triste de burro que tenía— que tu Paul es el único amigo de Timothy.

Decidí pasar la tarde en el barranco. El sol empezó a ponerse detrás del terraplén y la luna, elevándose temprano, emergió de entre los tejados de las casas que alguien estaba levantando delante de la escuela, unas casas de dos plantas totalmente nuevas que a mi madre y a su empresa les estaba costando mucho vender. La luna, por lo que vi, todavía no estaba llena. Mientras trabajaba para reconstruir la ciudad fantasma que había hecho, tuve la poderosa sensación de que mi incapacidad para ayudar a Timothy no era más que el último capítulo de una historia de inadaptación e impotencia que abarcaba toda mi vida. La última línea de aquella carta que yo había encontrado entre los papeles de mi madre era: «Creo que deberíamos tener todo esto

solucionado para el 15 de noviembre». Si aquello era cierto, yo tenía menos de un mes para propiciar una reconciliación entre mis padres, una meta que, aunque la deseaba, no había hecho nada para hacer realidad. Ahora parecía que a mi padre ni siquiera le permitían que viniera más a casa. Yo tenía los dedos embadurnados de tierra y acartonados, la nariz me moqueaba y llevaba un rato llorando, luego dejé de llorar, y seguía pareciendo que nadie notaba mi ausencia de la clase. Sentí una gran lástima por mí mismo. Al cabo de un rato abandoné la construcción de mi ciudad y me quedé simplemente tumbado de espaldas, mirando la luna. No oí el susurro de los pasos hasta que estuvieron junto a mi cabeza.

—¿Paul? —dijo la señora Gladfelter, asomándose al borde del barranco con los brazos enjarras—. Paul Kovel, ¿qué demonios estás haciendo ahí?

—Nada —dije—. No he oído el timbre.

—Paul —dijo ella—. Escúchame. Paul, necesito que me ayudes.

—¿Con qué?

No me pareció enfadada, pero tenía la cara del revés y era difícil verlo con claridad.

—Bueno, con Timothy, Paul. Creo que está muy nervioso. Ya sabes. Bueno, hoy está fingiendo que es un hombre lobo, y aunque no pasa nada por eso, y todos sabemos cómo es a veces Timothy, tenemos asuntos serios que discutir con él y nos gustaría que dejara de fingir durante un ratito.

—Pero ¿y si no está fingiendo, señora Gladfelter? —le dije—. ¿Y si realmente es un hombre lobo?

—Bueno, tal vez lo sea, Paul, pero si quisieras venir y hablar con él un momento, creo que podríamos convencerle de que volviera a convertirse en Timothy. Eres su amigo, Paul. Le he preguntado si le gustaría hablar contigo y me ha dicho que sí.

—No soy su amigo, señora Gladfelter. Lo juro por Dios. No puedo hacer nada.

—¿No podrías intentarlo?

Negué con la cabeza. Confié en no volver a ponerme a llorar.

—Paul, Timothy tiene problemas. —De pronto su voz se volvió cortante—. Necesita tu ayuda, y yo también. Si te levantas del suelo y vienes ahora mismo, olvidaré que no has vuelto del recreo. Si no vuelves dentro, tendré que hablar con tu madre. —Extendió una mano—. Ahora ven, Paul, por favor.

Así que le cogí la mano y dejé que me sacara del barranco y me llevara por el patio desierto, consciente de que lo único que estaba consiguiendo con aquello era demostrar el corolario tácito que mi madre había dejado caer la otra mañana, cuando estaba con la señora Stokes. También había una canción sobre mí, me temo, una tonadilla popular que decía:

*Pero ¿qué huele tan mal?*

*Es Paul, el gordo total,  
el hipopótamo mundial.  
Es un fisgón  
y apesta mogollón.  
Huele a sopa de mojón,  
menudo cagón.*

Y es que en algún momento de mi carrera yo había adquirido la reputación, inexplicable para mí, de exudar olor a sopa de tomate Campbell, una reputación de la que no conseguía librarme por mucho que me bañara o evitara escrupulosamente todas las marcas y variedades de sopa enlatada. Como si esto no fuera bastante, tenía que ir por ahí con un rollo entero de cinta adhesiva en la bisagra de las gafas y un enorme cinturón de cuero labrado estilo Oeste americano que me rodeaba con vuelta y media por las trabillas de los pantalones. Había pertenecido a mi padre y llevaba su nombre, Melvin, acuñado por toda su superficie, en grandes letras mayúsculas amarillas rodeadas de cactus de color verde brillante, como una jovial invitación fronteriza a que todo el mundo viniera y me metiera los calzoncillos por la raja del culo. A la hora de comer me sentaba solo bajo un manto misterioso e invisible de olor a tomate —un aroma peligrosamente parecido al olor acre del vómito—, volvía solo de la escuela a casa y figuraba en todos los dramas, ceremoniales y luchas épicas de mis compañeros de clase solamente en el rol improbable pero mitológicamente requerido de Rey de los Retrasados. Timothy Stokes, yo lo sabía, mientras seguía a la señora Gladfelter por el largo y silencioso pasillo que iba al despacho, odiándolo un poco más a cada paso, era mi único amigo.

Estaba sentado en un rincón del despacho, atrapado en un sillón de vinilo anaranjado. Tenía un arañazo en la mejilla izquierda en forma del número tres romano y su luminosa camiseta blanca y sus pantalones llevaban pintado un camuflaje de hierba, tierra y asfalto. Su pecho se hinchaba y se vaciaba profundamente, se hinchaba y se vaciaba. El señor Buterbaugh, el director, estaba de pie a su lado, con los brazos cruzados sobre el pecho. Miraba a Timothy con expresión asombrada, escéptica y algo ofendida. La señora Maloney, la secretaria de la escuela, que una docena de veces al mes escribía a máquina las crueles palabras «sopa de tomate» en los menús de la cafetería que mi madre pegaba cruelmente con un imán a nuestra nevera, se puso de pie detrás de su mesa cuando entramos y recogió su bolso y su jersey.

—Por fin he encontrado a la madre de Timothy, señora Gladfelter —dijo—. Estaba en el trabajo, pero me ha dicho que vendría lo antes posible. —Bajó la voz—. Y también hemos llamado al doctor Schachter. Me han dicho en su despacho que nos llamará. —Carraspeó—. Así que voy a hacer el descanso ahora.

Todos los días a las dos, yo lo sabía, la señora Maloney se escurría a la parte sin ventanas del edificio de la escuela y se ponía a fumar un cigarrillo Eve detrás del transformador eléctrico. Yo me giré, con el alma en los pies, y miré el reloj de encima de la puerta del despacho del señor Buterbaugh. Parecía que no me había perdido la tarde entera, al fin y al cabo, pese a haber estado tumbado en aquella zanja durante lo que me parecieron horas. Todavía había que aguantar noventa minutos más.

—Bueno, Timothy. —La señora Gladfelter me cogió de los hombros y me hizo girarme hacia ella—. Mira a quién he encontrado —dijo.

—Eh, Timothy —dije.

Timothy no levantó la vista. La señora Gladfelter me dio un empujoncito en la parte baja de la espalda para que fuera con él.

—¿Por qué no te sientas, Paul?

—No. —Me puse rígido y forcejeé en la dirección contraria.

—Por favor, siéntate, Paul —dijo el señor Buterbaugh enseñándome los dientes con una sonrisa.

Aunque su apellido le obligaba a adoptar unos modales distantes y a imponer una disciplina con el resto de los niños de Copland, el señor Buterbaugh siempre se esforzaba mucho conmigo. Al principio había atribuido aquella amabilidad al hecho de que era un poco grueso y probablemente también había sido un niño gordo, pero luego empecé a oír a mi madre decir que se había encontrado con Bob Buterbaugh en un bar de solteros o en una fiesta y que le había hablado muy bien de mí. Dejé de forcejear con la señora Gladfelter y me dejé llevar hacia la hilera de sillas de color naranja.

—Así. Siéntate y espera con Timothy a que llegue su madre. El señor B. y yo estaremos sentados en su despacho, Paul.

—¡No!

No quería que me dejaran a solas con Timothy, no porque le tuviera miedo, sino porque tenía miedo de que entrara alguien en el despacho y nos viera allí sentados, dos seres igualmente marginados en sillas idénticas de color naranja.

—Ya basta, Paul —dijo el señor Buterbaugh, y su sonrisa simpática empezó a parecer más falsa que de costumbre. Vi que estaba muy enfadado—. Siéntate.

—Tranquilízate —dijo la señora Gladfelter—. A ver qué puedes hacer para ayudar a Timothy a volver a convertirse en Timothy. Vamos a daros un poco de intimidad. —Siguió al señor Buterbaugh a su despacho y asomó la cabeza por la puerta—. Voy a dejar esta puerta abierta por si acaso nos necesitáis. ¿De acuerdo?

—Solamente esto —dije, indicando unos quince centímetros con las manos.

Había tres sillas al lado de la de Timothy. Cogí la más alejada y le di la espalda, para que si pasaba alguien al otro lado de las ventanas del despacho no pudiera sacar la conclusión de que estábamos teniendo una conversación.

—¿Te han expulsado? —dije. No hubo respuesta—. ¿Timothy? —Tampoco dijo nada, y yo no pude evitar girarme para mirarlo—. Timothy, ¿te han expulsado?

—No soy Timothy, profesor —dijo Timothy con solemnidad pero no sin cierto aire de satisfacción. No me miró al hablar—. Me temo que su precioso antídoto no ha funcionado.

—Vamos, Timothy —dije—. Corta el rollo. Ni siquiera hay luna llena.

Entonces giró el resplandor lobuno de su mirada hacia mí.

—¿Dónde estabas? —me dijo—. Te he estado buscando.

—Estaba en la zanja.

—¿Con las hormigas?

Asentí.

—Te he oído hablar con ellas antes.

—¿Y?

—Y bien, ¿eres el Hombre Hormiga?

—No, memo.

—¿Por qué no?

—Porque no soy nadie. Y tú tampoco eres nadie.

Nos quedamos un rato en silencio, sin mirarnos, dando con los pies en las patas de nuestras sillas. Oí que la señora Gladfelter y el señor Buterbaugh hablaban en voz baja en su despacho. El señor Buterbaugh la llamaba Elizabeth. Sonó el teléfono. Una luz parpadeó dos veces en el teléfono de la señora Maloney, luego se quedó encendida.

—Gracias por devolver la llamada, Joel —oí que decía el señor Buterbaugh—. Sí, me temo que sí.

—He ido un par de veces a ver al doctor Schachter —dije—. Tenía Micronauts y también Fembots.

—También tiene un Stretch Armstrong.

—Lo sé.

—¿Por qué has ido tú a verlo? ¿Te ha obligado tu madre?

—Sí —dije.

—¿Por qué?

—No lo sé. Ella me dijo que tenía problemas. De rabia, o no sé qué.

Lo cierto era que mi madre había dicho, y al principio el doctor Schachter se había mostrado de acuerdo, que yo necesitaba «controlar» mi rabia. Aquel era un diagnóstico que yo nunca había entendido, puesto que me parecía que yo no tenía ningún problema para controlar mi rabia. Me daba la impresión de que yo controlaba la mía mucho mejor de lo que mis padres controlaban la suya, y hasta el doctor Schachter tuvo que mostrarse de acuerdo con aquello. De hecho, la última vez que lo vi, me sugirió que intentara dejar de controlar tan bien mi rabia.

—No sé —le dije a Timothy—. Creo que estaba enfadado por lo de mi padre y todo eso.

—Lo metieron en la cárcel.

—Solamente una noche.

—¿Y por qué?

—Porque había bebido demasiado —dije con un encogimiento de hombros poco sincero.

Mi padre no bebía mucho, y cuando irrumpió en la fiesta que mi madre había organizado el fin de semana pasado para celebrar la firma de su primera venta realmente importante, rompió una ventana, tiró un hornillo portátil, lo cual incendió un batik de Jerusalén, y le hizo un chichón azul y sanguinolento a mi madre bajo el ojo derecho. La gente había tendido a atribuir aquello al botellín de Gilbey's que se encontró más tarde en la guantera del coche de mi padre. Solo mi madre y yo sabíamos que en el fondo era un demente.

—¿Fuiste a visitarlo a la cárcel?

—No, idiota. ¡Joder! ¡Pero mira que eres retrasado! Tendrías que ir a la escuela especial, Timothy. Confío en que te hagan comer comida especial y te hagan llevar un casco especial o algo así. —Oí el portazo lejano de la puerta principal de la escuela, luego un par de zapatos duros claqueteando en el suelo del pasillo—. Aquí viene la retrasada de tu madre —dije.

—¿Qué clase de casco especial? —dijo Timothy. Resultaba difícil herir sus sentimientos—. El Hombre Hormiga lleva casco.

La señora Stokes entró en el despacho. Era una mujer alta y delgada, mucho mayor que mi madre, con el pelo largo y gris y unas manos rojas y venosas. Llevaba zuecos con calcetines blancos hasta la rodilla, y por las noches, después de la cena, salía a su porche y se fumaba una pipa. Por las mañanas le hacía tortitas a Timothy, lo cual no tenía nada de malo hasta que uno se enteraba de que les metía dentro cosas como zanahoria y sobras de maíz.

—Ah, hola, Paul —dijo, con su voz de Eeyore.

—Señora Stokes —dijo la señora Gladfelter, saliendo del despacho del director. Sonrió—. Me temo que Timothy ha tenido una tarde bastante larga.

—¿Cómo está Virginia? —dijo la señora Stokes. Todavía no había mirado a Timothy.

—Oh, se pondrá bien —dijo el señor Buterbaugh—. Solo está un poco conmocionada. La hemos enviado a su casa, por supuesto —añadió—. Y sus padres van a querer hablar con usted.

—Por supuesto —dijo la señora Stokes. Todavía llevaba el delantal blanco del trabajo con una plaquita donde tenía su nombre y su foto. Trabajaba en la fábrica de huesos del parque industrial de Huxley, donde fabricaban cráneos y esqueletos de

plástico para las facultades de medicina. Su trabajo era ensamblar todas las piecitas delicadas de las manos y los pies—. Estoy dispuesta a hacer lo que le parezca a usted mejor para Timothy.

—No soy Timothy —dijo Timothy.

—Oh, por favor, Timmy, deja esas chorradas por un momento.

—Tengo una maldición —se inclinó hacia delante y acercó mucho su cara a la mía—. Hábleles de la maldición, profesor.

Miré a Timothy y por primera vez vi que le había crecido una pelusilla lobuna fina y negra en la mejilla. Luego miré al señor Buterbaugh y descubrí que me estaba mirando con un aire de expectación grave, como si pensara sinceramente que podía haber una maldición eterna e infligida mediante magia negra sobre Timothy y estuviera más que dispuesto a escuchar cualquier cosa que yo pudiera decir acerca del tema. Me encogí de hombros.

—¿Van a mandarlo a la escuela especial? —dije.

—Muy bien, Paul, gracias —dijo la señora Gladfelter—. Ya puedes volver a clase. Esta tarde vamos a ver una película con la clase de la señora Hampt.

La señora Maloney había vuelto a aparecer en la puerta, con las mejillas ruborizadas, los labios recién pintados, oliendo a cigarrillo.

—Ya lo acompaño yo a clase —dijo en un tono que me pareció poco caritativo.

—Te veo luego, Timothy —dije.

Él no me contestó. Había empezado a gruñir de nuevo. Mientras seguía a la señora Maloney fuera del despacho, miré atrás y vi al señor Buterbaugh, a la señora Gladfelter y a la pobre señora Stokes de pie formando un círculo apesadumbrado alrededor de Timothy. Me detuve a pensar un segundo, luego me giré hacia ellos y me llevé un rifle imaginario al hombro.

—Esto es un rifle de dardos —anuncié. Todo el mundo se quedó mirándome, pero ahora yo estaba hablando con Timothy. Me sentía casi avergonzado, pero no del todo—. Está lleno de dardos con mi antídoto especial, y lo he hecho más fuerte de lo normal, y esta vez va a funcionar. Y también le he puesto... hum... un tranquilizante.

Timothy levantó la vista, me enseñó los dientes y yo le apunté entre los ojos. Di un par de sacudidas con las manos y dije: «¡Fuup! ¡Fuup!». Timothy echó la cabeza hacia atrás y parpadeó. Todo su cuerpo se estremeció. Tragó saliva una vez. Luego extendió las manos hacia delante como si se estuviera maravillando de su palidez y su falta de pelo.

—Parece que ha funcionado —dijo con una voz tranquila, razonable y normal.

Todo el mundo podía ver que seguía jugando su juego interminable, pero los adultos, y sobre todo el señor Buterbaugh, parecían muy contentos con los dos.

—Muchas gracias, Paul. —El señor Buterbaugh me dio una palmadita en la cabeza—. Acuérdate de saludar a tu madre de mi parte.



—No soy Paul —dije, y todo el mundo se rió excepto Timothy Stokes.

Cuando llegué a casa de la escuela mi madre estaba en el sótano, junto a la mesa de trabajo de mi padre, vestida con unos vaqueros salpicados de pintura y una sudadera con capucha que se ponía siempre que era hora de hacer trabajo sucio. Se había recogido el pelo en una cola de caballo muy tirante. Normalmente me habría alegrado de ver que ya había vuelto a casa y estaba vestida de aquella manera. Una de las fuentes de fricción entre nosotros, y una de las clases de rabia que yo había estado supuestamente intentando controlar, era mi descontento con el aspecto con que se iba a trabajar todas las mañanas, con aquellas chaquetas de traje a cuadros, aquellas medias marrones, aquellas blusas con lacitos de seda y aquel casquete de pelo lacado. Antes de volver a ponerse a trabajar mi madre había sido una hippy verdadera: llevaba melena, las piernas sin depilar y vestidos enormes con dibujos indios. Estaba conmigo para prepararme cuencos de cereales integrales con leche caliente por la mañana y para darme una merienda de piña desecada con leche en la cocina cuando yo volvía a casa. Ahora, todas las mañanas, me tenía que preparar yo el desayuno con copos de maíz y café y cuando volvía a casa normalmente encendía el televisor y me comía el paquete de Yodels que me compraba en High's todas las tardes al regresar de la escuela. Pero mi alegría al verla con sus viejos vaqueros gastados, con los parches hechos de una chaqueta Mao genuina que se había comprado cuando estudiaba en McGill, disminuyó cuando vi que se había vestido de aquella manera para poder ir a la mesa de trabajo de mi padre y tirar todo el delicado equipamiento de su laboratorio casero a un surtido de maltrechas cajas de cartón para botellas.

—Pero, mamá —le dije, viendo cómo tiraba con el dorso de la mano a una caja todo un soporte para tubos de ensayo en forma de S. Al romperse, el cristal emitió un tintineo festivo, como de campanillas, y el aire rancio del sótano se impregnó rápidamente de un áspero hedor químico a plátanos, a moho y a cerillas quemadas—. Son sus experimentos.

—Ya lo sé —dijo mi madre, con cara seria y la voz llena de entusiasmo vandálico.

Mi padre era químico investigador en la Food and Drug Administration. Era un hombrecillo con barba rala y gris y gruesas gafas. Se ponía cazadoras a cuadros con parches en los codos, llevaba los bolígrafos en una funda de plástico de bolsillo e iba a misa todos los sábados por la mañana. Estaba en el ranking nacional de ajedrez (en el puesto 173) y tenía la patente canadiense para un caldo de cultivo que todavía se usaba mucho en aquel país, donde él había nacido y se había criado.

—Y trabajó muy duro en todos ellos. —Levantó la gruesa carpeta negra en la que mi padre guardaba sus notas del laboratorio y la dejó caer en una caja que originalmente había contenido botellas de ron Captain Morgan. A un lado de la

misma había el dibujo sonriente de un pirata—. Durante años. —La carpeta del laboratorio cayó con un crujido de cristales, rompiendo las gargantas de una docena de matraces Erlenmeyer que había debajo—. Le he pedido muchas, muchas veces que venga a recoger sus cosas, Paulie. Ya lo sabes. Ha tenido su oportunidad.

—Lo sé. —Al marcharse de nuestra casa, mi padre se había llevado únicamente una bolsa de viaje a cuadros llena de ropa de verano y el juego de ajedrez ruso de mi abuelo, cuyas piezas negras habían estado una vez en manos de Alexander Alekhine.

—Ya hace meses, Paulie —dijo mi madre—. Tengo que llegar a la conclusión de que no quiere nada de todo esto.

—Lo sé —dije.

Ella examinó los restos del laboratorio casero de mi padre (me pareció que un poco arrepentida) y luego me miró a mí.

—Supongo que te debe de parecer que estoy siendo mezquina, ¿no? —dijo.

No dije nada. Ella extendió la mano en mi dirección, yo se la agarré y la ayudé a ponerse de pie. Ella levantó la caja de Captain Morgan y la puso encima de una caja de Smirnoff llena de reactivos preparados comercialmente en sus frascos y jarras. Hubo otro crujido de cristales rotos al caer la caja de encima sobre la de abajo. Mi madre levantó la pila de cajas hasta la altura de sus caderas y la empujó ligeramente hacia arriba para cogerla mejor. Quedó una caja de cartón en el suelo junto a la mesa de trabajo. Los dos nos quedamos mirándola.

—Ya volveré a por esa —dijo mi madre, después de una pausa. Se giró y empezó a subir poco a poco la escalera.

Me quedé un minuto allí, con las manos metidas en los bolsillos, mirando las tenacillas de crisol de mi padre, sus rollos de tubo de plástico de color claro, sus varillas para remover, sus pipetas y las llaves de paso envueltas en papel blanco y duro como si fueran caramelo masticable. Me arrodillé, rodeé la caja con los brazos, bajé la cara hasta casi meterla dentro e inhalé aquel olor limpio y como a goma que recordaba al de las tiritas nuevas. Luego levanté la caja y cargué con ella por las escaleras, a través del cuarto de la lavadora y hasta el garaje, intentando luchar contra la sensación inquietante de que estaba tirando a mi padre a la basura. La portezuela del maletero de nuestro Datsun estaba abierta y los asientos traseros echados hacia delante.

—Gracias, cariño —dijo mi madre en tono amable, mientras yo le daba la última caja—. Ahora solo me falta cargar un par de cosas más y luego me llevaré todo esto al despacho del señor Kappelman. —El señor Kappelman era el abogado de mi padre. La abogada de mi madre era una mujer a quien ella llamaba Deirdre—. Tú puedes quedarte aquí, ¿vale? Ya no me tienes que ayudar más.

—De todas formas, no hay sitio para mí —dije.

La mayor parte del espacio del coche ya estaba ocupado por cajas de cartón de

licor. Vi que la manga afelpada del jersey de angora verde de mi padre sobresalía de una caja y a través de los agujeros para los dedos de otra caja, distinguí los lomos negros y agrietados de sus libros de texto de química de la universidad. Embutidos entre las cajas y metidos en extraños rincones del interior del coche estaban el casco de ciclista de mi padre, la funda de su clarinete, su busto de Paul Morphy, su barómetro metálico de pared, su kit para lustrar zapatos, su vaporizador, el sombrero panamá que le gustaba llevar en la playa, la cuña de hospital de plástico beige que se había traído con él del hospital después de su operación de tabique desviado y que ahora servía para guardar todas sus cuchillas, peines y la panoplia de instrumentos brillantes que usaba para cortarse el pelo que le crecía de los diversos rasgos de la cara, una bolsa de supermercado con todas sus hormas, el trofeo del Campeonato Juvenil de Ajedrez de Montreal que ganó en 1953, su corbatero, sus orejeras y una sandalia Earth. Apenas quedaba suficiente sitio en el coche para las tres cajas que mi madre y yo acabábamos de subir del sótano. La ayudé a encajonarlas, causando audiblemente más daños a su contenido de olor rancio, y después mi madre agarró la portezuela del maletero y se preparó para cerrarla de un golpe.

—Apártate —me dijo.

Me estremecí. Supongo que cerré los ojos. Al cabo de un par de segundos me di cuenta de que mi madre todavía no había cerrado la portezuela, y cuando volví a mirarla me encontré con que me estaba examinando la cara, recorriéndola de un lado a otro con la mirada, como hacía cuando le parecía que yo tenía fiebre.

—Paul —dijo—, ¿cómo te ha ido hoy la escuela?

—Bien.

—¿Cómo va tu asma?

—Bien.

Soltó el borde de la portezuela y se puso en cuclillas delante de mí. Su cara, por lo que pude ver, seguía enterrada bajo la gruesa capa de glaseado beige que ella le aplicaba todas las mañanas.

—Paul —me dijo—, ¿qué ocurre, cariño?

—Nada —dije yo, apartando la vista de su cara irreconocible—. Enseguida vuelvo. —Hice amago de alejarme de ella.

—Paul... —Ella me agarró el brazo.

—¡Tengo que ir al baño! —dije, y me solté bruscamente de ella—. Estás feísima —le dije mientras corría a la casa.

Fui al teléfono y marqué el número de mi padre del trabajo. La secretaria del departamento dijo que estaba al otro lado del pasillo. Yo le dije que podía esperar. Me llevé el teléfono al sofá, donde había tirado mi parka, y saqué el paquete diario de Yodels de su escondrijo en el interior de la funda rota de color naranja. Cuando mi padre se puso al teléfono ya me había comido tres. Aunque comerse tres tampoco

requería mucho tiempo, para ser sinceros.

—Soy el doctor Kovel —dijo mi padre cuando se puso al teléfono, precedido por un ruido de pasos.

—¿Papá?

—Paul, ¿dónde estás?

—Papá, estoy en casa. ¿Sabes qué, papá? Hoy me han expulsado de la escuela.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Sí, ejem, me he puesto muy furioso y he creído que era un hombre lobo, y, ejem, he mordido a una chica, Virginia Pease, ¿sabes? En el cuello. Pero no le he hecho sangre —añadí—. Así que me han expulsado. ¿Puedes venir a casa?

—Paul, estoy en el trabajo.

—Ya lo sé.

—¿Qué es todo esto? —Su respiración sonó pesada al otro extremo de la línea y provocó un traqueteo irritado en el receptor que yo tenía junto a la oreja—. Muy bien, escucha. Llegaré en cuanto pueda escaparme, ¿vale? —Ahora su voz se volvió pastosa, como si al otro lado de la línea, mientras sostenía el auricular en medio de su despacho pequeño y vacío de Rockville (Maryland), se le hubiera ruborizado la cara de vergüenza—. ¿Está ahí tu madre?

Le dije que esperara y volví a salir hasta el garaje.

—Mamá —dije—. Papá está al teléfono. —Dije estas palabras en un tono de voz tan normal y jovial que al oírlas me dolió en el corazón—. Quiere hablar contigo. —Sonreí con la sonrisita conspiratoria que le había visto usar a ella tan a menudo con sus clientes cuando insinuaba que el propietario podía estar dispuesto a hacer una rebaja—. Creo que quiere disculparse.

—¿Lo has llamado tú?

—Eh, hum... sí. He tenido que llamarlo —dije recordando mi historia—. Porque me han expulsado de la escuela. Ahora tendré que ir a la escuela especial. Probablemente a partir de mañana.

Mi madre dejó la azada que estaba intentando embutir en la parte trasera del coche y se acercó, me pareció que de bastante mala gana, al teléfono. Antes de entrar en la casa se volvió para mirarme con una sonrisa de indecisión. Yo me quedé allí, detrás del coche, mirando las pertenencias de mi padre. Mi madre había dicho que planeaba llevarlas al despacho de su abogado, pero yo no la creía. Lo que yo creía era que las iba a llevar al vertedero. Vacilé un instante, luego cogí el cuaderno del laboratorio de mi padre. Siempre había estado dispuesto a enseñarme partes del mismo cuando se lo pedía. Y como es natural, había echado vistazos furtivos a sus páginas más recónditas cuando él no estaba. Pero nunca había comprendido sus contenidos, ni el tenor de los experimentos que había estado llevando a cabo en nuestro sótano durante años, aunque me producían una sensación general de

decepción, igual que todo su interés, profesional y avocacional, por la química del moho y el mildiu. Y sin embargo, a pesar de que no había nada de interés en sus apuntes —una posibilidad que yo todavía no podía aceptar del todo—, a pesar de todo yo sentía un anhelo repentino de poseer el cuaderno en sí. Tal vez algún día sería capaz de descifrar sus fórmulas crípticas y su escritura apretada, y de esa forma derivar toda clase de prodigiosas pomadas de invisibilidad y polvos para el control mental, vitaminas insólitas y polvos que cancelaban la gravedad. Cogí el cuaderno y luego decidí llevarme también dos de las cajas de instrumentos de laboratorio. Yo sabía quién podía guardármelas en un lugar seguro. Y esperé, como nunca había esperado antes, que todavía quisiera ser mi amigo.

Me asomé por un lado del garaje para asegurarme de que mi madre no estaba mirando desde las ventanas de la casa y luego corrí tan deprisa como pude hacia el grupo de arces jóvenes y arbustos espinosos que nos separaban de los Stokes. Las cajas pesaban mucho y los trozos de cristal roto de dentro tintineaban como monedas. Era la hora de cenar y ya casi estaba oscuro, pero en casa de Timothy no había ninguna luz encendida. Supuse que lo habían llevado a ver al doctor Schachter y de repente me preocupó que nunca más volviera a casa, que lo hubieran enviado a la escuela especial aquel mismo día. Había quien decía que la pequeña furgoneta amarilla que a veces se cruzaba con nosotros cuando estábamos de camino a la escuela por las mañanas, con las ventanillas llenas de caras joviales y aleladas de chicos a los que no conocía nadie, era el autobús que iba todos los días a la escuela especial. Pero también había quien decía que uno se trasladaba allí para siempre, como uno se traslada al reformatorio o a la cárcel, y que tus padres te visitaban los fines de semana.

Mi madre me estaba llamando.

—¡Paaaul! —gritó. Era una de esas mujeres a quienes les cuesta levantar la voz. Siempre que me llamaba para que volviera a casa le salía una voz ronca y hostil—. ¡Pauliiie!

Me escondí en las zarzas y examiné la fachada oscura de la casa de Timothy, intentando decidir qué hacer con las cosas de mi padre. Los brazos se me estaban cansando y tenía que ir al baño, así que decidí que de momento dejaría las cajas en la puerta del sótano. Ya volvería más tarde para pedirle a Timothy, que en ocasiones aparecía en el avatar del fiel robot de *Perdidos en el espacio*, que me los protegiera. Timothy dormía en el sótano de la casa de los Stokes, debajo de una pared cubierta de arriba abajo de su gigantesco arsenal de espadas y armas de fuego de juguete, en una habitación llena de teléfonos desmembrados y de huesos desperdigados de esqueletos de pega. Bordeé de puntillas la casa de los Stokes y me metí en su jardín invadido de maleza. Para entonces la luna ya estaba alta y brillaba en el cielo y se me ocurrió que, después de todo, estaba bastante llena. Me acerqué a la puerta del sótano, escrutando

con cierta intranquilidad las sombras de los árboles, las sombras del porche de los Stokes y las sombras reunidas en los columpios de los juegos infantiles del jardín. Vi que después de mi última visita Timothy había marcado la entrada de su laberinto con dos pirámides de cráneos de plástico. La voz ronca de mi madre guardó silencio y solo se oyó el ruido de los coches de la carretera rural, el chirrido fantasmal de los columpios y el aullido triste de un dalmata ciego que vivía al final de nuestra calle. Dejé las cajas descuidadamente en los escalones, entre las pirámides sonrientes, y regresé corriendo por entre los árboles hacia mi casa, con el corazón latiéndome deprisa, rasgándome la ropa con los colmillos de la maleza, convencido de que algo rápido y terrible me estaba siguiendo a cada paso.

—¡Ya estoy en casa! —dije al entrar en la claridad y la calidez de nuestro recibidor—. Ya he llegado.

—Aquí estás —dijo mi madre, aunque no parecía en absoluto contenta de verme. Me puso una mano en el hombro con aplomo. La mano olía a ácido butírico, a sucrosa dextrorrotatoria y también un poco a colonia Canoe—. Acabo de hablar por teléfono con Bob Buterbaugh, Paul. Me ha contado lo que ha pasado realmente hoy en la escuela. —Se había soltado el pelo de la coleta y ahora le salían varios mechones formando arcos desgreñados alrededor de la cabeza, enredados como las varillas de un paraguas roto—. ¿Me quieres dar una explicación? ¿Por qué has mentido?

—¿Va a venir papá?

—Bueno, sí, Paul, sí que viene...

—Genial.

—... porque realmente cree que tiene que verte esta noche. Pero los dos vais a tener que sentaros fuera, en el coche, o ir a donde sea. No voy a dejarle entrar en casa.

Yo me quedé asombrado.

—¿Por qué?

—Porque, Paul, tu padre, lo sabes tan bien como yo, se ha convertido, bueno, ya sabes cómo se ha comportado últimamente. —Se cruzó de brazos y apretó la mandíbula como si estuviera furiosa. Pero me di cuenta de que estaba intentando no llorar—. Tengo que ponerle unos límites.

—¿Quieres decir que no puede volver a casa nunca más? ¿Nunca jamás?

A ella le brotaron lágrimas de los ojos.

—Nunca jamás —dijo.

Volvió a ponerse en cuclillas delante de mí y yo dejé que me abrazara, pero no le devolví el abrazo. En el ventanal del final del pasillo vi cómo su reflejo abrazaba al mío. Yo no quería que nadie me reconfortara por la pérdida inminente de mi padre. Lo que quería era no perderlo, y me parecía que si lo perdía sería por culpa de mi

madre.

—Ha dicho que va a recoger sus cosas. Así que supongo que es una suerte que no me librara de ellas, ¿no? —Me dio un golpecito en las costillas—. Al final resultará que las quiere. Eh —dijo—. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? —Siguió mi mirada hasta el ventanal, donde nuestros reflejos abrazados nos devolvieron la mirada con expresiones sobresaltadas.

—Nada —dije. Acababa de encenderse una luz en casa de los Stokes—. Tengo... Tengo que ir a casa de Timothy. Me he dejado algo allí.

—¿Qué?

—Mi Luger —dije, recordando un juguete que le había prestado a Timothy el verano anterior—. La pistola rosa que dispara agua.

—Bueno, es hora de cenar —dijo mi madre—. Puedes ir después.

—Pero ¿qué pasa si viene papá?

—¿Qué pasa si viene? Puedes ir mañana a casa de Timothy. De todas formas, es probable que no le dejen ver a nadie.

Tardé cinco minutos en engullir la cena —uno de esos extraños conglomerados de salsas de tomate embotelladas, guisos empaquetados y restos de menús chinos que por entonces eran los platos nacionales de nuestra tierra natal desordenada y falta de tiempo— y salí corriendo por la puerta principal en medio de la noche. Estaba seguro de que Timothy ya había encontrado las cajas. ¿Y si había creído que yo se las estaba regalando y ahora se negaba a devolvérmelas? Mi padre ya iba a estar bastante furioso por la forma en que mi madre había tratado su instrumental químico, pero sería peor cuando descubriera que faltaba la mayor parte del mismo, incluyendo su cuaderno. Crucé nuestro jardín corriendo todo lo deprisa que podía, teniendo en cuenta mi asma, y crucé estrepitosamente los arcos en dirección a la casa de los Stokes. Hubo un estallido de luz roja cuando una rama fina me golpeó el ojo izquierdo, solté un chillido, me tapé la cara y seguí corriendo hasta chocar de cabeza con Timothy Stokes. Mi barbilla golpeó su pecho y me caí de culo.

Él sonrió y se arrodilló a mi lado.

—¿Se encuentra bien, profesor? —me dijo.

Llevaba los mismos vaqueros blancos y la misma camiseta manchada debajo de una chaqueta sin botones que le venía grande y que llevaba su apellido en el bolsillo de la pechera, impreso en mayúsculas sobre una tira de tela. Se sacó una linterna del bolsillo y la encendió. El haz de luz proyectó extrañas sombras en sus mejillas y su frente y los ojillos marrones se le iluminaron detrás de las gafas. Enseguida vi que se le había pasado el efecto del antídoto que yo le había administrado aquella tarde, y no mostraba señales de haber sido sometido a ninguna extraña terapia ni de haber llevado casco de electroshock. Su cara tenía el mismo aspecto estúpido y solemne de

siempre. Llevaba un rifle colgado a la espalda y un cuchillo de comando de plástico en la bota y del cinturón de redecilla de su cantimplora le asomaban tres granadas de mano del Sargento Furia y sus Comandos. En la mano derecha, como si fuera otra arma, llevaba el grueso cuaderno negro encuadernado en piel.

—Es de mi padre —le dije—. Te lo puedes quedar.

—Ya he fotografiado todo su contenido con mi cámara espía —explicó—. Tengo todas las páginas microfilmadas. Además, las he sometido a un análisis informático exhaustivo. —Bajó la voz—. El padre de usted es un hombre muy peligroso. Mire esto.

Abrió el cuaderno e iluminó con la linterna un pasaje donde mi padre había escrito: «Myco. K. P889, L. 443, Tr. 23», y luego una fecha de hacía tres años. El resto de la página era un batiburrillo ilegible de números y abreviaturas, algunas de ellas conectadas mediante flechas vigorosas y afiladas. La anotación se prolongaba varias páginas con el mismo estilo, apretujada por culpa de las prisas y los añadidos al margen. Yo había visto bastantes como aquella y no me cabía duda de que se podían usar para librarse de algo que creciera entre los baldosines del cuarto de baño o en la piel de las peras.

—¿Lo ve usted? —dijo Timothy.

—¿El qué? —dije yo.

—Su padre es el Hombre Hormiga —dijo en tono grave—. Hacía tiempo que lo sospechaba. —Se soltó la cantimplora del cinturón. Estaba cubierta de lona verde e hizo un ruido líquido cuando él la agitó—. Este es el antídoto.

Se metió el cuaderno debajo de un brazo y con la mano que acababa de quedarle libre desenroscó el tapón. Yo incliné la cara ligeramente hacia la boca de la cantimplora, extendí los dedos y me atraje el aire de encima de la misma hacia la nariz, con delicadeza, tal como me había enseñado mi padre. Sin embargo, no pude detectar ningún olor. Así que él me la puso debajo de la nariz.

—Huele a Coca-Cola —le dije—. Y le has echado sal. —Timothy no dijo nada, pero me pareció vislumbrar un asomo de decepción en su cara iluminada por la linterna—. ¿Qué pasaría si me la bebiera? —añadí enseguida, pues no quería decepcionarlo.

Había algo en la forma en que Timothy jugaba a su juego, la rigurosidad con que funcionaba su imaginación, que siempre conseguía embelesarme.

—Eso me gustaría saber a mí —dijo Timothy—. ¿Y si en este cuaderno dijera que su padre le estuvo dando a usted la fórmula secreta para que la bebiera, una gota cada día en los cereales, desde que usted era un bebé? ¿Y si esa fuera la razón de que usted también pueda hablar con las hormigas?

—¿Qué pasaría? —dije. Siempre me había dado lástima el Hombre Hormiga, un superhéroe cuyos poderes lo condenaban a la lastimosa camaradería de los bichos—.



Timothy, ¿qué te ha pasado hoy? ¿Qué te han dicho? ¿Estás expulsado?

—Chiss... —dijo Timothy. Extendió un brazo hacia mí, dejando caer el cuaderno al suelo en medio de un revuelo de páginas, me atrajo hacia él y me tapó la boca con su mano—. Viene alguien.

Oí el ruido de un coche que subía la colina. Un par de faros bañaron de luz la fachada de mi casa. Yo conseguí soltarme una mano.

—¡Es mi padre! —dije—. Timothy, necesito devolver estas cosas... ¡ahora mismo!

—Silencio. —Timothy aflojó un poco su presa y me llevó la cantimplora a los labios. Yo me alejé un paso de él—. Deprisa —me dijo—. Bébete el antídoto. No tenemos tiempo de probarlo. Tendrás que correr el riesgo. —Le dio un golpecito al cañón negro y deslucido de su rifle—. Ya he cargado a esta nena con dardos de antídoto.

Desde el porche lejano de nuestra casa oí que la puerta delantera chirriaba y luego las voces de mis padres, diciendo hola, el uno después del otro. Intenté entender sus murmullos, pero estábamos demasiado lejos. Al cabo de un rato se oyó otro chirrido y la puerta se cerró de un golpe, luego nuestra casa chirrió y resonó bajo los pasos que recorrían el pasillo.

—Oh, Dios mío —dije—. Creo que ella lo ha dejado entrar en casa.

—Venga —dijo Timothy—. Bébese esto.

—No pienso beberme eso —dije.

—Muy bien, pues —dijo él—. Me lo beberé yo.

Eché la cabeza hacia atrás y dio un trago largo. Luego me dio la cantimplora y yo me bebí el resto del antídoto. Era dulce y ácido y extremadamente amargo. Al principio estaba bastante seguro de que no era más que Coca-Cola mezclada con el cloruro sódico de toda la vida, pero después de dar un trago me di cuenta de que debía de haber mezclado otra cosa, algo que quemaba.

—Coja esto —dijo, y me dio el cuchillo de plástico de comando. Me dijo que era por si algo salía mal. El rifle era solamente para inyectar el antídoto. Me dijo—: Quédese agachado.

Me guió mientras salíamos de la arboleda, cruzábamos nuestro jardín iluminado por la luna y subíamos la pendiente corta y cubierta de hierba que iba hasta la parte trasera de nuestra casa: una forma gris plateada avanzando con un medio trote agachado de comando. Mientras yo corría, las mangas de la parka me rozaban contra los costados con un susurro. Solté un fuerte eructo de su fórmula y me salió una risita achispada. Timothy llegó a nuestro patio y se soltó el rifle del hombro. A través de la puerta corrediza de cristal emanaba una nube radiante de luz procedente de nuestra sala de estar, una luz que iluminaba los árboles, las sillas de jardín, la parrilla y la coronilla de la cabeza rapada de Timothy mientras este se arrodillaba, levantaba el

rifle y esperaba a que yo lo alcanzara. Cuando llegué, estaba mirando el interior de la casa, con expresión atontada y asombrada detrás de los discos luminosos de sus gafas y con respiración pesada y regular.

—¿Notas algo? —dije, y me arrodillé a su lado—. ¿Está funcionando?

Él no dijo nada. Yo miré. Mi padre y mi madre estaban sentados en el sofá. Él la tenía cogida en brazos. Ella tenía la cara roja y surcada de lágrimas, y la boca pegada a la de él. Llevaba la sudadera subida hasta el cuello y uno de sus pechos colgaba libre y tembloroso y asombrosamente blanco. El otro pecho lo tenía cogido mi padre, toscamente, con su mano peluda, como si estuviera intentando aplastarlo.

—¿Qué están haciendo? —susurró Timothy. Dejó el rifle en el suelo del patio—. ¿Son tus padres?

Intenté pensar en algo que decir. La sorpresa me tenía mareado y la fórmula que nos habíamos bebido me daba la sensación de que iba a vomitar. Estuve allí sentado un minuto más o menos al lado de Timothy, observando el forcejeo de aquellas dos personas, que habían sido transformadas para siempre por una maldición verdadera y poderosa, y cuyo efecto mágico más insignificante era yo. Tuve la sensación de que me había pasado la vida entera espiándolos, y todo para nada. Al cabo de un momento tuve que apartar la vista. El arma de Timothy estaba en el suelo a mi lado. La cogí, la sostuve en las manos y descubrí que pesaba mucho más de lo que yo esperaba. El tapón de la recámara era frío y metálico.

—Timothy, ¿esto es de verdad? —dije, pero sabía que él nunca podría responderme.

Me puse de pie, con la cabeza dándome vueltas, y salí dando tumbos del patio hasta la hierba brillante de escarcha. Timothy se quedó un momento más, luego se alejó corriendo de la ventana y me adelantó de camino a los árboles. Debajo de los arcos vomitamos lo que fuera que nos había dado a beber. Después de aquello él pareció perder algo de entusiasmo por nuestro juego, y cuando le dije que se fuera a casa y me dejara en paz él obedeció.

Aquella misma noche, mi padre y yo recogimos su cuaderno del montón de hojas muertas de entre los árboles donde lo había dejado caer Timothy, y fuimos juntos a casa de los Stokes a recuperar todos los trozos de su laboratorio hecho trizas. Mi padre tenía el brazo vigorosamente apoyado en mi cuello. Le conté lo del rifle a Althea Stokes y Timothy fue obligado a traerlo y entregárselo a ella. Había pertenecido al padre de Timothy, nos dijo ella. Yo ayudé a mi padre a llevar las cajas hasta el coche, luego los dos junto con mi madre sacamos en silencio el resto de sus pertenencias del maletero de ella y las metimos en el de nuestro viejo y enorme Chevrolet Impala. Luego mi padre se marchó.

A las ocho de la mañana siguiente un pequeño autobús amarillo lleno de chicos

desconocidos paró delante de la casa de los Stokes, hizo sonar su furiosa bocina y Timothy salió de la casa.

## Cacería de casas

No era la casa apropiada para ellos. Una casa solariega normanda cubierta de hiedra con un tejado excéntrico, una torre gruesa y en punta y parteluces de celosía en las ventanas de la planta baja, situada en la orilla noroccidental del lago Washington, unas manzanas al este de la casa en que había crecido Christy. El vecindario era invadido regularmente por ejércitos de jardineros, contratistas de jardines e instaladores de genuinos adoquines de granito de Umbría, y sin embargo era evidente que aquella casa la habían remozado para venderla. La pintura azul de las persianas parecía húmeda y resbaladiza, un mantillo negro y fresco se arremolinaba entre los pensamientos que crecían junto a la entrada para coches y el inmenso parterre de césped de delante de la casa estaba reluciente como los chorros del oro. El letrero del agente inmobiliario era un discreto blasón rojiblanco, montado sobre una estaca de hierro negro, que decía simplemente «Herman Silk», junto con un número de teléfono, en una elegante tipografía de palo seco.

—¿Esta? —dijo Daniel Diamond, y el alma le cayó a los pies con un revoloteo mareado. Aunque tenían todas las ventanas abiertas, el coche del señor Hogue estaba invadido del olor de su colonia, un áspero extracto de gaulteria y agua de mar que el agente inmobiliario había estado emitiendo con más ferocidad, como si fuera sudor frío, a medida que se acercaban a la casa. Aquello estaba agravando las alergias de Daniel, y le habría gustado haberse tomado un Claritin antes de salir del apartamento aquella mañana—. ¿Es esta?

—Esta es —dijo Hogue en tono fatigado, como si se hubiera pasado el día entero llevándolos por toda la ciudad con su vetusto sedán Mercedes, enseñándoles una casa perfecta detrás de otra, y ellos las hubieran ido rechazando todas con argumentos completamente arbitrarios y nimios. De hecho, no eran más que las diez de la mañana y era el primer sitio que les enseñaba.

Bob Hogue era un hombre curtido en un punto indeterminado de la mediana edad, vestido con un polo verde, unos chinos marrones y un blazer de tela madrás en la misma gama de colores que usan los fabricantes de esa hierba de celofán que va en las cestas de Semana Santa. Sus arrugas rectilíneas, su pelo al rape, su barbilla parecida a un par de nudillos, su nariz cubierta de minúsculas marcas de color rojo, todo ello le daba cierto aspecto de piloto de aviones venido a menos.

—¿Qué problema hay? —preguntó Hogue—. ¿No es lo bastante buena para ustedes?

Daniel y su mujer, Christy Kite, se miraron por encima del respaldo del asiento de ella: Christy nunca podía ir en el asiento trasero de ningún coche sin marearse intensamente.

—Bueno, es gigantesca, señor Hogue —dijo ella en tono vacilante, inclinándose

para mirar al otro lado del agente inmobiliario, en dirección a la casa.

Christy había ido a la universidad en Palo Alto, donde había estudiado francés y había dirigido el equipo de animadoras de un equipo de fútbol americano que perdía todos los partidos importantes. Tenía la amabilidad agresiva de una licenciada de Stanford y la mirada de una animadora subida a una pirámide tambaleante de chicas. Había sido la Reina de la Manzana de la escuela Roosevelt High. De su madre había aprendido a colocar todas las cosas de la vida con tanta perfección como en una fotografía de una revista de interiorismo y jardinería, y luego a tomárselo igual de mal cuando las ciruelas negras se quedaban sin comer en el cuenco McCoy rojo y llenaban la cocina de olor a basura, o cuando los afidosos se comían los deslumbrantes macizos blancos de margaritas gigantes del jardín.

—Sí, no sé, señor Hogue —dijo Daniel—. Creo...

—Oh, pero es preciosa —dijo Christy.

Frunció el ceño y entornó los ojos. Su lengua asomó animosamente por una comisura de la boca. Estaba intentando con todas sus fuerzas, Daniel se dio cuenta, imaginarse cómo sería vivir con él en aquella casa. La cacería de casas, como todos los demás esfuerzos por mejorar las cosas entre ellos —la terapia, los largos paseos, ver una película llamada *Azotando a Brittany Blue*—, había sido idea de ella. Pero al cabo de un momento la cara de ella adoptó una expresión pasmada y su mirada buscó la de Daniel, y en los ojos de su mujer él vio, por primera vez desde su boda hacía dos veranos, una pátina de desesperación verdadera, como si temiera que no fueran a encontrar una casa para vivir como casados, ni en Seattle ni en ninguna otra parte del mundo. Luego ella se encogió de hombros y levantó las manos para atarse bien el pañuelo, un pañuelo de seda italiano de color blanco brillante con dibujos de limas y Uniones. Abrió la portezuela y empezó a salir del coche.

—Un momento, oiga —dijo Hogue, cogiéndola del brazo. Ella entró de inmediato en el coche y obsequió a Hogue con su más tranquila y solícita sonrisa de Reina de la Manzana, pero Daniel vio que sus orificios nasales se inflaban como los de un conejo—. No tenga tanta prisa —continuó Hogue en tono irritado—. Siempre sale corriendo antes de tiempo. —Se inclinó para abrir la guantera y hurgó en el interior hasta encontrar un paquete de Pall Mall. Pulsó el botón del encendedor de cigarrillos y golpeó la punta de un cigarrillo arrugado en el salpicadero—. No se puede meter uno corriendo en un asunto así. Podría resultar una equivocación terrible.

De repente, como gente atrapada en una estación de autobuses vacía con un panfletista fanático, Daniel y Christy se mostraron de acuerdo con Hogue.

—Somos gente cautelosa —dijo Christy. Movié la cara con cuidado para que no la viera Hogue y le dirigió a su marido una mueca de alarma breve y no del todo burlona.

—Gente cautelosa con recursos limitados —dijo Daniel.

No había decidido todavía si iba a contarle a Christy que, hacía dos días, el padre de ella lo había llevado a almorzar al Club Universitario y le había ofrecido regalarle cualquier casa de precio razonable que ellos eligieran. Después de la guerra, el señor Kite había fundado una agencia de publicidad industrial, había conseguido tener como clientes a varios de los principales proveedores de la Boeing, y luego, a los sesenta y dos años, se había vendido su empresa por el suficiente dinero como para comprarse un apartamento en el campo de golf de Salishan y una pequeña cabaña en la playa de cabo San Lucas. Daniel, estudiante de posgrado de astronomía en la Universidad de Washington, donde Christy enseñaba psicología, no tenía dinero propio. Ni tampoco su padre, por cierto, que en los años de prosperidad del señor Kite había hundido dos licorerías, una imprenta y una tienda de oportunidades y ahora vivía con la madre de Daniel entre los cocoteros y el estucado blanco descascarillado de un campo de internamiento para ancianos empobrecidos cerca de Delray Beach.

—Tal vez deberíamos simplemente... —añadió Daniel.

Christy lo interrumpió con una mirada cortante. El encendedor saltó, Hogue lo cogió y los dos contemplaron en medio de un silencio incómodo cómo intentaba encenderse el cigarrillo con manos temblorosas. Al cabo de varios segundos y un montón de tétricos resuellos, las escasas hebras de tabaco que había conseguido encender se desprendieron de la punta del cigarrillo, aterrizaron en su regazo y empezaron a quemarle los chinos. Él se puso a darse palmadas en el muslo sin dejar de mirar a la casa con el ceño fruncido, como si ella, o sus ocupantes, fueran responsables en alguna medida de su ignición.

—Tal vez deberíamos echarle un vistazo, señor Hogue —dijo Christy.

El señor Hogue miró atrás hacia la casa. Respiró hondo.

—Supongo que sí —dijo. Abrió la portezuela y salió del coche, mirando la casa con recelo.

Daniel y Christy se quedaron un momento junto al Mercedes, susurrando.

—Parece que haya visto un fantasma —observó Christy, abrochándose con el botón de arriba su cárdigan blanco.

—¿Tenía mejor aspecto en nuestra boda?

Daniel daba por sentado que Bob Hogue había estado entre los invitados a su boda, hacía dos veranos, pero su recuerdo de aquella tarde remota se había vuelto impreciso. De hecho, el gran evento en sí, en su momento, se había desplegado a su alrededor a una distancia más bien vaga. No se había sentido la atracción estelar, junto con Christy, de una ceremonia civil moderadamente espléndida celebrada en la ladera de un parque de Laurelhurst, sino más bien un turista, perdido en un país extranjero, que había aparecido en una calle desconocida y se había encontrado a sí mismo tragado por el clamor de un desfile que conmemoraba el día sagrado de

alguna religión bárbara y aterciopelada. Recordaba a aquel Bob Hogue y a su guapa mujer, Monica, igual de mal que recordaba a Bill y Sylvia Bond, a Roger y Evelyn Holsapple, a Ralph y a Betsy Lindstrom, o al resto de los otros trescientos viejos y guapos amigos de sus suegros que habían compuesto el grueso de los invitados a la boda. Sabía que Hogue era amigo de la universidad y compañero ocasional de golf de su suegro, y se daba cuenta de que una cinta acre de malas noticias se elevaba enroscándose hacia el techo de cualquier sala en la que se mencionara el nombre de Bob Hogue, aunque no conseguía tener claro si Hogue se había casado con una borracha, si su hija se había hecho de la ciencia, o bien si había perdido una parte del pulmón izquierdo por culpa del cáncer.

—Para ser sincera —dijo Christy—, no lo recuerdo en nuestra boda. La verdad es que no conozco muy bien a los Hogue.

Solo me acuerdo más o menos del aspecto que tenía él cuando yo era pequeña.

—Vaya, pues no es de extrañar que ahora tenga tan mal aspecto. —Dio un paso atrás para admirar a su mujer con su elegante vestido verde de Vittadini. Sus piernas desnudas estaban recién depiladas y tan suaves que relucían bajo el sol, y a través de las aberturas de sus zapatos bajos y abiertos se veía un par de dedos esbeltos con las uñas pintadas de color rosa—. Tú, sin embargo, estás muy guapa.

Ella sonrió y las pupilas se le dilataron y le llenaron los ojos de oscuridad:

—Me gustó lo que hicimos anoche —dijo.

—A mí también —dijo Daniel de inmediato.

La noche anterior se habían acostado sobre su edredón de plumón, con las cabezas en extremos opuestos de la cama, y se habían masajeado mutuamente los pies con aceite aromático mientras Al Green los arrullaba de fondo. Aquella era una actividad que les había recomendado el psicólogo a cargo de su terapia de pareja como medio para generar una sensación no amenazadora de proximidad física entre ambos. Daniel se ruborizó al recordar aquella escena, que ahora le resultaba dolorosa y triste. Para su gran desgracia, no encontraba nada ni siquiera remotamente erótico en los pies, ni en los de su mujer ni en los de nadie. Podría haberle permitido que ungiera los graciosos pies de Semiramis o de Hedy Lamarr y no se le habría puesto dura. Metió una mano por debajo del dobladillo del vestido de Christy e intentó deslizar los dedos índice y corazón por la superficie dura y suave de su muslo derecho, pero ella se movió y la mano entera de Daniel acabó metida entre sus piernas, como si estuviera intentando evitar que se cerraran las puertas de un ascensor.

—Ay —dijo Christy—. Pero no seas tan bruto.

—Lo siento —dijo Daniel.

Tomaron el camino de entrada de la casa detrás del señor Hogue.

—¿Quién es Herman Silk? —dijo Daniel cuando pasaron por delante del discreto

letrerito.

—¿Quién es Herman Silk? —Hogue introdujo un componente misterioso de amargura en la pregunta—. Buena pregunta. —Daniel se preguntó si el nombre debía de sonarle de algún escándalo inmobiliario local o de alguna ronda reciente de litigios en el vecindario. Él se esforzaba por seguir las líneas argumentales principales de las conversaciones familiares de los Kite, pero no le resultaba fácil, sobre todo desde que en la casa de los Kite les servían de forma habitual generosas cantidades de Canadian Club con soda—. Esa sí que es buena —dijo Hogue.

Cuando llegaron a la puerta principal, el señor Hogue pareció no ser capaz de introducir la combinación de la cerradura. Intentó varias permutaciones distintas del que creía que era el código y luego, en un despliegue de perplejidad al mismo tiempo infantil y senil, se hurgó en el bolsillo e intentó meter una de sus propias llaves en la cerradura.

—Tiene gracia —dijo entre dientes, mientras su inútil estratagema fracasaba previsiblemente—. Herman Silk, ja.

Christy le dirigió a Daniel una mirada cargada de disculpa por haberlos metido en aquel desastre cada vez más grande. Daniel sonrió y encogió los hombros en un gesto atenuado, característico de él, que no terminaba de absolverla a ella de culpa.

—Esto... ¿por qué no me dice la combinación, señor Hogue? —sugirió Christy quitándole de las manos la caja de la cerradura.

Ella, que estaba dispuesta a permanecer acostada durante horas escuchando al reverendo Al mientras Daniel trabajaba en sus pies aceitados como un hombre desesperado intentando invocar a un genio, estaba perdiendo por fin la paciencia. En el corazón de Daniel se despertó la leve esperanza de que ahora tuvieran que renunciar al señor Hogue, a comprar una casa y a todo el proyecto de Christy de encontrar soluciones a su problema. Ahora que las cosas estaban empezando a ir tan mal, confiaba en que podrían limitarse a regresar a su apartamento de Queen Anne Hill y volver a fingir que su problema no existía, la estrategia que él prefería.

Hogue le dictó la combinación a Christy dígito por dígito y ella accionó las clavijas. Intentó accionar bruscamente la caja de la cerradura, pero esta se mantuvo firme.

—¿Está seguro de que es el número correcto? —dijo ella.

—Claro que es el número correcto —dijo Hogue en tono malhumorado. De repente su cara se había vuelto tan roja como el envoltorio de sus Pall Mall. Daba la impresión de que estaba furioso con Christy y con Daniel, que se había hartado de las exigencias irrazonables y de la cruel intimidación a las que ellos lo habían sometido durante los últimos cuarenta años—. ¿Por qué siempre me estáis acosando así? ¿No veis que estoy haciendo lo que puedo?

Daniel y Christy se miraron. Christy se mordió el labio y Daniel vio que ella se



había temido algo así. De repente le vino un recuerdo nítido del señor Hogue en la boda. Después de la cena había habido una serie de brindis, y el señor Hogue se había puesto de pie para decir unas palabras. Tenía la cara ruborizada y parecía que le costaba mantenerse de pie. La mujer sentada a su lado, Monica Hogue —esbelta, juvenil, con gafas rojas y un simpático moño gris— le dio un discreto tirón del codo. Por un momento el aire de la enorme carpa blanca se detuvo y se volvió amargo, y los invitados bajaron la vista hacia sus platos.

—Claro que lo sabemos, señor Hogue —dijo Christy—. Sabemos que ha estado haciendo usted un gran trabajo por nosotros, y se lo agradecemos mucho. ¿Verdad, Daniel?

—Sí, sí. Se lo agradecemos.

A Hogue se le fue el rubor de la cara.

—Lo siento —dijo—. Pe-perdonad, hijos. Hoy no me encuentro muy bien. —Se pasó una mano por la coronilla al rape—. Esperad. Dejadme probar una cosa. Aquí había...

Bajó los escalones y, medio en cuclillas, con las manos sobre las rodillas, examinó el suelo bajo los largos setos de rododendros que flanqueaban la puerta. Avanzó con movimientos de cangrejo siguiendo la fila de arbustos hasta que dobló la esquina de la casa y desapareció.

—Ahora me acuerdo de él —dijo Daniel.

Christy soltó un soplido de burla y negó tristemente con la cabeza.

—Espero que esté bien.

—Creo que solo le hace falta una copa.

—Calla, Daniel, por favor.

—¿Te acuerdas del brindis que propuso en la boda?

—¿Propuso un brindis?

—Sí. «Por nuestras esposas y nuestras amantes, para que nunca se conozcan».

—No me acuerdo de eso.

—Un brindis puñeteramente adecuado para una boda, pensé yo.

—Daniel.

—Estamos perdiendo el tiempo.

—Daniel, no digas eso, por favor. Encontraremos la solución.

—Christy —dijo Daniel—. No digas eso, por favor.

—¿Qué quieres que diga?

—Nada —dijo Daniel—. No creo que sepas decir nada más.

—¡La encontré!

Hogue regresó con ellos doblando la esquina de la casa y dedicó a la joven pareja su sonrisa de agente inmobiliario: la sonrisa de alguien que sabe que se ha hablado mal de él en su ausencia. Blandía en la mano una piedra gris moteada y de tamaño

medio, y por un instante a Daniel se le ocurrió que iba a tirar la puerta abajo a golpes. Pero Hogue se limitó a darle la vuelta a la piedra, retiró un pequeño panel de plástico que había pegado a la misma y sacó de su interior una llave dorada y resplandeciente. Luego se metió la piedra falsa en el bolsillo de la chaqueta.

—Estas cosas son fantásticas —dijo. Introdujo la llave en la cerradura sin dificultad y los invitó a entrar en la casa—. No os preocupéis, no pasa nada —añadió, al ver cómo lo estaban mirando—. Solo tendré que llamar por lo de la cerradura. Pasa siempre. Entrad.

Se encontraron en un pequeño vestíbulo con paredes de yeso veteadas de una forma que recordaba al glaseado de un pastel, suelos de abeto y un sombrerero de obra adornado con sombreros de todos los estilos. Hogue se estiró hacia arriba la parte trasera de los pantalones y se quedó mirando a su alrededor, pestañeando, con la boca fruncida y con cara inexpresiva. La abundancia de sombreros del sombrerero —tres boinas en tonos de sorbetes, un sombrero de fieltro con diseño de tweed, un Stetson de aspecto nuevo con una banda de piel de serpiente y varias gorras de golf con el emblema del club del señor Kite— pareció dejarlo perplejo. Carraspeó y los jóvenes esperaron a que empezara su perorata. Pero Hogue no dijo nada. Sin hacerles ninguna indicación para que lo siguieran, entró arrastrando los pies en el salón.

Era como una página sacada de una de las revistas de la señora Kite, amueblada con un confidente de bordado crewel, dos poltronas de estilo anticuado recubiertas con pedazos de un kilim persa, una mesa baja marroquí con la superficie de latón amartillado, una vieja alfombra azul china estilo art déco y una pequeña colección de libros de arte y cestas indias locales, todo ello dispuesto de forma burlescamente aleatoria en las estanterías de obra. El efecto deseado era sin duda de una austeridad ecléctica pero contemporánea, pero el salón era muy grande y a Daniel le pareció simplemente vaciado.

—¿Se encuentra bien, señor Hogue? —dijo Christy dándole un codazo a Daniel.

El señor Hogue estaba de pie sobre la alfombra china, examinando la sala de estar con los ojos como platos y la boca abierta, apretándose el vientre con una mano como si le hubieran golpeado con un saco de arena.

—¿Qué? Oh, bueno, sí, es que... Solamente es que... Han cambiado un poco las cosas de sitio —dijo—. Desde la última vez que estuve aquí.

A juzgar por su expresión de asombro costaba creer que Hogue hubiera visto alguna vez el sitio. Daniel se preguntó si Hogue no lo habría elegido simplemente al azar de un catálogo de casas en venta y los habría llevado allí para satisfacer cierto sentido de la obligación hacia los padres de Christy. Estaba claro que los propietarios no habían esperado que fuera nadie allí aquella mañana. Sobre el confidente había una vieja manta de punto toda arrugada, en una de las sillas una revista abierta y sobre la mesa metálica un vaso medio lleno de zumo de tomate.

—Señor Hogue —dijo Christy—. ¿Seguro que esto está bien?

—Bueno —dijo Hogue. Señaló un par de puertas cristaleras al otro extremo del salón—. Creo que encontrarán el comedor por allí.

Daniel siguió a Christy al comedor, que era fresco, oscuro y estaba amueblado con sillas de abedul blanqueadas y una mesa de abedul con un tablero enorme de cristal. En el centro de la mesa había un cuenquito negro lacado en cuyo interior flotaba una gardenia con los bordes de los pétalos marchitos por la descomposición.

—Qué bonito —dijo Daniel, aunque siempre le provocaba recelo el aroma de las gardenias, que tentaba con una promesa de manzanas y vainilla pero terminaba con un toque amargo de vitaminas y cables quemados.

—Vamos, Daniel. No nos podemos permitir esto.

—¿Y acaso he dicho que sí?

—No seas cabrón.

—¿Estoy siendo cabrón?

Christy suspiró y miró atrás, hacia el salón. Hogue todavía no había ido con ellos. Parecía que había desaparecido. Probablemente estaba otra vez en el vestíbulo, pensó Daniel, buscando la hoja informativa de la casa para poder fingir que sabía mucho sobre la misma. Christy bajó la voz y habló al oído de Daniel. La respiración de ella le hizo cosquillas en los pelillos del interior de la oreja y se le puso carne de gallina en los antebrazos.

—¿Crees que ya no tiene autorización para hacer esto?

—¿Qué quieres decir? —dijo Daniel apartándose involuntariamente un paso de ella.

El pañuelo se le había desatado por detrás dejando que un grueso mechón lacio de su pelo oscuro y sin lavar le colgara junto a la cara. No era sano lavarse demasiado el pelo, por eso llevaba aquel pañuelo chabacano, y Daniel se imaginó que todavía olía en él el humo de la barbacoa del departamento de astronomía a la que habían asistido la noche antes.

—O sea, todo eso de la cerradura, ¿crees qué lo han inhabilitado? ¿O lo que sea que hacen con los agentes inmobiliarios?

—Los inmovilizan —sugirió Daniel. Extendió la mano, le agarró el pañuelo y se lo soltó. Todo el pelo con olor a humo le cayó alrededor de la cabeza.

—¿Por qué has hecho eso? —dijo ella.

—No lo sé —admitió él. Le devolvió el pañuelo y ella se recogió el pelo—. Voy a ver qué hace el señor Hogue.

Daniel volvió a pasar por las puertas cristaleras y entró en el salón. Hogue estaba en la otra punta, junto al vestíbulo, dándole la espalda a Daniel. En aquel lado del salón también había estanterías de obra, pobladas con una austera colección de pequeños objetos decorativos y media docena de fotografías enmarcadas de

chiquillos y de estudiantes graduados y de un setter irlandés vestido con un chaleco salvavidas naranja. Cuando Daniel entró, Hogue estaba manoseando algo pequeño y reluciente, un trozo de vidrio o un animal de cristal. Lo cogió, lo examinó y luego se lo metió en el bolsillo derecho de la chaqueta.

—Ya voy —dijo después de que Daniel, que se había quedado sin habla, consiguiera carraspear para llamarle la atención.

Hogue se volvió, y por un instante, antes de que su cara asumiera de nuevo su expresión rígida de piloto de avión con las mandíbulas fuertemente cerradas, pareció siniestra y misteriosamente satisfecho de sí mismo, como alguien que acabara de cobrarse un pequeño y resplandeciente acto de venganza. Luego acompañó a Daniel al comedor y Daniel intentó pensar en alguna pregunta plausible que hacerle. ¿Qué le decían los maridos normales a los agentes inmobiliarios normales en aquella fase del juego? Se le ocurrió que Hogue todavía no había mencionado cuánto dinero pedían los dueños.

—¿Y cuánto piden, a todo esto, señor Hogue? —tanteó.

—Sabe Dios —dijo Hogue. Acercó la mano al cuenco negro lacado, cogió la gardenia y la sostuvo por el tallo cortado y goteante. Se la llevó a la nariz, la olió vigorosamente y por fin soltó un largo suspiro teatral de placer. Mientras Daniel lo miraba, se metió también la gardenia en el bolsillo de la chaqueta—. ¿Por qué no echamos un vistazo a la cocina?

Así que Daniel lo siguió a la cocina, donde Christy estaba alabando con entusiasmo puramente formal los armarios de madera de aliso, los fogones de cerámica y la luz temblorosa que se reflejaba en el lago.

—Qué desperdicio, ¿verdad? —dijo Hogue. Un manchón oscuro de humedad se iba extendiendo por la tela de su bolsillo—. A saber cuántos miles de dólares han invertido aquí. —Llevó la mano a un reostato móvil que había en la pared e hizo que la luz piloto se encendiera, se apagara y se volviera a encender. Negó con la cabeza—. En fin, por aquí se va a la sala de estar. O la sala de la tele. Viene a ser lo mismo, ¿no?

Abrió una puerta corrediza de lamas y pasó a la siguiente habitación. Christy le hizo un gesto a Daniel para que fuera con ella y se pusiera a su lado. Daniel miró atrás hacia el comedor. En la superficie del agua del cuenco lacado flotaba una hoja solitaria.

—Daniel, ¿vienes? —dijo Christy.

—Esta casa tiene algo raro —dijo Daniel.

—Me pregunto qué será —dijo Christy poniendo los ojos teatralmente en blanco mientras señalaba con la cabeza en dirección a la sala de estar y al señor Hogue.

Al atravesar la cocina, Daniel miró a su alrededor, intentando ver si faltaba algo que se pudiera llevar uno, un ejercicio paradójico, puesto que era la primera vez que

miraba aquella cocina. Cuenco para el azúcar, salero, molinillo de pimienta, tenacillas para el té rodeadas de una estela sinuosa y oxidada de té seco. En la encimera, bajo el teléfono, había un pulcro montón de cartas y sobres, y a Daniel se le ocurrió que Hogue podía haber cogido alguno, pero estaban sujetos con una goma elástica y no parecía que nadie los hubiera tocado. La carta de encima de todo tenía sujeta con un clip una tarjeta de visita con el nombre y el número de teléfono impresos de un tal sargento Matt Reedy de la Unidad de Violencia Doméstica del Departamento de Policía de Seattle. Daniel desdobló un poco la carta a la que estaba sujeta —la habían sacado del sobre— y echó un vistazo al encabezamiento, escrito en una máquina de escribir vieja a la que le fallaba la letra O.

«QUERIDA PUTA —decía—, ¿SOIS FELICES YA TÚ Y HERMÁN, PEDAZO DE...?».

—¡Daniel! ¿Qué estás haciendo?

—Nada —dijo Daniel, y volvió a dejar la carta como estaba—. Esto... parece que la gente que vivía en esta casa tenía problemas.

—Nada de eso es asunto nuestro, Daniel —dijo Christy con una afectación que a él le pareció excesiva y cogiéndole la mano.

Daniel se soltó bruscamente de ella. Oyó al señor Hogue hablar entre dientes en la sala contigua.

—¡Ay! —dijo Christy llevándose los dedos a los labios para besar los nudillos que él le había retorcido. Ojeó el montón de cartas de la encimera—. ¿Qué decía?

—Decía que tendrían que probar a frotarse mutuamente los pies más a menudo. Ahora Christy pareció realmente dolida.

—Si no querías hacerlo, Daniel, me habría gustado...

—¿Qué está pasando aquí? —dijo el señor Hogue regresando de la sala de estar.

—Ya íbamos para allí —dijo Daniel—. Lo siento. Es que... caramba, esta cocina es increíble.

Hogue asintió con expresión adusta y los labios fuertemente apretados. Ahora tenía un bulto perfectamente visible en el bolsillo derecho de la chaqueta, y del izquierdo le sobresalía lo que parecía una pala de ping-pong.

—Es increíble —convino.

En la sala de estar, cuando se reunieron allí con él, Hogue robó una copia manoseada en edición de bolsillo de la autobiografía de Donald Trump que había sobre la mesilla de café, y en el gabinete pequeño y manchado de tabaco que había junto al vestíbulo cogió un pequeño pisapapeles metálico con forma de pachá reclinado con babuchas de punta curvada. Cuando salieron al garaje, donde, junto a un automóvil largo y esbelto escondido debajo de una tela de lona había una mesa de trabajo bien surtida, birló una caja de clavos, una cinta métrica Lufkin y algo más cuya naturaleza Daniel no pudo determinar. Los robos eran descarados y al parecer inconscientes, y cuando llegaron al segundo dormitorio del piso de arriba, Christy

también contemplaba con espanto divertido cómo el señor Hogue saqueaba el lugar. Se hizo con una torre Space Needle de recuerdo, un monedero de caucho y un paquete de plantillas desodorantes para zapatos. Cuando llevó por fin a la joven pareja al dormitorio principal, los bolsillos le tintineaban.

Al entrar en el dormitorio se paró en seco, de forma que Daniel y Christy estuvieron a punto de chocar con él. Miró a su alrededor, contempló la cama con dosel, el pesado juego de tocador y ropero Eastlake y las paredes cubiertas de un desacostumbrado papel de pared del mismo color rojo que las viejas cubiertas de piel de los libros. De nuevo Hogue se quedó asombrado, del mismo modo boquiabierto y extrañamente alicaído, como si la decoración del dormitorio, igual que había pasado antes con la del salón, le hubiera resultado un duro golpe. Igual que en la sala de estar, no había indicios de que los dueños esperaran que viniera nadie. La cama estaba sin hacer y junto a la puerta había un montón de ropa con unas cuantas blusas blancas arrugadas, varios sujetadores y bragas. Hogue cruzó la sala de color rojo oscuro hasta la puerta del otro extremo, que parecía dar a una galería acristalada para dormir. Las ventanas que había a ambos lados de la puerta dejaban pasar algo de la luz brillante de septiembre que entraba a raudales por las ventanas exteriores de la galería.

—Cómo me gustaría tumbarme en esa hamaca de ahí —dijo Hogue en un tono sorprendentemente melancólico. Giró el pomo con gesto titubeante. La puerta estaba cerrada con llave. Pegó la cabeza al cristal—. Dios, qué cansado estoy.

Se metió la mano en el bolsillo de la pechera en busca de un cigarrillo y no encontró nada. Miró hacia atrás y les dedicó una ligera sonrisa a Daniel y a Christy, como si le hubieran gastado una broma cruel y le hubieran escondido su único consuelo a un hombre fatigado y harto. Luego se palpó todos los bolsillos tintineantes hasta encontrar un paquete arrugado de Pall Mall. Fue a una mesilla de noche con encimera de mármol que había junto a la cama y abrió el cajón. Ahora le temblaban tanto las manos que se le cayó el cigarrillo. Luego se le cayó la cerilla encendida. Por fin consiguió encenderlo. Expulsó una nube de humo en dirección a las almohadas de la cama grande y desordenada.

—En esta habitación da el sol casi todo el día —dijo en tono distraído—. Es una lástima que le hayan puesto un papel de pared tan oscuro.

Luego dejó caer ceniza en el suelo de abeto pulimentado.

—Está bien, señor Hogue —dijo Christy con el tono más cortante que pudo emplear—. Creo que ya hemos visto bastante.

—Muy bien —dijo Hogue, pero no se movió. Se limitó a quedarse donde estaba, mirando una vez más la hamaca de lona que colgaba entre dos columnas de la galería para dormir.

—¿Qué tal si nos vemos abajo? —dijo Daniel—. ¿Por qué no nos da un minuto

para discutir un poco entre nosotros? Ya sabe. Echamos un vistazo más. No se puede andar con prisas con estas cosas, ¿verdad?

Hogue tragó saliva y el rubor de antes pareció regresarle a las puntas de las orejas y a la piel del pescuezo. Daniel vio que era Hogue el que quería que lo dejaran a solas allí, en aquel dormitorio, contemplando todas sus equivocaciones íntimas y lo que fuera que lo estaba atormentando. Quería que se marcharan de allí. Christy fue sigilosamente junto a Daniel y se apoyó en él, con la cadera contra su muslo y la mejilla contra su hombro. Él la rodeó con el brazo y presionó con sus dedos el ligero bulto de piel que ella tenía debajo del elástico del sujetador.

—Ya sabes lo importante que es el dormitorio —dijo Christy con voz ahogada.

Hogue dio una calada al cigarrillo con expresión pensativa y se quedó mirándolos. Entonces, igual que antes, pareció que su interior se vaciaba de fuego y asintió.

—Os veré abajo —dijo—. Tomaos todo el tiempo que queráis, hijos.

Y salió de la habitación, pero antes se paró junto al montón de ropa sucia, cogió unas bragas más bien grandes de color azul lobelia con la cintura de encaje y se las metió en el bolsillo junto al resto de su botín. Oyeron sus pasos en las escaleras y luego, al cabo de un momento, el ruido de la puerta de un armario chirriando sobre sus bisagras.

—Va por la plata —dijo Daniel.

—Daniel, ¿qué vamos a hacer?

Daniel se encogió de hombros. Se sentó en la cama sin hacer, junto a la mesilla de noche que Hogue había revuelto en busca de cerillas.

—Tal vez debería llamar a mis padres —dijo Christy—. Ellos conocen a Bob. Tal vez sepan qué hacer cuando se pone así.

—Creo que es un poco tarde para que lo desairemos —dijo Daniel.

Christy lo miró enfadada y perpleja porque él continuaba siendo desagradable con ella.

—Eso no es justo —dijo ella—. ¡Dios! Solamente porque mis padres...

—Mira esto.

Daniel había estado hurgando en el cajón de la mesilla de noche y había encontrado, además de una bolsa de caramelos Ricola, un silbato policial plateado y un frasquito de plástico de un popular lubricante genital, una tarjeta de felicitación dentro de un sobre rosa que iba lacónicamente dirigido a «Monito». Sacó la tarjeta, en cuya cubierta Greta Garbo y John Gilbert estaban unidos en un apasionado abrazo en blanco y negro. La tarjeta estaba escrita a mano. «He tenido un patinazo y me he enamorado de ti. Herman». Al cabo de un momento, Daniel levantó la vista un poco confuso, y se la dio a Christy. Ella la cogió con un fruncimiento de ceño desaprobador.

—Herman —dijo—. ¿Herman Silk?

—Supongo que es un pequeño servicio extra que proporciona.

—Debe de estar vendiendo su propia casa. —Ella se sentó en la cama al lado de él—. ¿Hacen eso?

—¿Por qué no? —dijo Daniel—. Hay mucha gente que vende su propia casa.

—Es verdad.

Él le enseñó el frasco de lubricante.

—Tal vez debería decir que ha resbalado con esto y se ha enamorado.

—Daniel, devuelve eso a su sitio. Lo digo en serio. —Hizo un gesto hacia el piso de abajo—. Solo porque él lo esté haciendo no quiere decir que lo hagas tú también. —Le quitó de la mano el frasquito de plástico y lo tiró junto con la tarjeta de felicitación al cajón, luego cerró el cajón bruscamente—. Vamos. Salgamos de aquí.

Se miraron mutuamente con rencor, luego Daniel se puso de pie. Sentía un fuerte deseo sexual por su mujer. Quería echarla sobre la cama y tirársela hasta que le dolieran los huesos y el olor a tabaco del pelo de ella inundara el dormitorio. Pero nunca haría nada parecido. Ni ella tampoco. No en una casa ajena ni en una cama ajena. Los dos eran hipocondríacos y gente apocada, ocupantes habituales del carril derecho de las autopistas, guardadores contumaces de recibos, suscriptores de *Consumer Reports*, bebedores de agua del grifo filtrada, gente que llevaba casco, gafas protectoras y rodilleras. Y sin embargo, su prudencia —la prudencia misma, le parecía ahora a Daniel, mirando cómo subía y bajaba y subía el pecho pecoso de Christy— era una ilusión, una manta fina y acolchada en la que se envolvían para amortiguar el impacto de la serie de decisiones equivocadas que ambos habían tomado. Pese a toda su cautela aparente, se habían casado, de forma deliberada y sin ninguna compulsión material, en presencia de aquellos tres centenares de personas. Christy había aceptado unirse a perpetuidad a un hombre cuyo contacto le dejaba la vagina tan seca como un puño, y Daniel se había confiado a sí mismo a una vida gastada como ochenta y un kilos de pelo en la boca de ella, de codos en las costillas de ella y de aliento caliente en las narices de ella.

—Te odio —dijo él.

Durante un momento ella pareció muy sorprendida de que hubiera admitido aquello. Luego proyectó la mandíbula hacia delante y entrecerró los ojos.

—Pues yo también te odio a ti —dijo ella.

Daniel se abalanzó sobre ella. Al principio le dieron un poco de vergüenza los ruidos animales que oía que estaban haciendo y la forma en que se estaban mordiendo y tirándose de la ropa. Le recordaba embarazosamente a una escena de *Azotando a Brittany Blue*. Luego un espasmo hizo que a Christy le saliera volando la mano y le diera un porrazo a Daniel en el ojo. Dentro del cráneo de él, una estrella roja centelleó y se apagó. Después de eso, se olvidó de prestar atención a lo que



estaban haciendo. La cama sobre la que estaban olía a sus ocupantes legítimos, al sudor nocturno y al aftershave y la loción cutánea de Herman Silk y su Monito. Un tablón suelto del suelo de abeto crujía rítmicamente. Cuando llegó el momento propicio, Daniel buscó en el cajón el frasquito de lubricante de Herman. Puso a Christy boca abajo, le abrió las piernas con la rodilla y la lubricó abundantemente con el líquido transparente y frío. Por primera vez, entró en ella deprisa y sin esfuerzo.

—Ha sido divertido —dijo ella cuando terminaron. Extendió los brazos y las piernas sobre la cama revuelta como si fuera a abrazarla y se revolcó como un gato, hacia delante y hacia atrás, hasta que estuvo manchada con el compuesto múltiple de su acto sexual.

—¿Todavía me odias? —dijo Daniel.

Ella asintió con la cabeza, y fue entonces cuando Daniel vio el error que habían cometido. Aunque el sexo era algo que los dos percibían como peligroso, el matrimonio, por contraste, les había parecido seguro: una casa segura en un mundo de peligros. El refugio perfecto para dos almas temerosas y solitarias. Cuando estabas soltero, esto era lo que te decía siempre todo el mundo que estaba casado. El mismo Daniel se lo había dicho a sus amigos que no estaban casados. Pero era mentira. El sexo estaba totalmente relacionado con la violencia, eso era cierto, y el matrimonio era al mismo tiempo un contenedor para la locura entre hombres y mujeres y una frágil barrera de contención contra la misma, igual que era la religión a la muerte y las leyes de la física a la inmensa cantidad de vacuidad absoluta de que estaba hecho el universo. Pero en el matrimonio no había seguridad de ninguna clase. Era una empresa incierta, un viaje en una nave sin probar, a través de un océano hostil, con un mapa que era una falsificación y sin más destino específico que la tumba.

—El otro día comí con tu padre —empezó a decir.

—¡Chiss...! —dijo Christy.

Él se tumbó a su lado y escuchó. Del piso de abajo venía un ruido de gente hablando a voz en grito. Un hombre y una mujer se estaban chillando. El hombre era el señor Hogue.

—Voy a llamar a la policía, Bob —dijo la mujer.

Daniel y Christy se miraron. Se pusieron de pie y se apresuraron a arreglarse la ropa. Daniel se metió el frasco de lubricante en el bolsillo. Luego bajaron las escaleras.

Cuando llegaron a la cocina, el señor Hogue estaba tirado en el suelo, entre varios centenares de clavitos pequeños, cogiéndose la barbilla con las manos. La sangre le manaba entre los dedos y le caía por el cuello sobre la tela a cuadros de su chaqueta de tela madrás. El pachá reclinado de metal, la pala de ping-pong, la torre Space Needle y el resto de los objetos que había robado estaban esparcidos por el suelo a su alrededor. Una mujer guapa con gafas rojas a quien Daniel reconoció como la señora

Hogue estaba arrodillada a su lado, con lágrimas en la cara, limpiándole el corte de la barbilla con un pañuelo de papel.

—Christy —dijo—. Hola, Daniel.

Sonrió con cara compungida y miró al señor Hogue, que gemía y murmuraba palabrotas tumbado en el suelo de terracota.

—¿Está bien? —dijo Daniel, señalando al agente inmobiliario, y por fin entendió que Hogue conocía bien aquellas atribuladas habitaciones.

—Pues espero que no. Le he dado tan fuerte como he podido. —La señora Hogue le frotó cariñosamente el corte con el pañuelo de papel, luego miró a su alrededor, a la cocina que había gastado tanto dinero en renovar—. Y bien —dijo—, ¿qué pensáis de la casa?

Daniel miró a Christy. En algún momento de su forcejeo en el piso de arriba había perdido el pañuelo. Tenía la cara toda manchada de pintalabios corrido y líneas de rímel y un rubor radiante en las mejillas.

—Es perfecta —dijo Daniel.

## Hijo del hombre lobo

Cuando el hombre acusado de ser el llamado Violador del Embalse fue llevado ante la justicia, varias de las mujeres que habían sido sus víctimas se dieron a conocer y se identificaron en los periódicos. El sospechoso, que acabaría siendo condenado a quince años de cárcel en Pelican Bay, era un popular entrenador y profesor de matemáticas en un instituto del valle. Había ganado un premio estatal por su excelente tarea en la docencia. Dos docenas de alumnos y jugadores, tanto antiguos como actuales, además del director de su instituto, se ofrecieron para dar testimonio en el juicio de su buen carácter. Fue la sólida posición del hombre en la comunidad, junto con el mal uso de una de las pruebas clave, lo que llevó a algunas de sus víctimas a renunciar al tradicional velo de anonimato que les habían concedido el departamento de policía de Los Angeles y los periódicos, y a contar sus dolorosas historias no solamente a un jurado sino a todo el mundo. La segunda de las ocho víctimas del Violador del Embalse, sin embargo, no se contaba entre aquellas mujeres. Había sido atacada el 7 de agosto de 1995, mientras hacía jogging al anochecer alrededor del lago Hollywood. Se trataba de la hora preferida del autor de los crímenes y de uno de los tres escenarios en los que cometía sus ataques, junto con el embalse de Stone Canyon y el embalse de Franklin. La regularidad de sus hábitos llevaría finalmente a su captura el 29 de agosto. Un día antes de la detención, la prueba de una tenue cruz de color rosa, impresa en el fluido de su orina, informaba a la segunda víctima del Violador del Embalse, Cara Glanzman, de que estaba embarazada.

Cara, que era agente de casting, estaba casada con Richard Case, cámara de televisión. Los dos tenían treinta y cuatro años. Se habían conocido y convertido en amantes en la Bucknell University y en la época del ataque llevaban casados desde 1985. Durante sus doce años juntos ninguno de ellos había sido infiel al otro, y en todo aquel período Cara nunca se había quedado embarazada, ni por accidente ni cuando lo intentó con toda su energía. Durante los últimos cinco años, aquella cadena ininterrumpida de menstruaciones había sido una fuente de tristeza, disensión, riñas y recriminaciones en el matrimonio de Cara y Richard. El día que fue violada, de hecho, Cara había llamado a una amiga abogado de su mejor amiga para hablar, en un tono vago y extrañamente esperanzado, de los medios y procedimientos para conseguir un divorcio en California. Después del ataque su sensación de castigo por haberle sido desleal a Richard fue poderosa, y es probable que, aunque no se hubiera quedado embarazada del hijo de Derrick James Cooper, nunca se hubiera contado entre las mujeres que finalmente hablaron públicamente.

Lo primero que hizo Cara después de que su tocóloga le confirmara el embarazo fue concertar una cita para un aborto. Fue una decisión tomada sin pensarlo, mientras

yacía sobre el papel resbaladizo y crujiente de la camilla de reconocimientos y sentía su vientre retorcerse de asco por el amasijo de células grises que le estaba creciendo en el útero. Su médico, cuyos esfuerzos durante los últimos cinco años habían estado orientados en sentido opuesto, le dijo que lo entendía. Programó la intervención para la tarde siguiente.

Aquella noche, mientras cenaban comida india encargada por teléfono en la cama, ya que ella todavía se negaba a salir de la casa al anochecer o cuando ya era oscuro, Cara le dijo a Richard que estaba embarazada. Él recibió la noticia con la misma calma triste que había adoptado el tercer día después del ataque, cuando dejó de llamar a todas horas al detective asignado al caso y se secó las lágrimas de forma definitiva. Apretó suavemente la mano de Cara y luego bajó la vista hacia el plato apoyado sobre la colcha en el valle que formaban sus piernas dobladas. Había dejado su último trabajo a medio rodaje y durante las tres semanas siguientes al ataque no había hecho nada más que hacerle de sirviente a Cara y asistirle en todo lo que necesitara. Pero más allá de murmullos comprensivos y comentarios amables para recordarle que comiera, se vistiera y cumpliera sus citas, parecía no tener prácticamente nada que decir sobre lo que le había sucedido a Cara. A menudo ella se sentía dolida y trastornada por su silencio, pero se convenció a sí misma de que su marido estaba aturdido por la pena, emoción que nunca había aprendido a expresar de forma adecuada.

Lo cierto era que Richard guardaba silencio por miedo a lo que podría pasar si se atrevía a hablar de lo que estaba sintiendo. En su imaginación, en momentos arbitrarios del día —al cambiar de emisora en la radio, al separar páginas del periódico en busca de los resultados del béisbol—, torturaba y mataba al violador, en tonos brillantes del rojo y el púrpura. Se despertaba de golpe a las tres de la mañana, en su cama amplia y aterciopelada, con el cuerpo de Cara pegado al suyo, horrorizado por la farsa de seguridad de que ella gozaba en sus brazos. La policía, los abogados, los reporteros, los psicoterapeutas y los asistentes sociales, todos eran simples bufones, enanos morales, mentirosos, charlatanes despreciables y vagos. Y lo peor de todo, descubrió que una mano cruel le había llenado secretamente el corazón de cables candentes de asco hacia su mujer. ¿Cómo podía pensar en expresar todo aquello? ¿Y a quién se lo iba a decir?

Aquella noche, mientras se comían su cena de fugitivos, Cara lo presionó para que dijera algo. La intrincada cadena de proteínas que ellos dos habían estado tanto tiempo intentando producir, invirtiendo años enteros y gastando decenas de millares de dólares en facturas médicas, había quedado finalmente inscrita en su seno, aunque fuera por obra de un vándalo. Y al día siguiente, en nada más que diez minutos, iba a quedar borrada. Él tenía que sentir algo.

Richard se encogió de hombros y manoseó su tenedor, dándole vueltas y más

vueltas como si buscara la marca de la plata. En los últimos años había habido múltiples ocasiones como la presente en que se había encontrado a punto de confesarle a Cara que en el fondo de su alma no deseaba tener hijos, que lo atormentaba una sensación ineludible de que la esterilidad de su matrimonio podía de hecho ser más que literal.

Antes de que pudiera reunir el coraje para decirle, sin embargo, que iba a presenciar cómo el médico arrancaba a aquel bastardo del útero de Cara no solamente con satisfacción sino también con alivio, ella se levantó de un salto de la cama, fue corriendo al baño y vomitó todo el matar panir, el dal saag y el tikka masala de pollo que acababa de comerse. Richard, pensando que aquella sería la última ocasión en que tenía que cumplir con aquella tarea en particular, se levantó y fue a sujetarle el pelo para evitar que le cayera sobre la cara. Ella le gritó que cerrara la puerta y la dejara en paz. Cuando salió del baño tenía un aspecto pálido y desolado, pero había recobrado la compostura.

—Voy a cancelar lo de mañana —dijo Cara.

Llegado aquel punto, y después de tanto tiempo sin hablar, él no tuvo más remedio que decir como un autómata:

—Lo entiendo.

El embarazo le sentó bien a Cara. Sus ataques de náusea eran intensos y teatrales, pero desaparecieron tras las primeras semanas y la dejaron purgada de la mayor parte del hedor persistente y el brillo sucio de la violación. Adoptó una dieta estricta y rica en proteínas que excluía las grasas y los azúcares. Se compró una máquina de hacer zumos y preparaba amalgamas de frutas y verduras poco compatibles que despedían un olor parecido al de la parte baja de una cortadora de césped al final de un verano húmedo. Se apuntó a un gimnasio de Studio City y allí se hizo amiga de una mujer que interpretaba un papel secundario en una mala comedia de situación y que tenía que dar a luz un día antes que Cara. Controlaba lo que entraba en su cuerpo, se lubricaba y hacía flexiones, lo untaba de emolientes y supervisaba sus emisiones. Y su cuerpo respondía exactamente como sus libros le decían que iba a responder. Fue ganando peso al ritmo recomendado. Los síntomas secundarios, del mapeado de sus pechos hinchados en tracería azul a los leves accesos de dolor de cabeza y ardor de estómago, fueron apareciendo tranquilizadamente cuando les tocaba.

Durante una temporada se sintió maravillada por su sensación de bienestar, por la jovialidad de su estado de ánimo, por la perspectiva casi impoluta que representaba cada nuevo día. En la estela de aquella tarde en el lago Hollywood, que podría haberla reducido a nada, Cara creció. Y sentía que el bebé, a pesar del instante maligno de su origen —del olor a polvo caliente y a salvia mexicana en su nariz y del centelleo de dolor dentro de sus ojos cuando su cabeza golpeó el suelo—, estaba

ahora compuesto de materiales procedentes únicamente de ella y moldeado por las manos de ella. Se estaba formando a base de las plaquetas y los anticuerpos de ella, cobraba fuerzas del calcio que ella tomaba y lo regaban las ocho botellas de plástico de agua que ella consumía al día. Cara había dejado el trabajo y estaba leyendo la obra de Trollope. A finales de su segundo trimestre podía pasar varios días sin darse cuenta de que era feliz.

Durante el mismo período de seis meses, Richard Case perdió el rumbo. Desde su punto de vista, el hecho de que Cara ignorara tan alegremente la desgracia de él era indicativo del abismo que se había abierto entre ambos. La conversación de Richard, que nunca había sido expansiva, se redujo ahora a la sequedad de un héroe de espagueti western. Sus amigos, cuya compañía Richard siempre había considerado el lastre que pesaba en la bodega de su matrimonio, empezaron a dejarlo fuera de sus planes. Algo, tal como comentaban entre ellos, estaba consumiendo a Richard. Y a ellos les resultaba obvio qué era: el violador, alto, atractivo, musculoso, un veterano de la liga semiprofesional que en su juventud había batido el récord estatal de los cuatrocientos metros vallas, había llevado a cabo en un minuto una gesta que Richard no había conseguido realizar en diez años de matrimonio lleno de amor. Era peor que llevar cuernos, porque su rival no era ningún rival. Derrick Cooper estaba más allá del desprecio, era un animal, indigno de ninguna de las emociones que siente un marido herido. Y es así como Richard se vio forzado, a medida que el vientre de su esposa se hinchaba día tras día, que sus pezones se oscurecían y que un misterioso rastro purpúreo era grabado a fuego a lo largo del territorio vacío que había entre su ombligo y su pubis, a asumir la horrible posición de envidiar el mal y de codiciar su vigor. La ironía parcial que aligeraba los ratos de ocio masculinos de Richard y de sus amigos y les daba una atmósfera cargada de guiños burlones lo abandonó. Durante un par de meses continuó yendo con ellos a las carreras, fumando puros y jugando al golf, pero se tomaba sus derrotas demasiado en serio, montaba broncas, se ponía de malhumor y se volvía desagradable. Un sábado su mejor amigo se lo encontró llorando en un lavabo de Santa Anita. Después de aquello Richard se limitó a trabajar. Empezó a aceptar trabajos que había rechazado en el pasado solamente para no tener que ir a casa. Renunció a los puros dominicanos en favor de los cigarrillos de oferta.

Nunca fue con Cara a la consulta del tocólogo ni tampoco leyó ninguno de los muchos libros sobre embarazo, nacimiento e infancia que ella llevaba a casa. Su padre llevaba muchos años muerto, pero después de contarle a su madre qué clase de nieto podía esperar, y se lo contó con sequedad brutal, nunca volvió a decirle una palabra más sobre el niño que estaba en camino. Cuando su madre preguntaba, él le pasaba el teléfono a Cara y abandonaba la sala. Y cuando en su sexto mes de embarazo Cara anunció su intención de intentar tener un parto natural, con ayuda de

una comadrona, Richard le dijo, como hacía siempre en aquellos momentos:

—Es tu bebé.

Una mujer presa de una necesidad menos personal de un bebé podría haber planteado alguna objeción, pero Cara se limitó a asentir y concertó una cita para el martes siguiente con una comadrona llamada Dorothy Pendleton, que usaba las instalaciones del hospital Cedars-Sinai.

Aquel lunes, Cara sufrió un accidente de tráfico. Llamó a Richard al trabajo y él fue en coche desde el plato de Hollywood, donde estaba rodando una película israelí de kung fu, al despacho del médico de ella en Hollywood Oeste. Ella no tenía más heridas que un corte en la mejilla, y el médico tenía plena confianza, basándose en un examen y una ecografía, en que el feto se encontraba bien. El coche de Cara, sin embargo, era un siniestro total. Lo había embestido de lado un coche fúnebre apartado del servicio, nada más y nada menos, un Cadillac de 1963. Richard, por tanto, tuvo que llevarla en su coche al día siguiente a la consulta de la comadrona.

Ella no presentó la cuestión como una petición. Se limitó a decir:

—Mañana vas a tener que llevarme a ver a Dorothy. —Estaban de camino a casa de la consulta del médico. Cara había sacado su teléfono móvil y su agenda y estaba ocupada reorganizando las cosas que el accidente le había obligado a reorganizar—. La cita es a las nueve.

Richard echó un vistazo a su mujer. Tenía un vendaje de gran tamaño sujeto a la cara con cinta adhesiva y el ojo izquierdo casi cerrado por culpa de la hinchazón. Él llevaba un tubo de ungüento antibiótico en el bolsillo de la chaqueta vaquera, un rollo de venda y una hoja impresa de instrucciones médicas que tenía que cumplir durante los tres días siguientes. Lo normal, suponía él, era que un hombre cuidara a su mujer embarazada tanto por amor y por sentido del deber como porque era una forma de compartir entre ambos el peso de una carga mutuamente impuesta. Precisamente no se trataba de esto último en su caso. Lo primero se había perdido en algún punto entre un recodo sombrío del camino que discurría bajo los árboles de caucho de la orilla norte del lago Hollywood y los fríos azulejos del lavabo de hombres de Santa Anita. Ahora lo único que quedaba era el deber. Había dejado de ser el marido de Cara para ser su criado, que atendía todas sus necesidades y peticiones sin ninguna referencia a las emociones, como una sombra silenciosa e inescrutable.

—¿Para qué necesitas una comadrona? —le dijo él en un tono cortante—. Ya tienes un médico.

—Ya te lo he contado —dijo Cara en voz baja, esperando al otro lado de la línea telefónica la respuesta de una hipnotizadora que preparaba a mujeres para los dolores del parto—. Las comadronas se quedan contigo. Te acarician y te dan masajes y hablan contigo. Ponen todo su esfuerzo en intentar asegurarse de que tienes el bebé de forma natural. Sin cesárea. Sin episiotomía. Sin fármacos.

—Sin fármacos. —La voz de él bajó una octava, y aunque ella no lo vio, se dio cuenta de que estaba poniendo los ojos en blanco—. Yo pensaba que los fármacos serían un incentivo para ti.

Cara sonrió y luego hizo una mueca.

—Me gustan las drogas que te hacen sentir algo, Richard. Las que te dan en el parto te quitan las sensaciones. Quiero sentir cómo viene el niño. Quiero poder hacer fuerza para sacarlo.

—¿Qué quieres decir con «el niño»? ¿Te han dicho ya que es niño? Yo creía que no lo sabían con seguridad.

—No lo saben. Yo... No sé por qué he dicho «el niño». Tal vez solo... Todo el mundo dice, ya sabes, las viejas, dicen que tengo el vientre en punta.

La voz le tembló y respiró hondo. Habían llegado al mismo cruce, en la esquina de Sunset con Poinsettia, donde hacía cuatro horas que el coche fúnebre negro con alerones se había empotrado contra el coche de Cara. Ella cerró los ojos involuntariamente y tensó los hombros. Tenía los músculos doloridos de cuando se había preparado para el impacto del coche. Había soltado un chillido. Luego se había reído. Estaba viva, y la masa parecida a una medialuna de su cuerpo, la jaula de huesos fuertes recubiertos de grasa y llenos de aquella bolsa de agua marina sanguinolenta, había cumplido con su cometido. El bebé también estaba vivo.

—Este es el cruce, ¿no?

—Yo venía de comer en el Authentic. Estaba subiendo por Poinsettia.

Había sido Richard quien descubrió aquel atajo clásico por Hollywood Oeste, que eludía el tráfico hacia el norte y los semáforos de LaBrea Avenue, pocas semanas después de que se casaran y llegaran a Los Ángeles. Por entonces vivían en un bungalow diminuto de una sola habitación en la misma manzana donde estaba el Pink's. El garaje lo tenía alquilado una quiromántica que aseguraba haber aconsejado una vez a Bob Grane que moderara sus modales salvajes. Años antes, el porche había estado invadido por las buganvillas de color rosa salmón, mientras que una palmera desvencijada susurraba en el jardín de atrás y aporreaba el tejado por las noches con sus frutos no comestibles. Era otoño, la única estación que en el sur de California podía tener algún efecto duradero en las emociones. La luz del sol era intermitente y nostálgica como los recuerdos, y hacía que la ciudad se viera con mayor nitidez al tiempo que difuminaba sus contornos. Por las tardes había un matiz etéreo de pesar oriental y otoñal en el aire, que solo más tarde se enteraron de que provenía todos los años de los incendios descontrolados de las colinas. Cara tenía un trabajo de bajo nivel en una agencia de actores de segunda fila de Hollywood. Richard estaba en el paro. Todas las mañanas él la dejaba en las oficinas de Sunset Boulevard y luego se pasaba el resto del día conduciendo por la ciudad con la gruesa guía Thomas que ella le había regalado por su boda. Aunque entonces ya llevaban casi dos años siendo



amantes, a veces Richard tenía la sensación de que no conocía a Cara lo bastante como para haberse casado realmente con ella, y el pánico feliz de aquellos primeros días se veía reflejado cada vez que intentaba orientarse por aquella cuadrícula insulsa y enciclopédica de bulevares. Cuando recogía a Cara al final de la jornada los dos se iban a Lucy's o a Tommy Tang's y él le explicaba sobre el mapa la ruta que había llevado a cabo aquel día, perdido entre pozos de petróleo, palacios, áreas comerciales Hmong y un millón de pequeños bungalows como el de ellos, sumergidos entre las buganvillas. Bebían Tecate directamente de la lata y llegaban a casa justo cuando en la ventana de la quiromántica se encendía la guirnalda de lucecitas en forma de guindillas eléctricas, encima de la mano de neón con los dedos extendidos a modo de bienvenida o de reprobación. Dormían con las ventanas abiertas, bajo una colcha de verano, abrazados. Los sueños de Richard lo llevaban una vez más a El Nido, a Bel Air y a Verdugo City. Por la mañana se sentaba apoyado en una almohada, bebía café de un tazón Bauer descascarillado y miraba cómo Cara se movía por el dormitorio vestida con la parte de debajo de un traje. Llevaban cinco años viviendo en aquella casa, sin saber nada de la temperatura basal de Cara o de sus mocos vaginales. Luego se mudaron al valle y compraron una casa con espacio para tres niños y con vistas al embalse de metal resplandeciente. La guía Thomas estaba en el maletero del coche de Richard, debajo de una manta, con las tres páginas que él necesitaba más a menudo arrancadas.

—No me puedo creer que no lo vieras —dijo él—. Era un puto coche fúnebre.

Por primera vez ella notó o se permitió notar el tono irritado y quebrado de su voz, el trasfondo de rabia que siempre había estado presente pero del que sus capas de ensimismamiento, de producción celular y de hinchazón feliz la habían mantenido aislada hasta aquel momento.

—No fue culpa mía —dijo ella.

—Aun así —dijo él negando con la cabeza. Estaba llorando.

—Richard —dijo ella—, ¿estás...? ¿Qué te pasa?

El semáforo se puso verde. El coche que tenían delante permaneció inmóvil una décima de segundo. Richard le dio un porrazo a la bocina con la base de la mano.

—Nada —dijo él, y su tono volvió a ser solícito y despreocupado—. Por supuesto que te llevaré a donde tengas que ir.

La experiencia que tienen las comadronas con los padres es incidental pero sólida, como el conocimiento que tienen los granjeros de las migraciones de las aves o del comportamiento de las nubes. Dorothy Pendleton había traído al mundo a más de dos mil bebés a lo largo de su carrera, y de estos dos mil casos tal vez un millar de padres habían acompañado a las madres al menos en una visita a su despacho y unos pocos centenares más habían comparecido para llevar a cabo su misteriosa tarea el día del

nacimiento. En este último escenario en particular era donde los hombres revelaban sus caracteres, de forma rápida y nada artística. Dorothy tenía experiencia previa con maridos furiosos, atrapados, taciturnos, sarcásticos, irascibles, bloqueados, nerviosos, impasibles, desempleados, adictos al trabajo, cargados con el peso de todas las generaciones de padres furiosos que los precedían o echados a perder por la insondable acción de la mala suerte en sus corazones. Cuando hizo entrar en su despacho a Cara Glanzman y Richard Case, Dorothy percibió de inmediato el efluvio oscuro y chisporroteante que rodeaba la cabeza de Richard. Estaba sentado él solo en un confidente, encorvado, con los hombros caídos, pasando bruscamente las páginas de un ejemplar del *Yoga Journal*. Sin moverse, miró cómo Cara se levantaba y estrechaba la mano de Dorothy. Cuando Dorothy se dirigió a él, la mitad inferior de la cara de Richard sonrió de forma breve y mecánica. Su mirada sombría y hostil evitó el contacto con la de ella.

—¿No viene usted con nosotras? —dijo Dorothy con su voz cascada.

Era una mujer pequeña y gruesa, vestida con vaqueros y una camisa de hombre de raya fina y cuello Oxford cuyos faldones estaban adornados con viejas etiquetas de lavandería y salpicaduras de pintura azul. Parecía una mujer densa, inamovible, construida con materiales pesados y dotada de un centro de gravedad bajo. Unas gafas enormes de plástico, de un color rosa indeterminado y de un estilo curvilíneo y recargado que no había estado de moda desde principios de la década de 1980, le colgaban del cuello de un trozo de cordel marrón y nudoso. Tantos años de hacer equilibrios en el umbral que separa la bendición de la catástrofe la habían hecho sensible a todos los finos matices de la emoción familiar, pero era incapaz de manejarlos sin una precisión carente de diplomacia. Se volvió hacia Cara.

—¿Hay algún problema?

—No lo sé —dijo Cara—. ¿Richie?

—¿No lo sabes? —dijo Richard. Parecía genuinamente asombrado. Pero seguía sin moverse de su asiento—. Por Dios. Sí, Dorothy, hay un pequeño problema.

Dorothy asintió, mirando primero a uno y luego al otro, esperando alguna clase de explicación que no llegaba.

—Cara —dijo finalmente—. ¿Esperabas que Richard te acompañara en tu cita?

—No... Bueno, no. Iba a venir yo sola. —Se encogió de hombros—. Tal vez esperaba... Pero sé que no es justo.

—Richard —dijo Dorothy con toda la amabilidad que pudo—. Estoy segura de que quieres ayudar a Cara a tener este bebé.

Richard asintió con la cabeza y luego siguió asintiendo. Respiró hondo, dejó la revista y se puso de pie.

—Estoy seguro de que es mi deber —dijo.

Entraron en la sala de reconocimientos y Dorothy cerró la puerta. Ella y otra

comadrona compartían tres habitaciones pequeñas en la tercera planta de un viejo edificio de ladrillo en una manzana insípida de Melrose Avenue, al oeste de la Paramount. La otra comadrona tenía conocimientos New Age, que a Dorothy le parecían simpáticos aunque no los compartiera. La sala estaba decorada con fotografías de embarazadas desnudas y con dibujos y pinturas que representaban el parto y el nacimiento desde el punto de vista de distintas culturas y países, muchos del Tercer Mundo, donde las largas tradiciones de la partería nunca se habían interrumpido. Debido a que tanto la madre de Dorothy como su abuela habían sido comadronas, en un pueblecito de las afueras de Texarkana, su sentido de la tradición era inconsciente y no tenía nada de milenarista. Sabía mucho de hierbas y de las emociones de las madres, pero no tenía una fe especial en los cristales, en la meditación, en la visualización creativa ni en la sabiduría inherente de las sociedades preindustriales. Veinte años de vida en la Costa Oeste no habían librado su actitud hacia el embarazo y el parto de un aire esforzado de criadora de animales típico del este de Texas. Le indicó a Richard un sillón raído de quinta mano cubierto de herculón dorado, situado debajo de un póster de la diosa Cibeles donde esta tenía el remolino lechoso del cosmos en su vientre. Ayudó a Cara a subirse a la camilla de reconocimientos.

—Probablemente debería haberte dicho algo antes —dijo Cara—. Este bebé no es de Richard.

Richard tenía las manos apoyadas en las rodillas. Miró las margaritas amarillas alargadas y distorsionadas que había impresas en la tela de los leotardos de Cara, con los hombros encorvados y una sombra en la mandíbula.

—Entiendo —dijo Dorothy. Se arrepintió de haber sido tan brusca con él antes, aunque ahora ya no se podía hacer nada al respecto y ciertamente no podía garantizar que no iba a volver a serlo. Su compasión por los maridos estaba circunscrita necesariamente a la necesidad simple de conservar sus energías para las protagonistas de su línea de trabajo—. Eso es duro.

—Es más que duro —dijo Cara—. Porque, ¿sabes? Me violaron. Me violó el Violador del Embalse, seguro que te acuerdas. —Bajó la voz—. Derrick James Cooper.

—Oh, Dios mío —dijo Dorothy. No era la primera vez que aquellas circunstancias se presentaban en su consulta, pero eran ciertamente poco comunes. Hacía falta una clase especial de mujer, una mujer que estuviera en uno de los extremos absolutos del espectro entre la esperanza y la desesperación, para sacar adelante a un niño a partir de un comienzo como aquel. Pero no tenía ni idea de qué clase de marido hacía falta—. Lo siento por los dos, Cara. —Abrió los brazos y dio un paso hacia la madre, que apoyó la cara en su hombro— Richard.

Dorothy se giró hacia él, sin esperar que Richard aceptara un abrazo de ella pero

obligada por su corazón y por su sentido de la propiedad a ofrecerle uno.

Él se la quedó mirando, mordiéndose el labio inferior, y la furia que ella vio en sus ojos la hizo acercarse un paso a Cara, al bebé que llevaba en el vientre y que él odiaba de forma evidente con una pasión que en calidad de hombre decente no podía permitirse admitir.

—Estoy bien —dijo él.

—No entiendo cómo puedes estar bien —dijo Dorothy—. Esa criatura es hija de un monstruo que violó a tu mujer. ¿Cómo puede ser que eso te parezca bien? A mí no me lo parecería.

Sintió que Cara se ponía tensa. El zumbido del aire acondicionado llenaba la sala.

—Aun así creo que paso del abrazo —dijo Richard.

El reconocimiento continuó. Cara le mostró a Dorothy el hemisferio pálido de su vientre. Se reclinó y abrió las piernas, y Dorothy, con la mano enguantada, introdujo la mano dentro de ella e investigó el estado de su cuello uterino. Dorothy tomó la presión sanguínea de Cara, le comprobó el pulso y la ayudó a subirse a la balanza.

—Estás perfecta —anunció Dorothy mientras Cara se vestía sola—. Tú sigue haciendo todas las cosas que me decías que estás haciendo. Tu bebé también va a estar perfectamente.

—¿Qué cree que es? —dijo Richard, hablando por primera vez desde el principio del reconocimiento.

—¿Qué es? ¿Te refieres al sexo?

—Con los ultrasonidos no lo averiguaron. O sea, sé que no hay forma de estar seguros del todo, pero he pensado que como es usted una comadrona, tal vez tenga una forma mística secreta de saberlo.

—De hecho, nunca me equivoco en eso —dijo Dorothy—. O tan pocas veces que viene a ser como no equivocarse nunca.

—¿Y?

Dorothy le puso la mano derecha en la barriga a Cara. Tenía el vientre en punta, lo cual indicaba según la tradición que la criatura era niño, pero aquello no tenía nada que ver con la sensación que tuvo Dorothy de que no había duda de que la criatura era niño. No era más que una sensación. Dorothy no veía nada místico en ello.

—Es un niño. Un chico.

Richard negó con la cabeza, con la cara fruncida, y dejó escapar una bocanada suave y triste de aire entre los dientes. Ayudó a Cara a ponerse de pie y le dio su bolso.

—Hijo del monstruo —dijo—. Hombre lobo júnior.

—Solamente me he equivocado una vez o dos —dijo Dorothy en voz baja, e intentó cogerle la mano.

Él volvió a esquivar su contacto.

—Yo casi preferiría una niña —dijo él.  
—Las niñas son geniales —dijo Dorothy.

Cara salía de cuentas el 5 de mayo. Como el niño todavía no había venido el 12, fue a Melrose a ver a Dorothy, que le palpó el abdomen, le masajeó el perineo con aceite de jojoba y le dijo que doblara la dosis de una tintura asquerosa de cimifuga azul y negra que Cara llevaba una semana tomando.

—¿Cuánto tiempo tardarás en tomar medidas? —dijo Cara.

—Eso no va a pasar —dijo Dorothy.

—Pero si pasara. ¿Cuánto tiempo?

—Tendría que tomar cartas en el asunto pasadas dos semanas. Pero no te preocupes. Tu cerviz está abierta en un setenta y cinco por ciento. Dentro de ti todo va de perlas. No vas a tardar dos semanas más.

El 15 de mayo y otra vez el 17, Cara y una amiga fueron en coche a Laurel Canyon a cenar a un restaurante cuya ensalada de la casa tenía la reputación local de contener una hoja misteriosa que hacía parir a las mujeres. El 18, Dorothy se reunió con Cara en la consulta de su tocólogo en Hollywood Oeste. Se llevó a cabo un monitoreo fetal sin estrés. Se evaluó el estado de su saco amniótico y de sus contenidos. El médico guardó silencio todo aquel rato, y a Cara le pareció que sus modales para con Dorothy eran sardónicos y fríos. Sospechó que habían estado hablando los dos antes de que ella llegara o que estaban esperando a que ella se marchara para hacerlo. Mientras se preparaba para ir a ver a su siguiente paciente, el médico aconsejó a Cara que programara una inducción para el día siguiente.

—No conviene que el bebé siga creciendo.

Y salió.

—Te doy un par de días más —dijo Dorothy, en tono seco y despreocupado pero con semblante grave—. Pero me estoy arriesgando.

Cara asintió. Se puso los pantalones negros de cintura holgada comprados en CP Shades y la blusa negra a juego que había estado llevando durante las dos últimas semanas, aunque dos de los botones estaban medio sueltos. Metió los pies en sus alpargatas negras y raídas. Se quitó la cinta del pelo, agitó el pelo y se la volvió a poner. Suspiró y volvió a asentir. Se miró el reloj. Luego rompió a llorar.

—No quiero que me provoquen el parto —dijo ella—. Si lo hacen voy a necesitar fármacos.

—No necesariamente.

—Y probablemente me acabarán haciendo una cesárea.

—No hay razón para pensarlo.

—Esto ya empezó como algo fuera de mi control, Dorothy. No quiero que acabe así también.

—Todo empieza así, cariño —le dijo Dorothy—. Y también termina así.

—Esto no.

Dorothy rodeó a Cara con el brazo y permanecieron así sentadas, codo con codo en la camilla de reconocimientos. Dorothy usaba su cuerpo robusto y sus nervios de acero para reconfortar a los pacientes y no solía recurrir a las palabras de alivio. Se pasó Varios minutos sin decir nada.

—Vete a casa —dijo por fin—. Llama a tu marido. Dile que necesitas sus prostaglandinas.

—¿A Richie? —dijo Cara—. Pero él... No puede. No querrá.

—Dile que esta es su gran oportunidad —dijo Dorothy—. Me imagino que hace mucho tiempo.

—Diez meses —dijo Cara—. Por lo menos. A menos que haya estado con otra, claro.

—Llámalo —dijo Dorothy—. Vendrá.

Richard se había marchado de casa cuando Cara estaba en su semana treinta y cinco. Desde el principio de sus problemas no había existido un momento decisivo de ruptura, no había habido un tiroteo retórico ni tampoco Richard había tomado decisión alguna. Se había limitado a pasar períodos más y más largos fuera de casa, levantándose mucho antes del amanecer para correr como todas las mañanas alrededor del embalse, donde se había escrito la primera línea del epitafio de su matrimonio, y llegando a casa por las noches mucho después de que Cara se fuera a dormir. En la semana treinta y cuatro le había llegado una oferta para filmar un anuncio en Seattle. El rodaje iba a durar ocho días. Después de aquello Richard ya no volvió a casa. El día que Cara salía de cuentas, había llamado para decir que estaba de vuelta en Los Angeles y que se alojaba en la casa de su hermano mayor Matthew en Camarillo. Él y Matthew no se habían llevado bien de niños y ya de adultos se habían pasado siete años y medio sin hablarse. El hecho de que Richard hubiera acudido a él ahora en busca de ayuda llenó a Cara de lástima postergada hacia su marido. Estaba durmiendo en un garaje a medio convertir en vivienda detrás de la casa de Matthew, compartiendo espacio con el huraño hijo adolescente de este, Jeremy.

—No llega a casa hasta muy tarde, tía Cara —le dijo Jeremy cuando llamó aquella tarde desde la consulta del médico—. Como a la una o las dos.

—¿Y puedo llamar a esa hora?

—Pues claro. Eh, ¿has tenido ya el bebé?

—Lo estoy intentando —dijo Cara—. Por favor, dile que me llame.

—Claro.

—A la hora que sea.

Fue a Las Carnitas a cenar. Unos mariachis ambulantes entraron y le dieron la

serenata bajo su manto mágico de soledad y gordura. Se quedó mirando su plato y se comió una décima parte de la comida que había en él. Fue a casa y pasó unas horas recortando artículos de *American Baby* y comprando artículos para la primera infancia de catálogos de venta por teléfono por valor de quinientos doce dólares. A las diez programó el despertador para la una y media y se fue a la cama. A la una la despertó de su letargo intranquilo un sueño en el que una criatura sombría e hirsuta, bípeda y encorvada, que incluso dentro del mismo sueño ella sabía que era una representación de Derrick James Cooper, estaba montada en un enorme guitarrón y se dedicaba a golpearlo contra el suelo.

Cara se incorporó de golpe, con el aliento oliéndole a ajo, escuchando dentro de su cuerpo los ecos cada vez más débiles del tañido de una enorme cuerda interior.

Sonó el teléfono.

—¿Qué pasa, Cara? —dijo Richard por enésima vez. Su voz era tenue y estaba llena de fatiga—. ¿Estás bien?

—Richie —dijo ella, aunque no era aquello lo que había querido decir—. Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos.

—No, yo... Richie. No quiero hacer esto sin ti.

—¿Vas a tener el bebé? ¿Te has puesto de parto?

—No lo sé. Es posible. Pero he sentido algo. Richie, ¿no podrías venir?

—Estaré allí dentro de una hora —dijo él—. Espérame.

Durante la hora siguiente Cara esperó una reverberación o una renovación de la punzada que la había despertado. Se sentía extraña. Le dolía la espalda y tenía el estómago revuelto y acidez. Masticó un Gaviscon y yació recostada en la cama, escuchando a ver si oía el coche de Richard. Su marido llegó exactamente una hora después de colgar el teléfono, vestido con unos vaqueros raídos y un jersey holgado, deformado y de color hígado que le había hecho ella al principio de su matrimonio.

—¿Alguna novedad? —dijo él.

Ella negó con la cabeza y rompió a llorar otra vez. Él se le acercó, y tal como había hecho tantas veces durante el último año, la abrazó, de forma un poco rígida, como si tuviera miedo del contacto con su barriga, le dio unas palmaditas en la espalda y le dijo en voz baja que todo iría bien.

—No es verdad, Richie. Van a tener que abrirme. Lo sé. Todo empezó con violencia. Y supongo que ha de terminar igual.

—¿Has hablado con Dorothy? ¿No hay algún, no sé, alguna clase de cosa rara de comadrona que puedan hacer? ¿Alguna raíz que puedas masticar o algo parecido?

Cara lo cogió por los hombros y lo apartó de ella para poder mirarlo a los ojos.

—Prostaglandinas —dijo ella—. Y tú las tienes.

—¿Yo? ¿Dónde?

Ella le miró la entrepierna, intentando darle al gesto una importancia lenta y humorística a lo Mae West.

—Eso no puede ser seguro —dijo Richard.

—Lo ha prescrito Dorothy.

—No sé, Cara.

—Es mi única esperanza.

—Pero tú y yo...

—Vamos, Richie. No pienses en ello como sexo, ¿vale? Imagina que es un aplicador, ¿vale? Un sistema de aplicación de prostaglandinas.

Él suspiró. Cerró los ojos y se frotó la cara con las palmas de las manos como si así le fuera a insuflar algo de vida y de circulación sanguínea. La piel de alrededor de sus ojos parecía papel crepé y estaba pálida como un billete de dólar gastado.

—Caray, qué excitante —dijo.

Se quitó la ropa. En los últimos meses había perdido doce kilos y pudo ver el asombro con que Cara se daba cuenta. Se quedó un momento de pie, a un lado de la cama, sin saber muy bien qué hacer. Ella llevaba una eternidad protegiendo su cuerpo, escondiéndolo bajo ropa holgada, impidiendo que él entrara en el baño mientras ella se duchaba o iba al retrete y estremeciéndose y apartándose instintivamente de cualquier contacto de sus manos salvo el más suave y solícito. Cuando ella era relativamente esbelta y resultaba relativamente familiar, él no había sabido cómo tocarla. Ahora que ella se extendía debajo de él, resplandeciente e inmensa, él se sentía incapaz de emprender la tarea.

Cara llevaba un pantalón de chándal y una camiseta talla extragrande con la cara de Gali Karpas, la estrella israelí del kung fu, y las palabras ZONA LETAL. Se bajó el pantalón hasta los tobillos y se levantó la camiseta por encima de la cabeza. Su sujetador tenía la estructura de un puente de suspensión, blindado, un sujetador de abuela. Aquello la llenó de vergüenza. Bajo la mirada no del todo familiar de su marido, todo lo que tuviera que ver con su cuerpo la llenaba de vergüenza. Sus pechos, moteados y cubiertos de venas, se desplomaron y yacieron relucientes sobre el enorme arco lunar de su barriga, hendidos por algún codo o rodilla diminutos. De su vello púbico brotaban rizoides, y una gruesa pelambreira negra le oscurecía los muslos y el abdomen casi hasta el ombligo.

Richard se sentó y se quedó mirándole el vientre. Allí dentro había un juego completo de huesos en miniatura, un corazón, un cerebro plisado y cargado de pensamientos inimaginables. Al cabo de pocas horas o de un día, el conducto en el que estaba a punto de entrar sería ensanchado, usado y habitado por el testigo ciego, mudo y desconocido de aquel acto. La idea lo excitó.

—Guau —dijo Cara mirándole otra vez la entrepierna—. No te lo pierdas.

—Esto es raro.



—¿Desagradable?

Ella miró a Richard y en su cara leyó la conclusión inevitable de que la presencia del hijo de otro hombre había alterado tan completamente el cuerpo de ella que ahora a su marido le resultaba del todo irreconocible. Una desconocida, llevando a un desconocido en su seno, le había pedido que se acostara con ella.

—Túmbate —dijo él—. Te haré lo que me pides.

—Hay lubricante en el cajón.

—No nos va a hacer falta.

Ella se apoyó en los codos y se tumbó, con las piernas abiertas, mirándolo. Él extendió los brazos, con cuidado, y miró cómo sus propias manos inspeccionaban la piel tensa y luminosa de su vientre.

—Deprisa —dijo ella al cabo de un minuto—. No te alargues demasiado.

—¿Te duele?

—Tú... Por favor...

Creyendo que ella necesitaba lubricación después de todo, Richard miró en el cajón de la mesilla de noche. Estuvo un momento buscando a tientas el frasco del lubricante. Un instante antes de girarse para mirar lo que estaba haciendo su mano, su dedo corazón golpeó contra la punta del cúter que Cara había estado usando para recortar artículos sobre irritación y aftas de los pezones. Soltó un grito.

—¿Te has corrido?

—Hum... sí —dijo él—. Pero sobre todo me he hecho un corte en la mano.

Era un corte largo y profundo del que manaba sangre de forma rítmica. Después de una hora con hielo y aplicándole presión no consiguieron hacer que dejara de sangrar, y Cara dijo que sería mejor que fueran a urgencias. Envolvió el corte en medio rollo de venda y lo ayudó a vestirse. Luego se vistió ella y lo siguió a la entrada para coches.

—Cogeremos el Honda —dijo ella—. Conduzco yo.

Salieron a la calle. El cielo permanecía cubierto por una niebla baja, que resplandecía en tonos anaranjados como si estuviera iluminada desde dentro y llevaba consigo un olor a sal y a acera mojada. En la calle no había nadie y no se oía nada más que el murmullo de la autopista de Hollywood. Cara le abrió la portezuela a Richard y lo llevó en el coche hasta el hospital más cercano, que no era precisamente conocido por la calidad de sus servicios.

—Entonces, ¿ha sido el mejor polvo de tu vida o qué? —le preguntó ella, riendo, mientras esperaban en un semáforo en rojo.

—Te diré una cosa —dijo él—. No ha sido el peor.

El guardia de seguridad que estaba en la puerta del servicio de urgencias llevaba casi tres años trabajando en aquel turno y durante aquel tiempo había visto las suficientes

heridas y el suficiente dolor de la ciudad de Los Angeles como para quedar inmóvil, sonriente y prácticamente inerte. A las 2.47 de la madrugada del 20 de mayo, un Honda Accord blanco paró frente a la puerta, conducido por una mujer inmensamente embarazada. El guardia, cuyo turno terminaba dentro de una hora, no dejó de sonreír. Estaba acostumbrado a ver mujeres embarazadas que llegaban conduciendo ellas mismas para tener sus bebés. No era una conducta aconsejable, cierto, pero aquel era un lugar al que todas las conductas desaconsejables del mundo llegaban a toda prisa para dar su fruto previsible. Luego un hombre, claramente su marido, se apeó del lado del pasajero y pasó cabizbajo junto al guardia. Las puertas correderas de cristal se abrieron con un susurro para dejarlo entrar. La mujer embarazada dirigió el coche al aparcamiento.

El guardia frunció el ceño.

—¿Algún problema? —le preguntó a Cara cuando reapareció, con pasos lentos y contemplativos, con el brazo derecho enjarras y la mano derecha apretándose la cadera como si le doliera.

—Acabo de tener una contracción fuerte —dijo ella. Se limpió el sudor de la frente con ademán teatral—. Guau. —Lo dijo en un tono feliz pero al guardia le pareció que estaba asustada.

—Bueno, pues está usted en el sitio adecuado.

—La verdad es que no —dijo—. Tendría que estar en el Cedars. ¿Hay una cabina?

El guardia la llevó a la izquierda del mostrador de admisiones. Ella entró andando pesadamente y llamó a Dorothy.

—Creo que estoy de parto —dijo ella—. O no. No lo sé.

—Sigue hablando —dijo Dorothy.

—Solamente he tenido tres contracciones.

—Ajá.

—Las contracciones duelen.

—Sí.

—Pero mucho.

—Ya lo sé. Sigue hablando.

—Llamo desde urgencias. —Dio el nombre del hospital—. Richard se ha hecho un corte en la mano. Ha... venido a casa y... hemos...

Una plancha de metal candente le dio un latigazo en el abdomen. Cara se tambaleó hacia un lado. Recuperó el equilibrio y se quedó medio acuclillada junto al cubículo del teléfono, con el auricular en la mano, mirando el suelo. Estaba tan asombrada por la repentina arrogación por parte de su útero de todos los canales sensoriales de su cuerpo para sus propios fines que, igual que antes, se olvidó de combatir o de superar la contracción con las técnicas de respiración y relajación que

le habían enseñado. Dejó que el dolor la permeara y habitara en ella y rezó con fervor infantil para que se marchara. El linóleo que pisaba era de color ocre con motas rosadas y grises. Olía a ceniza y a pino. Cara era consciente de que del teléfono salía la voz de Dorothy, aconsejándole que relajara la mandíbula, los hombros y las caderas. Luego la contracción la abandonó, tan de repente como había llegado. Cara se puso de pie. Le dolían los dedos con que estaba cogiendo el auricular. Sentía un abanico creciente de dolor en la zona lumbar. Por lo demás se sentía perfectamente bien.

—Estás de parto —dijo Dorothy.

—¿Estás segura? ¿Cómo lo sabes?

—Te lo noto en la voz, cariño.

—Pero si no estaba hablando. —Aunque mientras estaba diciendo aquello podía oír un eco de su propia voz un momento antes, diciendo: «Vale, vale, vale».

—Tardo veinte minutos —dijo Dorothy.

Cuando Cara encontró a Richard, lo estaba atendiendo un enfermero, un hombre negro y corpulento cuya placa identificativa decía COLEY pero que se presentó a sí mismo como Nordell. El pelo de Nordell estaba elaboradamente trenzado y bordado con cuentas. Tenía las manos bien cuidadas y las uñas pintadas con puntas francesas. Estaba fingiendo que encontraba atractivo a Richard, o bien fingiendo que lo fingía. Su pulso era firme y sus suturas avanzaban por la yema hinchada de Richard tan ordenadamente como una hilera de hormigas. Richard estaba pálido y parecía preocupado. Estaba fingiendo que Nordell le hacía gracia.

—No te preocupes, querida, ya le he echado una buena bronca por ti —le dijo Nordell a Cara cuando esta entró en la sala de reconocimientos—. Mira que cortarse en la mano cuando estás a punto de tener un bebé. Le he dicho: «Encanto, esta no es tu ópera».

—Tiene mucho morro —dijo Cara.

—Por Dios bendito, mírate. Qué gorda. ¿Cómo cabes al volante de tu coche?

Richard se rió.

—Tú te callas. —Nordell hizo otra incisión en el dedo de Richard y luego hizo pasar el hilo por ella—. ¿Cuándo sales de cuentas?

—Hace dos semanas.

—Ajá. —Miró a Richard con el ceño fruncido—. Como si ella no tuviera ya bastantes preocupaciones como para que tú vayas clavándote un puñetero cúter en el dedo.

Richard volvió a reírse. Parecía a punto de vomitar.

—¿Habéis elegido un nombre?

—Todavía no.

—¿Sabéis qué es?

—No —dijo Cara—. Las piernas del bebé no nos lo han dejado ver. Pero a Richard le gustaría una niña.

Richard la miró. Al entrar ella en la sala, él vio que le había cambiado la cara, que la palidez pecosa y la fatiga de las últimas semanas había dado paso a un rubor y a un lustre de excitación que podían deberse a la felicidad o bien a la aprensión.

—Venga —dijo Nordell—. ¿No quieres un hijo que crezca y acabe siendo como tú?

—Eso estaría bien —dijo Richard.

Cara cerró los ojos. Se acarició la barriga con las manos. Se meció sobre los talones y se desplomó al suelo. Nordell dejó sus pinzas de sutura y se quitó los guantes. Se agachó junto a Cara y le puso una mano en el hombro.

—Vamos, cariño, sé que has estado tomando clases de respiración. Así que respira. Vamos.

—Oh, Richie.

Richard se sentó en la mesa y miró cómo Cara empezaba a parir. No había asistido más que a la primera de las clases de parto y no tenía ni idea de qué se esperaba de él ni de qué le correspondía hacer. Esto no solamente era aplicable al proceso de alumbramiento, sino a todos los deberes y detalles principales de la paternidad en sí. La violación, la concepción, el crecimiento de la placenta, la alimentación y el cobijo de la criatura en la oscuridad, en su hamaca de vasos sanguíneos entretejidos, nutriéndose de un brebaje secreto... todo aquello había tenido lugar sin que él tuviera nada que ver. Hasta aquel momento se había tomado increíblemente a pecho el hecho simple e inalterable de aquella violación. Así era como había impedido que surgieran en su mente las preguntas y dudas habituales de los futuros padres. Durante una temporada, es cierto, había mantenido una tenue esperanza que la criatura fuera niña. Se imaginaba vagamente un par de piernecitas flacas y unos pies calzados en zapatillas deportivas altas de color rosa, sujetándose del revés de una barra horizontal y con el dobladillo del vestido tapando convenientemente la cara. Cuando Dorothy había declarado con tanta seguridad que el bebé era niño, sin embargo, Richard había sentido una especie de alivio funesto. En aquel momento la criatura había dejado de existir para él: ya no era más que el hijo del violador de Cara, con la sangre enturbiada por la misma zarza corrosiva de cromosomas. En los últimos diez meses ni una sola vez se había imaginado sosteniendo a todo un ser humano con el antebrazo, no había sopesado las profundidades y los enigmas de su relación con su propio padre, no había sufrido el temor nocturno al futuro que acosa a un hombre cuya mujer embarazada duerme a su lado con respiración pesada. Ahora que se acercaba el momento del nacimiento, no tenía ni idea de qué hacer consigo mismo.

—Ven aquí —le dijo Nordell—. Cógele la mano a esta pobre chica.

Richard se bajó deslizándose de la camilla y se arrodilló junto a Cara. Se la llevaron en silla de ruedas a admisiones, con el bolso sobre las rodillas. Cuando Richard la alcanzó, un voluntario la estaba metiendo en el ascensor.

—¿Adónde vamos? —dijo Richard.

—A partos —dijo el voluntario, un hombre mayor con un aparato para la sordera y el bulto de un paquete de cigarrillos en el bolsillo—. Cuarta planta. ¿No ha visitado el sitio?

Richard negó con la cabeza.

—Este no es nuestro hospital —dijo Cara—. Hicimos la visita en el Cedars.

—Ojalá la hubiera hecho —dijo Richard sorprendiéndose a sí mismo.

Cuando la enfermera de entrada de partos examinó a Cara, se encontró con que tenía la cerviz abierta al cien por cien y estaba casi ocho centímetros dilatada.

—Guau —dijo—. Vamos a sacarle a ese bebé.

—¿Aquí? —dijo Cara, consciente de que estaba hablando de forma infantil—. Pero es que yo...

—Nada de peros —dijo la enfermera—. Ya tendrá el siguiente en el Cedars.

A Cara le pusieron a toda prisa un camisón de color verde alga y la llevaron en camilla a lo que tanto ella como la enfermera se refirieron como la sala de partos. Se trataba de una sala amplia decorada para parecer una suite júnior de un hotel de aeropuerto, de color gris claro y lavanda, con muebles laminados en roble y pósters en las paredes que anunciaban plácidamente sesiones pasadas del Festival de Música de Cámara de Santa Fe. El sitio olía a aire acondicionado de hospital, sin embargo, y la cama estaba tan rodeada de equipo de diagnósticos, y había tantos cables y brazos y monitores, que la sala acababa pareciendo pequeña y el efecto de pseudolujo se echaba a perder. Con todos los aparatos y los cables rodeando a Cara, a Richard la sala le pareció casi idéntica a un plató.

—Nos hemos olvidado de traer una cámara —dijo—. Tendría que sacar fotos de esto, ¿no?

—En la segunda planta hay una máquina expendedora —dijo la enfermera de partos, levantándole las piernas a Cara hasta el pecho y separándoselas. Los labios externos estaban hinchados y se habían puesto tan oscuros como una mancha de tabaco, y la raja de en medio era de color rosa y brillante como un chicle—. Vende cosas como peines y pasta de dientes. Y creo que tienen cámaras de esas que se tiran.

—¿Tengo tiempo?

—Es probable. Pero nunca se sabe.

—Cara, ¿quieres fotos de esto? ¿Voy? Puedo volver enseguida. ¿Cara?

Cara no contestó. Se había sumergido en el mundo de sus contracciones, con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y la frente brillante por el dolor y la concentración como la frente de Cristo en una escena de crucifixión.

La enfermera había perdido interés en Richard y en la cuestión de la cámara. Con una mano tenía agarrada la mano de Cara y con la otra le estaba acariciando el pelo. Sus caras estaban muy juntas y la enfermera le estaba susurrando algo. Cara asintió, se mordió el labio y soltó una risotada furiosa. Richard no se movió. Sentía que tenía que estar ayudando a Cara, pero la enfermera parecía tenerlo todo bajo control. No había nada que él pudiera hacer y no había sitio junto a la cama.

—Ahora vuelvo —dijo.

Se perdió de camino a la segunda planta y cuando llegó se volvió a perder buscando la máquina expendedora. La encontró zumbando en un pasillo delante de la cafetería, junto al lavabo de hombres. Tenía un panel alto de cristal y un carrusel que giraba cuando uno pulsaba un botón. Contenía un surtido de artículos de higiene íntima, además de unos cuantos juegos y artículos para niños aburridos. Quedaba una sola cámara. Richard metió un billete de veinte dólares en la máquina y no recibió nada de cambio.

Cuando regresó a la sala se quedó con los dedos en el pomo. Estaba frío y seco y le dio una descarga de estática al cogerlo. A través de la puerta oyó a Cara decir «Mierda» con una tranquilidad que lo asustó. Soltó el pomo.

Se oyó un chirrido de suelas de goma, rápido y firme. Dorothy Pendleton se le acercaba corriendo por el pasillo. Se había puesto una bata de quirófano rosada encima de la ropa de calle. Le quedaba prieta en el pecho y de la cintura le colgaba un faldón con la etiqueta de la lavandería. Mientras corría hacia donde él estaba, Dorothy se iba recogiendo el pelo detrás de la cabeza, llenándose de horquillas por el camino.

—Ha venido —dijo—. Bien por usted.

A Richard le sorprendió descubrir que se alegraba de ver a Dorothy. Parecía concentrada pero no nerviosa, tenía las mejillas ruborizadas y estaba plenamente alerta. Despedía un olor agradable a café con azúcar. Echada al hombro llevaba una bolsa grande de piel forrada de un patchwork gastado de trozos viejos de kilims. Embutido entre los tubos de aceite de jojoba y los instrumentos médicos, vio un ejemplar enrollado de *Racing Form*.

—Sí, bueno, me alegro, ya sabe, de que mi esperma finalmente sirviera para algo —dijo.

Ella asintió y se inclinó hacia la puerta.

—Buen esperma —dijo.

Dorothy se daba cuenta de que él necesitaba algo de ella, alguna revelación de su sabiduría de comadrona, un par de manos que lo arrancaran de nalgas e hipóxico de vuelta al resplandor y el clamor del mundo. Pero ya había desperdiciado suficiente atención en él, así que buscó a tientas el pomo de la puerta.

En aquel momento vio la cámara de cartón de veinte dólares que él llevaba en la

mano. Por alguna razón la conmovió el que él hubiera encontrado una cámara detrás de la cual esconderse.

Se detuvo. Se lo quedó mirando. Le puso un dedo en el pecho.

—Mi padre era sheriff en el condado de Bowie, Texas —le dijo.

Él dio un paso hacia atrás y se quedó mirando el dedo. Luego volvió a levantar la vista.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que entre usted en la puñetera sala, ayudante —dijo, y abrió la puerta.

Lo primero que oyeron fueron los rápidos latidos del corazón del bebé en el monitor fetal. La simpleza de su mensaje inundaba la sala, retumbando como martillazos sobre hojalata.

—Llega justo a tiempo —dijo la enfermera de partos—. Está asomando la cabeza.

—Dorothy. Richie. —Cara torció la cabeza hacia ellos, con las mejillas cubiertas de lágrimas y de rizos mojados, los ojos rojos, la cara hinchada y con aspecto amoratado. Era la misma cara que había tenido después del ataque en el lago Hollywood, aturdida por el dolor, buscando la mirada de él—. ¿Adónde has ido? —le preguntó en tono furioso—. ¿Adónde has ido?

Él sostuvo la cámara en alto con expresión bovina.

—¡Joder! ¡No vuelvas a marcharte!

—Lo siento —dijo él. Entre las piernas de Cara había aparecido un círculo oscuro de pelo, rodeado del anillo rosado y llameante de sus labios vaginales dilatados—. ¡Lo siento!

—Ponedle una bata —le dijo Dorothy a la enfermera—. Él va a coger al bebé.

—¿Qué? —dijo Richard. Sentía que tenía que tranquilizar a Cara—. Mejor que no.

—Mejor que sí —dijo Dorothy—. Póngase una bata.

La enfermera cambió de sitio con Dorothy al pie de la cama y cogió a Richard del codo. Le quitó la cámara envuelta en plástico de la mano.

—¿Por qué no me da eso? —dijo ella—. Usted póngase la bata.

—Ya me he lavado las manos —dijo Richard, un poco presa del pánico.

—Eso está bien —dijo Dorothy—. Ahora puede hacerlo otra vez.

Richard se lavó las manos con un jabón marrón que le escoció en la nariz y regresó a la sala. Dorothy estaba manipulando los controles de la cama, levantando el respaldo, ayudando a Cara a adoptar una posición más erguida. Cara susurró algo.

—¿Qué pasa, cariño? —dijo Dorothy.

—He dicho: «Richard, yo también lo siento».

—¿Qué es lo que sientes? —dijo Dorothy—. Buen Dios.

—Todo —dijo Cara. Y luego—: Oh.

Gruñó, gimió con la boca cerrada y movió bruscamente la cabeza de un lado a otro. Se puso a emitir entre dientes bocanadas sibilantes de aire. Dorothy miró el monitor.

—Es grande —dijo—. Vamos allá.

Le hizo un gesto a Richard para que se pusiera a su lado. Richard vaciló.

Cara agarró las barandillas de los lados de la cama. Con el cuello arqueado hacia atrás. Un gemido se inició en lo más hondo de su pecho y se fue volviendo agudo a medida que ascendía hasta emerger de sus labios en forma de chillido breve, entrecortado y seco.

—¡Ups! —dijo Dorothy, retirando los brazos—. ¡Viene boca arriba! ¡Atención! —Se volvió hacia Richard, sosteniendo en las manos algo sucio y purpúreo que sobresalía del cuerpo de Cara—. Venga, muévase. Encárguese de esto.

Richard se acercó a la cama y vio que Dorothy tenía la cabeza del bebé apoyada en las anchas palmas de las manos. La criatura tenía una espesa mata de pelo negro. Los ojos muy abiertos, grandes y oscuros, con las pupilas invisibles, mirándolo directamente a él, o eso le pareció a Richard. No tenía los ojos adormilados, ni tampoco los párpados hinchados. Richard no creía que nadie lo hubiera mirado así nunca, sin emoción, sin juzgarlo. Lo invadió la conciencia de un evento enorme e irrevocable. Diez meses de miedo y añoranza lo abrumaron de golpe. En su vida le habían pasado cosas terribles. Otras veces, remontándose a las tardes interminables de su infancia, había experimentado una sensación de calma optimista que no parecía del todo infundada en la naturaleza de las cosas. En los días venideros no le esperaba más que la misma progresión desigual de desastre y satisfacción. Y ahora le pareció que todos aquellos momentos, pasados y futuros, se concentraban en aquella mirada diminuta, negra y sin pupilas.

Dorothy colocó los dedos a ambos lados de los hombros del bebé. Sus movimientos eran bruscos, firmes y nada delicados. A Richard le recordaron a los movimientos de un cocinero o de un alfarero. La mujer respiró hondo, miró a Cara y luego le dio media vuelta al niño, haciéndolo girar noventa grados.

—Ahora —dijo—. Deme sus manos.

—No hay que cogerlo al vuelo ni nada, ¿verdad? —dijo él—. Supongo que es fácil de sostener.

—Qué más quisiera usted —dijo Dorothy—. Póngase aquí, ande.

Ella le cambió el sitio y dio un paso atrás. Cogió las muñecas de Richard y le puso las manos sobre la cabeza del bebé. La cabeza estaba caliente y pegajosa.

—Espere la siguiente contracción, papá. Aquí viene.

Él esperó, mirando la cabeza del bebé, después Cara gruñó y el último trozo de tallo que unía al bebé con el útero pareció partirse. Con un ruido húmedo de succión, el niño entero salió despedido a las manos de Richard. Él lo cogió, casi sin pensarlo.



La enfermera y Dorothy aplaudieron. Cara rompió a llorar. La piel del bebé era del color de la leche desnatada, sucia, reluciente y salpicada de motas de color rojo oscuro. Tenía los hombros y la espalda cubiertos de un vello fino, apelmazado y reluciente. Movi6 la mandíbula diminuta, husmeando y aspirando con voracidad las primeras bocanadas crudas de aire.

—¿Qué es? —dijo Cara—. ¿Es niño?

—Guau —dijo Richard, sosteniendo al bebé en alto para enseñárselo a Cara—. Mira.

Dorothy asintió.

—Tienes un hijo, Cara —dijo. Cogió al bebé de las manos de Richard y lo colocó en la tienda recién hundida que era la barriga de Cara. Cara abrió los ojos—. Un hijo grande y peludo.

Richard rodeó la mesilla para ponerse junto a su mujer. Se inclinó hasta tener la mejilla apoyada en la de ella. Los dos examinaron al hijo del hombre lobo y él los examinó a ellos.

—¿Crees que tiene una pinta rara? —dijo Richard en tono dubitativo.

Luego la enfermera les sacó una foto a los tres y ellos se la quedaron mirando, parpadeando, cegados por el flash.

—Precioso —dijo la enfermera.

## El libro de Green

Era la clase de chica en la que Green se fijaba de inmediato: demasiado delgada, mal vestida, malhablada, ya borracha y riendo demasiado fuerte. Un tornado danzarín de polvo, relámpagos y casas arrancadas del suelo moviéndose por la sala. Tenía el pelo grueso, teñido de negro y cortado de mala manera a la altura de la mandíbula, una boca ancha y pintada del color de un Tootsie Pop de uva, dientes brillantes, botas negras acabadas en punta, medias negras y un vestido negro y arrugado que dejaba ver exactamente demasiado de sus hombros y pechos. Pasaron unos segundos, de pie en la sala de estar de Emily Klein, estrechando manos por todas partes, antes de que Green se diera cuenta de que conocía a la chica. Y tardó otro momento de duda erótica, mezclada con una agradable sensación de peligro, en reconocerla. Ella lo vio. Green rodeó con el brazo la cintura de su hija, la alzó del suelo y se giró hacia la puerta.

—Me he dejado una cosa en el maletero —le dijo a Emily Klein.

Bajó a toda prisa los escalones de la entrada llevando a cuestas aquel fardo que no paraba de patallar, con todo el aspecto de un hombre que acababa de secuestrar a una criatura. Salió de vuelta a la tarde. La luz estival de Washington, la misma de sus primeros años de infancia, se derramaba sobre los jardines y los árboles maltrechos del vecindario de los Klein, vibrante y dorada y rancia como un charco de gasolina. Green corrió hacia su coche.

—¡Suéltame! —chilló Jocelyn—. ¡Me estás estropeando el vestido nuevo!

—Lo siento —dijo Green, como si acabara de chocar con un peatón. No estaba haciendo caso de las protestas de su hija.

—¡Papá! —Fue un grito de furia, ahogado y profundamente ofendido, un tipo de expresión que en raras ocasiones le dirigía a su padre.

El tacón de su zapato rebotó dolorosamente en la mejilla de él. Fue entonces cuando Green se dio cuenta de que ella había estado dando patadas durante todo el camino a la calle. Estaba claro que él los había puesto a los dos en ridículo.

Llegaron al coche de Green, un sedán alemán negro y nuevo con motor turbo. Green se paró, con la mejilla dolorida. Le dio la vuelta a la niña y la dejó en el suelo. Ella estaba jadeando y tenía las mejillas ruborizadas. Green se dio cuenta de que con la prisa por huir de la mujer que estaba en la sala de estar de los Klein había estado agarrando a su hija de forma que esta no podía respirar.

—Ya te arreglo el vestido —dijo él, mirando la casa por encima del hombro—. Lo siento.

El vestido era una falda con peto de cloqué gris y blanco, con una cesta de ásteres azules bordada en el peto, encima de una blusa blanca y almidonada con el cuello de encaje de ganchillo. Los zapatos, también nuevos, eran abiertos por encima con

correa en forma de T, líquidos y negros como la pupila de un ojo. Las piernas de Jocelyn, cuyos muslos regordetes eran lo único que quedaba como recordatorio del bebé corpulento qué había sido, Green las había enfundado cuidadosamente en un par de medias blancas. Cuando Green ejercía su derecho de visita, un fin de semana al mes y tres semanas en verano, la vestía con un esmero sorprendente y de acuerdo con unas nociones anticuadas de lo que era el atuendo femenino apropiado que horrorizaban a su exmujer pero que él, por razones que había decidido no analizar, no conseguía reprimir.

Green se arrodilló delante de Jocelyn, le tiró del dobladillo de la falda y se la alisó con la mano. Tiró de la cintura de sus medias hacia arriba, levantando a su hija un par de centímetros del suelo, y la sostuvo así hasta que su trasero flaco —hacía poco que había dejado de llevar pañales— volvió a estar en su sitio. Luego le arregló el cuello de encaje, pegándoselo al pecho jadeante. Jocelyn presenció aquellas atenciones con aire de aprobación y de estar planteándose muy en serio su decisión de perdonarle la mala conducta a su padre.

—Me noto el corazón —le dijo.

Se puso una mano gordezuela sobre la cesta de ásteres azules. Solamente hacía una semana que era consciente de la presencia del corazón en su pecho. Las actividades del mismo, cuando se volvían palpables, todavía eran encantamientos accidentales que la asombraban y la llenaban de alegría, como el revoloteo metálico de un colibrí en la ventana o la voz de su madre en el contestador automático de Green.

—¿Qué está haciendo?

—Está «batiendo». —La niña había destrozado su explicación del sistema circulatorio y ahora, pensó él, debía de ver la producción de sangre dentro de ella como una actividad culinaria a la que su cuerpo se entregaba cuando se le agotaban las reservas de la despensa, la fabricación de un batido nutritivo de color rojo intenso—. ¿Adónde vamos?

—Papá tiene que coger algo del maletero.

—¿El qué?

—Algo.

—¿Es una sorpresa?

—No lo sé. Tal vez.

—¿Una sorpresa para mí? ¿Es un juguete?

—No —dijo él—. No es un juguete.

—Entonces, ¿qué es?

—Jocelyn, por favor. No es nada.

En el maletero de su coche, cuando lo abrió, junto a su saco de dormir, el maletín de plástico rosa de Jocelyn y un estuche con cremallera para discos compactos, había

una caja inesperada de pomelos que había comprado hacía cinco semanas, en un impulso más que fugaz, en un tenderete del arcén de la carretera cerca de su casa de Fort Lauderdale, y que luego había olvidado hasta hacía dos días, cuando estaba cargando el coche para el viaje al norte. Green se pasó una mano por el pelo. Tenía suficiente sudor en la frente como para echarse el pelo hacia atrás y mantener los mechones cada vez más ralos en su sitio. Intentó decidir si tendría un aspecto muy ridículo entrando en casa de los Klein cargado con una caja de pomelos Indian River pasados. Ahora que volvían a estar a salvo en la calle, consideró las posibles consecuencias de no volver a entrar. Caryn, su exmujer, que vivía en Filadelfia, no esperaba a Jocelyn hasta dentro de dos días. Green había aceptado la invitación para quedarse con los Klein, pero ahora le resultaba imposible. Siempre había querido ir a Chincoteague y echar un vistazo a aquellos caballos medio salvajes de los libros de Marguerite Henry. Tal vez a Jocelyn le gustaría. En todo caso, estaba seguro de que su ausencia de la fiesta de graduación de Seth Klein no iba a importarle demasiado a Seth, que no había visto a Green desde que era niño y ni siquiera entonces había dado muestras de un gran interés por él. Green se quemó la frente un instante en el techo negro de su coche. Vete, se dijo a sí mismo.

—¿Marty?

Se suponía que aquellos eran los descendientes de unos caballos supervivientes del naufragio de un galeón español en la era de los saqueos, pero Green había leído hacía poco que ahora los biólogos ponían en duda aquella explicación. Era mucho más probable que los caballos hubieran sido llevados deliberadamente a su isla por granjeros locales en busca de pastos adecuados. Green se preguntó si para el final de su vida, o tal vez antes, todas y cada una de las bonitas mentiras que le habían contado a lo largo de su infancia, grandes o pequeñas, serían desmentidas.

—¿Marty? Soy Ruby. Ruby Klein.

Green se giró. Ruby venía arrastrando los pies y taconeando por la entrada para coches, calzada con sus botas de bruja, dejando tras de sí un rastro de humo de cigarrillos, con una lata de Pabst en la mano y poniendo cara de asombro. Tenía una cara larga y bonita, la barbilla grande, una piel impecable y ligeramente azulada como la leche descremada y unos labios gruesos como caramelos de goma de color púrpura. Saltaba a la vista que sus encantos naturales eran insuficientes, o tal vez superfluos, para sus propósitos. No solamente llevaba los labios muy pintados, sino que tenía las pestañas escarchadas de grumos gruesos y negros de rímel como las cerdas de un cepillo para chimeneas y se había hecho piercings en la ceja izquierda, en las dos aletas de la nariz y en cada centímetro vacío de las orejas. Llevaba varias onzas de plata encima y se percibía la promesa inconfundible, no solamente por esta razón sino también por la forma entrecortada y subrepticia en que caminaba, de tener escondidos por todo el cuerpo diversos pasadores de pendientes, broches y anillos de

metal. El pelo cortado a machete le rozó la mejilla cuando se dirigió dando bandazos hacia los brazos de él. Green la tuvo abrazada tanto tiempo como pudo soportar y después la soltó. El corazón pareció encogersele en el pecho y convertirse en un nudo pequeño y negro de vergüenza. La sonrisa brillante y distendida de ella era un reproche, y su belleza era un recordatorio de toda la fealdad que él tenía dentro.

—Mírate —dijo él. La última vez que la había visto, ella tenía siete años, iba vestida para una clase de patinaje sobre hielo y llevaba un par de mitones por debajo de las mangas de un abrigo de color rosa con adornos de piel falsa de color blanco—. Ruby. Madre de Dios.

—Estoy un poco borracha. Probablemente te has dado cuenta.

Green se había educado a sí mismo para no mentir nunca. Era una batalla constante con sus impulsos naturales.

—Pues sí —dijo.

—Estoy supercabreada. Viene mi padre. —Pronunció la palabra «padre» poniendo una voz grave de barítono a lo Míster Ed y como relinchando, con los ojos en blanco—. Hace cinco años que no lo veo, al muy hijo de puta. La última vez que lo vi, le arañé su cara de hijo de puta. Me quedó piel debajo de las uñas.

—Cielo santo —dijo Green.

Nunca había conocido al exmarido de Emily Klein, aunque había encontrado, al fondo de un armario, un cajón donde guardar el desprecio que sentía hacia el doctor Harvey Klein, que había abandonado a su mujer embarazada y se había escapado a Texas con su recepcionista. Con todo, aquella manifestación de impulsos parricidas desnudos delante de su propia hija lo puso nervioso. Carraspeó y empujó a Jocelyn hacia delante, un poco como Van Helsing blandiendo un crucifijo, al mismo tiempo a modo de reproche a Ruby y como forma de protegerse de ella.

—Hola, monada —dijo Ruby. Se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas, en un intento de poner sus ojos a la altura de los de Jocelyn. La hija de Green apartó la cara y la hundió en los pliegues del pantalón de su padre. Green llevaba unos pantalones de golf de lino holgados del color de una gamba hervida—. ¿Cómo te llamas?

—Esta es Jocelyn —dijo Green—. Mi hija. Estamos de camino a casa de su madre en Filadelfia. De hecho, y esto da un poco de vergüenza, bueno, acabo de darme cuenta de que nos espera hoy y no...

—Tu madre ha dicho que a lo mejor venías —dijo Ruby, todavía buscando con la mirada a Jocelyn entre los pliegues rosados del pantalón de Green. Le cayó un mechón de pelo sobre la cara. Ella se lo apartó y se lo pasó por detrás de la oreja derecha. El mechón se soltó—. Ha llamado. —Señaló a Jocelyn con una uña pintada de un color púrpura oscuro que era exactamente del mismo tono que los hematomas provocados por un martillazo—. Ha dicho que eras un angelito.

Aquella información no provocó al parecer ningún efecto en Jocelyn. Tenía metido un buen trozo del pantalón de Green en la boca y lo estaba masticando con brío.

—¡Jocelyn! —dijo Green, rompiendo una de sus reglas personales de conducta paterna, que era no usar nunca el nombre de su hija solamente para reñirla.

Green estaba escribiendo un libro de reglas de conducta paterna. «El nombre de una criatura es un don —había escrito en el manuscrito, que le había contratado un editor de Nueva York—. También un objeto de poder. En muchos casos, con el paso de los años y la acumulación de rasgos de carácter y de peculiaridades individuales, se vuelve un adjetivo lleno de poder descriptivo». Green era consciente de la ironía del hecho de estar escribiendo un libro de texto sobre la paternidad cuando en total pasaba menos de dos meses al año con su hija. Era consciente de prácticamente todas las ironías. La conducta irónica, por cierto, era otro recurso típico de los padres proscrito por las reglas del libro de Green.

—Mi madre me dijo que estabas en alguna parte de Europa —le dijo Green a Ruby.

De hecho, solamente era porque su madre le había hecho creer que Ruby no estaría presente por lo que Green había aceptado la sugerencia de su madre, que ahora vivía en Denver, de que si él y la pequeña Jocelyn pasaban por Washington DC tenían que parar en la fiesta de los Klein y ver a Emily Klein, cuyo cáncer de ovario parecía estar a punto de matarla.

—Sí, con mi grupo —dijo Ruby, y puso los ojos en blanco—. Mi exgrupo. Unos putos perdedores. He llegado a casa antes de tiempo. La gira se ha ido a la mierda, oh, Dios. Me cago en la puta, hace calor aquí fuera. ¿Qué estáis haciendo? Habéis salido de ahí como si alguien os persiguiera.

Era indicativo de la perplejidad de Green el que permitiera que aquel torrente de palabrotas fluyera delante de su hija sin hacer ningún comentario, sin siquiera el enarcamiento de cejas mínimamente desaprobador que reservaba para situaciones donde el que decía las palabrotas, por ejemplo, era un hombre extremadamente corpulento y amenazador.

—Oh —dijo—. Sí. No sé... Vamos dentro. Solamente estábamos...

—Mierda, me he alegrado tanto cuando habéis entrado —dijo—. Todo ese rollo es un puto aburrimiento. Todos los amigos de Seth son unos imbéciles...

—Aburrimiento —dijo Green. Se volvió a meter las llaves en el bolsillo. No llegaría nunca a ver los caballos salvajes de la isla de Assateague, y aquella idea, por alguna razón, lo llenó de una oleada no tanto de tristeza como de desprecio de sí mismo, como si ya hubiera prometido a Jocelyn llevarla allí y ahora se viera obligado a desdecirse—. Me temo que yo también soy un aburrimiento últimamente.

—El aburrimiento no es un rollo absoluto —dijo Ruby relamiéndose—. Hay

distintos grados.

Green reconoció la gracia del comentario y respondió con lo que confiaba que pasara por una sonrisa plausible. Todo lo que veía estaba rodeado de un chisporroteo de náusea, y la sangre le hervía en los oídos como si fuera el océano. Levantó a Jocelyn del suelo y se la apoyó en el antebrazo.

—Haré lo que pueda para ser divertido.

Ruby le cogió el brazo y tiró de él hacia la casa.

—Eso es lo que siempre me ha gustado de ti —dijo.

Una noche, cuando tenía trece años, Green había acostado a Ruby Klein y había esperado a que se durmiera. Los viernes y los sábados por la noche, cuando Emily Klein y la madre de Green —amigas de la adolescencia de Richmond, cuyos divorcios las habían hecho embarrancar a un kilómetro y medio la una de la otra en Rockville, Maryland— salían a beber vino y a conocer a hombres, a menudo dejaban a Green cuidando a Ruby Klein. Ruby tenía cuatro años, era tímida y dócil, tenía miedo a la oscuridad, y lo que Green sentía por ella era una indiferencia impaciente templada por momentos ocasionales de gratitud avergonzada. Era un chico poco valorado, y ella lo admiraba. Él se sentía solo a menudo y ella siempre estaba presente. Luego la idea del sexo había empezado a volver loco a Green. Encontró libros publicados por Grove Press que describían perversiones y actos obscenos que en la mente de un adulto podrían fácilmente ser considerados inhumanos, descabellados o por lo menos poco recomendables. Se masturbaba en los autobuses, en los lavabos públicos o tumbado en la cama de su abuela. Lo abrumó el deseo de tener relaciones sexuales con casi todas las mujeres a las que conocía, desde su madre y Emily Klein hasta la profesora de francés, la señorita Ball, y una chica retrasada que se llamaba Rojean y a la que veía a menudo después de los entrenamientos del equipo de natación vestida con su Speedo de color rojo y regando tranquilamente con su manguera la terraza que tenía junto a la piscina. Los libros que había descubierto al fondo del armario de su madre le daban la impresión de que un comportamiento tan polimórfico e indiscriminado no era solo posible, sino también apropiado y común. Una sola noche, por entonces, le había excitado la luminosidad del cuello de la pequeña Ruby Klein, la tracería de venas de color azul claro de sus axilas y el ruido de su orina en el cuarto de baño. Cuando calculó que la niña estaba dormida, apartó las sábanas, levantó el dobladillo de la camiseta demasiado grande que ella llevaba y contempló su vientre pálido y sus pezones de niña pequeña. Se inclinó hacia delante para besarla donde se unían sus muslos flacos.

—Marty ¿qué estás haciendo? —le preguntó ella con una voz suave y extrañamente adulta.

Él fingió delante de ella que había temido que le estuviera saliendo un sarpullido.

Le dijo que era por algo que habían comido. La vistió, la tapó y le dio un beso en la frente tal como había hecho un centenar de veces.

—Ahora no hables —dijo—. Y vete a dormir.

Después de aquello pareció que la locura remitía. A él le horrorizó su propia temeridad y por primera vez en su vida no consiguió pasar por alto la certeza de haber hecho algo genuinamente malo. Poco después se mudó con su madre a Denver, y aunque todo el mundo lo seguía tratando igual, a menudo se preguntó si no sería él el responsable de que se hubieran interpuesto mil quinientos kilómetros entre él y Ruby. Al final hizo el amor de forma convencional con una chica de su edad y fue introducido a los placeres y limitaciones del sexo convencional en compañía de mujeres a las que había profesado su amor. Se licenció e hizo un posgrado en psicología, carrera que le proporcionó una serie de teorías interesantes y creíbles que bien podrían explicar lo sucedido aquel sábado por la noche de hacía años en el dormitorio de Ruby Klein.

Sin embargo, él no buscó explicación alguna. No volvió a pensar en aquella noche. Se casó y fue padre de una niña y se puso a ejercer como psicólogo familiar en las llanuras desiertas del condado de Broward. Se divorció, tuvo nuevas amantes y un día se despertó y descubrió que tenía treinta y un años.

El jardín de la casa, bordeado por una entrada para coches de cemento y un patio de pizarra resquebrajada que rodeaba dos tercios de la casa, era el escenario de una batalla encarnizada entre los dientes de león y la muerte. Un par de tocones anchos, como las tapas de dos jarras enterradas, señalaban el lugar donde debía de haber habido sendos árboles enormes que refrescaban la casa con la sombra de sus hojas. La casa alquilada de Emily Klein —se había visto obligada a vender la enorme casa neocolonial de Winding Way Woods cuando Harvey Klein se negó a pagar su pensión alimenticia y a cumplir con sus deberes financieros como padre— era un modesto bloque de ladrillo romano, con los mismos colores desvaídos que se encuentran en los Froot Loops, envuelta en una maraña de luces de Navidad y con una enorme letra L cursiva de hierro negro atornillada a un lado de la chimenea. Tenía una forma asimétrica, un ventanuco horizontal en la sala de estar, un tejado plano en saliente y, como muchas casas modernistas que llevan mucho tiempo habitadas por humanos, un aspecto derrotado, cierto aire de haber sido dejadas atrás, de haber desesperado del mundo para el que fueron construidas y que nunca llegó a existir.

Justo al lado de la escalera de entrada, algún aficionado había construido hacía mucho tiempo un estanque para peces. Era un círculo pequeño e irregular de cemento verdoso, con los bordes recubiertos de glóbulos de empaste marrón moldeados y estriados para parecer formaciones rocosas naturales. Igual que la primera vez que había cruzado aquella puerta, Jocelyn se volvió a quedar fascinada por la imagen de



aquel charco abandonado, con su capa flotante de algas, pelusa de dientes de león y aceite iridiscente, y por su único ocupante, una viruta apática de color dorado que flotaba como un envoltorio olvidado de caramelo cerca de la superficie. Se puso en cuclillas al borde del mismo, bamboleándose un poco, con las manos en las rodillas, y señaló el pez soñoliento acercando peligrosamente al agua la punta de un zapato reluciente. Su hija tenía una capacidad notable de fascinarse por todo lo que estuviera muy sucio, roto o fuera patético, desde los vagabundos hasta la mierda de perro, algo que en el libro que estaba escribiendo Green habría descrito como una prueba de sensibilidad pero que en la práctica le irritaba y le trastornaba.

—Papá, ¿qué es eso?

—Es un cuenco de pudín de tapioca.

—No, es un pez.

—Ah —dijo Green entre dientes, apartándola del borde del agua—, pues sí.

—¿Cuánto tiempo hace que la tienes contigo? —dijo Ruby mientras Green volvía a coger a su hija en brazos y esta vez cargaba con su figura inquieta hasta el interior de la casa.

—Tres semanas —dijo Green intentando ocultar su exasperación absoluta tras una impostación de exasperación absoluta.

Luego se arrepintió de su reacción. El tono de Ruby había sido conspiratorio, y había implicado simpatía con el padecimiento de hacerse cargo de una niña pequeña y con la fatiga que debía de causarle, pero la premisa de su pregunta no era simplemente que él, como padre divorciado con acceso limitado a su hija y por tanto con una experiencia limitada de ella, debía de tener una tolerancia bastante limitada de la mala conducta de la niña, sino también que, a un nivel más profundo, debía de ver a Jocelyn como algo inherentemente poco práctico, molesto, incluso indeseable, como si fuera una gripe que él había pillado y que no se podía quitar de encima, o una escayola en la pierna. Una vez más, Green tuvo que reconocer que no amaba a su hija de ninguna forma significativa ni apasionada ni útil para ella. Sus tres semanas de convivencia habían pasado tortuosamente en una búsqueda desesperada e interminable por parte de él para llenar las horas con los mismos pasatiempos saludables que recomendaba en su libro y en un esfuerzo constante y exitoso por parte de ella para agotar el potencial de diversión de cada uno de ellos, con emocionante intensidad y de forma totalmente definitiva, al cabo de quince minutos. Era una niña con bastante buena conducta, algo notable dadas las circunstancias de su vida, pero cada vez que se ponía histérica o se pasaba de la raya o simplemente se negaba a rendirse al prodigio de la inconsciencia al final de la jornada, Green se encontraba a sí mismo deseando triste y devotamente que se terminara la visita. El largo recorrido en coche desde Florida había sido una maratón pesadillesca de movimientos inquietos, lavabos de gasolineras y bandas sonoras de películas de

animación cuyos valores y letras de canciones él aborrecía. Ahora sentía remordimientos. Tendría que haberla llevado a la costa, a ver los caballos. Tendría que haber pasado el resto de su vida casado con Caryn y fingiendo que la amaba aunque, tal como debía reconocer ahora, todo el amor del que era capaz había sido sacrificado en cierta manera en aquel único beso oscuro hacía dieciocho años.

Dentro de la casa, el clima era caluroso, como de malaria, absolutamente estancado. Todas las puertas y ventanas estaban abiertas y las moscas se perseguían de una habitación a la siguiente. Música rap, o algo que a Green le parecía música rap, sonaba en el jardín de atrás lo bastante alta como para hacer que el cristal de los marcos de la sala de estar zumbara como un trozo de tela en un peine. La adopción del rap como cortina musical por parte de los adolescentes blancos le parecía uno de los síntomas más claros, junto con los piercings en las cejas, del mundo sustituto que había aparecido en algún momento para apropiarse del futuro en el que ahora languidecía la casa inhóspita y ruinosa de los Klein.

La concurrencia de la fiesta de graduación de Seth Klein se componía principalmente de aquella clase de chicos blancos. Aunque a Green le resultaba difícil distinguirlos, y cierto grado de clonación perceptiva podía estar exagerando la afluencia a sus ojos, tal vez hubiera unos veinticinco. Amenazaban los techos con sus cortes de pelo a cepillo y encorvaban la espalda para estar más cerca de las chicas adolescentes, de las cuales parecía haber bastantes menos. También había una serie de parientes, amigos de la familia y casi desconocidos inexplicables como el propio Green, con platos de plástico que se colocaban en el regazo o bien usaban para abanicarse. La única persona a quien Green conocía, aunque el tiempo y la enfermedad la habían hecho cambiar de una forma que a él le encogía el estómago, era Emily. No tenía ni idea de cuál de los chicos podía ser Seth.

—Vaya —dijo Emily.

Inclinó la cabeza a un lado y miró de reojo a Green, exactamente como podría haberlo mirado hacía veinte años, cuando él intentaba convencerla de que antiguamente había existido otra letra del alfabeto llamada espina, o de que el periodista televisivo Roger Mudd era descendiente directo del doctor Mudd, que había ido a la cárcel por curarle la pierna rota a John Wilkes Booth. Ella siempre lo había tratado como a un charlatán, recordaba Green, desde mucho antes de que él tuviera nada sobre lo cual mentirle, y cuanto más sinceros se volvían sus esfuerzos de convencerla de cualquier verdad improbable que intentara explicar, mayores eran las dudas de ella. Ahora su melena siempre tupida, igual que la de Ruby, una masa de hebras negras sin trenzar, había desaparecido. En su lugar crecía una mata de pelusa infantil de color rubio oscuro, dulce y pálido. La última vez que Green la había visto estaba rolliza, bebiendo y desaliñada, en la fiesta del cuarenta cumpleaños de su madre en Las Vegas, hacía diez años, pero el cáncer la había afilado y le había

iluminado los ojos. No tenía buen aspecto, pero la enfermedad le había infundido algo, una cualidad picante y graciosa que se remontaba a los lejanos recuerdos que tenía Green de la primera mujer a la que había deseado en su vida.

—Así pues, ¿qué pasaba? —Miró a Green de arriba abajo y luego intentó echar un vistazo detrás del mismo—. ¿Qué es lo que te habías olvidado?

—No se había olvidado nada —dijo Ruby—. Simplemente me tenía miedo.

—Yo también le tenía miedo —dijo Jocelyn, leal.

—Eso demuestra sentido común —dijo Emily—. Tu reputación te precede, Rube.

—Ja. ¿Cómo estás? —dijo Green.

Ella se encogió de hombros.

—Podría estar mejor. Pero estoy viva.

Sonrió, y sus dientes torcidos, manchados por el café y el tabaco, parecieron mostrar un vislumbre de su cráneo amarillento, teñido de residuos de tierra y agua. Él le devolvió la sonrisa, alimentándose a sí mismo con pequeños paquetitos dietéticos de pánico crudo y sin refinar. El cáncer de Emily Klein, ¿acaso no era también culpa de él? Pero algo en su interior —un esquizofrénico o un clérigo lo llamarían una voz — le aclaró que sí. Que todo era culpa de él: la música rap, los piercings en los labios, su divorcio, todo lo que había pasado desde aquella noche lejana en el dormitorio de Ruby Klein. ¿Qué se había hecho de la pequeña Ruby Klein? Se sentía como el pobre imbécil que viajaba en el tiempo en el relato de Bradbury y que regresaba después de pisar una mariposa en el Triásico para encontrar su propia época alterada de forma abrupta e inevitable, con los letreros mal escritos y a todo el mundo bajo el yugo de un tirano asesino e ignorante. ¿Cómo podía uno plantearse siquiera reparar el daño que había infligido de forma tan obvia?

—Lo siento —dijo por fin.

Emily se encogió de hombros. Ella creía que él simplemente le estaba dando sus condolencias por el cáncer. Señaló a su hija:

—Y así pues, ¿qué piensa usted de esa cara llena de metal, doctor? Tendrías que ver sus tatuajes. Por otro lado, considerando dónde están situados, sería mejor que no.

—Los va a ver —dijo Ruby—. Él y todo el mundo. —Se miró el reloj de pulsera—. Solamente estoy, ya sabes, esperando a mi padre para empezar el espectáculo.

—Ya me gustaría a mí —dijo Emily con tono distraído.

—No creas que no lo voy a hacer.

—¿Y no se va a morir?

—Si hay suerte.

—Sobre todo el mono —dijo Emily en tono meditabundo.

Ruby le dio un puñetazo en el brazo.

—Mierda, mamá, sabes que es un puto yeti.

—Los yetis no son tan flacos. —Emily se volvió hacia Green—. ¿Qué es todo ese

rollo de los tatuajes, Marty? ¿Puedes explicar ese fenómeno?

—Bueno —dijo Green. Notaba la débil sonrisa intentando aflorarle a los labios. Sabía lo que Freud había dicho sobre tatuarse, claro, y tenía su propia teoría según la cual la gente que se tatuaba, y sobre todo los jóvenes a los que uno veía hacerlo hoy, estaban practicando una especie de acto desesperado de autoafirmación mediante la prestidigitación, levantar una vela para mostrar una frase escrita en tinta invisible, haciendo brotar letras y líneas allí donde antes solamente había habido una hoja de papel en blanco. «No me tiréis», estaban diciendo. «Llevo un mensaje escondido»—. Es difícil decirlo.

—Espero que tú no tengas ninguno.

—Todavía no —dijo Green—. Ja, ja.

Intentó relajarse, restablecer su calma terapéutica, recopilar todas las tarjetas dispersas en las que tenía sus apuntes acerca de quién era. Green era un psicólogo excelente, amable pero distante, solícito pero ineludible, deferente pero seguro de sí mismo, solitario pero autosuficiente. Ninguna de estas cualidades le había resultado muy útil durante los tres años de su matrimonio con Caryn ni tampoco le habían dado la menor idea de cómo conectar con su hija, aquella mezcla aleatoria y descabellada de él y de Caryn que habían soltado a su suerte al mundo como resultado de su fantástica ignorancia.

—Papá —dijo Jocelyn. Señaló la mesa del bufet, llena de punta a punta de un surtido abigarrado de clásicos de barbacoa, platos vegetarianos y aperitivos pasados en el látex policromo. Parecía estar señalando un montón de galletas Toll House—. ¿Qué son?

La niña se retorció en sus brazos, intentando soltarse. Green la volvió a sujetar con fuerza. No podía librarse de la sensación errónea de que aquella era la casa en que, alrededor de su duodécimo cumpleaños, algo crucial en su interior se había roto y nunca más iba a ser reparado. Tenía miedo de dejar a Jocelyn en aquel suelo y de dejarla deambular a solas por aquellas habitaciones.

—¿Qué son el qué, cariño? —dijo él.

—Eso. Esas cosas redondas y marrones.

—¿Qué cosas?

—Esas cosas que parecen galletas de chocolate.

—Son galletas de chocolate.

—¿Puedo coger una?

—Sí, puedes.

—¿Me puedes bajar?

Green la miró. ¿Qué importaba que dijera que sí o que no? Dentro de cuarenta y ocho horas su hija iba a cruzar una frontera que la llevaría a otra jurisdicción donde las leyes y estatutos de él no tenían vigor.

—Sí —dijo él—. Puedo.

La dejó en el suelo y ella fue corriendo a la mesa, se puso de puntillas y cogió una galleta.

—Qué monada —dijo Ruby.

—Gracias —dijo Green—. Ahora dime: ¿cuál de estos chicos es Seth?

Emily se giró para examinar la sala.

—¿Cuál de estos chicos es Seth? Dímelo tú. O sea, no es broma —dijo ella—. Mira a estos chavales. Lo juro, no podría reconocerlo en una ronda de identificación policial, lo cual no es tan de extrañar, me temo. Tú míralos. Mira a ese. —Le dio una palmada a un muchacho en la nuca de la cabeza rapada al pasar. Él le dedicó una sonrisa—. Le digo a Seth que parece un pene, con la cabeza afeitada y los pantalones caídos en los tobillos como un escroto enorme. Es una sala llena de penes. Pero al mismo tiempo, supongo que eso es algo inevitable, ¿no? Aunque lleven traje y corbata.

La puerta mosquitera dio un portazo. Ruby dio un respingo.

—Cada vez que entro en esta casa —dijo el hombre que acababa de entrar por la puerta— hay alguien diciendo la palabra «pene». No sé por qué.

Harvey Klein era un hombre bajo, robusto y casi inestable por el peso en su parte superior, de mandíbula prominente y espaldas anchas. Llevaba un polo de manga corta de una lana ligera de verano, gris moteado de negro, y unos vaqueros negros y ajustados, planchados con raya por delante como unos pantalones de traje. Llevaba el pelo de aluminio bruñido muy corto, salvo en la parte trasera, donde lo tenía recogido en una coleta. Las gafas de sol le colgaban de un cordel alrededor del cuello. De la parte superior del polo le sobresalía un puñado de pelos gruesos y plateados. Estaba de pie en el umbral, esperando a que la vista se le acostumbrara a la oscuridad.

—Es la primera vez que vienes a esta casa —dijo Emily.

—Pero no me cabe duda de que tengo razón.

—Harvey.

—Hum...

Se abrazaron. Green notó que el hombre estaba evaluando el aspecto de ella, palpándole los huesos con sus dedos largos y sensibles. Parecía casi quince años más joven que su exesposa, aunque Green sospechaba que eran exactamente de la misma edad.

—Esta es tu hija —dijo Emily, apartándose—. En caso de que no la reconozcas.

—Es difícil no verla —dijo el doctor Klein.

—Pene —dijo Ruby—. Pene, pene, pene.

Él abrió mucho los brazos y esperó que ella se pusiera al alcance de su abrazo. Ella puso los brazos en jarras y se lo quedó mirando, con los ojos fruncidos, la cara medio apartada, un mohín en los labios, rumiando qué hacer con él. Y lo tuvo

esperando un momento largo, lo bastante largo como para que Green se preguntara si Ruby odiaba a su padre lo bastante como para dejarlo allí colgado como un tonto con las manos en alto. La expresión en la cara del doctor Klein no se alteró. Se limitó a permanecer allí, sonriendo como un hombre que acaba de volver a casa de las carreras, después de ganar dos mil dólares, para llevar a todo el mundo a la brasería y al baile. Y en el último momento, Ruby se tiró a sus brazos. Sus pies patalearon en el aire y se quedó suspendida del cuello, sujeta por un extremo a su padre y con el otro extremo colgando. Le murmuró algo al oído. Él cerró los ojos y respiró hondo para oler bien el perfume del pelo de su hija. Green entendió, aunque no sabría decir por qué, que las cosas no podrían haber terminado de otro modo.

—Eh, Duncan, tío —dijo uno de los muchachotes dándole un codazo a otro en la sala de estar—. Dile a Feeb que su padre está aquí.

El doctor Klein desenganchó las manos de Ruby de detrás de su cuello y volvió a colocar los tacones finos y alargados de sus botas en el suelo de terrazo de la sala de estar. Ahora él se puso a mirar hacia donde ella estaba, más allá de ella, examinando la sala, captando toda su abigarrada población y sus muebles elegidos al azar — algunos de los cuales debían de resultarle vagamente familiares— con el aire distante pero amistoso de un médico ocupado, y el examen le llevó finalmente a Green. Puso cara de perplejidad. Luego se volvió a girar hacia Ruby y le cogió la barbilla con los dedos de una mano. Le movió la cara de un lado a otro.

—Dios, ¿qué es toda esta porquería, Ruby Ellen? Pareces una maldita pulsera de amuletos. —Le soltó la barbilla y la cara de Ruby pareció quedarse un momento flotando en el aire, como suspendida por la tensión persistente de la mirada de él. El doctor Klein volvió a mirar a Green con expresión amable y clínica—. Pareces una reja contra huracanes. —Le guiñó el ojo a Green y le ofreció la mano—. Soy Harvey Klein.

—Martin Green. Yo le hacía... de canguro a Ruby.

—Martin. Eres el hijo de Carol, claro, claro. La recuerdo. O sea, que de canguro. Cuesta creer —señaló a Ruby con la barbilla y volvió a guiñar el ojo— que fuera una niña pequeña, ¿no?

—Yo...

—Nunca tenga hijos, señor Green. Le romperán el corazón.

Ruby hizo un ruido como si estuviera vomitando.

—Ruby —dijo Emily—. ¿No había algo que le querías enseñar a tu padre?

Ruby se sonrojó.

—Quizá más tarde —dijo—. Cállate, mamá.

—A ver —dijo el doctor Klein—, ¿dónde está mi hijo?

—¿Dónde está mi hija?

Jocelyn ya no estaba junto a la mesa del bufet. Green estiró el cuello para ver

mejor. Un tío anciano de Emily y uno de los matones de pacotilla estaban enzarzados en un análisis transgeneracional de la serie de películas de *El planeta de los simios*, mientras que al mismo tiempo, armados con un par de tenedores de plástico, daban cuenta de los restos de un estofado de macarrones. Las únicas otras ocupantes de la cola del bufet eran unas enormes moscas negras. Green llamó a los dos hombres, por encima de las cabezas de varios asistentes intermedios a la fiesta:

—¿Habéis visto a mi niña?

Los hombres negaron con la cabeza y regresaron a su conversación.

—Perdón —le dijo Green al doctor Klein—. Parece que he perdido a mi hija.

Green fue hasta la mesa del bufet y se agachó a ver si Jocelyn estaba escondida debajo. Nunca se había escondido de él, pero tal como su libro se habría apresurado a confirmar, la rápida innovación táctica era un hito de su edad, y la intensa vergüenza que él sentía al ponerse a cuatro patas para buscarla parecía confirmar que acababa de caer de lleno en una de las trampas de la niña. Lo único que encontró debajo de la mesa del bufet, sin embargo, fue un número atrasado de *Allure* manchado de mayonesa, un eje de monopatín suelto con las ruedas de color naranja neón y un cerdito de goma.

Green miró en la cocina. Comprobó el lavadero. Se adentró por un pasillo trasero oscuro de la casa, miró en los cuartos de baño, en los dormitorios, en los armarios y terminó en una sala de recreo, donde, bajo una claraboya, encima de una mesa de billar de carambolas, una pareja joven se estaba aproximando asintóticamente a la cópula. Nadie a quien preguntaba la había visto, así que no interrumpió a los amantes.

—Jocelyn —la llamó una y otra vez, con la voz cargada de abundantes capas de irritación, vergüenza, ansiedad y de un intento de parecer de buen humor y acostumbrado a las trastadas de la niña—. ¡Jocelyn!

A medida que registraba la casa, la tranquila voz interior de psicólogo de Green pareció crecer en su interior, repitiendo sus frases convencionales de ánimo y sus explicaciones sensatas —su hija le estaba gastando una broma, se había metido dentro de una cesta de costura o una caja de herramientas, lo estaba castigando por abandonarla, por llevársela, por devolverla a casa— de forma cada vez más imperturbable y más incoherente, como el locutor que repite frases hechas útiles en un idioma extranjero acerca de estaciones de autobús y del precio de un sello de correos en una casete de un curso de idiomas que está sonando en la guantera de un coche fuera de control. Y todo el tiempo, en un rincón frío, húmedo y lleno de telarañas de sus pensamientos se iba ensayando la historia de la desaparición de su hija del mundo, con la prisa vulgar y carente de brillo de los periódicos: una fiesta de graduación en un vecindario suburbano de mala muerte, un padre divorciado que lleva a su hija de vuelta con la madre, un terrible momento de falta de atención...

—Esto, ¿Marty?

Era una voz joven, ronca y áspera, que lo llamaba desde la parte delantera de la casa. Green volvió corriendo por el pasillo de la sala de recreo y estuvo a punto de chocar con un joven bajito y huesudo de aspecto frágil, con unas gafas grandes y negras, vestido con una camiseta de baloncesto de los Hornets de Charlotte con el número uno y llevando en brazos a Jocelyn. Estaba llorando, manchada de barro, empapada y viva.

—Se ha caído al estanque —dijo el joven, entregándole a la niña—. Creo que está bien. Soy Seth.

—Gracias, Seth —dijo Green—. Estoy seguro de que se pondrá bien.

Green llevó a su hija al baño y la puso de pie sobre una esterilla ovalada de felpilla gastada de color rosa. Sus calcetines, vestido y blusa daban la impresión de haber sido salpicados con café aguado. Tenía las mejillas sucias de barro. Hablaba de forma incoherente y jadeante, abrumada por la indignación y el alivio.

—¿Te has caído al estanque? —Le quitó por la cabeza la falda con peto echada a perder—. ¿Estabas intentando ver el pez? —Le desabotonó la blusa, le bajó las medias hasta los tobillos y le quitó los zapatos—. ¿Te has hecho daño en algún sitio? —El agua turbia le había empapado hasta las braguitas. Green se las quitó—. ¿Estás bien? ¿Estabas intentando ver el pez, tonta? Vale, ya lo sé. Muy bien. Estás bien. Ven, vamos a darte un baño calentito. —Extendió el brazo derecho mientras la tenía abrazada con el izquierdo y abrió el grifo de la bañera—. Vale, ya lo sé. Muy bien.

El sonido del agua pareció tranquilizarla o distraerla. Dejó de sollozar y se llevó una mano al pecho, buscando el latido agitado debajo del hueso. Green la había desnudado sin pensar, sin vacilar, y ahora, después de su encuentro con Ruby Klein, la imagen de su vagina regordeta, con su pelusilla reluciente, lo llenó de una ternura poco habitual. Se le ocurrió que, salvo de la forma más breve y utilitaria posible, nunca le miraba los genitales a su hija, ni se los tocaba, ni se permitía a sí mismo pensar en ellos, y le daba la impresión, mientras la levantaba en brazos y la metía en el agua de color verde claro de la bañera, que aquella prohibición de conciencia, nacida en aquella noche en el dormitorio de Ruby dieciocho años atrás, se había extendido hasta incluir a toda Jocelyn Green, su hija. Debido a que tenía miedo de lo que era capaz de hacerle, se había apartado por completo de su vida, para protegerla, por decirlo de alguna forma.

—Papá —dijo Jocelyn. Volvía a estar tranquila—. Quiero que te bañes conmigo.

—No, cariño —dijo Green, como hacía siempre, negándose a considerar siquiera la sugerencia—. Te tienes que bañar tú sola.

—Mamá se baña conmigo.

—Ya lo sé. —Su negativa categórica a unirse a madre e hija en sus retozos nocturnos en la bañera fue una de las varias decepciones pequeñas pero colectivamente fatales que Green le había causado a Caryn durante su matrimonio—.



Y las dos os lo pasáis muy bien. —Green buscó a su alrededor algo que pudiera pasar por un juguete de baño y que pudiera distraer a Jocelyn. Cogió una bandeja de jabón, embadurnada de pasta verde y llena por ambos lados de púas de goma. Le limpió los restos de jabón en el agua del baño y se la dio a Jocelyn—. Ten —le dijo en un tono empalagoso y jovial—. Un erizo.

Ella lo apartó de un golpe. La bandeja golpeó la pared de azulejos que Green tenía al lado y le rebotó en la cara.

—¡No! —A Jocelyn se le ruborizó la cara y perdió el equilibrio por culpa de la rabia. Él la cogió antes de que ella se zambullera y se mojó los brazos y la pechera de la camisa—. ¡No quiero un erizo! ¡Quiero que te bañes conmigo!

—Cariño. Amor. Lo siento. Sé que crees que también podría ser divertido para nosotros. Y me encanta hacer cosas contigo...

Parecía que Jocelyn no estaba escuchando. Se había hecho un ovillo y le estaba dando patadas, echándole agua y chillando tan fuerte que Green no podía hacer más que taponarle la boca con la mano. En el libro de Green había un capítulo entero dedicado a cómo comportarse con la rabia de los niños. Ninguna de las técnicas que él recomendaba incluían amordazar a la criatura ni inmovilizarla. Todas tenían que ver con escuchar los estallidos emocionales de la criatura y aceptarlos, dando apoyo sin ceder a los mismos. El uso de aquellas técnicas, sin embargo, se basaba en la certeza absoluta por parte del padre de estar preocupado por los intereses de la criatura. Uno no podía prohibirles cosas a sus hijos simplemente por miedo a hacerlas y por nada más que eso. No había que obligar a los hijos a pagar los errores y las calamidades de la propia educación. Y si a uno le quedaba un solo miligramo de amor en el corazón para las criaturas, nunca había que negarles el alivio incalculable del propio cuerpo.

—Oh, de acuerdo —dijo Green, agarrando a la niña resbaladiza e inquieta por los antebrazos—. ¡De acuerdo!

La transformación fue asombrosa. Dejó de llorar de golpe, se le fue el rubor de las mejillas y se echó a reír.

Green se quitó los pantalones y los dobló con cuidado, dejándolos sobre la tapa cerrada del retrete, con los calzoncillos doblados encima. Colgó la camisa del gancho de detrás de la puerta. Se metió a toda prisa en la bañera con un pie, vacilante, con el pene colgante ondeando como un trapo andrajoso atado a su cuerpo. Jocelyn se lo quedó mirando con gran interés, igual que había mirado el pez del estanque y los piercings de la cara de Ruby Klein.

—¿Qué tienes ahí? —dijo.

—Tengo un pene —dijo él—. ¿Qué te parece?

—Parece blando.

—Es blando —dijo él—. Muy blando.

Se sentó al lado de ella, alrededor de ella, rodeando su forma diminuta con la pelusa negra y mojada y las protuberancias de sus espinillas flacas y huesudas. Alguien llamó a la puerta. Green dio un respingo. Se llevó una mano al pecho.

—¿Marty? —Era Ruby—. ¿Todo va bien ahí dentro?

—Todo va bien —dijo Green.

Cogió la mano de su hija y se la llevó al pecho, justo encima del esternón.

—¿Lo sientes? —dijo.

## La señora Box

El edificio Farnham estuvo en la ladera de una colina en el extremo noroccidental de Portland, dominando el distrito de Nob Hill y el río Willamette, desde 1938 hasta el año pasado, cuando una manta eléctrica vetusta perteneciente a uno de los muchos ancianos residentes en el edificio inició un incendio que mató a seis personas y dejó el Farnham convertido en un esqueleto negro sibilante en el centro de un anillo de escombros y cenizas. De quince pisos de altura, pintado durante toda su existencia de un tono sombrío e inquebrantable de verde gaulteria, con un parecido más que fugaz a una toalla de hospital, el Farnham nunca aspiró a ser un hito de belleza — simplemente era lo bastante imponente como para pasar por señorial y lo bastante moderno como para ser considerado en la onda—, pero había servido de hogar a un gran número de viudas ricas y decrépitas y sofisticados restauradores e interioristas, con unas líneas y unas ventanas provistas de cierta gravedad a lo Bauhaus, y su color inusual y su situación prominente le infundían, a ojos de la gente de Portland, parte de la autoridad de una catedral brillante o de la cúpula de un capitolio. Era visible desde toda la ciudad e incluso desde Vancouver (Washington), donde una tarde de verano fue divisado por Eddie Zwang, un optometrista arruinado en una ranchera Volvo que en aquel momento estaba yendo de Washington a Oregón por la 1-5, en dirección a algún sitio como México o la Tierra de la Reina Maud, con el maletero de su coche lleno de equipamiento óptico robado por valor de veinte mil dólares. Mientras conducía, sus mejillas estaban surcadas de lágrimas, y un poderoso músculo de tristeza le latía en el pecho, y cuando vio el frío y verde edificio Farnham elevándose en su colina frondosa, tomó la decisión repentina, sentimental y en aquellas circunstancias poco sabía de pararse a saludar a la señora de Horace Box, la abuela de su exmujer, que vivía en el apartamento G del noveno piso.

Eddie dejó el clamor de la autopista y se sumergió en las calles tranquilas y alfabéticas del Northwest, luego giró al oeste por Burnside, en dirección a Willamette Heights. Aunque se había pasado la mayor parte de su vida adulta entre las ciudades enormes, amorfas y pálidas de la costa Oeste, ciudades construidas en medio de selvas tropicales, en desiertos sin una gota de agua y a hombros de montañas terribles, había crecido en las ciudades fluviales corroídas de ladrillo del viejo Medio Oeste —nueve años en Pittsburgh, ocho en Cleveland y los años de universidad en Cincinnati—, y siempre se había sentido cómodo en las modestas colinas, las calles angostas y el paisaje fluvial de color marrón oxidado de Portland. La consideraba una ciudad en la que los anuncios pintados de puros de cinco centavos iban perdiendo el color en los costados de los viejos almacenes de ladrillo. Pasó junto al estadio de béisbol donde él y Dolores habían llevado a Oriole Box a ver cómo sus queridos Beavers perdían partidos, y frente a Muller's, su restaurante favorito, y luego, con el

corazón latiéndole como de expectación ante una cita salvaje, giró por la calle que subía la colina hasta el Farnham.

Después de que Eddie metiera el Volvo en uno de los puestos de aparcamiento para visitantes, salió y escrutó la calle en busca de señales del LTD negro que lo había estado siguiendo de forma intermitente durante los dos últimos días. Su conductor — Eddie le había echado un buen vistazo esa misma mañana en el muelle de ferrys de Southwoth, en la península de Olympic, donde Eddie había hecho un intento fallido, en el aparcamiento desierto de una escuela secundaria en las afueras de Sequim, de vender parte del lujoso equipo Bausch & Lomb que llevaba consigo a un voluble perista de equipamiento médico robado que tenía el improbable nombre de Seymour Lenz— era un hombre rubicundo con turbante de sij y americana gris de cloqué, con unos ojos soñolientos y una barba negra y afilada que le sobresalía de la cara en un ángulo furioso. El sij lo había estado siguiendo, se imaginaba Eddie, con la esperanza de confiscar por impago el Volvo, aunque ciertamente existían diversas explicaciones alternativas, en las cuales Eddie, que toda la vida había padecido una tendencia enfermiza a confiar en lo mejor, no tenía ganas de detenerse.

En aquel momento, sin embargo, no había nada en la empinada calle de Portland más que la turbulencia de luz y el aire que se elevaba del asfalto caliente, y una joven de cara fruncida, vestida con una parka mugrienta y un gorro de lana de los Trail Blazers, empujando colina arriba un carrito de bebé roto que había llenado de botellas y latas de refresco vacías. Eddie estaba huyendo de tantos desastres y decisiones erróneas, había dejado atrás tantas partes perjudicadas, acreedores furiosos y corazones rotos, que por un momento se le ocurrió —¡una parka y un gorro de lana con el calor que hacía!— sospechar que aquella mujer era una agente de alguien, una espía o una agente de recuperación de bienes. Pero, por supuesto, solamente era una chica loca empujando un carrito lleno de basura y cantándole una nana, y a Eddie le dio lástima y se avergonzó de sí mismo por sospechar de ella. Se había vuelto paranoico, una idea que ahora le hacía sentir lástima por sí mismo. Luego aseguró el volante con una barra antirrobo roja marca Club y conectó la alarma del Volvo.

Entró en el edificio Farnham por el sótano y subió solo en el ascensor, llevando en la mano izquierda el elegante maletín de piel, regalo de cumpleaños de los padres de Dolores, que contenía todos los siniestros documentos y amargos recibos de su desmantelamiento financiero y marital, las importunidades de los acreedores de su carrera fallida, la hoja de papel que lo divorció de Dolores, así como un caro busca de conexión por satélite que llevaba varios meses ahora sin sonar, un ejemplar muy manoseado del ejemplar de abril de *Cheri* y los restos de una hamburguesa Deluxe de Dick's de hacía tres días, envuelta en una carta de la empresa de abogados de bancarrotas Yost, Daffler y Traut. Le habría encantado limitarse a tirar el maletín, pero le caían bien sus exsuegros y se sentía obligado a llevar a todas partes el último

regalo que le habían hecho, como si de esa forma los compensara por haber perdido el otro regalo más valioso que le habían hecho. Eddie suspiró. Hacía calor en aquel ascensor viejo y chirriante y olía a benjuí, a flores podridas y a mujeres ancianas. Tenía el pelo mojado de sudor y la camisa blanca con cuello oxford se le pegaba a la zona lumbar. Sentía no tener mejor aspecto delante de Oriole (a ella le importaban bastante esas cosas), pero había dejado sus corbatas en tonos pastel, sus elegantes blazers de tela madrás y sus pantalones de dril blancos en Seattle, junto con su mujer y su medio de vida y la fe optométrica en la corregibilidad final —«¿Qué ves más claro? ¿Esto o esto otro?»— de todo. Confiaba en que la anciana lo reconociera. Ya hacía más de un año.

—¿Sí? —dijo Oriole al abrir la puerta, mirándolo a través de la estrecha rendija que permitía la cadenilla. Eddie pudo distinguir sus gruesas gafas y su pequeña nube de pelo blanco.

—Yaya, soy yo —dijo Eddie—. Eddie.

Ella se quedó mirándolo, boquiabierta, con unos ojos como platos que se veían torcidos a través de sus lentes de un centímetro de grosor. Llevaba su bata azul de verano y unas pantuflas. Llevaba el maquillaje, normalmente aplicado en una gruesa capa, y el pelo, normalmente dispuesto en forma de un redondo y simpático peinado de abuelita, desarreglado y de cualquier modo. Ni Oriole ni él iban muy arreglados, pues, en aquel caluroso día de verano. Ella lo examinó con atención, de la frente alta a los zapatos de tacones gastados, posando la vista finalmente, o eso pareció, en el esbelto maletín de cuero que llevaba en la mano a modo de clave del misterio de su identidad.

—Lo siento, joven —dijo ella con una voz agradable pero fría y ligeramente jadeante, como si estuviera saliendo de una concertina rasgada—. No puedo hablar con vendedores. Mi marido no lo aprueba en absoluto.

—Yaya, soy Eddie. —Eddie dejó el maletín en el suelo. Tragó saliva—. Eddie el de Dolores.

—Oh, cielos. —Oriole puso cara de preocupación. Sabía que tenía que reconocerlo. Se acarició la pelusa blanca de la barbilla y lo intentó de nuevo—. ¿Me has llamado?

—No, lo siento, yaya. No he llamado. Simplemente pasaba por Portland y se me ocurrió parar.

—Sí —dijo ella, asintiendo con su pesada cabeza, con sus cejas enmarañadas, examinándole la cara con los ojos de color azul acuoso—. Vaya, ¡qué maravillosa sorpresa! —Cerró la puerta para abrir la cadenilla y luego se la abrió de par en par—. ¿No quieres entrar? —Él se dio cuenta de que ella seguía sin tener ni idea de quién era—. Fíjate que yo precisamente estaba pensando en ti. ¿Qué te parece?

—Hola, yaya —dijo Eddie, abrazando a la anciana y dándole un beso en la

mejilla.

Criada por sus abuelos alemanes en una granja de las afueras de Davenport a principios de siglo, Oriole era una mujer robusta y de espaldas anchas, ancha y poco bonita y cuadrangular como el estado mismo de Iowa. Al abrazarla, Eddie se sintió reconfortado, como por la mirada amable de una vaca. Recogió el maletín y la siguió a su apartamento, una suite de cuatro habitaciones con dos baños, una cocina diminuta y vistas a dos lados de tejados y puentes, la cincha insulsa y brillante del río, y en aquella tarde clara y calurosa de verano, el fantasma lejano y blanco del monte Hood. Oriole pasaba la mayor parte del tiempo en la sala pequeña y luminosa anexa al vestíbulo, sentada en un sillón de chintz verde, con los pies apoyados en un cojín de chintz verde, leyendo ediciones en letra grande de las novelas de Barbara Cartland, a quien se parecía un poco, resolviendo sopas de letras y espiando a los vecinos de al lado con unos prismáticos Zeiss que eran casi tan viejos como ella —Eddie le echaba unos noventa años— traídos de la primera guerra mundial por el abuelo de Dolores, Horace. El Farnham estaba construido sobre la planta de una cruz griega, y Oriole, que tenía su apartamento en el brazo este, solamente tenía que mirar en un ángulo dirigido unos seis metros al noroeste para ver a través de las ventanas del 9-F. Nunca había mucho que ver —los ocupantes eran un gato persa y una pareja de hermanas solteras llamadas Stark que mantenían las persianas cerradas la mayor parte del tiempo y cuya ocupación principal era beber té y leer revistas religiosas—, pero Oriole nunca perdía la esperanza, y una vez había tenido la suerte de presenciar una breve escapada del gato doméstico por la estrecha cornisa de la ventana y el pánico subsiguiente de las hermanas. Fue un acontecimiento trascendental que Oriole casi nunca olvidaba volver a contar a sus visitantes.

—¿Por qué no pones ese maletín encantador en la habitación de invitados? —le dijo ahora a Eddie, dándose unos golpecitos en la nube rala de su pelo y tirándose del cuello de la bata—. Voy a vestirme. —Soltó una risita—. ¡Debes de pensar que soy una perezosa terrible! Supongo que esta mañana he perdido la noción del tiempo. ¿Qué hora es?

Eddie se sonrojó por ella y fingió que se miraba el reloj.

—Sigue siendo temprano —dijo—. Pero, yaya, me temo que no me voy a quedar. Solamente...

—Te traeré unas toallas limpias —dijo Oriole, metiéndose en su baño—. Estoy segura de que nos lo vamos a pasar en grande.

Eddie se encogió de hombros, dejó su carga y se apoltronó en una silla de cocina barata de vinilo y acero cromado, al lado de una vieja mesa de nogal llena de rayaduras cuyas sillas y aparador a juego hacía mucho que habían desaparecido. Además del sillón y el cojín gastados, el único otro mueble de la sala, que le servía a Oriole de sala de estar, estudio y comedor, era un armario estilo Imperio demasiado

grande donde guardaba sus novelas románticas, una serie de figuritas de Dresden representando pastores y pastoras y una fotografía conmovedoramente hermosa de una fea Dolores de dieciséis años durante su presentación en sociedad, con una sonrisa que enseñaba unos dientes torcidos y era devorada por un gigantesco vestido de noche de chifón rosa. Había una sala de estar formal, en la que unas cuantas reliquias más de la vida de Oriole —un sofá Victoriano con volutas, un espejo dorado, unas cuantas sillas con las patas talladas en forma de patas de león— estaban en exhibición, aunque ella casi nunca las usaba, y prefería recibir a sus visitas desde la comodidad lumbar de su enorme sillón de chintz. El resto de sus muebles —de acuerdo con la dentalmente correcta pero no menos conmovedora mujer que había emergido de las garras de aquel enorme vestido rosa, había habido salas y salas enteras llenas de los mismos— habían sido vendidos, junto con la enorme casa de Alameda Street que Eddie no había visto nunca, o bien se habían diseminado entre los herederos futuros de Oriole, o bien, tal como aseguraba siempre Oriole, se los había robado la banda de malvados sirvientes, enfermeras y seres cleptómanos por los cuales la anciana se creía rodeada.

—¡Ya está! —dijo Oriole, saliendo de su dormitorio vestida con un vestido holgado sin mangas, con cinturón y estampado de margaritas de color rosa, iris de color púrpura, claveles rojos y flores de lis doradas sobre el fondo de una retícula verde. Eddie se preguntó si aquellos vestidos eran, para las ancianas, el equivalente indumentario de los libros de letra grande y las conversaciones a gritos—. Esto está mucho mejor. Hoy hace un calor terrible.

—Sí que hace calor —dijo Eddie. El aire también estaba cargado, y había un olorillo procedente de la basura de la cocina. A pesar del calor de la tarde, ninguna de las ventanas estaba abierta, y el apartamento tenía una atmósfera todavía más cerrada y agobiante que la del ascensor—. Tienes muy buen aspecto.

—Gracias.

Oriole se acercó al sillón verde y se sentó lentamente y con aire de gran satisfacción. Ella y Eddie se miraron, sonriendo desde ambos lados del abismo de edad, de parentesco no consanguíneo y de una falta fundamental de conocimiento mutuo. A Eddie se le ocurrió por primera vez que él y la señora Box no tenían nada que ver el uno con el otro. Eddie se secó la frente. Oriole tamborileó con los dedos nudosos en el brazo de su sillón y lo examinó, con los ojos fruncidos y la cabeza inclinada a un lado.

—¿Te conozco de Davenport? —dijo por fin.

—No, yaya —dijo Eddie—. No he estado nunca en Davenport. Me conoces de aquí y de Portland. De tu nieta, Dolores.

—Claro —dijo Oriole. Asintió—. Me cae muy bien.

—A mí también —dijo Eddie.

—¿Conociste a mi marido?

—No, yaya. Pero sé que era un hombre muy agradable.

De hecho, el viejo Horace Box, un ejecutivo de la Great Northern Railroad que murió cuando Dolores era niña, siempre le había sido descrito a Eddie como una persona formidable, un esquirolo o un perfeccionista. Su fotografía miraba desde la pared que Oriole tenía sobre la cabeza: mandíbula ancha, gafas sin montura, pelo engominado y una expresión de decepción carente de sorpresa.

—Oh, era un hombre maravilloso —dijo Oriole—. Todavía hoy lo echo de menos.

—Lo sé.

—¿Sabes? —dijo ella, bajando la voz como si fuera a hacerle una confidencia. Se toqueteó una cadena dorada que le colgaba entre los pliegues satinados de la garganta: una joya recargada, gruesa y no particularmente bonita. Una especie de rama de árbol retorcida a través de la cual reptaban diamantes del tamaño de escarabajos rodeados de enjambres de áridos de esquirlas de esmeralda—. Este precioso collar que me regaló no abandona nunca mi cuerpo.

—Guau —dijo Eddie.

Oriole le había revelado el secreto de su collar muchas veces en el pasado, exactamente en los mismos términos, siguiendo el guión de la gira que les daba a los visitantes a través de un modelo fragmentario y a escala de su vida ya pasada. Pero esta vez, mientras la miraba pasarse los dedos hinchados por la rama retorcida que Horace Box le había regalado con motivo de su cincuenta aniversario, Eddie se sintió conmovido, y por alguna razón inquieto, por el hábito persistente de su pena. Durante veintidós años el collar no la había dejado salvo en dos ocasiones calamitosas y narradas con frecuencia, cuando el broche se había abierto: una vez en la playa de Gearhart y otra mientras se inclinaba para darse un baño.

—Duermo con él puesto, ¿sabes? —dijo ella—. Aunque a veces me pesa bastante en la tráquea.

—Setenta y dos años —dijo Eddie, envidioso, en un tono demasiado bajo para que lo oyera Oriole.

Él y Dolores habían estado casados treinta y un meses antes de separarse. Había habido un beso extramarital, un desastre empresarial, un aborto espontáneo, malestar sexual y muy pronto se habían visto obligados a afrontar el fracaso de una expedición en la que ambos se habían embarcado notablemente mal preparados, como una pareja de viajeros transárticos que por culpa de la falta de preparación se encuentran varados y se ven obligados a comerse a sus perros. Eddie había sabido desde hacía mucho tiempo —desde el día de la boda— que no era un matrimonio fuerte, pero ahora, por primera vez, se le ocurrió que era porque él y Dolores no eran gente fuerte. No habían sido capaces de soportar el peso del amor marital sobre sus tráqueas.



La principal razón de su divorcio, creía Eddie, era que a lo largo de su matrimonio él había dedicado estúpidamente la mayor parte de su tiempo a un aparato desventurado llamado «Estilovisor». Iba a ser una combinación de cámara de vídeo, pantalla de cristal líquido, teclado, software integrado de manipulación de imágenes y una base de datos con seis mil gafas de diseño que permitía al consumidor óptico «probarse» seis mil modelos distintos de gafas sin mover un músculo. «Un procesador facial», le había oído a Dolores llamarlo medio en broma. Había invertido decenas de miles de dólares, casi todos no suyos, en aquel aparato, solamente para ver sus planes zozobrar por la desafortunada tendencia del Estilovisor de mostrar, además de la cara y las gafas potenciales del cliente horrorizado, las sombras de su cavidad nasal y sus cuencas oculares, la sonrisa desnuda de sus dientes y la delicada arquitectura de su cráneo. El aparato no emitía ni radiación ni ondas sonográficas. El truco de los rayos X no era más que un efecto secundario intermitente e impredecible: Geoff Eisner, el socio experto en redes informáticas de Eddie, lo había llamado un «artefacto» del programa que permitía manipular imágenes de la cara humana, de forma que cada quince o dieciséis veces que alguien se probaba unas gafas, la máquina producía no solo la imagen de un cliente ópticamente a la moda con una amplia gama de monturas atractivas y asequibles, sino también una calavera sonriente. Los inversores de Eddie retiraron su apoyo y lo demandaron para que les devolviera lo invertido, mientras Dolores presenciaba también el fracaso del Estilovisor, después de tantos meses de abandono conyugal, y lo consideraba una especie de acuerdo roto, y un perplejo Geoff Eisner —aquel hijo de puta—, que había hecho la mayor parte del ensamblaje y el desarrollo del software, y que había sido el destinatario demasiado bien dispuesto de aquel beso extramarital, desapareció de vuelta en los yermos canabináceos de Oregón. Al final Eddie perdió sus patentes y a su mujer gracias a los esfuerzos inexorables de los abogados, y se descubrió a sí mismo siendo la presa y el juguete de las agencias de cobro de morosos y los artistas de la citación.

—Creo que es bastante valioso —estaba diciendo Oriole—. Aunque nunca he hecho que me lo... oh, como se diga. —Cabeceó con aire triste—. ¡No sé qué me está pasando en la memoria! ¿Cómo se llama cuando te miran las joyas y las...? Ya sabes.

—Tasación —dijo Eddie.

Chasqueó los dedos.

—Eso es. Nunca lo he hecho tasar. Pero creo que es bastante valioso.

—Creo —dijo Eddie mientras le entraba en la cabeza una idea emocionante y no deseada— que debes de tener razón.

Fue una especie de fantasía, al principio: otro plan insensato de Eddie Zwang. La vieja y acartonada señora Box había vivido cargada de un alma romántica y a lo largo de los años le había dado a su mujer toda clase de bisutería y piedras preciosas, y

aunque ninguna de ellas por separado valía tanto como el collar, seguro que era posible, imaginó Eddie, empeñar sus cosas por lo bastante como para instalarse en México al estilo miserable al que intentaba acostumbrarse. Si cenaban en Muller's, por ejemplo, donde Oriole siempre tenía la costumbre de beberse dos cócteles, un ladrón podría robarle los pendientes, las pulseras y los relojes mientras dormía y sin miedo a despertarla. La amabilidad que Oriole siempre había mostrado con él, el afecto que lo había hecho salir de la autopista aquella tarde para llevar a cabo aquella visita mal concebida al Farnham, el horror y la maldad del crimen que estaba considerando, Eddie desechó todo aquello como los escrúpulos de un hombre que se permitía el lujo de tener fe en sí mismo. Nada de lo que hacía podía sorprenderle ya. Le dejaría aquel feo collar de oro que tanto le pesaba en la tráquea. Se dijo a sí mismo que era lo único que la anciana tenía.

—Ese maletín no es muy grande —dijo Oriole señalando la cartera de cuero que él tenía a los pies.

—Bueno, no puedo quedarme mucho tiempo —dijo Eddie. Los músculos de su cara se fruncieron en forma de un nudo tenso, y mientras sonreía a Oriole su corazón se llenó de un entusiasmo callado—. Pero creo que me quedaré a pasar la noche.

Cogieron un taxi hasta Muller's. La carrera costó dos dólares con setenta y cinco, que Oriole insistió en pagar, dejando al taxista de propina el cambio de tres billetes de un dólar. Eddie sintió vergüenza. (Él y Dolores habían intentado una vez decidir en qué punto la mente de su abuela había dejado de percibir los aumentos en el precio de la vida, los resultados de las elecciones presidenciales o la desaparición de las poco amables generalizaciones étnicas y raciales de las conversaciones educadas. Llegaron a la conclusión de que la fecha de la última vez que había mirado el panel de control de la vida había sido en algún momento de principios de los años setenta. Aquella era la fecha en que había muerto su marido, atropellado en plena Décima Avenida por un camión lleno de cigalas en hielo que se dirigía a Jake's Famous). El taxista no hizo ningún esfuerzo por esconder su desagrado por la propina y Oriole no hizo ningún esfuerzo por percibirlo. Eddie buscó monedas en sus bolsillos, pero solamente encontró un billete de diez dólares y el centavo de zinc de 1943 que llevaba para que le diera suerte. Se guardó sus diez últimos dólares y su amuleto inservible y entró a hurtadillas en la oscuridad de la coctelería de Muller's, que por alguna razón Oriole prefería al restaurante. Era una coctelería sombría y taciturna —cuero sintético rojo, hilo musical suave, frecuentada por cierto tipo de alcohólico de mediana edad y poco hablador—, pero Oriole no parecía ser consciente de su atmósfera desagradable y tenía una mesa que le gustaba en un rincón, debajo de un cuadro principalmente naranja pero también marrón que representaba un faro. Eligieron su cena de una carta amplia y rica en colesterol. Se bebieron cada uno un par de vodkas con tónica y la

anciana le habló (a Eddie le pareció que era la decimoquinta o decimosexta vez, y cada vez de forma más dispersa) de la cocina de verano que tenía su madre en el jardín de su casa de Davenport, de su viaje al Oeste justo después de casarse en los años veinte en el ferrocarril de su marido y de su decepción por no ver indios salvajes de ninguna clase por el camino, y también de sus hermanas, Robin y Linnet, las dos ya fallecidas. Se comieron sus platos de color habano y beige a base de masa y salsa de asado. Mientras Oriole estaba concentrada en su postre, Eddie se las ingenió para pedir una tercera copa para cada uno. Luego Oriole pagó la cuenta, dejando a la camarera sin propina, y los dos emprendieron el neblinoso camino de vuelta al Farnham.

Aunque Eddie y Oriole se fueron a dormir a las ocho y media, las copas que él le había metido en el cuerpo parecieron tener el efecto de desvelarla, y Eddie se pasó lo que parecieron horas esperando a que parara de tararear y hacer comentarios para sí misma en la habitación de al lado y finalmente cayera dormida. Se sentía triste. La comida frita y todo aquel vodka barato de garrafa había empezado a despertar vientos monzónicos y tsunamis en sus tripas. Todavía se veía una estrecha franja de color azul en el horizonte, y se sintió atormentado por aquel último y débil estandarte de luz del día que temblaba en los límites de su campo visual. Aunque había abierto las ventanas, el anochecer era caluroso, y la atmósfera del pequeño dormitorio de invitados era sofocante. La débil brisa procedente del río no hacía gran cosa para refrescar la habitación y llevaba en su seno un olor fuerte y amargo a lúpulo de la fábrica de cerveza Blitz del centro. Aquel fue un olor nostálgico y no deseado que pareció intensificar el peso de la noche estival que se cernía sobre él. De vez en cuando le parecía captar los aplausos de la multitud y el parloteo del comentarista, traídos del lejano estadio de béisbol igual que el olor estival a cerveza. Yació completamente vestido sobre la cama todavía sin deshacer, lamentándose ya del crimen que estaba a punto de cometer, obligándose a sí mismo a concentrarse en su propia aptitud para cometer un acto tan censurable y en el olor a beicon y a flores de una mujer a la que había conocido en Juárez hacía muchos años.

Por fin se hizo el silencio en el apartamento, un silencio vacilante y provisional al principio, luego absoluto. Eddie se levantó de la cama y recorrió el pasillo de puntillas hasta el dormitorio de Oriole. La anciana tenía las cortinas corridas y era imposible ver nada. Su respiración ralentizada por el alcohol era tan poco profunda que Eddie apenas podía oírla, y la negrura y el silencio inesperados del dormitorio estuvieron a punto de hacerle dar media vuelta. Respiró hondo y despacio y trató de visualizar el trazado de la habitación. En el pasado había visto muchas veces a Dolores ayudar a vestirse a la anciana, y le daba la impresión de que Oriole guardaba su joyero en el cajón superior izquierdo de su vestidor estilo Imperio, que debería estar inmediatamente detrás de él y más o menos a un metro a su izquierda. Estiró un

brazo hacia atrás y con los dedos extendidos, fue palpando la pared hasta el vestidor, que no encontró exactamente sino que más bien topó con él, causando un ruido fuerte que por suerte no pareció despertar a Oriole. Abrió el cajón superior izquierdo e inmediatamente su mano rozó una superficie lisa y sólida que sus dedos le dijeron que debía de ser la tapa de tafilete verde del joyero.

Con el corazón saltándole en el pecho, se metió el joyero debajo del brazo, volvió a cerrar con suavidad el cajón y salió arrastrando los pies de la habitación. Se adentró en la luz en comparación deslumbrante del pasillo y allí se quedó un momento, respirando, con la frente apoyada en la fría pared de yeso. En su mente no le cabía duda de que acababa de romper algo que no se podía reparar. Su antigua vida yacía al otro lado de una grieta zigzagueante en el suelo. Nunca volvería a ver a Dolores, aunque de pronto se dio cuenta de que volver a verla era lo único que deseaba. Recordó la fotografía de ella, en el armario estilo Imperio de la sala de estar, y fue a observarla, permitiéndose una breve y desesperada fantasía de devolver el joyero a su cajón, meterse en su coche, regresar a Seattle, despertar a Dolores y suplicarle que lo aceptara de nuevo.

Cuando regresó a la sala de estar a oscuras, vio algo que estuvo a punto de hacer que se le cayera el joyero. Oriole estaba sentada en el sillón verde, con los viejos prismáticos Zeiss dirigidos hacia alguna parte al norte.

—¿Yaya? —dijo Eddie tras recuperarse del shock de encontrarla despierta en su sillón, vestida únicamente con un camisón blanco, corto y sin mangas, más desnuda de lo que la había visto nunca, a ella o a ninguna otra anciana—. ¿No puedes dormir?

Ella pareció no oírlo. Estaba sentada, inmóvil y fantasmagórica a la luz reflejada de la ciudad, con su camisón transparente. Sus mejillas, brazos, hombros y muslos desnudos estaban surcados de venas y de arrugas y resultaban tan misteriosos y moteados como la superficie lunar. A él le pareció una imagen extrañamente hermosa. Ella estaba mirando en dirección a algún sitio al otro lado del río, en las colinas de la orilla opuesta del Willamette, barriendo lentamente a un lado y al otro a lo largo de una línea alta por encima del horizonte. Estaba buscando, supuso, la casa de Alameda Street.

—Me pregunto si tengo que limpiar estos prismáticos —dijo Oriole. Su voz era poco más que un susurro—. ¿Conoces a alguien que pueda hacerlo?

—¿Estás buscando tu antigua casa? —Dejó discretamente el joyero sobre la mesa del comedor y fue junto a ella.

Ella asintió.

—Pero creo que no puedo verla.

—Me parece que está demasiado oscuro, yaya. Y terriblemente lejos. Ni siquiera estoy seguro de que se pueda distinguir de día.

—Oh, ahí está —dijo ella—. Tiene una pareja de leones de piedra en el jardín.

—Ya lo sé —dijo Eddie—. ¿Y la ves desde aquí?

Ella volvió a asentir con su cabeza estólida, sin bajar los prismáticos.

—Ah, sí —dijo ella—. Se puede ver perfectamente. Este año las azaleas están preciosas. Echa un vistazo.

Ella le dio los viejos y pesados binoculares de diez aumentos a través de los cuales, el doctor Zwang estaba razonablemente seguro, resultaba imposible distinguir la vieja casa marrón, arrebujaada entre las sombras de los abetos, a ocho kilómetros. Cerró los ojos y se acercó los gemelos a las cuencas oculares.

—Encantador —dijo, con los ojos fuertemente cerrados—. Y también veo los leones —añadió.

—Ahora vive en la casa gente de color —dijo Oriole—. Pero es buena gente.

Él volvió la cabeza y dirigió los prismáticos al cuenco luminoso del estadio de béisbol, a aquellos hombres lejanos y felices vestidos con uniformes de color blanco brillante.

—Vuelvo enseguida —dijo.

Le dio los prismáticos, cogió el joyero y caminó con toda la frescura hasta su dormitorio, donde, como si ella se lo hubiera pedido, devolvió el joyero al cajón. Tal vez no fuera ninguna extravagancia, después de todo, tener fe en uno mismo, o tal vez es que no lo había perdido todo en aquel sentido. Cerró el cajón con una sensación renovada de esperanza. Mientras lo hacía, sin embargo, oyó gemir a Oriole en la sala de estar: un sonido largo, lento y devastado, como alguien que afrontara la ruina de un sueño. Eddie pensó que tal vez se hubiera caído. Volvió corriendo a la sala de estar y se encontró a la anciana de pie, señalándolo con un brazo extendido que temblaba desde la yema del dedo al hombro, y vio la verdadera razón por la que un momento antes le había parecido tan desnuda.

—¡Tú! —exclamó—. ¡Me has robado mi hermoso collar! —Se llevó una mano parecida a una garra a su cuello desnudo.

—¿Qué? —Eddie dio un paso atrás. ¿Acaso estaba borracho? ¿Acaso había robado el collar sin saberlo?—. No —dijo—. ¡Yaya, no! Se te debe... Se te debe de haber caído.

—¡No está aquí! ¡Lo has robado!

Eddie extendió las manos con las palmas hacia arriba y dio un paso hacia la anciana, pero ella retrocedió y se tapó la cara con un brazo tembloroso.

—¡No, no, no, no! ¡No te acerques a mí!

Así de rápido, la vieja y plácida Oriole Box se puso histérica y empezó a chillar. Eddie solamente había oído aquellos chillidos procedentes de los recodos más negros y desesperados del mundo: de la sala de atrás de una comisaría del centro de Los Angeles a las cuatro de la madrugada, del recodo de una autopista después de un terrible accidente que había matado a un joven marido, de un pasillo lejano de la sala

de urgencias del hospital sueco mientras él estaba sentado junto a Dolores la tarde de su aborto.

—Yaya —dijo Eddie en un tono impotente—. Por favor, tranquilízate.

Encendió una lámpara y la repentina eflorescencia de luz pareció coger a la anciana por sorpresa. Se quedó callada de repente. De nuevo Eddie intentó acercarse a ella, pero al hacerlo tropezó con algo y cayó hacia delante. La anciana extendió los brazos como para protegerse de él, y aunque Eddie sabía que únicamente tenía intención de protegerse del golpe, acabó cayendo felizmente en sus brazos, y por un instante ella soportó el peso de él. Luego él se soltó, cayó de rodillas delante de ella y algo brillante le llamó la atención. Era el collar de Oriole, tirado en una arruga de la alfombra debajo del cojín verde.

—Ahí está —canturreó él, con una jovialidad que no sentía—. Lo he encontrado.

Eddie fue a cuatro patas hasta el cojín. Metió la mano debajo, sacó el collar y se lo dio a Oriole. Se había vuelto a escapar por los pelos, y era la segunda vez en lo que iba de noche. ¿Qué pasaría si Oriole había despertado a los vecinos con sus gritos? ¿Y si el ruido había atraído a la policía? ¡De qué manera confirmaría las peores opiniones que Dolores tenía de él el enterarse de que lo habían detenido por robar a su abuela! Miró a su alrededor en busca de la cosa con la que había tropezado, y vio que el pequeño maletín de cuero, atiborrado de los certificados y pruebas legales de su derrota, estaba tirado en el suelo delante de él.

—Oh —dijo Oriole—. Oh, gracias a Dios.

Todavía le temblaban bastante las manos y los dedos, y tuvo que ayudarla a abrocharse el collar una vez más alrededor de su garganta vieja y blanda.

—Quédate un minuto sentada en el sillón —dijo él.

—Mi collar —dijo Oriole pasándose los dedos por la gruesa rama dorada.

A Eddie le estaba resultando muy difícil mirar a los ojos a Oriole. Inclino la cabeza. Muy pronto, si continuaba así, no quedaría en el mundo nadie a quien pudiera mirar a los ojos.

—¿Qué hora es? —dijo Oriole.

—Casi las nueve y media.

Se preguntó si no sería mejor regresar a su Volvo cargado hasta los topes y seguir su camino. Si conducía de un tirón, a lo mejor podría estar en Rosario el día siguiente a aquella misma hora.

Sonó el teléfono. Oriole se llevó el auricular a la oreja.

—¿Sí? Ah, hola. —Se dio unos golpecitos en el pelo y recurrió a sus noventa y tantos años de disimular la felicidad y reprimir la desesperación—. Sí, ya lo sé. ¡Fíjate que estaba pensando justamente en ti!

Eddie se acercó a la ventana y miró hacia el norte, hacia el otro extremo de la ciudad, hacia el río y las luces y la lejana cinta negra de su antigua vida.

—¿En serio? —estaba diciendo Oriole—. Bueno, estoy segura de que has conseguido un buen precio. Es un encanto de casa.

Dolores. Su casa en Juanita llevaba meses en el mercado. Ella no había querido venderla, pero Eddie necesitaba el dinero, y con el sueldo de profesora de gimnasia de ella no tenía forma de comprarle a él su parte. Una parte de Eddie estaba ansioso por saber cuánto dinero había sacado Dolores por la casa, pero en aquel momento aquella parte parecía pequeña, y hablaba con voz débil e inútil en el consejo de su corazón.

Justo cuando estaba entendiendo que el sitio donde le pertocaba estar era la ciénaga de deudas y desesperación en la que había acabado envuelto, miró hacia abajo, hacia el aparcamiento del edificio Farnham, y vio que el familiar LTD blanco, reluciendo en tono naranja bajo las luces halógenas del aparcamiento, había aparcado al lado de su ranchera Volvo. Eddie cogió los prismáticos Zeiss y miró, con fascinación mórbida, cómo el hombre del turbante salía del lado del pasajero de aquel coche negro y alargado, acompañado por la mujer del gorro de lana rojo y negro. El sij se puso a forzar la cerradura de la portezuela del Volvo, y si la alarma sonó, Eddie no la pudo oír. Al cabo de un momento el hombre de la barba encrespada había soltado la barra antirrobo del volante (Eddie había oído que uno los podía congelar con un chorro de freón y luego romperlos de un golpecito), había hecho un puente en el motor y se había marchado en el coche de Eddie, llevándose todo su equipo robado —su microscopio con lamparilla, su refractor Phoroceptor, su tonómetro y su oftalmoscopio—, además de su ropa y documentos legales, sus discos de Al Hibbler y sus fotografías de Dolores.

Eddie no se movió. Sintió como si lo acabaran de rociar con una dosis paralizadora de un gas muy, muy frío.

—Y dime —le dijo Oriole a la mujer abandonada que había al otro lado de la línea—, ¿cómo está el encanto de tu marido?

## Zapatillas de clavos

Una tarde de mediados de abril la abogada de Kohn, con la paciencia agotada, llamó para decirle que le daba una última oportunidad. Que tenía que ir a Chagrín Harbor aquella misma tarde y firmar la solicitud en que él y su mujer informaban al estado de Washington de que su matrimonio estaba roto de forma irremisible. Si volvía a no presentarse, su abogada lo lamentaba pero tendría que tirar su expediente al fondo de un cajón, mandarle una factura y olvidarse de él. Su mujer y la abogada de su mujer quedarían libres entonces para cosechar sin trabas los frutos de la testarudez de él. Así que Kohn se puso sus enormes botas de goma y recorrió con esfuerzo el camino hasta el cenagal de gravilla donde él y sus vecinos de Valhalla Beach aparcaban sus jeeps y camionetas embadurnadas de barro. El aire estaba helado, y la cabeza grande y sin afeitar de Kohn, con sus gafas y sus rasgos aturdidos, estaba bien enfundada en la capucha de una parka que era del mismo color difuso de los órganos hervidos. Echó un vistazo al mundo a través de un ojo de buey diminuto y bordeado de piel sintética y oyó solo el ruido de su propia respiración.

Su matrimonio había sido breve, una corta historia de esperanza y calamidad seguidas de la práctica destructiva de psicoterapeutas y abogados. Jill era diez años mayor que Kohn, nativa de la isla de Chubb y experta en Lacan que daba clases en el Reed College. Ansiaba tener un hijo. Kohn era del Este, un hombre socialmente incómodo y obsesivo. Era fabricante de instrumentos, construía guitarras eléctricas personalizadas, sobre todo para el mercado japonés, y prefería mantener sus propios deseos prensados entre las claras láminas de un hábito de fumar marihuana desde el cual pudiera observarlos a salvo. Hablaba con un ligero tartamudeo. A su único buen amigo lo había conocido en su primer año de universidad. Jill había confundido sus silencios de carpintero y una timidez que era puramente psicológica con las señales de un alma sensible. Tenía treinta y cinco años y tal vez no le interesaba mirar demasiado de cerca ni demasiado de lejos.

Se había quedado embarazada justo después de la boda. Se fueron de Portland y regresaron al estrecho de Puget, a la vieja casa de tejas marrones de los padres de ella en Probity Beach. El bebé, un niño, llegó en marzo, y durante lo que dura una temporada de béisbol los tres estuvieron satisfechos, de una forma borrosa que en ciertos momentos se concretaba en focos nítidos de felicidad no más grandes que una moneda de diez centavos, no más sustanciales que el olor a sal en la concavidad del cuello del bebé mientras Kohn lo llevaba en brazos por la playa hacia el porche encalado de sus abuelos. En octubre el bebé se puso a cuarenta y un grados de fiebre. Perdió la conciencia en el ferry, en brazos de su madre, de camino al hospital Swedish. Fue enterrado, junto con el matrimonio de sus padres, en un rincón del cementerio de la isla de Chubb, en compañía de algunos de sus antepasados y primos.



Hicieron terapia, pero fue una pérdida de tiempo y de dinero porque a Kohn no le gustaba hablar delante del psicólogo. Lloró la muerte muy de vez en cuando, en privado, mínimamente, invisiblemente, casi para sí mismo. Se retrajo. Jill lo dejó, se fue de la isla y se trasladó a un asram de Siddha Yoga, un antiguo hotel de las montañas Catskill del que solían ser clientes los bisabuelos de Kohn. Ella nunca se recuperaría del todo, Kohn lo sabía, de lo que había sucedido, pero es probable que la recuperación completa no fuera necesaria. Por lo menos había conseguido poner un poco de distancia geográfica sólida entre sí misma y su desastre. Fue como si a ella se la hubiera llevado la corriente, mientras Kohn continuaba acampado, aislado por la nieve, en medio de los restos humeantes del accidente. Se había ido de casa de los padres de ella, había alquilado la diminuta cabaña en Valhalla Beach, había puesto su mesa de trabajo y había reanudado la lenta producción del modelo que era su marca de la casa, el Kohn Seis, una cuña aerodinámica de madera de arce flameada, puente trémolo, afinadores y pastillas humbucker de lujo. Esperó la siguiente intervención del destino, confiando que esta vez se la podría perder.

Cuando Kohn llegó al embarrado aparcamiento, jadeante por el ascenso, vio a Bengt Thorkelson de pie bajo la lluvia junto al Honda Civic de su madre, armado con un trozo de tubería de plástico y bateando con todas sus fuerzas.

Bengt tenía once años y vivía con su madre viuda en la casa de los Wayland, a tres casas de distancia en la playa de Kohn. Era bajo para su edad, y regordete, y tenía el pelo oscuro y encrespado y unas gafas enormes. Corría meciendo un poco las caderas. En la playa al atardecer, cuando creía que no lo veía nadie, imitaba los graznidos de las gaviotas, con bastante éxito. Su mejor amigo, Malcom Dorsey era en la actualidad el único niño negro de la isla de Chubb. Aquello era lo único que Kohn sabía de él, salvo que una mañana en que estaba caminando colocado por la playa el invierno anterior, Kohn había visto a Bengt sentado en un tronco arrastrado por el mar hasta la playa, bajo la lluvia, con su labrador mestizo de color naranja, Nerf, sosteniendo una sombrilla de topos de Minnie Mouse sobre las cabezas de ambos y sollozando. Kohn había pasado a su lado rápidamente, cabizbajo, enfundado en su parka. El padre del niño, Kohn lo sabía vagamente, se había ahogado o había perdido la vida de alguna forma en el mar. Su madre era de esa clase de mujeres sexys y pechugonas, energéticas y malhabladas que una vez le había llevado a Kohn un extraño estofado donde había tofu, fideos de trigo sarraceno y pasas de corinto. Kohn también la evitó a ella. Se mantenía alejado de todos sus vecinos, cuyas vidas se extendían por toda la isla de Chubb desde Valhalla Beach hasta Rhododendron Beach, desde Chagrín Harbor hasta Point Probity, desde las cimas de las torres de transmisión de Radio Beach hasta los profundos huesos cretácicos de la isla. La vida de Kohn cabía en la parte trasera de una furgoneta Econoline.

—Hola, Bengt —dijo Kohn acercándose despacio a su furgoneta, con el barro

tragándose las suelas de sus botas y escupiéndolas mientras él caminaba.

Nunca se sentía cómodo diciendo el nombre de aquel chico, que debía de haber sido una maldición durante toda su existencia. Por lo general vacilaba entre no pronunciar la T e intentar hacer todo el hincapié en la G, como pensaba que permitía la tradición sueca.

—Hola, señor Kohn —dijo Bengt en un tono sombrío.

Se agachó y recogió del suelo un centavo que tenía a sus pies. Iba vestido con una sudadera con capucha de colores rojo y blanco vivos en la que se leía RANGERS en letras azules en el pecho, unos vaqueros nuevos, con las perneras vueltas y unas zapatillas deportivas antiguas de hombre, acabadas en punta y atadas con lazos de vestir, demasiado grandes para sus pies y con toda la pinta de ser un legado de algún antepasado que jugaba al béisbol. En el suelo a sus pies había un guante nuevo de béisbol. Los dedos que sostenían el trozo de tubería los tenía rosados por culpa del frío. Se incorporó apoyando el peso en los talones, levantó la tubería por encima de la cabeza como si fuera un hacha y tiró el centavo al aire. Luego bateó, tal como Kohn lo había visto batear antes, poniendo toda su energía en un golpe enorme y salvaje con tanta inercia que estuvo a punto de hacerlo caer. El centavo cayó al barro con un chapoteo que era como un comentario maleducado sobre su estilo.

—Joder. Digo, jolín. —Recogió el centavo, lo tiró al aire y trató de batearlo otra vez. Volvió a errar el tiro—. Jolín. —Tiró el centavo y volvió a intentarlo con todas sus fuerzas—. ¡Jolín! —Miró en dirección a Kohn, y luego apartó la vista, con las mejillas sonrojadas—. Puedo darle —le aseguró a Kohn.

Señaló hacia abajo con el dedo y Kohn vio que el suelo delante del chico estaba lleno de centavos.

—¿Tienes partido hoy? —dijo Kohn.

Llevaba días sin hablar con nadie que no fuera su abogada, y el timbre de fagot de su voz le sonó extraño. Se abrió un poco la cremallera de la capucha.

—No, tengo entrenamiento. Hoy es el primer día.

—¿Lloviendo?

—No está lloviendo.

Kohn supuso que tenía razón. Había llovido todo el invierno, todos los días salvo el 11 de enero y el 24 de febrero, un diluvio digno del realismo mágico que había hecho que a los postes de las cercas les brotaran hojas verdes y había hecho resucitar el lago de Chubb, perdido hacía treinta años a causa de un proyecto fallido de drenaje del Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Aquel clima primaveral era algo distinto, apenas digno de llamarse clima: un manto fino y errático de color gris chispeante que no impedía que los isleños cortaran el césped, lavaran el coche o trabajaran en su estilo de batear. Bengt volvió a lanzar al aire el centavo esquivo. Aquella vez sí que le dio, y la moneda arrancó un *mi* bemol del tubo. Salió despedida en un ángulo nulo,

hacia el Civic, rebotó y aterrizó en el barro a tres metros de los zapatos de Bengt, tras dejar una cicatriz blanca en el costado azul del coche.

—¡Bien! —exclamó en un tono sombrío. Se metió la mano en el bolsillo, hurgó y se sacó otro centavo—. Soy un pringado.

—Los centavos son pequeños.

—Las pelotas de béisbol también —señaló Bengt. Hurgó en el barro con el extremo de la tubería—. Alguna vez me gustaría disparar con ballesta —continuó sin que viniera al caso. Accionó una manivela invisible, apuntó usando como guía la culata de su tubería de plástico y luego mandó la saeta a volar haciendo «¡Fuok!» con la lengua. Se miró los pies—. Estos zapatos eran de mi tío Lars. Ya sé que me dan pinta de estúpido.

—No —dijo Kohn—. No, de verdad.

Kohn se miró el reloj de pulsera. Unos segundos más tarde se lo miró otra vez. Últimamente siempre se estaba mirando el reloj, pero es que al cabo de un momento ya no se acordaba de lo que había visto.

—Ah —dijo Bengt por fin—. Bueno. Llego tarde. Supongo que bastante tarde. Supongo que sería mejor no ir. Odio el béisbol. —Echó un vistazo a Kohn y apartó la vista, a ver si lo había escandalizado. Kohn intentó parecer escandalizado—. Estoy mucho más interesado en el tiro con arco.

—¿Te va a llevar en coche tu madre?

—Está con mi abuela en el hospital. Se ha caído de una escalerilla en la cocina, mi abuela, quiero decir, y se ha roto la cadera. Se supone que mi tío Lars se ha quedado conmigo, pero no sé dónde está. He llamado a Tommy Latrobe y al parecer su padre tiene que recogerme. Pero supongo que se han olvidado.

Bengt tiró una moneda y volvió a acertarle, desviada a la izquierda pero esta vez de forma más o menos válida. Luego volvió a hurgarse en el bolsillo.

—Llevas un montón de centavos ahí —dijo Kohn.

Bengt sacó un puñado de cilindros que contenía cada uno cincuenta monedas de un centavo, envueltas en papel liso, nuevo y de color rojo y blanco. Se los enseñó a Kohn y luego se los volvió a meter todos menos uno en el bolsillo. A aquel le arrancó medio centímetro de envoltorio y sacó otro puñado de monedas.

—Eran de mi padre —dijo—. Mi madre decía que tenía todo el tiempo del mundo. En los barcos. —Los Thorkelson de la isla de Chubb tenían una empresa que llegaba hasta Alaska, recogía témpanos de hielo y los mandaba al Japón, donde los vendía, debidamente cortados y triturados, en forma de elegantes barritas. Eran increíbles las cosas que compraban los japoneses—. Hay una caja entera de cilindros de monedas de un centavo debajo de la cama de mi madre. —Tiró un centavo al aire, bateó y lo mandó hacia la pared cubierta de hiedra o de vinilo de su imaginación.

—¡No los tires al barro! —Kohn estaba horrorizado—. ¡Son los centavos de tu

padre!

—No me hacen falta.

Bengt sostuvo otro centavo entre el índice y el pulgar y lo lanzó al aire. Blandió el trozo de tubería y tomó impulso para batearlo. Kohn extendió el brazo, le agarró de la muñeca y cogió la moneda revoloteante con la mano ahuecada como si fuera una polilla. El chico se quedó mirándolo, asombrado. Se soltó la mano y la sacudió. Su brazo tenía grabada la huella pálida de los dedos de Kohn.

—Oh, Dios, lo siento —dijo Kohn sorprendido por su propia actitud. No eran más que centavos. Se metían rodando bajo las neveras del mundo, se colaban en las juntas de los cajones de los escritorios, desaparecían en las entrañas de los asientos de automóviles, se colaban detrás de los muebles, las cómodas y los retretes. Nadie se molestaba en rescatarlos. Se caían de las manos de los peatones descuidados y pasaban horas en la acera sin que nadie se parara a recogerlos. El propio Kohn había tirado puñados tintineantes a la basura—. ¿Te he hecho daño? Dios, lo siento. Déjame llevarte en coche al entrenamiento. Tengo que ir al pueblo de todos modos.

Bengt escrutó a Kohn con la frente arrugada. Comprobó la complexión fornida de Kohn. Contempló las manos nudosas y de aspecto fuerte de Kohn.

—¿Le gusta a usted el béisbol? —dijo.

Kohn consideró la cuestión. Había empezado a jugar a los ocho años, en Washington DC, y se había enamorado de Frank Howard, pero al final de la temporada Howard y los Senators se habían marchado a Texas. En noviembre del mismo año sus padres habían puesto fin a su matrimonio. El fabricante de caramelos para quien el señor Kohn trabajaba de contable lo transfirió a Pittsburgh. Después de una fea batalla legal el joven Kohn se fue con él. La primavera siguiente su padre lo llevó varias veces al estadio de béisbol feo y enorme de The Confluence. Los Pirates tenían un atractivo *outfielder* puertorriqueño que acertaba en los momentos de mayor presión y eliminaba a los corredores en la base del bateador con lanzamientos desde el fondo y a la derecha. Conmemoró el golpe número tres mil de su carrera el último día de la temporada y murió el invierno siguiente en un accidente de aviación. Después de aquello, Kohn renunció a las versiones organizadas del deporte.

Negó con la cabeza.

—Para serte sincero, yo también lo odio bastante.

—Ya lo sé —dijo Bengt, dando un porrazo en el suelo con el extremo de su tubería—. ¡Joder!

—Pero a veces juego un poco al softball.

Kohn había jugado en un equipo de la universidad. Había sido el segundo peor jugador de un equipo que terminó el noveno de doce.

Bengt pareció un poco sorprendido.

—¿En qué posición?

—*Outfielder*. —Kohn sintió una nostalgia repentina de la visión enormemente escorada desde el fondo y a la derecha, del zumbido lejano del parloteo procedente del banquillo, de la conciencia vacía y bovina de la hierba y el cielo que tienen los *outfielders*. Si uno retrocedía lo bastante allí un día caluroso de verano, a veces se podía ver la curvatura de la tierra—. Sobre todo izquierdo.

—¿Tiene usted un guante? —Bengt se estaba empezando a excitar un poco.

—En mi furgoneta, creo.

—Mola —dijo Bengt.

Soltó el pedazo de tubería, recogió su guante y echó a andar hacia la furgoneta de Kohn, salpicando gotas de barro con las zapatillas mientras caminaba. Kohn andaba pesadamente detrás de él. Cuando se sentó al volante vio, compungido, que el chico estaba sonriendo.

—Tengo que ir a ver a mi abogado —dijo Kohn—. ¿Te lo he comentado?

Normalmente Kohn conducía por las carreteras de la isla con imprudencia espontánea. Su trabajo exigía que prestara horas enteras de intensa atención a detalles muy pequeños, y cuando se ponía al volante de un coche siempre se relajaba bastante. Pero a aquel joven pasajero nervioso y locuaz lo llevó al pueblo conduciendo con cuidado y despacio. Se esforzó en ello. Estaba haciendo una buena obra y a una parte de él le daba miedo hacer buenas obras. A menudo parecían acabar, se había dado cuenta, en tragedia y artículos de prensa. Un vecino amable y compungido lleva en coche a un pobre chico sin padre a su entrenamiento de béisbol. La furgoneta vuelca y empieza a arder.

—Mi tío Lars debe de tener ochenta años —estaba diciendo Bengt, mirándose los zapatos con aprensión—. Jugaba para los Browns de San Luis. Fue aquel lanzador que mató a alguien, ¿sabe? Con una pelota, o sea, en un partido. A Johnny algo, no me acuerdo. Salió en un libro. Historias extrañas pero ciertas del béisbol.

—¿Lars Larssen? —dijo Kohn. Kohn había leído el mismo libro, o uno parecido, cuando era niño—. ¿Ese es tu tío Lars? Guau. Fue Johnny Timberlake, ¿no?

—Timberlake.

—¿Y qué le pasó después?

—¡Que se murió!

—Me refiero a tu tío. ¿Tuvo que ir a la cárcel o algo así?

Bengt negó con la cabeza.

—Tuvo que retirarse, supongo que eso fue todo —dijo—. Fue un lanzamiento mal dirigido. No fue más que mala suerte.

En el cruce de Cemetery Road y la autopista de la isla de Chubb se pararon ante el semáforo, uno de los dos que había en toda la isla. El semáforo pasó del verde al amarillo y Kohn aminoró la marcha hasta detenerse. Miró las viejas zapatillas de clavos de Lars Larssen, con su piel de reptil, sus hocicos de rata y sus lazos que

parecían antenas temblorosas. A Kohn no le habría gustado meter los pies dentro.

—Tengo que llevar seis pares de calcetines —dijo Bengt.

—¿Y no te puedes comprar unas nuevas?

Bengt no respondió de inmediato. Miró los zapatos malditos que se le estaban tragando los pies, los dedos del pie negros, retorcidos y llenos de cicatrices de la mala suerte personificada.

—Ya me gustaría —dijo. Su tono sugería que la falta de dinero no era el único problema. Parecía que le había quedado marcado que aquellos zapatos eran su herencia.

A pesar de los miedos de Kohn, llegaron sanos y salvos al entrenamiento. Kohn apagó el motor y se quedaron sentados. Se quedaron mirando a través del parabrisas a los hombres y niños reunidos en la hierba. El equipo entrenaba en el campo con el cuadro de tierra que había detrás de la escuela de primaria Chagrín Harbor, en el extremo de un pasto para vacas frecuentado en las medianoches de otoño por el aquelarre local de isleños consumidores de hongos alucinógenos. Los padres estaban de pie con sus gorras de béisbol, en corro, fumando y hablando. Se quedaron mirando la furgoneta de Kohn intentando identificarla. Muchos de ellos se conocían de toda la vida. En aquel mismo campo habían torturado al chico regordete y con gafas de su propia generación. Sus hijos estaban apiñados unos junto a otros en el banquillo como palomas posadas en el brazo de una estatua. Un chico estaba a un lado, practicando sus golpes con un bate de aluminio rojo, y otros dos estaban practicando alguna clase de arte marcial privado que requería darse patadas en el trasero repetidamente. Por fin un hombre alto y fornido se separó del grupo de padres y se acercó a los chicos, dando palmadas. Los hombres se dispersaron detrás de él, con los brazos cruzados, aplicados repentinamente al trabajo. Los chicos se pusieron de pie apresuradamente y fueron a desplegarse a lo largo de la tercera línea de base.

—Será mejor que vayas —dijo Kohn mirándose el reloj.

—No puedo —dijo Bengt.

—Ve. Estarás bien.

—¿No viene usted?

—En otra ocasión —dijo Kohn—. Lo digo en serio, de verdad que tengo que ver a mi abogado.

Bengt no dijo nada. Fingió que examinaba el diseño de su guante, hurgando en sus nudos y lazos. Kohn se volvió a mirar el reloj. Ya llegaba diez minutos tarde a su cita.

—¿Quién es su abogado? —dijo por fin Bengt—. ¿El señor Crofoot? ¿El señor Toole? ¿La señorita Banghart?

—La señorita Banghart.

Bengt asintió.

—¿Está usted haciendo testamento?

—Sí —dijo Kohn—. Y te lo estoy dejando todo a ti. Ahora vete.

Bengt se miró el regazo. Se le empezaron a caer las gafas pero él las cogió y se las colocó sobre la nariz. Parpadeó y respiró hondo. Kohn tenía miedo de que se echara a llorar. Luego abrió la puerta. Antes de salir del coche metió la mano en el manguito de la sudadera y sacó un cilindro nuevo de centavos. Se lo dio a Kohn.

—Ya encontraré a alguien que me lleve a casa —dijo—. Gracias por traerme.

Kohn vaciló, pero le pareció que debido al padre de Bengt, debido a las noches estériles que había pasado el señor Thorkelson llenando cilindros de monedas mientras transportaba por mar los pedazos de hielo, no podía rechazar aquel pago. Cogió los centavos y miró cómo Bengt, despacio, se encorvaba hacia delante como si llevara a cuestas algún objeto enorme y engorroso y se iba arrastrando los pies con los demás chicos. Kohn se metió los centavos en el bolsillo y salió del coche.

Los chicos formaban una hilera discontinua a lo largo de la línea que unía la tercera base y la base del bateador, con toda clase de uniformes heredados de parientes y demasiado pequeños, vaqueros rotos, gorras polvorientas con la insignia de una docena de equipos distintos de la liga nacional, pero todos ellos calzados con complejas y policromas zapatillas de deporte trucadas con luces, colchones de aire, ventanillas, aletas, alas y alerones. Eran chicos flacos y de aspecto malvado, bateadores de refilón, cañoneadores de jugadores de segunda base, jugadores sobre tierra, artistas de la amenaza. Uno de ellos era casi tan alto como un hombre adulto y tenía un fino bigote encima del labio superior que parecía dibujado a lápiz. Todos se quedaron mirando a Bengt mientras se acercaba furtivamente a la línea. Era más bajo que todos ellos, cinco kilos más pesado, y cuando levantó la vista hacia el entrenador se sonrojó y soltó una risita de disculpa, que, en medio de aquella banda de pequeños rufianes, resultó inevitablemente estridente e inapropiada. Allí de pie junto a los demás chicos Bengt le recordaba a Kohn el botón de cuero que se usó en su familia durante muchos años para reemplazar al zapato del Monopoly, alineado en la casilla de salida junto al coche de carreras, la chistera y el perrillo rudimentario, gordezuelo, feo y todavía con un trocito de hilo marrón colgando. Cuando vio a Kohn, el chico volvió a sonrojarse y se miró los pies. Aquella vez se le cayeron las gafas. Aterrizaron en el barro. Algunos de los chicos se rieron. Bengt las recogió y se limpió las lentes en la sudadera.

—Supongo que ahora sabemos qué pasó con las zapatillas de Joe Jackson —dijo uno de los padres, y todos los hombres y los niños se rieron.

—Hola —dijo el entrenador caminando hacia Kohn y con cierta expresión de recelo—. Me alegro de que haya podido venir. Usted debe de ser...

Le ofreció su mano y esperó a que Kohn suministrara la explicación, el relato que lo conectara de forma plausible con Bengt Thorkelson.

—Solo soy un vecino —dijo Kohn.

—Eh, no pasa nada —dijo el entrenador. Era un hombre corpulento, de cara rubicunda, duro y gordo al estilo de Boog Powell. Un bateador de los de fuerza bruta. Obligó a sus rasgos joviales a adoptar una expresión seria y miró a Bengt, que estaba contemplando los zapatos de su tío—. Lo entendemos.

A Kohn le dieron la tercera base, un paquete pesado y misterioso, y se adentró en un campo de béisbol por primera vez en diez años. Apenas era un campo: raído, lleno de piedras, de dos tercios del tamaño reglamentario, con la mole de un gallinero industrial hundiéndose en el campo al otro lado de la verja al fondo y a la derecha. Pero la tierra era de color marrón intenso, del color de la corteza de abeto, y donde había hierba era tupida y esponjosa y estaba recién cortada. Bengt lo llevó hasta el soporte cuadrado que había enterrado en el suelo de una esquina y allí encajaron la base. El chico le dio unos golpes con el pie, la rodeó, luego se subió encima y le dio varios puntapiés más, fingiendo el aire tenso de un corredor varado en la tercera base, esperando a que alguien bateara, de cualquier forma, aunque no marcaran ningún tanto, o aunque fuera una jugada de un solo punto de esas que rompen el bate.

—Nunca he estado en tercera base —se apresuró a decir.

—Está bien —dijo Kohn.

—No está mal —dijo Bengt. Se miró el reloj, que era de plástico negro con pantalla de cristal líquido—. ¿No tiene usted que irse?

—No te preocupes por eso.

—Pero no puede quedarse, ¿verdad?

—Sería mejor que no.

—Los padres no hacen apenas nada —dijo Bengt—. La mayor parte del tiempo charlan.

—No parece demasiado duro —dijo Kohn—. Supongo que podré aguantarlo.

Durante los diez primeros minutos el entrenador ordenó hacer estiramientos a los chicos, alternar abdominales con flexiones de brazos y concentrar sus energías mentales, ya que la clave del buen béisbol, a pesar de lo que los chavales pudieran haber visto u observado, era el esfuerzo mental. Todos los padres parecían aliviados de estar exentos de aquella parte del procedimiento. Estaban de pie detrás de la base del bateador, fumando y apoyados en la barrera. Luego, cuando empezó el entrenamiento —ejercicios de lanzamiento, toque de bola y carreras, seguidos de un partido entre los miembros del equipo— los hombres, tal como había sugerido Bengt, apenas hicieron nada. De vez en cuando exhortaban a sus hijos, o los hostigaban, no siempre con amabilidad. Los chicos hacían caso omiso estudiadamente de los padres y de las cosas que les decían. Y aun así Kohn tenía la impresión de que la presencia de sus padres al otro lado de la verja que hacía de barrera era tan indispensable para ellos como los bates, la tierra, las zapatillas de clavo, la hierba y el dolor familiar de



una pelota de béisbol al golpear la base de sus guantes. Si el padre de un chaval perdía por alguna razón una jugada, una buena recogida, un toque dirigido al suelo tan rígido e inflexible como los barrotes para reforzar cemento, el chaval se mostraba bastante ofendido.

Kohn se encontró a sí mismo entre el grupo de padres, no incluido en su conversación pero sin que nada lo hiciera sentirse particularmente no bienvenido. Algunos de los hombres parecieron reconocerlo. Intercambiaron cortesías y se mostraron de acuerdo en que finalmente había dejado de llover. Llegado cierto punto, hubo una risita baja en un extremo del grupo de padres, algunos de los hombres se lo quedaron mirando y Kohn oyó que alguien mencionaba el nombre de la madre de Bengt. Se preguntó si tenía que decir algo a modo de explicación, para corregir el malentendido. El entrenador bateó un *Une drive* suave en dirección a Bengt, que trastabilló, mandó la pelota al suelo y acabó cayendo encima de la misma. Se puso de pie con cara aturdida y luego se acordó de recoger la pelota y devolvérsela al entrenador. Su estilo de lanzamiento conseguía ser descuidado sin preocuparse demasiado de la precisión.

—¡Buena parada! —exclamó Kohn.

Cuando llevaban media hora de entrenamiento, una ranchera paró cerca. Se abrió la portezuela y un chico salió corriendo al campo. Kohn dedujo que se trataba de Tommy Latrobe, que se había puesto enfermo durante las horas de escuela y cuya enfermedad se había curado ahora de forma inexplicable. Los demás chicos se pusieron a intimidarlo como cuervos hasta que él les dijo que se callaran.

El padre de Tommy Latrobe se acercó caminando y se quedó al lado de Kohn. Era un hombre rubio, con pecas, vestido con el uniforme de raya fina al completo de los Chubb Tavern Mudcats, y llevaba un guante y un par de bates. Miró a Kohn de arriba abajo.

—¿Tiene frío? —dijo.

Kohn se abrió la cremallera de la parka tanto como pudo. La cremallera siempre se encallaba en los últimos cinco centímetros.

—Oh, oh —dijo Latrobe, señalando—. Esa pelota ha pasado.

Kohn miró hacia el campo, donde Bengt Thorkelson, en posición de *shortstop*, apoyado en una rodilla, mientras un montón de chicos corrían como locos de una base a otra, esperaba a que la pelota baja más lenta de la historia del béisbol llegara rodando a su guante, con la carita brillando de maravilla y temor.

—¿Y cuál es su hijo? —dijo Latrobe.

Después de que terminara el entrenamiento, Kohn llevó a Bengt de vuelta a Valhalla Beach. El chico estaba muy callado. Parecía estar revisando todos los errores que había cometido, las remontadas que había frustrado. Kohn buscó los encomios y

lugares comunes apropiados. No se dio cuenta y ya estaban en casa. Volvió a meter la furgoneta en el medio acre cenagoso de barro y gravilla.

—Bueno —empezó a decir.

—Es el coche de mi abuela —dijo Bengt, señalando un Dart gris y sobrio que había aparcado junto al Civic.

Saltó de la furgoneta y echó a correr por los escalones de madera destartados que llevaban a su casa, sin acordarse siquiera de decir adiós. Kohn caminó colina abajo hasta su casa y, llamó a su abogada para disculparse. La secretaria dijo que no estaba y que ya no iba a poder coger más llamadas de él.

Unos días después, cuando Kohn fue a Seattle a comprar leña y hojas de sierra y canastillas para su pipa de agua, vio un par de elegantes zapatillas de béisbol en el escaparate de una tienda de deportes de la calle Cuarenta y cinco. Eran absurdamente bonitas, como un cruce entre arquitectura y graffiti, envueltas en papel azul. Costaban ciento cincuenta y dos dólares y cuarenta y dos centavos. Kohn dejó en el mostrador dos billetes de cincuenta, dos de veinte, uno de diez y tres de un dólar, luego se metió la mano en el bolsillo del abrigo.

—Creo que tengo los dos centavos —dijo.

## La historia de Harris Fetko

El hotel de Tacoma era un Luxington Parc. Había uno en Spokane, uno en Great Falls y otro en el centro de Saskatoon. Era mitad motel y mitad correccional, de color rosa antiácido con ventanas de aspillera. Había un olor a cloro procedente de la cascada del patio donde toda la noche se oía el eco de las campanillas de los ascensores con un ruido que hacía pensar en instrumental dental cayendo sobre un suelo de baldosas. Cuando el equipo entró el viernes por la noche había un mensaje de Norm Fetko, el padre de Harris, esperando en recepción. Decía que el día anterior la mujer de Fetko había dado a luz a un hijo varón y que la tarde anterior, a las tres, iban a quitarle su pequeño prepucio, nada menos, en una ceremonia religiosa judía que iba a tener lugar, nada menos, que en el concesionario de coches de Fetko en Northgate. Ya fuera de forma intencionada o por política del hotel, el mensaje era escueto, y solamente se venía a decir de forma implícita que Harris estaba invitado al bris de su medio hermano.

Cuando Harris subió a su habitación, se sentó con la mano en el teléfono. El hecho de que hubieran pasado cuatro años desde su último contacto con Fetko había hecho poco para inclinarlo a perdonar. Como la mayoría de los comentaristas de la historia de Harris Fetko, tendía a culpar a su padre de su propio mal carácter y de las cosas malas que le habían pasado. Decidió que sería no solo mejor para todo el mundo sino también intensamente satisfactorio no reconocer en absoluto el intento que estaba haciendo su padre de restablecer el contacto, un intento cuyos motivos, con una falta de caridad nacida de una larga experiencia, Harris sospechó de inmediato.

Levantó el auricular y marcó el número de Bob Badham. No hubo respuesta. Harris dejó el auricular en el suelo de su habitación —tenía una habitación para él solo por contrato—, se tumbó a su lado e hizo el millar de abdominales que llevaba haciendo todas las noches desde que tenía once años. Al terminar se puso de pie, fue al baño y se miró en el espejo con aprobación y falta de pasión. Tenía una larga costumbre de pensar en su cuerpo como algo que tenía cierto valor monetario o que era capaz de traducirse, misteriosamente, en dinero, y si fuera posible de alguna forma, habría pagado una suma respetable para adquirirse a sí mismo. Se apartó del espejo y se sentó en la tapa del retrete para cortarse las uñas de la mano derecha. Cuando tuvo las uñas bien cortadas y limadas, volvió para recoger el teléfono. Seguía llamando. Colgó y marcó el número del trabajo de Bob.

—Vete a la mierda, Bob —le dijo Harris en tono jovial al contestador de Bob Badham—. Quiero decir, hola.

Luego dejó una descripción detallada de su paradero actual junto con su número de teléfono, el resultado limpio de su test de orina más reciente y la siguiente

destinación en el calendario del equipo, que era un Holiday Inn de Boise, el 5 de julio. Harris poseía la clase de don salvaje y sin forma que atraía la mirada de los hombres duros y autoritarios, y a lo largo de sus veintiséis años había vivido siempre bajo los regímenes de dictadores. Bob Badham no era más que el último de los mismos.

Alguien llamó a la puerta. Harris fue a abrir vestido solamente con sus calzoncillos a rayas, confiando, no del todo inconscientemente, en encontrarse con alguna atractiva miembro de la Western Washington Association of Mortgage Brokers (que estaba aquí con ocasión de su convención anual) atraída por el deseo de ver si era cierto que el brevemente semicélebre Harris Fetko estaba en el hotel.

—¿Por qué no estás en la cama? —dijo Lou Sammartino.

Daba la casualidad de que el entrenador del club Regina Kings de la North American Professional Indoor Football League no era ningún dictador. Les concedía más caprichos a sus jugadores de los que la mayoría se merecían: los alojaba con su propia familia cuando las cosas les iban mal. Se acordaba de sus cumpleaños. Los convencía para que guardaran los recibos, para que telefonaran a sus mujeres y para que pagaran la pensión alimenticia de sus hijos. Era un hombre inteligente y con mucha experiencia que, igual que muchos entrenadores para los que había jugado Harris, creía, y en aquel punto de su carrera lo creía de forma bastante desesperada, en el mito del genio del fútbol americano, un mito al que Harris, que había sido criado por un genio del fútbol americano, había aprendido a no dar ningún crédito a los diecisiete años. Lou Sammartino creía que al problema de ganar en el fútbol americano se le podía aplicar sin duda una mente inspirada e imparcial. Su récord absoluto como entrenador, incluyendo una temporada en la efímera Liga Mexicana de Fútbol Americano de 1982, era 102-563. Entró en la habitación apartando a Harris de un empujón y le dijo en un tono cortante que cerrara la puerta. Era un hombre encorvado y voluminoso, con la cara marcada de viruelas, unas mejillas colgantes y unas inmensas gafas de montura negra. El olor de su colonia era exactamente el mismo que el de esos pinos diminutos de cartón que cuelgan de los espejos retrovisores de los taxis.

—¿Qué pasa? —dijo Harris. Se asomó al pasillo, en ambas direcciones, y después cerró la puerta, dejando fuera la fría brisa artificial que venía aullando del pasillo desierto.

—Tenemos que hablar. —Lou se sentó en la cama y examinó a Harris. Sus ojos marrones y vidriosos detrás de las lentes de sus gafas eran hermosos de una forma que se adecuaba a su historial de derrotas—. ¿Has llamado al funcionario a cargo de tu libertad condicional?

—Le he dejado un mensaje.

—¿No se supone que tienes que verlo en persona cuando estás en casa?

—No estoy en casa —dijo Harris—. Técnicamente. Mi casa está en Seattle. Y estamos en Tacoma.

—Técnicamente —dijo Lou—. Una palabra que les encanta a los perdedores.

—¿Quieres beber algo? —Harris fue al minibar. Dentro no había nada más que una bandeja traqueteante de cubitos de hielo y un olor fantasmagórico a resina aislante adhesiva. Los minibares siempre estaban vacíos en los Luxington Parc y en la mayoría de los hoteles en los que se alojaban los Regina Kings. A menudo ni siquiera estaban enchufados—. Se supone que yo tengo que beber seis botellas de agua mineral —dijo Harris. Intentó no parecer petulante, pero era difícil porque se sentía petulante.

—Oh —dijo Lou.

—¡Estoy harto de esto! —Harris cerró de un golpe la puerta de la nevera—. Se supone que cada puta vez que entro en mi habitación y abro la puerta del minibar tiene que haber seis putas botellas de agua dentro.

La puerta rebotó y golpeó la pared de al lado del minibar. El asa hizo un agujero profundo en el tabique prefabricado. Cayó una lluvia de migajas de yeso al suelo. Harris pasó los dedos por los bordes del agujero que acababa de hacer en la pared. Se le empezó a formar cierto remordimiento en el pecho, pero haciendo uso de un instinto viejo y firme, lo agarró y le retorció vigorosamente el cuello. Se volvió hacia Lou, intentando parecer seguro de sí mismo y de su posición. La verdad era que a Harris ni siquiera le gustaba el agua mineral. Le parecía que sabía a saliva. Pero estaba en su contrato.

—Bueno, va, habla. Ya se ha pasado mi hora de irme a dormir.

—Harris, dentro de un minuto o dos va a venir alguien a hacerte una proposición. —Mientras decía aquello, alguien más llamó a la puerta. Harris dio un respingo—. Quiere ofrecerte trabajo.

—Ya tengo trabajo.

Lou torció la boca, pero por alguna razón no consiguió esbozar una sonrisa verosímil.

—Lou —dijo Harris, y se le empezó a acelerar el corazón—. Por favor, dime que la liga no se desmantela.

Aquella posibilidad se había estado rumoreando desde antes incluso de que empezara la temporada. La asistencia a los partidos, salvo en algunas poblaciones hambrientas de eventos deportivos, estaba disminuyendo en un millar o más cada fin de semana, el propietario del equipo de Portland había sido asesinado por mafiosos de Las Vegas y el banco de Vancouver de cuya línea de crédito dependía la NAPIFL para sus costes de operatividad estaba siendo investigado por el gobierno de Canadá.

Lou acarició la colcha, la alisó y se miró el dorso de la mano.

—Solamente quiero acabar la temporada —dijo en un tono triste—. Con eso me

conformo.

—¿Harris? —dijo un hombre al otro lado de la puerta—. ¿Estás ahí?

Harris se puso los vaqueros y fue hacia la puerta.

—Oly —dijo.

Dio un paso atrás hacia el interior de la habitación. El hombre que estaba en la puerta era gigantesco, medía dos metros con tres y pesaba más de ciento cuarenta kilos. Miembro del equipo de los campeones nacionales de 1955, igual que Norm Fetko, y empresario exitoso, a diferencia de Fetko, suministrador de un popular analgésico, Oly Olafsen siempre había sido el hombre más grande que Harris conocía, un pedazo del casquete polar, una pieza de mampostería, quince toneladas de piedra, madera de roble y cartílago que sostenían veinticinco centímetros cúbicos de cabeza rubia y sonriente. Llevaba gafas plateadas de aviador y un traje hecho a medida de color gris metálico, tan grande y con unas proporciones tan extrañas que resultaba casi irreconocible como artículo de ropa humana y parecía haber sido diseñado más bien para contener a un elefante de circo escandaloso o para proteger del polvo algún aparato enorme de tecnología médica de captación de imagen.

—¿Cómo está mi chaval? —dijo Oly.

Había sido el dinero de Oly Olafsen, más o menos, el que Harris había usado, más o menos sin que Oly supiera nada del tema, para comprar el medio kilo de cocaína que la policía había encontrado debajo del asiento trasero del Nissan 300ZX de Harris la noche en que lo hicieron parar en Ravenna Avenue. Le dio un apretón de manos a Harris que le comprimió los huesos mismos.

—Así pues —continuó—, el entrenador ha conseguido otro hijo después de tantos años. Menuda idea, ¿no? Me pregunto qué tiene pensado para ese.

Aquel comentario enfureció a Harris, a quien el mundo del deporte había conocido durante dos temporadas universitarias frenéticas y decepcionantes como Frankenback. Entre los fracasos de su carácter expuestos durante aquel período había una incapacidad total para soportar que le tomaran el pelo sobre cualquier aspecto de su vida, y menos todavía sobre la experimentación de su padre. Con gran esfuerzo y movido por un viejo hábito de deferencia hacia los amigos de su padre, consiguió sonreír, después se dio cuenta de que Oly no le estaba tomando el pelo en absoluto. Al contrario, en la voz suave de Oly había habido un matiz desleal de preocupación por el destino, en las manos de aquel gran ídolo, del pequeño nuevo Fetko que llegaba ahora al mundo.

—Sí, me ha pedido que vaya mañana al espectáculo —dijo Harris—. Al sitio donde... cómo se dice, donde circuncidan al niño.

—¿Tu familia es judía? —dijo Lou sorprendido—. No lo sabía.

—No lo es. Los Fetko no. Supongo que lo debe de ser su nueva mujer.

—Yo sí que voy a ir. ¡Ah! —Con cuidado, pues sus rodillas eran unas ruinas

vetustas de cartílago y alambre, Oly se sentó lentamente en la silla del escritorio, que crujió de horror evidente al ver la lenta aproximación de aquel trasero inmenso—. De hecho, soy yo quien paga la puta cosa. —Oly sonrió, después se quitó las gafas y se pellizó el puente de la nariz. Cuando se las volvió a poner, ya no estaba sonriendo—. El entrenador se ha metido en un ligero aprieto ahí en Northgate —dijo, presionando las palmas de ambas manos como si representaran las fuerzas tremendas que estaban aprisionando a Fetko—. Sé que las cosas no han sido, bueno, geniales entre vosotros desde que... pasó todo aquello, pero el entrenador, Harris, está realmente arreglando su vida. No está...

—Ve al grano —dijo Harris.

Una extraña expresión se cernió sobre la cara por lo general pacífica e inmutable de Oly. Sus cejas se acercaron hasta unirse sobre el puente de su nariz, y sus labios pequeños y pálidos se comprimieron en un mohín. Era infeliz, tal vez incluso activamente desagraciado. Harris nunca había imaginado que Oly pudiera sentir algo más que los efectos del hambre y la gravedad.

—Harris, no te voy a mentir, al viejo no le iría mal un poco de ayuda —dijo Oly—. Es de eso de lo que te quiero hablar. No sé si Lou te lo ha mencionado, pero el entrenador y yo...

—Se lo he dicho —dijo Lou—. A Harris no le interesa.

—¿De veras? —Oly miró a Lou con la cara convertida nuevamente en una región vacía, con una mirada educada y centelleante. Tenía una mirada agradable e inexpresiva que, junto con su mole y una receta adquirida en 1963 a una herborista china largo tiempo muerta en el International District por doscientos cincuenta dólares, le había permitido hacer lo necesario para convertir el Power Rub en el tercer analgésico cutáneo del oeste de Estados Unidos—. Lo normal sería pensar que le interesa encontrar otro trabajo, teniendo en cuenta que este negocio tuyo está a punto de irse al garete. —Ahora volvió sus ojos parecidos a bombillas de flash hacia Harris—. Teniendo en cuenta que lo que se llama empleo retribuido es una condición de su libertad condicional.

—Si eso sucede, y yo no creo que vaya a pasar, Harris puede encontrar otro trabajo. No necesita que lo ayudes tú.

—¿Y qué va a hacer? ¡Lo único que sabe hacer en la vida es ser quarterback! Lo lleva en los genes, en las partículas de la sangre. Lo lleva incorporado en el maldito cerebro. No, yo creo que está muy interesado en enterarse de una oportunidad así. Una oportunidad de redefinir su posición de verdad, doblando su sueldo actual, delante de un público por cable garantizado de cuarenta y cuatro millones de hogares en todo el país.

Harris estaba acostumbrado a que discutieran sobre sus deseos y a que decidieran su destino, en su presencia, otras personas. Era parte de la misma alquimia misteriosa

que podía transmutar su cuerpo en dinero y del proceso ligeramente menos oscuro que lo había mandado a Ellensburg durante diecinueve meses. Pero al oír la mención a la televisión por cable, no pudo contenerse.

—¿Qué es? —dijo—. ¿Qué oportunidad?

Oly se metió la mano en el bolsillo de la pechera de la americana y sacó un sobre de papel Manila doblado por la mitad. Sacó un folleto a color del sobre y se lo dio a Harris. Harris se sentó en la cama para leerlo. Era un prospecto diseñado para atraer inversores a una liga de cierto deporte que el folleto llamaba Powerball, «el primer deporte de masas americano que se inventa en un centenar de años» que iba a ser jugado en todas las grandes ciudades de Estados Unidos, al parecer por hombres con unos uniformes chillones que eran parte armadura samurái y parte *costume de ballet*, uno de los cuales aparecía en la portada aerografiada del folleto balanceándose sobre la arena de juego colgado de un cable de rappel a rayas. La descripción era imprecisa, pero por lo que pudo ver Harris, el powerball parecía una amalgama de rugby, lucha profesional y las películas antiguas de piratas. En cuanto Harris asimiló aquello, se dedicó a leer por encima frases del tipo «velocidad, dramatismo y acción física intensa... los mejores elementos de los deportes más populares de hoy día... nuestra propuesta de sociedad con el Wrestling Channel... todos los elementos están presentes... revolucionario, popular y por encima de todo, provechoso...», hasta que llegó a la última página y se encontró una fotografía de su padre junto a un pie de foto que lo identificaba como el «as del entrenamiento Norm Fetko, inventor del powerball, propietario parcial y entrenador de la franquicia de Seattle».

—¿Fetko ha inventado esta porquería? —dijo Harris tirando el folleto al suelo.

—Se le ocurrió en un sueño —dijo Oly con expresión solemne. Se llevó las manos a los ojos, extendió sus gruesos dedos y miró el espacio que los separaba como si en él reverberara otra de las visiones lunáticas de Norm Fetko—. Un tío... con una pelota debajo del brazo... colgando de una cuerda. —Oly negó con la cabeza como si estuviera asombrado del vislumbre que el padre de Harris le había concedido de los orígenes místicos del futuro del deporte americano—. Esto va a ser grande, Harris. Ya tenemos una línea de inversores en nueve ciudades. Nuestros abogados están puliendo los últimos problemas del contrato para las televisiones. Esto puede ser algo muy, muy grande.

—Grande —dijo Harris—. Sí, ya lo entiendo.

Porque vio, y para su horror lo vio con admiración, que en aquella etapa tardía de su carrera Fetko había conseguido que se le ocurriera todavía otra forma de arruinar las vidas y las fortunas de docenas de hombres desventurados. Ninguno de los demás fracasos de Fetko —su campo de golf en el Banana Belt de Washington, su «revolucionaria» pelota de fútbol americano de color naranja, su breve (y vista retrospectivamente, pionera) incursión en la política como candidato sin convicciones



políticas y su intento de criar y educar al más grande quarterback que el mundo vería nunca— le había afectado solo a él. Todos habían enlazado y montado a un gran número de gente, y en última instancia los habían arruinado. Y alrededor de todos los repartos y malos repartos de Fetko, había estado flotando Oly Olafson, un esbirro devoto, echando su dinero en la garganta de Fetko como si fuera licor.

Por eso me ha llamado. Porque quiere que vuelva a jugar para él.

—Imagínate los medios de comunicación, Harris, caramba —dijo Oly—. Norm y Harris Fetko reunidos, eso vendería un montón de entradas.

Lou hizo un gesto de dolor y se sentó en la cama junto a Harris. Le puso una mano a Harris en el hombro.

—Harris, no te conviene hacer eso.

—No me digas —dijo Harry—. Oly —le dijo a Oly—. Odio a mi padre. No quiero tener nada que ver con él. Ni contigo. Ya me jodisteis la vida una vez.

—Eh, tranquilo, chaval. —Otra grieta de pena se abrió en la superficie glacial de su cara—. Mira, me odias a mí, eso es una cosa, pero yo sé que...

—¡Le odio!

En el interior de Harris Fetko la frontera entre petulancia y rabia carecía por lo general de vigilancia, y ahora la cruzó sin aminorar la marcha. Se puso de pie y fue a por Oly, preguntándose si en algún punto en el intervalo diminuto entre la mandíbula enorme del hombre y sus hombros podría encontrar una laringe que rodear con sus pulgares. Oly empezó a levantarse, pero sus rodillas maltrechas se lo dificultaron, y antes de poder incorporarse, Harris había apartado la silla que lo sostenía de una patada. Una punzada subió silbando por la espinilla de Harris y luego su pie empezó a aullar de dolor como una trompeta. La pierna delantera derecha de la silla de madera se soltó del armazón, la silla se volcó y Oly Olafson dio con sus huesos en la alfombra de flecos de color aguamarina. Su impacto fue a la vez estrepitoso y amortiguado, como la colisión entre un bate de béisbol y un maletín lleno de agua.

—Lo siento —dijo Harris.

Oly lo miró desde el suelo. Sus dedos carnosos se cerraron en torno a la pata rota de la silla y la agarraron con fuerza. Resopló por las narices de forma tan audible como un caballo piafando. Luego soltó la pata de la silla y se encogió de hombros. Cuando Harris le ofreció la mano, Oly se la cogió.

—Solamente quiero decirte una cosa, Harris —dijo, bajándose las mangas. Se tiró de los pantalones hacia arriba por el cinturón y luego intentó reparar el desplazamiento tectónico de las hombreras de su americana—. Todo lo que el entrenador tiene, ¿vale?, lo ha vinculado a esta cosa. No hablo de dinero. El entrenador no tiene dinero. Por el momento, el dinero viene de mí. —Soltó un gemido y se inclinó para recuperar el folleto caído, luego se lo metió en el bolsillo—. Lo que el entrenador ha vinculado a esta cosa no se puede pagar, ni tampoco no

pagar, ni lo puede cubrir un crédito puente. —Se dio unos golpecitos con el sobre enrollado de papel Manila en el centro del pecho—. Te veré mañana.

—No me verás, no —dijo Harris mientras Oly salía. Intentó que no se notara que sentía un dolor tremendo—. Porque no voy a ir.

Lou le levantó el pie a Harris y le dobló el dedo gordo a modo de prueba. Harris soltó un gemido. Le cayó una lágrima por la mejilla.

—Te lo has roto —dijo Lou—. Oh, Harris.

—Lo siento, entrenador —dijo Harris, dejándose caer de espaldas en la cama—. Puto Fetko, joder. Es culpa suya.

—Quizá todo lo demás sea culpa de Fetko —dijo Lou, aunque no sonaba convencido. Cogió el teléfono y pidió al servicio de habitaciones que le subiera un cubo de hielo—. Pero esto ha sido culpa tuya.

Cuando llegó el hielo, llenó una toalla de cubitos y la sostuvo durante una hora sobre el dedo de Harris hasta que hubo bajado la hinchazón. Luego juntó con esparadrapo el dedo gordo al dedo de al lado, dio unos golpecitos en la cabeza a Harris y regresó a su habitación a revisar el libro de jugadas para el día siguiente. Antes de salir, se volvió hacia su jugador.

—Harris —dijo—. Nunca has confiado en mí. Y nunca has seguido especialmente ninguno de los muchos consejos que te he dado con generosidad durante los últimos meses.

—Entrenador...

—Pero a pesar de todo eso, voy a hacer la tontería de intentarlo una vez más. —Se quitó las gafas y se las limpió con un faldón arrugado de la camisa—. Creo que deberías ir a esa cosa de mañana. —Se volvió a poner las gafas y parpadeó—. Es tu hermano el que estará tumbado ahí con las piernas abiertas.

—Que se vaya a la mierda ese pequeño bastardo —dijo Harris con la crueldad espontánea y jovial que, como tantas cosas del fútbol, le salían tan naturales—. Espero que le arranquen la polla entera.

Lou salió, negando con la cabeza en un gesto triste. Diez minutos más tarde volvieron a llamar a la puerta. Esta vez tampoco era una asesora hipotecaria sino un periodista del *Morning News Tribune* que venía a hurgar en las brasas de la conflagración de Harris Fetko. Harris estaba tumbado en la cama con el pie envuelto en una bolsa de hielo y le contó una vez más la triste historia de cómo su padre le había arruinado la vida y le había convertido en todas las cosas tristes que era hoy. Cuando el periodista le preguntó qué le había pasado a su pie y a la silla, Harris dijo que había tropezado mientras corría a coger el teléfono.

Vencieron a Tacoma por 10 a 9, con un gol de campo marcado a ocho segundos del final del partido. Harris corrió hasta anotar el tanto, chutó el punto extra con el pie

malo y luego, en el último minuto del partido, cuando quedó claro que ninguno de los viejos instrumentos agrícolas y armarios antiguos de gran tamaño que componían la zona de detrás de la línea delantera iban a conseguir meter la pelota en la diagonal, él mismo, de nuevo con el pie izquierdo, anotó los tres últimos puntos necesarios para mantener a la gente de Regina feliz durante un día más.

Cuando los jugadores salieron del campo, se encontraron con el propietario de los Kings, Irwin Selwyn, esperando en el vestuario, sosteniendo un puro sin encender en una mano y un sobre de color azul claro en la otra, mirándose los mocasines de dos colores. El personal administrativo del equipo estaba a su alrededor, con las nueces de Adán subiendo y bajando por encima de los nudos de sus corbatas. Selwyn llevaba unos vaqueros y un jersey amarillo enorme con la palabra kings bordada en letras azules. Se metió el puro entre los dientes, abrió el sobre azul y desdobló la carta de la oficina de la liga, que con elegancia escueta y no intencionada lamentaba informar a los equipos y a los jugadores de la NAPIFL de que las posiciones de los equipos alcanzadas al final de aquella jornada serían entradas en los registros como las posiciones finales. Lou Sammartino, después de haber llevado a su equipo al primer puesto de su división y a conseguir los mejores resultados de la liga, se metió en las duchas y se sentó. Irwin Selwyn estrechó las manos de todos e hizo que su secretario le regalara a cada jugador una llave inglesa de primera calidad (era propietario de una cadena de ferreterías) y un cheque por lo que al jugador se le debería en caso de hacerse realidad el único deseo que le quedaba a Lou Sammartino. Poco después, veinticinco jugadores desolados salieron pesadamente al aparcamiento con las llaves inglesas y cogieron el autobús que los llevaría al resto de sus vidas.

Harris regresó a su habitación del Luxington Parc, encendió el televisor y miró un pubirreportaje de media hora de un aspirador portátil que limpiaba la parte inferior de las camas y los sofás de su eterna capa de polvo. Se lavó los calzoncillos en el lavabo. Se bebió dos latas de zarzaparrilla light y se comió siete Slimjims. Luego apagó el televisor, se tapó la cabeza con una almohada y se echó a llorar. La inmutabilidad serena y ártica con que se rumoreaba que invertía, y con que, de hecho, se esforzaba por invertir, todos sus procesos conscientes de pensamiento no era más que una ilusión vana. Lo atormentaba ese temor particular al futuro que atosiga a las deidades desbancadas y a los defensas acabados. Se imaginó a sí mismo llevando una caja de seis cervezas al anochecer a su habitación de alquiler, llevando pantalones de sport y una chapa identificativa de algún lugar de trabajo, de pie junto con el resto de fracasados al final de una cola muy larga, esperando para reclamar algo que al final resultaría ser un cuenco metálico vacío con su calavera sonriente reflejada al fondo. Fue al cuarto de baño y vomitó.

Cuando salió del cuarto de baño se le habían pasado las náuseas pero seguía sintiendo el mismo temor al futuro. Cogió el teléfono y estuvo haciendo llamadas hasta encontrar un coche. Su ala cerrada, que era de Tacoma, aceptó, por un precio que finalmente establecieron en diecisiete dólares —puesto que diecisiete era el número que llevaba el ala cerrada en la camiseta del Campeonato de Escuelas Secundarias del Estado de Washington de 1979—, llevar el coche de su hermano al hotel en media hora. Harris se dio una ducha, se puso un traje de popelina de color habano, una camisa de cloqué y una corbata de tela madrás y pagó la cuenta de la habitación. Al salir del Luxington Parc se encontró con un Chevrolet Impala de 1979, de color berenjena con la capota de vinilo blanco, esperándolo bajo el dosel de la entrada para coches.

—No pongas el limpiaparabrisas —dijo Deloyd White—. Se carga la radio. Para ser sincero, se carga un montón de cosas. La mayoría.

—¿Y si llueve?

Deloyd miró afuera, a la tarde húmeda y no muy cálida, con el cielo azul pálido y sucio. Se rascó la maraña rala y parecida a una zarza de su perilla.

—Si llueve vas a tener que conducir muy deprisa —dijo.

Mientras Harris conducía hacia el norte por la I-5, miró con nerviosismo cómo el manto azul del cielo se empezaba a deshilar y a mostrar aquí y allá sus eternas entretelas grises de nubes. Pero la lluvia no llegó, y Harris pudo hacer todo el camino a Northgate sin violar la velocidad límite. Con el Chevy eran siete los coches estacionados en el aparcamiento del concesionario de Buick-Isuzu nuevos y usados de Norm-Fetko, un establecimiento que había cambiado de propietario y de producto una docena de veces desde la época de Pierce-Arrow. El salón de exposición y venta de estucado blanco descascarillado, ligeramente art déco, estaba junto a un garaje bajo de bloques de hormigón ligero en uno de los tramos más tristes de Aurora Avenue, entre una tienda de armas de fuego y un sitio que vendía luces de invernadero. Fetko le había comprado aquel sitio a un vendedor de Pacers y Gremlins, y se había aprovechado de su celebridad local para ganar clientes en el preciso instante histórico en que a los americanos dejó de importarles quién les vendía sus coches. Harris aparcó entre dos Le Sabres con unos enormes dígitos blancos pintados en los parabrisas, se enderezó la corbata y se dirigió a la puerta abierta del concesionario.

Un vendedor alto y rubio, de entre la lista constantemente cambiante de antiguos jugadores de tercera fila y peleles a los que Fetko podía llamar siempre para que manejaran los remos de sus buques mercantes mientras estos se acercaban más y más a la vorágine, estaba apoyado en el umbral, fumando un cigarrillo y viendo acercarse a Harris. Iba embutido de forma imperfecta en su traje barato y parecía tener la cara

hinchada. Estaba holgazaneando con un aire de impaciencia contenida, poniéndose de puntillas y meciéndose sobre sus talones. Tenía un pelo que parecía hilo dental dorado.

—Eh, Júnior —dijo. Hizo un gesto con el pulgar—. Están todos en la parte de atrás.

—¿Ya lo han hecho?

—Creo que no. Creo que te están esperando.

—Pero si dije que no iba a venir —dijo Harris, irritado por el descubrimiento de que su cambio de opinión solo había sido una sorpresa para él.

Cruzó el salón de exposición, pasó frente a tres mesas metálicas, tres archivadores y tres papeleras, todas pintadas de una variante jovial del color de los guantes de quirófano. Tres teléfonos de color beige de los de disco. Un mimeógrafo desmontado. Y un sombrerero de roble al que le faltaban todos los ganchos menos uno, del que colgaba una bolsa vacía de la compra de plástico. No había productos a la venta en la sala, una extensión desnuda de linóleo de color beige con un manto de detritos compuesto de ceniza antigua de cigarrillos y patas perdidas de insectos. Las sillas que había junto a las mesas estaban metidas pulcramente debajo de las mismas, y en las superficies de las mesas no había nada más que polvo. Aparte de una estantería llena de las carpetas y los gruesos manuales del negocio de compra y venta del automóvil y unos pocos pósters de los modelos nuevos de la temporada anterior pegados a la pared entre fotografías en blanco y negro del dueño en su época de gloria, retrocediendo para llevar a cabo un pase, apenas había nada que sugiriera que el concesionario de Norm Fetko no era un negocio acabado y no lo había sido durante mucho tiempo.

—Sabía que vendrías —dijo la mujer de Fetko cruzando la sala de atrás a toda prisa para saludarlo.

No era en absoluto lo que había imaginado: una joven y gruesa rubia de bote con un bronceado inverosímil y con la mirada insulsa y de ojos muy abiertos, todo lo cual implicaba cierto grado de preparación para aceptar dolor necesario, que Fetko había preferido en todas las mujeres con las que había estado después de la madre de Harris. Era pequeña, tenía los brazos delgados, el cuello esbelto y un pelo que parecía hierba artificial negra. Los ojos hundidos. Estaba claro que no tenía menos de cuarenta años. Se llamaba Marilyn Levine.

—He estado a punto de no venir —insistió—. No me... eh... entusiasman estas cosas.

—¿Has estado alguna vez en un bris?

Harris negó con la cabeza.

—Yo ni siquiera voy a estar en la sala —dijo Marilyn—. Soy así de blanda.

Llevaba un vestido holgado de terciopelo de color burdeos y zapatillas de ballet.

Aquello fue otra sorpresa. Con el paso del tiempo, la mayoría de las mujeres de la vida de Fetko acababan asumiendo, por llamarlo de algún modo, el mismo tema recurrente, y llevaban vestidos amplios de color verde hierba con estampados que representaban corredores de fútbol americano con el brazo extendido en posición defensiva, postes de portería y pelotas de fútbol americano girando. Marilyn tocó el brazo de Harris con la mano.

—¿Sabías que el entrenador ha dejado de beber?

—¿Cuándo?

—Hace casi un año —dijo—. No llega.

—Es una buena noticia —dijo Harris.

—Es un hombre distinto, Harris —dijo ella—. Ya lo verás.

—De acuerdo —dijo Harris en tono de duda.

—Ven a saludar.

Ella lo llevó al otro lado del bufet, tres mesas redondas puestas juntas y abarrotadas de tanta comida como para servir a diez veces el número de invitados que habían venido. Salvo por un par de empleados de Fetko y una docena aproximada de miembros de la familia de Marilyn, entre ellos una persona con verdadero aspecto de judío, con el sombrerito y la barbita de abolicionista, a quien Marilyn presentó como su hermano, la sala estaba vacía. Había unas cuantas mujeres formando un corro al fondo de la sala alrededor de una pelota de fútbol americano de color azul marino que Harris supuso que sería el nuevo Fetko envuelto en una manta.

En los viejos tiempos, en un espectáculo como aquel, habría habido un enorme círculo de megalitos alrededor de Fetko, dólmenes y menhires con pantalones de color pistacho, con apodos como Big Mack y Tuerto. Algunos de los miembros del equipo ganador del campeonato nacional de 1955, Harris lo sabía, habían muerto o se habían mudado a lugares lejanos. El resto habían sido quemados, usados, gastados o, en un caso, mandado a la cárcel por alguno de los planes de Fetko. Ahora solamente quedaban Oly Olafsen, Red Johnnie Green y Hugh Eggert con su puro enorme. Red Johnnie llevaba un traje negro con una corbata funeraria, Oly llevaba otra de sus lonas de piel de tiburón y Hugh había solucionado el problema inquietante de vestirse para el oscuro ritual de un pueblo extranjero viniendo con su mejor ropa de golf. Cuando vieron a Harris, le dieron palmadas en la espalda y le estrecharon la mano. Le estrujaron los bíceps, probaron la firmeza de su apretón de manos, le masajearon los hombros, le hundieron las barbillas mal afeitadas en la parte interior del cuello y Hugh Eggert llegó incluso a darle una palmada de tono rural en la nalga izquierda. Harris siempre había sentido por ellos un respeto reverencial. Ahora los miró con envidia y consternación. Habían envejecido sin madurar: chavales pendencieros y lascivos metidos en enormes disfraces de hombre de goma con cremalleras. Harris, por otro lado, hacía eones que se había despedido de su infancia y jamás había

conseguido madurar.

—Harris —dijo Fetko—. ¿Qué te parece esto?

Le sobresalía la punta de la lengua de la comisura de los labios y se estaba estirando hacia arriba la cinturilla de los pantalones, como si estuviera a punto de intentar algo difícil. Era más bajo de lo que Harris recordaba: más gordo, más gris, más viejo, más triste, más cansado, más calvo y con más capilares rotos en las mejillas. Tenía, calculó rápidamente Harris, sesenta y un años, y durante la mayor parte de su treintena había sido entrenador en Denver provisto de un máster en fisiología deportiva, antes de elegir a la madre de Harris de una larga lista de candidatas disponibles y empezar su grandioso experimento de cría. Como de costumbre, iba vestido con zapatillas de deporte negras altas, pantalones anchos negros de ripstop y un polo negro. Los músculos de los brazos le tensaban las bandas de punto elástico de las mangas. Con su ropa negra, su cabeza rapada y unos ojos que solamente se salvaban de la frialdad total gracias a un leve destello azul de locura, parecía un hombre que había sido entrenado de joven para tirarse de aviones en plena noche y estrangular a dictadores enemigos mientras dormían.

—Hijo —dijo.

—Qué tal, entrenador —dijo Harris.

El momento durante el que podrían haberse dado la mano, o incluso —en un universo con una historia alternativa donde los chinos descubrían América y Adolf Hitler era atropellado por la furgoneta de la leche y moría a los diez años— abrazado, pasó, como siempre. Fetko asintió.

—He oído que has jugado bien hoy —dijo.

Harris bajó la cabeza para ocultar el hecho de que se estaba sonrojando.

—No lo he hecho mal —dijo—. Felicidades por el niño. ¿Cómo se llama?

—Sid Luckman —dijo Fetko, y todos los hombres que había a su alrededor salvo Harris se echaron a reír. Sus risas eran nerviosas y sonaban falsas, como si Fetko hubiera dicho alguna guarrada—. Siendo como es un pequeño judío... —Fetko asintió con piedad tolerante y einsteiniana en dirección a sus viejos amigos—. Estos desgraciados se creen que es una broma.

No, no, le aseguraron. Sid Luckman es un nombre excelente. Con todo, tenía que admitir que...

—¿Luckman es el segundo nombre? —dijo Harris.

—Eso mismo.

—Me gusta.

Fetko volvió a asentir. No le importaba si a Harris le gustaba o no. Harris estaba allí simplemente —como siempre había estado en el pasado— para darse cuenta de cuándo Fetko no estaba bromeando.

—Se alegra mucho de verte —dijo Marilyn Levine con cierto matiz afilado en la

voz y dándole un codazo a Fetko—. Lleva toda la semana preocupado.

—No digas tonterías —dijo Fetko.

Marilyn asintió de forma furtiva en dirección a Harris para hacerle saber que lo que había dicho era cierto. Estaba de pie con el brazo todavía entrelazado con el de Harris y despedía un agradable olor a talco. Harris le apretó la mano. Había pasado la mayor parte de su infancia esperando a que Fetko trajera a casa a alguien como Marilyn Levine para cuidarlo. Ahora tuvo la breve fantasía de sacarla a rastras de la sala cogida de su cálida mano, de meterla precipitadamente a ella y a Sid Luckman en el Chevy Impala de color berenjena y llevarlos a miles de kilómetros de allí en plena noche hasta un lugar seguro. Su madre había abandonado a Fetko cuando él tenía seis años, prometiendo que volvería a buscarlo cuando se hubiera asentado. Pero la llamada no llegó nunca. Su madre se casó otra vez y luego otra y se mudó dos docenas de veces a lo largo de los últimos quince años. Harris soltó la mano de su madrastra. Probablemente no existía un lugar seguro para esconderlos a ella y al bebé. Allí donde fueran se encontrarían a hombres como Fetko. Por lo que Harris sabía, él mismo era también un hombre como Fetko.

—¿Hola?

Todo el mundo se volvió. Detrás de Harris había un hombre arrugado, de metro veinte de estatura, de un millar de años de edad, con una cartera de cuero negro debajo del brazo.

—Soy el doctor Halbenzoller —dijo en un tono compungido. Tenía un verdugón enorme en la frente y mostraba una expresión perpleja y temerosa, como si hubiera perdido sus gafas y tuviera que andar por el mundo a tientas—. ¿Dónde están los padres?

—Yo soy el padre del niño —dijo Fetko, estrechando la mano del viejo—. Esta es la madre, Marilyn. Ella es la que es practicante.

El doctor Halbenzoller se volvió para mirar a Marilyn. Parecía alarmado.

—¿El padre no es judío?

Marilyn negó con la cabeza.

—No, pero ya hablamos de ello por teléfono, doctor Halbenzoller, ¿no se acuerda?

—No me acuerdo de nada —dijo el doctor Halbenzoller.

Examinó la sala, como si intentara acordarse de cómo había llegado a aquel lugar extravagante en el que se encontraba ahora. Su mirada se posó un momento en Harris, con curiosidad y con desaprobación evidente, como si estuviera mirando a un gran danés a quien alguien hubiera vestido con una chaqueta de tela madrás y enseñado a sonreír.

—Soy un humanista existencialista —le dijo Fetko—. Esa ha sido siempre mi gran baza como entrenador. Durante la larga temporada, un entrenador ateo siempre



vencerá a un entrenador que cree en Dios. —Fetko, cuyo récord personal era un existencialista 163-162, llevaba una larga temporada sin entrenar, y Harris se daba cuenta de que echaba de menos que lo entrevistaran—. Además, me da la impresión de que no podría darle un voto de confianza a la fe judía...

El doctor Halbenzoller se volvió hacia Marilyn.

—Dícales que me gustaría empezar —le dijo, como si ella fuera su intérprete. Cogió la cartera que llevaba debajo del brazo—. ¿Dónde está el niño?

Marilyn lo llevó a la parte trasera de la sala, donde, junto al corro de mujeres, se había colocado una mesa redonda y se había cubierto con un paño de terciopelo de color púrpura. El doctor Halbenzoller soltó las hebillas de su cartera y la abrió, revelando un juego reluciente de herramientas enigmáticas.

—Y el *sandek* —le dijo a Marilyn—. ¿Tienen uno?

Marilyn miró a Fetko.

—¿Norm?

Fetko se miró las manos.

—Norm.

Fetko se encogió de hombros y levantó la vista. Escrutó la cara de Harris y dio un paso hacia él. Involuntariamente, Harris retrocedió otro paso.

—Es como ser padrino —dijo Fetko—. Para el niño. Marilyn y yo habíamos pensado en ti.

Harris se sintió honrado, y muy conmovido, pero no quiso que se notara.

—Si queréis —dijo—. ¿Qué tengo que hacer?

—Póngase a mi lado —dijo el doctor Halbenzoller lentamente, como se hablaría con un perro bien vestido e inteligente.

Harris se acercó a la mesa cubierta de terciopelo y se puso al lado de la misma, lo bastante cerca del doctor Halbenzoller como para oler el vapor de su traje recién planchado.

—¿Hay que ser médico para hacer esto? —preguntó.

—Soy dentista —dijo el doctor Halbenzoller—. Desde hace quince años. Esto es un hobby que tengo. —Se hurgó en el bolsillo de la americana y sacó un delgado librito de cuero negro agrietado—. Traigan al niño.

Trajeron a Sidney Luckman Fetko y lo colocaron en brazos de Harris. Estaba muy despierto, inmóvil, con la cara fruncida y llena de bultitos asomando por debajo del paño azul que lo envolvía. No pesaba nada de nada. La mujer de Fetko abandonó la sala. El doctor Halbenzoller abrió su librito y empezó a canturrear. El idioma —Harris supuso que era hebreo— sonaba áspero y anguloso y quejumbroso. Sid Luckman abrió mucho los ojos, como si estuviera escuchando. Su cabeza todavía no se había terminado de poner en su sitio después de salir de Marilyn Levine y tenía los rasgos un poco agarrotados en un lado, lo cual le confería una expresión sardónica.

Es mi hermano, pensó Harris. El otro hijo de Fetko.

Estaba tan enfrascado en el significado de aquello que no se dio cuenta de que hacía unos segundos que reinaba el silencio. Harris levantó la vista. El doctor Halbenzoller tenía los brazos extendidos en su dirección. Harris se quedó mirándole las manos, encallecidas y amarillentas pero sin arrugas, como un par de pies viejos.

—No pasa nada, Harris —dijo Fetko—. Dale el bebé.

—Perdonadme —dijo Harris. Se puso a Sid Luckman bajo el brazo y se dirigió a la salida de incendios.

Corrió a través del aparcamiento vacío, pasó frente a una larga y rústica caravana roja y blanca con entalamaduras de aluminio a rayas en la que la madre de Harris había predicho que Fetko acabaría su vida, hacia una franja de tierra abierta que se extendía por detrás del concesionario, un enorme enredo de zarzamoras, abetos desvaídos y palisandros renegados escapados de algún lejano jardín. Al final de su adolescencia, Harris a menudo se había abierto paso hasta un claro muy grande que había en el centro de la maleza, un mar circular de hierba muerta donde durante décadas los mecánicos que trabajaban en las zonas de servicio habían tirado sus baterías de coche gastadas y sus cacerolas llenas de aceite de motor averiado. En el centro de aquel punto maldito, Harris se tumbaba de espaldas, miraba el cielo de color paloma de Seattle y malgastaba la maravillosa capacidad especulativa de su cerebro en temas como los pechos de las mujeres, las grandes fortunas y los biplazas italianos.

Hoy día no hacía falta encontrar el camino —se había abierto un sendero entre la maleza— y mientras se acercaban al claro, Harris aminoró la marcha. En el bosque no había pájaros y los únicos ruidos eran el zumbido del tráfico de Aurora Avenue, las ramitas que se rompían bajo sus pies y un gruñido bajo y hostil procedente del bebé. El día se había convertido en una fría tarde de verano. El viento soplaba desde el norte y olía a sal y a polvo. Mientras Harris se acercaba al claro, se encontró a sí mismo abrumado por los remordimientos, no por lo que acababa de hacer ni por las pelotas mal chutadas ni por las yardas perdidas ni tampoco por la confianza que había depositado tan erróneamente en los demás durante su breve, confiada y equivocada vida, sino por algo más tenue y débil, amarrado en el recuerdo de aquellas tardes interminables pasadas tumbado de espaldas en aquel círculo mágico de veneno, desperdiciando sus pensamientos en cosas que ahora significaban tan poco para él. Luego él y Sid aparecieron en el claro.

Vio que la mayoría de los árboles que antes lo rodeaban habían sido derribados, mientras que a los que quedaban les habían quitado las ramas más bajas y los habían pintado de rojo y azul con una letra blanca, débil y temblorosa, a unos tres metros tronco arriba. Habían dejado exactamente los árboles justos para que entre todos deletrearan la palabra power-ball. Harris nunca había visto un árbol pintado y el

efecto lo dejó perplejo. De un poste muy alto plantado en medio del círculo se extendían nueve cables de rappel a rayas, como los nervios de un paraguas, hasta unas plataformas de madera que había en lo alto de cada uno de los árboles pintados. El suelo de tierra había sido pacientemente arado y removido, limpiado de hierbas y basura y luego apisonado otra vez, tan liso y perfecto como un diamante de béisbol. En los postes norte y sur del terreno había una red de portería de fútbol, pintada con espray de color dorado. Alguien había pintado también una serie de vallas publicitarias de imitación anunciando Power Rub además de cigarrillos, refrescos, bujías y whiskies de marcas patrocinadoras imaginarias, y las había clavado en puntos clave del perímetro. Las letras eran toscas pero los colores estaban bien y si uno fruncía un poco los ojos casi se podía dejar convencer. El cuidado, el trabajo concienzudo, la atención infantil a los detalles y por encima de todo los años de amor desencaminado y de confianza errónea que se habían invertido en su planificación y su construcción le parecían a Harris la garantía de la destrucción inevitable del terreno de juego a manos del viento, el clima y la siniestra paquisandra del fracaso que últimamente envolvía todas las empresas de su padre y abrumaba a la misma gente a la que intentaba persuadir.

—Mira lo que ha hecho el entrenador —le dijo Harris a Sid, inclinando un poco al bebé para que pudiera ver—. ¿A que es chulo?

La cara de Sid Luckman nunca perdía su aire adusto y sardónico, pero a Harris le preocupó aquel inesperado espasmo de perdón. El desastre del powerball, cuando se manifestara finalmente, ya fuera como decepción a pequeña escala o como enorme colapso financiero, no sería culpa de Fetko. Harris se había pasado toda la vida, para bien o para mal, codo con codo con otros hombres, y para entonces ya había visto lo bastante como para saber que la ruina perenne desplegaba sus hojas y sus largos zarcillos por las moradas y los planes de todos los padres, en todas partes, atándolos a sus hijos por los tobillos y las muñecas, lo quisieran o no.

—Vuelve aquí, joder —dijo Fetko apareciendo detrás de ellos, jadeando—. Volved los dos.

Harris no dijo nada. Notaba la mirada de su padre posada en él, pero no se giró para mirar. El bebé se sorbió la nariz y gruñó en sus brazos.

—Eh, esto lo he construido yo mismo —dijo Fetko al cabo de un momento.

—Ya me lo imaginaba.

—Tal vez más tarde, si quieres, podemos repasar algunos detalles del juego.

—Tal vez.

Fetko se estremeció y dio una palmada.

—Bien, pero ahora vamos, joder. Antes de que ese hombrecillo judío se nos quede tieso.

Harris asintió.

—Vale —dijo.

Mientras pasaba con Sid junto a su padre, Harris sintió que se le contraían las tripas en un antiguo reflejo y esperó el cachete, el puñetazo, el golpe de kárate, el coscorrón en la nuca, la palmada en la cabeza o la patada en el trasero de los pantalones que en su juventud había interpretado como ejercicios fortalecedores destinados a prepararle para su carrera como receptor de impactos terribles pero que ahora, mientras Fetko le daba un puñetazo en el brazo lo bastante fuerte como para hacerle estremecerse de dolor, vio como la expresión de un sentimiento al mismo tiempo tan complejo e inarticulado, ni amor ni odio pero tan elemental como ambos, que solamente se podía expresar haciéndole contusiones en la piel. Harris se pasó a Sid Luckman al brazo izquierdo y por primera vez en su vida levantó el brazo para devolverle a Fetko un buen puñetazo. Luego cambió de opinión, bajó la mano y cargó con el bebé a través del bosque hasta el concesionario con Fetko siguiéndolos y silbando por lo bajo una canción impaciente y desafinada.

Cuando regresaron, Harris entregó a Sid Luckman. El doctor Halbenzoller puso al bebé sobre la tela de terciopelo. Metió la mano en su cartera y sacó un artilugio rectangular de acero inoxidable que se parecía un poco a un cortapuros. El bebé agitó sus pequeños puños. Sus piernas desnudas batieron en el aire como alas de mariposa. El doctor Halbenzoller acercó el cortapuros a la diminuta panatela del niño. Luego miró a Harris.

—Por favor —dijo, señalando con la cabeza las piernas temblorosas, y Harris comprendió que alguien iba a tener que sujetar a su hermano.

## Esa era yo

La clientela de las cuatro tabernas de la isla de Chubb (Washington), se componía casi exclusivamente de borrachos locales. En verano la gente bebía en los porches y las terrazas de sus casas de veraneo o bien, cuando aquello palidecía, debajo de las sombrillas del papel del bar del Yang Palace. En el local de los Veteranos de Guerras Extranjeras y en el club Chubb Island Bow & Rifle, en Cemetery Road, servían vodka y ginebra, pero para los veraneantes aquellos eran sitios que evitar, y es que resultaban una pizca demasiado risibles para ser legendarios. De vez en cuando, sobre todo a finales de agosto, cuando el tedio, el calor y la promesa cada vez más débil de otro verano agitaban las antiguas fibras vikingas de sus cerebros, una partida de aventureros de las casas rosadas y amarillas de Probity Beach podían intentar una incursión en la Chubb Island Tavern, en el Blue Heron, en Peavey's o en el Patch. Pero nunca se quedaban mucho. Los borrachos locales —de los cuales debía de haber unos sesenta y cinco o setenta, muchos unidos por la sangre o por historias sexuales— eran una población muy compacta, enfrascada en una misión colectiva en curso: la construcción, durante varias generaciones, de una basílica de fracaso, en cuyos frisos atiborrados aparecían ellos mismos en gráficas descripciones de bancarrotas, desintoxicación de drogas, softball y detenciones. En aquel empeño comunitario no había sitio para los veraneantes de la isla, que estaban de permiso, por decirlo de algún modo, de su trabajo en la catedral de sus decisiones.

Era, por tanto, poco habitual encontrarse no solamente a uno sino a dos atractivos desconocidos en el bar del Patch un viernes por la noche de principios de primavera, examinando los reflejos y las burbujas de gas de sus cervezas: un hombre y una mujer, con un taburete vacío entre ambos. Todavía no eran las siete, y el Patch, una estructura de cemento pequeña, húmeda y mal iluminada que hacía mucho tiempo había servido de edificio principal de una planta procesadora de fresas, estaba casi vacío. En el rincón del otro lado de la puerta, Lesley Foley —elegido por un plebiscito de borrachos locales para ocupar la alcaldía de Berthannette, un municipio diminuto compuesto de un almacén y una oficina de correos, una gasolinera Shell arruinada y el Patch— estaba dormido, encogido sobre sí mismo de forma que el bulto de su cuerpo no parecía lo bastante grande como para estar compuesto por un hombre entero.

El hombre de la barra hizo girar su taburete para apartar la vista de la imagen desoladora de Lester, hecho una bola como un escarabajo patatero con el pelo apelmazado y una misteriosa escarcha de plumas en la barba, y prestó atención a la decoración del Patch: pósters promocionales con listas de los escenarios y fechas de todos los partidos que los Seahawks habían perdido aquella temporada; el paño raído de la mesa de billar; una pequeña fotografía en blanco y negro de una extraña fresa de

kilo y medio que había aparecido en verano de 1948, y los nombres parpadeantes, rosados o azules, de varias cervezas. El desconocido era un joven de ojos oscuros, fornido pero de pequeña estatura, mejor vestido que el cliente medio del Patch, incluso para ser viernes por la noche, con un blazer de tweed por encima de un jersey de cuello redondo que parecía de lana de cordero pero que incluso podría ser de cachemira. Solamente el hecho de que sus elegantes gafas de sol de color bronce estuvieran sujetas con un trozo reciente de cinta adhesiva negra, y la barba de un día que le crecía en las mejillas, hablaban a favor de su admisión, meramente temporal, en el gremio de los perdedores de la isla de Chubb. Había algo en la forma en que su elegante chaqueta le caía sobre los hombros, en la sombra gris de su mandíbula, que implicaba una profunda reserva de resentimiento, una lista de quejas llevadas en la billetera, en una hoja de papel partida y ajada por haberla doblado muchas veces. Parecía la clase de cliente que bebe sin hablar, y sin placer aparente, durante toda la velada, como un paciente a quien se le ha dado el control de su gotero de morfina. Parecía un hombre peligrosamente adicto a corregir a la gente que se equivocaba.

—Yo creía que este era un sitio animado —dijo ahora, dirigiéndose a nadie en concreto, sin dejar de mirar la penumbra de neón del bar.

Mike Veal oyó el comentario pero se aprovechó de un problema recurrente de presión en el surtidor de la Rainier para pasarlo por alto. El cliente se estaba bebiendo una botella de Pilsner Urquell, que Mike había encontrado después de mucho rebuscar a gatas por el suelo, con el brazo hundido en las profundidades glaciales de la nevera número dos, detrás del paquete de empanadillas de cerdo con queso a la miel y la guindilla. Y por supuesto, Lester Foley no tenía nada que decir acerca del grado de animación del Patch.

—¿Por qué no pones un pavo en la máquina de discos? —dijo la mujer desde su taburete—. Apuesto a que incluso tienen tu canción favorita.

Era una mujer alta, huesuda, con una cara inteligente y la piel de alrededor de las aletas nasales un poco irritada. A pesar de su pelo rubio natural y de un trasero que proyectaba con cierta audacidad arquitectónica por encima del borde trasero de su taburete, la impresión que con toda probabilidad produciría en la mente de un hombre que escrutara el bar aquel viernes por la noche se componía de codos y rodillas. Aunque su aspecto recordaba a un tipo muy concreto de mujer isleña curtida por los elementos, herborista y criadora de llamas —vaqueros con peto y botas de agua, el pelo recogido y apartado de la cara con una vulgar cinta para el pelo de color azul, la cara sin maquillar salvo por una línea vacilante de color malva en los labios—, nadie la habría confundido nunca con una nativa. Estaba sentada en el taburete con las piernas abiertas y un aplomo ecuestre que sugería al mismo tiempo una educación refinada y un intento demasiado ansioso de encajar en el escenario. Le sobresalía un ejemplar en francés de *Un sexe qui n'est pas une* del bolsillo derecho de la enorme

chaqueta de piel de borrego que había echado por encima del asiento del taburete que había entre ella y el hombre. No llevaba anillos en los dedos.

—«It's a Man's Man's Man's World» —siguió ella, señalando de forma vaga hacia la máquina de discos.

—¿Esa es mi canción favorita? —dijo el hombre. Se hurgó en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una cartera abultada—. No lo sé.

—Está en la máquina —dijo Mike Veal en tono solícito—. En el cede con los grandes éxitos de James Brown.

La mujer asintió. Levantó su botella de cerveza light en dirección al hombre. «This is a man's world», cantó, con una voz lastimera aguda y cascada a lo James Brown. Luego apartó la vista de él y se replegó sobre sí misma, como si no quisiera transmitirle la idea de que estaba flirteando. El hombre se sacó un dólar de la cartera y fue hasta la máquina de discos. Metió varios dólares más en la ranura. Empezó a sonar «Sex Machine», tan irritante e irresistible como un teléfono sonando. La mujer dio un trago de su cerveza clara y acuosa, con los ojos muy abiertos en una mueca cómica, como si le asombrara su propia sed.

—¿Es la primera vez que viene? —le preguntó Mike.

Ella asintió.

—Siempre me ha parecido un sitio movido. Hay coches en el aparcamiento.

—Todavía es temprano —dijo Mike mirándose el reloj—. La gente aparecerá en cualquier momento.

Las corrientes del gaudeamus en un viernes por la noche en la isla de Chubb podían ser impredecibles. En general, el flujo del Heron al Patch y de la Tavern al Peavey's era continuo e ininterrumpido durante toda la velada, pero a veces un evento especial, un torneo de dardos o un hito personal como un divorcio, un cumpleaños o una absolución judicial podía embotellar las cosas durante un par de horas.

—A menos que se hayan muerto todos en un accidente de coche o algo así. —Y la idea le provocó una sonrisa de placer inconsciente.

Ella volvió a asentir y dio otro trago.

—¿Es de la isla? —dijo Mike.

—No —dijo la mujer—, pero llevo toda la vida viniendo.

—¿Su familia tiene una casa?

—En Probity Beach.

—Está muy bien.

—Ahora tengo mi propia casa. En Rhododendron Beach. Llevo casi seis años viviendo aquí.

—¿Vive aquí todo el año y nunca nos había visitado?

Ella negó con la cabeza.

—No sé. Supongo que nunca he tenido una razón hasta ahora.

Dejando sin responder la pregunta que aquella declaración reclamaba, Mike continuó toqueteando el grifo de la Rainer. La mujer bajó la vista y se quedó mirando el enchapado lleno de rayaduras de la barra, que emitía su leve olor a amoníaco de última hora de la tarde. Originalmente había sido la barra del Rudolph's, un tugurio emplazado en un cobertizo militar de acero en el viejo aeródromo de la marina, que se había quemado en 1956. Algunos de los miembros más ancianos del gremio de los perdedores aseguraban que todavía se podía oler el fuego.

La mujer trazó un dibujo indescifrable con la punta del dedo en la neblina de su vaso.

—¿Conoce a un tipo llamado Olivier? —dijo ella sin levantar la vista.

—Claro.

—¿Viene por aquí?

—¿Que si viene?

—Yo creía que sí. Creía...

—¿Lo está buscando?

—No.

—Ten —dijo el hombre, regresando de la máquina de discos con la cartera en una mano y un billete de veinte dólares en la otra. Le dio el billete a la mujer—. De ayer.

—Ah, sí —dijo la mujer—. Pero eran solamente diecisiete.

El hombre asintió.

—Me cobraré la diferencia en cerveza —dijo, sostuvo su botella vacía en alto en dirección a Mike Veal y la agitó—. ¿Olivier?

—Olivier Berquet —dijo Mike, examinándolos a los dos con interés renovado—. Supongo que debe de ser francés, ¿no?

—Y he oído un montón de cosas sobre ese pequeño francés, se lo aseguro —dijo el hombre—. El franchute fantasma de la isla de Chubb. —Se volvió hacia la mujer—. ¿Qué te parece eso como título? ¿Puedes hacer un poema con él?

—¿Cómo se llama? —le dijo la mujer a Mike Veal.

—Mike.

—Mike, ¿tengo permiso para decir «joder» en este bar?

—No seré yo quien se lo impida.

La mujer se volvió hacia el hombre.

—Que te jodan, Jake —dijo.

Se abrió la puerta y como pasaba siempre que entraba alguien en las noches de frío, un gemido sordo y lastimero llenó los niveles más inferiores de sonido del bar, un zumbido que rodeaba los tobillos de los clientes como una nube pasajera. Entraron las hermanas Korg, Ellen y Lisabeth, seguidas de cerca por New Wave Dave Willard, Harley Dave Sackler, Debbie Browne, Ray Lindquist, Nice Dave Madsen y algunos empleados más de la planta de Gearhead, que estaba en la misma carretera que



Berthannette. Gearhead fabricaba accesorios y piezas especiales para vehículos todoterreno. Era la empresa con más trabajadores de la isla y la fuente de la que manaba un flujo pequeño pero regular de ingresos para el Patch. Aquella noche había habido una reunión de empleados después del trabajo, razón por la cual el bar había estado tanto rato vacío. Ahora, entre abundantes gemidos lastimeros y corrientes frías de aire, se llenó rápidamente.

Lester Foley se despertó. El causante fue Harley Dave al abrirle una lata de cerveza en el oído, a lo que siguió una carcajada general cuando se despertó aturdido como un perro que oye abrirse su lata vespertina de Alpo. Lester sonrió con su expresión estúpida y emplumada, cogió la cerveza que era su recompensa por hacer reír a todo el mundo y emprendió una de sus disquisiciones de alcalde cuya interminabilidad solamente era paliada por su falta de sentido. Aquel antiguo manitas llevaba bebiendo sin parar desde 1975. En junio de aquel año, Lester había recibido el encargo de construir un cobertizo para barcas y un amarradero para una familia de veraneantes llamados Lichty, cuyo atractivo y joven hijo, un chico de quince años, empezó a acompañar a Lester y ayudarle en sus tareas. Cada día al atardecer los dos se escondían en los montones de troncos arrastrados por el mar a la playa que había en el extremo oscuro de Probity Beach para fumar marihuana y beber cerveza. El primero de julio fueron en coche a la reserva Nisqually y por veinte dólares llenaron de fuegos artificiales ilegales el maletero del Volkswagen de trasero plano de Lester. El 5 de julio, a las dos en punto de la mañana, al final del robusto muelle de abeto que Lester había construido, un cohete Silver Salute con una mecha defectuosa se quemó prematuramente, antes de que Lester y el chico pudieran alejarse de él. La explosión, que el detective del departamento de bomberos de la isla de Chubb compararía por su fuerza como la detonación de medio cartucho de dinamita industrial, mató al chico de los Lichty y le voló el pulgar y el índice de la mano derecha a Lester. Desde entonces no había trabajado mucho. Era muy poco habitual que consiguiera decir algo conciso o inteligible.

—No se puede confiar en los pájaros carpinteros —les estaba repitiendo ahora a las hermanas Korg, con aquella capacidad suya para impedir que nada lo disuadiera—. Son unos putos bichos en los que no hay que confiar. Yo os lo podría haber dicho desde el principio.

—¿Quién ha dicho nada de los pájaros carpinteros? —dijo Lisabeth Korg.

Hacia las ocho no quedaba ni un taburete vacío, había montones de hasta siete monedas de veinticinco centavos alineados en el borde de la mesa de billar y tanta gente bailando alrededor de la máquina de discos que la señora Magarac, la dueña, que acababa de volver directamente de su reunión de alcohólicos anónimos, apenas podía recorrer la distancia entre la barra y los reservados más lejanos con una bandeja

sudorosa llena de cerveza.

—¿Y bien? —le dijo la mujer de la barra al hombre al que había insultado. La multitud del Patch los había forzado a ocupar taburetes contiguos. Ella movió la botella de cerveza por el aire que tenía delante, abarcando el ruido, las carcajadas y el humo—. ¿Alguna candidata?

—Oh, Dios mío —dijo Jake. Cerró los ojos. La piel de alrededor de sus ojos traslucía una migraña. Se pasó su botella de Pilsner Urquell, la cuarta que se tomaba, por la frente.

—¿Qué tal esa? —dijo la mujer.

—¿Cuál?

—La pelirroja. La conozco. Creo que trabaja en el Thriftway.

—Ah, sí. —Él todavía no había abierto los ojos—. La he visto. Con el pelo rizado.

—Me parece guapa.

—Esto no me gusta —dijo el hombre—. ¿Te importa que te lo diga? Nunca he venido a un bar así. ¿Por qué iba a empezar ahora, solamente porque...?

—¿Nunca has venido a un bar de esta clase o nunca has venido de esta manera a un bar?

—Grace, creo que prefiero... Creo que me marchó.

—No seas capullo, Jake.

—No, solamente...

—Vamos, gallina —dijo ella, señalándolo con el índice. Él se quedó mirando un momento el dedo y eso le hizo bizquear—. Hemos hecho un trato. Sobre esta noche.

—Sí, sé que hemos hecho un trato —dijo—. Y sé lo que va a pasar. Que me voy a ir solo a casa, con un chichón enorme en mi vida sentimental mientras tú te largas con monsieur Olivier, en su ciclomotor, con su bufanda metida dentro de la chaqueta...

—Aquí está. Ese es.

Jake abrió los ojos de golpe y examinó a Olivier Berquet, que acababa de entrar en el Patch. Si realmente había esperado ver a un tipejo desagradable con mocasines, con un emblema bordado en el bolsillo del blazer, el jersey displicentemente anudado en torno al cuello, debió de quedarse decepcionado. Olivier Berquet resultó no ser francés, sino de Quebec: un carpintero de manos grandes con la espalda encorvada de los hombres muy altos, el pelo largo y rubio y una cara atractiva y enorme, curtida y con marcas de viruela, una cara que daba la impresión de haber sido esculpida con un martillo neumático por un trabajador diminuto colgado sobre el risco de granito que era la frente de Olivier. Llevaba una chaqueta negra de motociclista, vaqueros rasgados y botas de cowboy. Era bien conocido en la isla tanto por la calidad de su trabajo, que era mucha, como por la forma terrible en que trataba a su mujer, que según los rumores locales —aunque nunca llegó a establecerlo un tribunal ni tampoco

ningún famoso incidente público de aquellos que eran populares entre los clientes del Patch— iba de lo meramente insensible a lo abiertamente cruel. Había dado problemas en alguna que otra ocasión a todos los barmans de la isla. Ahora se había puesto a bailar, moviendo las caderas y balanceando su enorme cabeza estilo Gutzon Borglum. Bailaba bien y era consciente de ello, con languidez y juego de piernas, con unos movimientos que no es que fueran al compás de la música sino que más bien la ilustraban.

—Tiene el culo grande —dijo Jake—. Me he dado cuenta de que eso te gusta.

—Jake —dijo Grace sin contestar.

Señaló al otro lado de Jake. Él se volvió. La mujer del pelo rojo y rizado, que era realmente una cajera del Thriftway de Probitry Harbor, estaba de pie a su lado. Resultaba que sí que la conocía: era Brenda Peterson. Ella y unas amigas suyas le habían lavado el coche un sábado por la mañana —en su primer verano en la isla— para sacar dinero para su viaje de fin de curso. Desde entonces sus caminos se habían cruzado por lo menos un par de docenas de veces sin que pasara nada ni ninguno de ellos hiciera ningún comentario. Su cascada de rizos parecidos a ruegos artificiales era su rasgo más impactante, pero tanto su juventud como su cuerpo carnoso y su asombrosa falta de timidez trabajaban también a su favor.

—Hola —dijo ella—. Soy Brenda.

Ella le ofreció la mano haciendo gala de un despliegue clásico de confianza en sí misma.

—Jake —dijo él.

—Me preguntaba si querrías bailar conmigo... —Ella examinó la forma en que Jake se quedaba boquiabierto y en que Grace cambiaba de postura en su asiento—. Pero si estáis juntos me limitaré a volver a mi mesa y pegarme un tiro.

Jake se volvió hacia Grace con una expresión que pedía piedad y articulando palabras en silencio con los labios. Grace le ofreció la mano a la chica y se dieron un apretón.

—Soy Grace.

—Hola, soy Brenda.

Hubo un momento de silencio.

—Somos amigos nada más —dijo Grace con una sonrisa avergonzada—. Ve a bailar, Jake.

El contraste entre los estilos de baile de Olivier y de Jake, si hubiera habido en el bar alguien lo bastante sobrio o lo bastante interesado como para darse cuenta, era pronunciado. Por alguna razón parecía que a Jake no solamente le venía estrecha la ropa sino el cuerpo entero. Daba golpes en el aire con las manos. Él y Brenda no hablaban entre ellos: la multitud que había en la pista los había obligado a ponerse contra la máquina de discos, que emitía con estruendo la versión de Tom Petty de

«Feel a Whole Lot Better». La mejor amiga de Brenda, Sharon Toole, apareció bailando al lado de ella en un momento dado, mirando de reojo con expresión de burla pero sin hostilidad el baile rígido y obstinado de Jake, y las dos intercambiaron una sonrisa.

El abandono por parte de Jake de su lugar en la barra pareció incrementar el tráfico masculino alrededor de Grace. Ella permaneció cuidadosamente replegada en sí misma, con las piernas cruzadas a la altura de la rodilla y también del tobillo, los dedos rodeando meticulosamente el cuello de su botella de cerveza, pero hubo un ascenso perceptible de volumen y de jovialidad a lo largo de los taburetes adyacentes en ausencia de Jake.

Entre aquellos con quienes Grace se encontró hablando estaba Lester Foley, que había ido directo hacia ella, a su estilo precipitado y patoso, con la cabeza inclinada hacia un lado y los hombros hacia el otro, escorado como Groucho Marx después de un duro golpe en la cabeza. Llevaba una hora bebiendo y estaba en la cúspide nocturna, por llamarla de algún modo, de su aplomo físico y sus poderes de concentración. En un momento dado había regresado al lavabo para echarse agua fría sobre el pelo y peinárselo pulcramente hacia atrás con su peine de bolsillo. Seguía teniendo varias plumas en la barba.

Lester le ofreció la mano derecha, con sus tres dedos mugrientos.

—Ya la has cagado —dijo, y soltó una risita perversa.

—¿Perdón?

—Ya te dije que esto podía pasar. Se lo dije a todo el mundo. Joder, hasta me lo dije a mí mismo.

—Déjela en paz, su señoría —dijo Mike Veal con una cara un poco intranquila—. No le haga caso —le dijo a Grace.

Ella no le había soltado la mano.

—Lester —dijo—. Antes lo llamaban a usted Les.

—Ni más ni menos —dijo él en un tono automático.

—¿Se acuerda de mí?

—Claro —dijo Lester, sin demasiada sinceridad.

—Mis padres tenían la casa de al lado. Junto a la de los Lichty.

Él separó su mano de la de ella.

—Los Lichty.

Frunció el ceño y se la quedó mirando como si intentara leer un texto sorprendente impreso en caracteres muy pequeños en la cara de ella. Sus arrugas se alisaron y dejaron una formación de líneas rosadas y limpias en su frente. El color abandonó sus mejillas. Se estaba esforzando más de lo que se había esforzado en mucho tiempo.

—Yo pasaba bastante tiempo con Dane —dijo Grace—. Su hijo. Una vez le

trencé a usted el pelo, es probable que no se acuerde. Yo le regalaba aquellas cosas absurdas a Dane, con algas trenzadas y dólares desenterrados y cosas que encontrábamos en la playa. —Había empezado a trenzar el aire de los lados de su cabeza, pero ahora se llevó una mano a la boca y se rió, como si hubiera vuelto a avergonzarse de sí misma.

—Grace Meadows —dijo él—. ¿Una chica rubia? —Miró en busca de confirmación de aquel retal de recuerdo de hacía quince años—. ¿La novia de Dane? Ibas por ahí en la moto de él. Ibas a nadar con él en aquella agua tan helada. Siempre estabas fumándote mis cigarrillos. ¿Eres Grace Meadows?

—Esa era yo —dijo Grace con una voz demasiado baja para que se oyera con toda aquella música.

—Ajá. Bien. —Lester dejó de mirarla con los ojos guiñados y renunció a intentar leerle la cara. Hurgó en el bolsillo de su sucia chaqueta de plumón y sacó un billete de un dólar sorprendentemente nuevo—. Bueno. Pues entonces estabas loca y no me cabe duda de que sigues estándolo. Hoy día todo el mundo está loco, seguro que te has dado cuenta si has prestado atención. —Dejó el billete de un dólar sobre la barra—. Una cerveza, por favor, señor Mike.

—Guárdese eso —dijo Mike, empujando el billete de vuelta en dirección a Lester. Sirvió una pinta y se la dio—. Pero esta es la última que le sirvo.

Lester abrió la boca para protestar pero una mano enorme y rubia se le plantó en el hombro.

—Buenas noches, señor alcalde —dijo Olivier.

—Oh, no —dijo Lester.

Se escurrió de debajo de la mano de Olivier y, con una última mirada de reojo a Grace, se escabulló al rincón más alejado del bar, donde se quedó un rato con los dedos nudosos en torno a la pinta intacta de Rainier.

—Me encanta ese tipo —dijo Olivier sin ninguna emoción aparente.

Miró a Grace con avidez, arrugando los ojos de una forma que algunos isleños poco caritativos podrían haber descrito como patentada, o incluso ominosa.

—Ya esperaba verte aquí —dijo él.

—A mí personalmente me cuesta de creer —dijo Grace.

—¿Por qué no has esperado a venir mañana, tal como te dije? Hoy no tocamos.

Olivier tocaba la batería en una banda local conocida alternativamente como los Tailchasers, la Chubb Island Four Piece y Olivier, Bo y Johnny. Tenían un compromiso más o menos permanente en cada una de las cuatro tabernas de la isla, lo cual quería decir que tocaban casi todos los sábados por la noche en una de ellas, hasta que las quejas se acumulaban u Olivier se enzarzaba en una violenta disputa con los propietarios, momento en el cual, ya transcurrido el tiempo suficiente desde su última aparición, se trasladaban a la siguiente parada del circuito.

—Ya sé —dijo Grace—. Dijiste que tocabas música country.

—La mayor parte del tiempo.

—Bueno, es que no me gusta la música country.

Olivier inclinó la cabeza y se quedó mirándola, con la frente arrugada en una mueca de perplejidad burlona por el tono glacial de ella. Era más listo de lo que parecía: una condición tan rara en la isla de Chubb como en cualquier otra parte. Mike Veal le sirvió la cerveza que había pedido y Olivier se bebió la mitad de la botella de un trago.

—No te estaré molestando... —dijo él—. ¿Me voy?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué tal el coche? —dijo él al cabo de un momento.

Él vio que ella no quitaba la vista de encima de Brenda Petersen y del hombrecillo convulso con el que ella estaba bailando.

—¿Quién es ese tipo?

—Es mi marido —dijo ella—. Se llama Jake.

—¿Tu marido? —Por un momento él pareció perplejo—. Muy bien —dijo arrugando de nuevo los ojos.

—Nos estamos divorciando.

—Ah.

—No hemos tenido relaciones sexuales desde hace tres años y medio —continuó ella con un gesto amplio y repentino del brazo—. Dejamos de vivir juntos en enero. Tampoco hemos tenido relaciones sexuales con otra gente.

—Ajá.

—Nada de sexo. Nada.

Su marido había dejado de bailar. Estaba de pie en medio de la pista de baile, simplemente de pie, allí, mirando a Grace, con aspecto de oír, o de poder adivinar —a pesar del pataleo de las botas, a pesar de los fatigados vítores del ayudante de sheriff fuera de servicio Royce T. Sturgeon, a pesar de las risotadas de perrera de un viernes por la noche en el Patch, a pesar de los ruidos que hacían a su alrededor los isleños mientras agitaban el pelo, agitaban sus largos llaveros y agitaban los flecos de sus chalecos—, todo lo que estaba diciendo Grace.

Grace vio que Brenda Petersen le estaba tirando del brazo, preguntándole si todo iba bien.

—No tengo ni idea de por qué te lo he contado —le dijo Grace a Olivier—. Sé que no debería mencionarlo. —Se volvió y le cogió ambas manos—. Quiero que olvides lo que acabo de decir.

—Tres años y medio —dijo Olivier—. Joder.

—Cuesta creerlo, ¿verdad? —dijo ella. Se puso de pie, o más bien se bajó dando tumbos del taburete de forma más o menos controlada y consiguió aterrizar sobre los

dos pies. Todavía no le había soltado las manos—. Vamos.

—Te diré qué haremos —dijo Olivier—. Mi amigo John acaba de entrar por la puerta, allí. Tengo que hablar con él un momento y después te sigo, ¿de acuerdo?

Grace lo vio marcharse.

Volvió a mirar a Jake y vio que él también estaba mirando a Olivier. Se estaba meciendo un poco sobre las suelas de sus zapatos y en su cara apareció una sonrisa extraña y rota. Cuando Olivier estaba a pocos pasos de él, Jake le ofreció la mano con gesto vacilante.

En los diez años que llevaba en la isla de Chubb, Olivier Berquet había estado implicado en diecisiete altercados menores en tabernas y cuatro reyertas propiamente dichas, en las que hubo dientes volando por el aire nocturno y hubo hombres que tuvieron que ser llevados a urgencias para que les sacaran piecitas de gravilla que tenían incrustadas en las palmas de las manos y en las mejillas. Su nombre había aparecido dos veces en el registro policial del semanario local, el *Clam*, y cuando lo encerraron por lesiones sacaron un artículo en primera plana. Hacía falta menos provocación que un marido celoso, borracho y arruinado en plena salida nocturna desesperada con su esposa de la que estaba separado para poner a Olivier en pie de guerra, como bien sabía todo el mundo en el bar.

En la máquina de discos, Jim Morrison gritó las últimas palabras de «Break On Through» y la canción se terminó. La gente dejó de bailar. La bola blanca golpeó a la nueve.

—¿Hay algún problema? —dijo Olivier tranquilo, frotándose la barbilla.

Jake extendió el brazo en dirección a la mano derecha de Olivier y se la cogió.

—Solamente quería desearle toda la suerte del mundo —dijo.

No había mucho sarcasmo en la voz de Jake, y Olivier pareció un poco confuso por aquella ausencia. Asintió con expresión precavida y dejó que Jake le moviera la mano de arriba abajo, tal como habría hecho con un hombre en un aeropuerto que llevara una Biblia y una pila de folletos.

—Sí —dijo Olivier—. Lo que digas, tío.

Mientras empezaba la siguiente canción, «Born On The Bayou», separó su mano de la de Jake y avanzó contoneándose pesadamente a través del Patch y hasta llegar a donde estaba John Bekkedahl, un hombre gordo y con barba que llevaba una camiseta de Sturgis.

—Putos yuppies —dijo entre dientes.

Alguien se rió.

Grace se acercó a Jake, que estaba todavía allí plantado, con la mano todavía extendida.

—¿Qué ha pasado con Brenda? —dijo.

—No lo sé —dijo Jake—. Cree que somos unos enfermos.

- Lo somos.
- ¿Qué ha pasado con Olivier?
- Creo que lo he asustado con mi evidente locura.
- ¿Quieres bailar?
- No —dijo ella—. Vamos a casa.
- ¿Qué quiere decir eso? —dijo Jake.

Como no estaban muy seguros de la respuesta, no se marcharon. Se quedaron después del anuncio de últimas copas, haciéndose compañía en la barra, mientras el Patch, de forma individual, por parejas o de tres en tres, escupía a sus clientes. Olivier se fue a casa con Carla Lacy, cuyo marido estaba en un barco en el mar de Bering, trabajando turnos de catorce horas tirando carcasas de atún muerto a una cuba para derretir grasa. Brenda Petersen se fue con un chaval alto y majo de Tacoma llamado Al o Alf.

Por fin, Mike Veal encendió las luces del techo, echando a los clientes que quedaban de las negras grietas de oscuridad y glamour en las que se habían refugiado. Para ellos era como despertarse en una sala de urgencias, y salieron, amargados e incoherentemente tristes. Unos cuantos incombustibles tomaron la ruta del Peavey's, cuyo reloj se sabía que iba solamente siete minutos por delante de la hora estándar del Pacífico. Con todo, Jake y Grace se quedaron en sus taburetes, esperando el billete de diez dólares que Jake había metido en la máquina de discos. Mike Veal se dedicó a ir apagando los letreros de neón, a apilar las sillas y a darles la vuelta al resto de los taburetes. Cuando desenchufó la máquina de discos, se dieron por aludidos y pagaron la cuenta. Jake esperó a que Grace fuera al lavabo y luego recorrieron con cautela el pasillo trasero y salieron a la fría noche.

Cuando estaban saliendo por la puerta trasera, Jake tropezó con Lester Foley, que estaba durmiendo debajo de un montón de mantas al lado del contenedor de escombros. Grace se detuvo.

—Grace —murmuró Jake.

—¡Chiss...! —Ella se arrodilló al lado de Lester y luego, con cuidado de no despertarlo, le apartó un mechón lacio de la mejilla hundida.

—Grace, ¿qué haces? —dijo Jake—. Vamos.

—Nada —dijo ella—. Calla.

Cogió dos mechones más de pelo de la mata grasienta que tenía debajo del gorro de lana y los entretejió con el primero formando una trenza delgada y rígida. Miró el suelo de grava y barro que tenía bajo los pies y recogió el tapón abandonado de una botella de Oly. Se mordió el labio y estrujó el tapón con los dedos hasta doblarlo hacia dentro sobre sí mismo como un caracol marino picudo. Pasó la punta de la trenza a través del mismo y lo apretó hasta cerrarlo. Miró su obra de artesanía y se meció hacia delante y hacia atrás sobre las puntas de los pies, lo cual hizo crujir sus



botas de agua.

—Está durmiendo la mona, Grace —dijo Jake. Le dio un tirón del cuello de la chaqueta y ella se echó un poco hacia atrás—. No le pasa nada.

—Conocía a Dane Lichty —dijo Grace.

—No como lo conozco yo —dijo Jake.

El coche de Jake, una ranchera Honda, estaba estacionado al final del aparcamiento. Jake echó a caminar en aquella dirección, luego se detuvo y pareció escorarse un poco a un lado.

—No puedo —dijo—. Creo que he bebido demasiado.

—Tú entra —gritó Grace corriendo bajo la lluvia cada vez más fuerte hacia el coche de ella—. Yo te llevo.

Se metieron en un viejo Volvo P-1800 inclinado y de alerones redondos que parecía gris bajo el resplandor halógeno del reflector de seguridad del Patch pero que en realidad era de un elegante amarillo claro, a medio camino entre el color de una carpeta de papel Manila y la última hoja de una citación judicial del departamento de tráfico. Grace le había comprado el coche tres días antes a Olivier Berquet por seiscientos dólares. Hacía unos años, Olivier lo había volcado en Cemetery Road mientras conducía a toda prisa para coger el ferry, pero no se lo había mencionado a Grace, aunque todo el mundo conocía la historia. Olivier le había sugerido a Grace que lo llevara a que alguien le echara un vistazo, consciente de alguna forma de que ella no lo iba a hacer.

Se oyó un ruido apagado y como de hojalata cuando Jake cerró la portezuela de su lado. Grace encendió la radio pero no arrancó el motor. El único sonido que salía de los altavoces era un zumbido de ala de mosca en el canal izquierdo.

—Siempre quisiste uno de estos —dijo Jake.

Ella asintió.

—Eh —dijo ella—. Por fin voy a ver tu casa.

—Es pequeña —dijo Jake.

—¿Es demasiado pequeña?

—Estoy bien —dijo él. Apoyó la mano izquierda en el pomo del cambio de marchas. Al cabo de un momento ella puso la suya sobre la de él.

—Nadie lo sabe —dijo ella.

—¿Qué es lo que nadie sabe?

—Nadie sabe por lo que hemos pasado.

—Es bonito que podamos compartir eso —dijo Jake.

Caían gotas de lluvia de los abetos que cubrían el solar de detrás del Patch y se filtraban lentamente por el marco del parabrisas por el lado de Jake. La lluvia traqueteaba sobre los cristales que quedaban sin romper en el invernadero de la vieja planta de fresas, una ruina desolada al otro lado del aparcamiento.

—Bueno —dijo Grace—. Supongo que ninguno de los dos ha tenido suerte.

Ella dio la vuelta a la llave en el contacto, salió del aparcamiento del Patch y cogió la autopista de la isla. El último ferry de la noche, por supuesto, acababa de parar hacía dieciocho minutos en el muelle de Eastpoint. Los coches del carril contrario estaban desplegados como luces de Navidad a lo largo de un kilómetro y medio, saliendo de Berthannette, y a Grace y a Jake les debió de resultar difícil estar en el coche de ella mientras este era bañado por el resplandor de los faros de la otra gente y luego volvía a quedar a oscuras, y saber que todo el mundo que pasaba frente a ellos se estaba yendo a casa.

El primer escritor de verdad que conocí fue un hombre que escribió toda su obra bajo el nombre de August van Zorn. Vivió en el hotel McClelland, que era propiedad de mi abuela, en la habitación más alta de su torreta, y daba clases de literatura inglesa en Coxley, una pequeña universidad al otro lado del pequeño río de Pensilvania que dividía nuestro pueblo en dos. Su verdadero nombre era Albert Vetch y creo que su especialidad era Blake. Recuerdo que tenía una reproducción enmarcada del *Anciano de los días* sobre el papel descolorido y pintado con relieve de terciopelo de la pared de su habitación, por encima del perchero de madera de hombros caídos que había pertenecido a su padre. La mujer del señor Vetch llevaba viviendo en un sanatorio de las inmediaciones de Erie desde las muertes de sus hijos adolescentes en una explosión en su jardín hacía unos años, y siempre tuve la impresión de que escribía, en parte, para ganar el dinero que necesitaba para mantenerla allí. Escribió relatos de terror, centenares, muchos de los cuales acabaron publicados en revistas de la época como *Weird Tales*, *Strange Stories*, *Black Tower* otras similares... Trabajaba por las noches, usando una estilográfica, en una mecedora de madera alabeada, con una manta de Hudson Bay sobre el regazo y una botella de bourbon encima de la mesa. Cuando le iba bien el trabajo, se le podía oír desde el último rincón del hotel durmiente, meciéndose y meciéndose como un poseso mientras sometía a sus héroes a las truculentas recompensas de sus pasiones por cosas innombrables.

Grady Tripp,  
*Jóvenes prodigiosos*

# En la negra fundición

*por August van Zorn*

En otoño de 1948, cuando llegué a Plunkettsburg para iniciar el trabajo de campo que confiaba que me llevaría a un doctorado en arqueología, todavía vivía allí un buen número de lugareños cuyos recuerdos se remontaban a la época, en la última década del siglo anterior, en que las colinas ennegrecidas por el hollín que rodean el pueblo estaban abarrotadas de genios chiflados y arqueólogos excéntricos. En 1892, el descubrimiento, en la cima de una colina que daba al río Miskahannock, del complejo funerario de una tribu hasta entonces desconocida de Constructores de Montículos había iniciado un frenesí de excavaciones y escarbados académicos que lanzó varias carreras, entre ellas la del anciano héroe de mi profesión que fue director de mi comité de tesis. Fue bajo su temible influencia como yo había emprendido el estudio de los ilustres y espantosos indios Miskahannock, con sus tumbas y sus fosos de huesos, un rumbo que me llevaría finalmente, en una tarde gris de noviembre, a sacar mi sobrecargado Nash de cuarta mano de la autopista de Pittsburgh a Morgantown, y a orientarme, agarrando con fuerza el volante, por el fantasma lleno de socavones de un antiguo camino que subía serpenteando por las colinas de Yuggoghenny y luego descendía al amplio y sombrío valle del Miskahannock.

Mientras avanzaba por aquella serie interminable de curvas cerradas y sin visibilidad, pude contemplar una serie igualmente interminable de descorazonadoras vistas parciales del lugar donde pasaría los diez meses siguientes de mi vida. Como muchos de sus vecinos por aquella región de venas de hierro, Plunkettsburg resultaba a primera vista poco atractiva: una ciudad pequeña, baja y herrumbrosa con cúpulas deslustradas en forma de bulbo y casas apelonadas, insulsa como una brazada de hojas muertas esparcida por el suelo. Pero cuando dejé la última colina detrás de mí y obtuve mi primera vista completa, me fijé de inmediato en la única estructura que, aunque no hizo nada para elevar mi opinión de mi nuevo hogar, sí que alteró el aspecto aburrido de Plunkettsburg lo suficiente para hacerlo notable y también siniestro. Se erigía al este del pueblo, en una zona de maleza y tierra de color óxido, un bloque negro y enorme, erizado de chimeneas puntiagudas, extendiéndose más de dos hectáreas y haciendo que todo lo que había alrededor pareciera pequeño por comparación. Aquello era, lo supe de inmediato, la famosa fundición de Plunkettsburg. Se acercaba el anochecer y bajo aquella media luz los fuegos de su interior hacían titilar y parpadear sus ventanas, mientras que los cañones gigantes de sus chimeneas vomitaban su humo al crepúsculo otoñal. Yo me estremecí y solté un grito. Me había quedado tan absorto por la lúgubre aparición negra de la fundición que casi había dejado que el coche se saliera de la carretera.

—«En esta poderosa fortaleza de la industria —cité en voz alta imitando el tono de un locutor de noticias, dándome confianza a mí mismo con la reverberación irónica de mi voz— giran los enormes piñones y avanzan los pistones incansables que forjan las agujas y los cuchillos del sueño americano».

Yo estaba recordando las palabras de un folleto de la cámara de comercio que me habían enviado la semana anterior mis anfitriones, el departamento de antigüedades del Plunkettsburg College, junto con los detalles de mi alojamiento y mis privilegios de uso de la biblioteca. Estaban ansiosos por tenerme con ellos. Hacía muchos años desde que la publicación de la obra de mi director de tesis *Investigaciones de Miskahannock* había establecido de forma eficaz todas las preguntas que se podían contestar —a excepción hecha, confiaba yo, de una— sobre la tribu desaparecida y había devuelto Plunkettsburg a las nieblas del olvido académico y a los espesos y negros efluvios de su satánica fundición.

—Así pues, ¿qué se puede decir de esa gente de dientes afilados? —dijo Carlotta Brown-Jenkin vaciando su copa de brandy. La rectora del Plunkettsburg College y directora del departamento de antigüedades se había ofrecido a invitarme a cenar en mi primera noche en el pueblo. Estábamos sentados en una sala de estilo hawaiano de un restaurante chino del centro. Brown-Jenkin era adecuadamente una antigüedad en sí misma, un flaco vejstorio de setenta y muchos, con el cuero cabelludo casi calvo raído y amarillento y un brillo en los ojos, hundidos en sus cuencas cavernosas, que recordaba a monedas antiguas descubiertas a la luz de las antorchas—. Yo pensaba que el distinguido mentor de usted ya había revelado todos sus misterios sanguinarios.

—Solamente las mujeres se afilaban los dientes —le recordé yo, dando otro trago de cerveza Indian Ring, la marca local, que descubrí que poseía un aroma oscuro y no del todo agradable a hojas otoñales sobre un suelo húmedo.

Examiné la habitación con su techo bajo de falsas hojas de palmera y sus guirnaldas de orquídeas de cera. La única gente que había además de nosotros era un hombre con muletas de madera y una pernera del pantalón vacía y un hombre con una mano de madera, los dos bebiendo Indian Ring, y la camarera, una mujer extremadamente gorda con un vestido amplio y rojo adecuado a la decoración del lugar pero horrendo. Mi anfitriona me había asegurado, sin demasiado entusiasmo, que estábamos a punto de comer la mejor comida de la ciudad.

—Sí, sí —recordó con una sonrisa tolerante. Su terreno concreto de estudio era Cartago la grande, y sin duda, pensé, veía con desprecio a mi banda iletrada de salvajes—. Consideraban que los dientes afilados eran la esencia de la belleza femenina.

—Esa es, ciertamente, la teoría de mi distinguido mentor —dije examinando la

etiqueta de mi botella de cerveza, en la que estaba impreso el grabado de Thelder de 1894 del Anillo de Plunkettsburg, que también estaba reproducido en la portada de *Investigaciones de Miskahannock*.

—¿Y usted no está de acuerdo? —dijo Brown-Jenkin.

—Creo que puede haber otras posibilidades.

—¿Como por ejemplo?

En aquel momento llegó el camarero llevando una bandeja cargada de platos de carnes y verduras inidentificables que relucían en medio de unas salsas de los mismos colores estridentes que los pintalabios de las mujeres. Los platos humeantes emitían un olor apabullante a vinagre que daba la impresión de que intentaba tapar algún mal olor. Mareado, aparté la vista de la comida y vi que al camarero, un hombre corpulento y fuerte con unos desabridos rasgos eslavos, le faltaban dos dedos de la mano izquierda. Se me revolvió el estómago. Me excusé de la mesa y corrí directamente al baño.

—Nervios —le expliqué a Brown-Jenkin cuando regresé, sonrojándome, a la mesa—. Tengo muchas ganas de empezar mi investigación.

—Claro —dijo ella examinándome con ojo crítico. Se secó un hilillo rojo de salsa de la barbilla—. Lo entiendo.

—Parece que hay un montón de miembros amputados en esta sala —dije intentando animarme un poco—. Espero que ninguno de ellos haya terminado en la comida.

La rectora me miró horrorizada.

—Un chiste muy malo —dije—. Me disculpo. Me temo que mi sentido del humor tampoco era demasiado apreciado en Boston.

—No. —Se mostró de acuerdo y me dedicó una sonrisita carente de jovialidad—. Bueno. —Se dio unas palmaditas en los mechones largos y finos de pelo rubio que tenía en la parte superior de la cabeza—. Es la fundición, por supuesto.

—Por supuesto —dije sintiéndome un poco atontado por no haber elucubrado aquello por mí mismo—. Supongo que allí hacen un trabajo que es peligroso.

—La fundición se ha llevado de la mitad de los hombres de Plunkettsburg algún miembro por los menos —dijo Brown-Jenkin en un tono casi orgulloso—. Sí, es un trabajo terriblemente peligroso. —Se infiltró entonces en su voz un tono jactancioso de admiración que no pudo evitar recordarme al folleto de la cámara de comercio—. Un trabajo importante.

—De una importancia vital —dije, y para apaciguarla llené mi plato de una carne indeterminada, colorida y luminosa, un gesto que habría de pagar con creces durante la larga noche que vendría a continuación.

Me alojé en la Murrough House, junto al campus del Plunkettsburg College. Era una

estructura grande y laberíntica, llena de pasillos ocultos, habitaciones de formas extrañas y escaleras que no llevaban a ninguna parte, construido por la célebre magnate, la «baronesa ladrona», Philippa Howard Murrough, fundadora de la universidad, famosa espiritista y autora y genio oscuro de la Fundación de Plunkettsburg. Había pasado las últimas cuatro décadas de su vida y había gastado una parte considerable de su fortuna como fabricante reconstruyendo su casa, demoliendo unas partes y añadiendo otras. A su muerte, el laberinto resultante, una quimera de inquietantes tejados estilo Segundo Imperio, torrecillas victorianas en punta y pórticos barrocos recubiertos por una capa de hiedra reluciente, pasó a manos del colegio universitario privado femenino al que había dotado de fondos, que lo convirtió en un club para el profesorado y en alojamiento para académicos visitantes. Yo tenía una sala redonda en una torrecilla del cuarto y último piso. En toda la casa no había más académicos visitantes, y según el portero, yo era el primero en muchos años.

El viejo Halicek, el portero, era un tipo lento y encorvado que vivía con su hija y su nieto en un pequeño apartamento en alguna parte de las inalcanzables regiones inferiores de la casa. Él también había perdido un miembro por culpa de la fundición en su juventud: la oreja izquierda. Había quedado reducida, por culpa de un aparato que Halicek llamaba extractor lineal Dodson, a un bultito rosado enclavado al abrigo de su poblada patilla blanca. Su hija, la señora Eibonas, supervisaba una pequeña plantilla de dos doncellas y un camarero y cocinaba para la docena aproximada de miembros del profesorado que comían todos los días en la Murrough House. El camarero era el nieto de Halicek, Dexter Eibonas, un serio, apuesto y afable muchacho pelirrojo de diecisiete años que caía muy bien a los profesores de la universidad. Era inteligente, estaba lleno de curiosidad y leía mucho aunque de forma errática. Siempre me estaba dando la paliza para que lo llevara a cavar en los túmulos, y aunque yo no tenía nada contra su agradable compañía, los términos de mi acuerdo con el consejo universitario, que eran fideicomisarios del yacimiento, prohibía expresamente que se empleara a trabajadores del lugar. A pesar de todo, le di libros de arqueología y lo mantuve al corriente de mis descubrimientos, por llamarlos de algún modo. Varios de los profesores de Plunkettsburg, según descubrí, también se habían interesado en el desarrollo de su mente.

—El pasado invierno me llevaron a Pittsburgh —me dijo una noche, cuando yo llevaba un mes aproximadamente de estancia, mientras me traía una botella de Ring y un plato de la famosa *kielbasa* con *sauerkraut* de la señora Eibonas. La profesora Brown-Jenkin estaba muy equivocada, en mi opinión, sobre la cuestión de cuál era la mejor mesa para comer en el pueblo. Durante los períodos más tediosos, glaciales e improductivos de mi escarbar en los lúgubres y pedregosos montes Yuggoghenny, a menudo solo me ayudaba a seguir adelante el pensar en las salchichas y los pasteles

caseros de la señora Eibonas—. Tuve una entrevista con el decano de ingeniería de la politécnica. El profesor Collier llegó a pagarnos un hotel a madre y a mí.

—¿Y cómo te fue?

—Oh, me fue bien, supongo —dijo Dexter—. Me aceptaron.

—Oh —dije confuso. Me imaginé que el semestre de otoño en la politécnica Carnegie debía de estar terminando aquella misma semana.

—¿Has...? ¿Has aplazado tu admisión?

—La he aplazado indefinidamente, supongo. Les dije que no, gracias. —En un exceso de energía nerviosa, Dexter había estado retorciendo un paño del té. Ahora lo dejó. Sus ojos, normalmente brillantes, adoptaron una expresión vidriosa, casi diría que ausente—. Voy a trabajar en la fundición.

—¿En la fundición? —dije incrédulo. Lo miré para ver si me estaba tomando el pelo, pero en aquel momento parecía estar albergando únicamente las imágenes más agradables de sus tareas en aquel feroz castillo negro. Tuve una visión repentina de su agradable cara desprovista de una oreja y aparté la mirada—. Perdona que pregunte, pero ¿por qué quieres hacer eso?

—Mi padre lo hizo —dijo Dexter con voz inexpresiva—. Y su padre también. Estoy en la lista de contratación. —El brillo regresó a sus ojos y siguió retorciendo el paño—. En cuanto haya una plaza me voy para allí.

Me dejó y regresó a la cocina, y yo me quedé allí sentado temblando. «Me voy para allí». La frase tenía un matiz heroico y condenado, como la declaración de un bombero a punto de entrar en su última casa en llamas. En el curso del último mes yo había tenido una amplia oportunidad de observar la fundición y su efecto en la población masculina de Plunkettsburg. La observación casual, en los mercados y bares locales, en el lobby del Orpheum de State Street, en las aceras, en la tienda de Birch de Gray Road donde yo paraba por café y cigarrillos todas las mañanas de camino al complejo de túmulos, me había llevado a calcular que, ciertamente, la mitad de los lugareños había perdido alguna parte visible de su anatomía a manos de Industrias Murrough S. A. Y, sin embargo, todos mis intentos por elucidar cómo aquellos accidentes a menudo horriblemente graves les habían acontecido a sus víctimas encorvadas, mutiladas o lisiadas, recibían invariablemente explicaciones al mismo tiempo tan detalladas y tan imprecisas, tan ricas en jerga mecánica y sin embargo tan desprovistas de información real que ni una sola vez conseguí formarme una imagen adecuada del accidente en cuestión, ni tampoco, en realidad, de qué clase de trabajo letal se llevaba a cabo en la negra fundición.

¿Qué era exactamente lo que se fabricaba en aquel bastión de la democracia industrial y fuente de los millones de Murrough? Yo oía los trenes que entraban suspirando y gimiendo en el pueblo en medio de la noche, claqueteando mientras cambiaban a las vías de acceso a la fundición. Veía los negros camiones diesel, con la



inicial escarlata «M» estampada, avanzando pesadamente por las calles de Plunkettsburg de camino a las zonas de carga y de regreso de las mismas. Tuve docenas de conversaciones, sosteniendo interminables jarras de Indian Ring, acerca de turnos de trabajo, actividades sindicales (invariablemente sofocadas) y picnics de la empresa, acerca de mena y hornos, de metalurgia y turbinas. Oí las historias resignadas y amables de hombres abiertos en canal por divagadores Rawlings, aplastados por prensas de cigüeñales, destrozados por clasificadores de vapor y medio decapitados por planchas móviles Hurley Y sin embargo, después de cuatro meses en Plunkettsburg no estaba más cerca de entender la terrible tarea a la que la gente del pueblo sacrificaba, al parecer con tan buena voluntad, los cuerpos de sus hombres.

Empecé a deambular por los terrenos de la fundición a primera hora de la mañana, cuando el turno de las seis en punto estaba entrando, y a última hora de la noche cuando los hombres del último turno eran vomitados por las cancelas de hierro, llevando sus fiambreras negras. La verja, una elaborada construcción victoriana de picas de hierro endiabladamente gruesas y afiladas, invadidas por la hiedra, rodeaba el patio de la fundición a tanta distancia de la fábrica parecida a una montaña que me resultaba imposible acercarme lo bastante para ver nada más que el resplandor de unos fuegos enormes a través de las sucias ventanas de tela metálica. Solicité que me dejaran entrar en la fundición como visitante en las oficinas de la empresa en el pueblo, pero la recepcionista me dijo con bastante mala educación que la Fundición de Plunkettsburg no era ninguna atracción turística. Mi fascinación por el lugar se volvió tan intensa y me distrajo tanto que empecé a descuidar mi trabajo. Mis devaneos por las lares abandonadas de los salvajes Miskhannock se volvieron desgastadas y meditabundas, mis descubrimientos de artefactos, nunca frecuentes, disminuyeron hasta casi volverse inexistentes, y cada vez fui haciendo menos anotaciones en mi diario. Por fin, una mañana de agotamiento, después de toda una noche acostado en mi cama de Murrough House mirando por la ventana emplomada a un cielo de color naranja brillante por el reflejo de los fuegos de la fundición, decidí que ya no lo aguantaba más.

Me vestí deprisa, con unos pantalones sencillos de color habano y una camisa de franela. Fui al armario del vestíbulo y allí encontré una vieja chaqueta de lana y un gorro que me puse en la cabeza. Luego salí. Los terribles destellos de color naranja habían remitido y el cielo estaba lleno de estrellas. Crucé corriendo el pueblo hacia el este, en dirección a Stan's Dinner, en Mill Street, donde sabía que encontraría el turno de día zampando jamón, huevos y tortitas. Me escurrí entre dos hombres corpulentos en la barra y pedí café. Cuando uno de mis vecinos se levantó para ir al lavabo, le cogí la fiambarrera, dejé un puñado de monedas y me fui a toda prisa hasta las cancelas

de la fundición, donde me uní a la multitud de hombres. Ellos me miraron con cara rara, sin reconocermme, y vi que murmuraban entre ellos con expresión confundida. Pero la hora temprana de la mañana o bien una reserva inherente en ellos hizo que no dijeran nada. Supongo que se imaginaron que fuera yo quien fuera no era problema de ellos. Solo un hombre alto, con el pelo amarillo y ralo, se me quedó mirando durante más que un momento. Me sorprendió ver que tenía una mirada muy triste.

—No tendrías que estar aquí, amigo —me dijo en un tono no exento de amabilidad.

Me quedé aturdido. Me habían atrapado.

—¿Qué? Oh, no, yo... Yo...

Sonó el silbato. La multitud de hombres, que ya ascendía a más de un centenar, cobró vida de golpe y esperó, nerviosa y de puntillas, a que se abrieran las cancelas. El hombre del pelo amarillo pareció olvidarme. A lo lejos, una multitud igualmente grande de hombres emergió del vientre de la fundición y echó a andar hacia nosotros. Se oyó un chirrido de maquinaria vieja, el crujido del hierro sometido a tensión y por fin las cancelas ornamentales se empezaron a abrir. Al instante siguiente me vi atrapado por la marea de hombres que avanzaban hacia la fundición, arrastrado como un corcho. A medio camino nuestro grupo se cruzó con el turno de noche y en el caos subsiguiente de cuerpos y saludos me sentí seguro de que mi plan iba a funcionar. Por fin iba a ver el interior de la fundición.

Sentí que algo, los dedos de alguien, me acariciaba el pescuezo, y entonces algo tiró hacia atrás del cuello de mi chaqueta. Perdí el equilibrio y me caí al suelo. Mientras los distintos turnos de trabajo fluían a mi alrededor levanté la vista y vi a un hombre enorme de pie junto a mí, con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba una chaqueta negra con una «M» grande en el pecho. Intenté ponerme de pie pero él volvió a empujarme al suelo.

—Puede quedarse ahí hasta que llegue la policía —me dijo.

—Escuche —dije. Estaba claro que mi investigación se había terminado. Me iban a revocar mis privilegios académicos. Regresaría con el rabo entre las piernas a Boston, donde, por supuesto, mi comité y sobre todo mi director me recomendarían que abandonara el departamento—. No hace falta que haga esto.

Volví a intentar ponerme de pie y esta vez el guardia de la empresa me tiró al suelo con tanta fuerza y tan deprisa que no pude parar la caída con las manos. Me di un golpe en la nuca contra el pavimento. Un trabajador que pasaba me pisó la mano que yo tenía extendida. Solté un grito.

—Eh —dijo una voz—. Vamos, Moe. No hace falta que lo trates así.

Era el hombre de mirada triste y pelo amarillo. Se interpuso entre mi atacante y yo.

—No hagas esto, Ed —dijo el guardia—. O tendré que amonestarte.

Me puse en pie, tembloroso, y empecé a alejarme dando tumbos de regreso a las puertas. El guardia intentó agarrarme rodeando a Ed con el brazo. Mientras se abalanzaba hacia mí, Ed estiró una pierna y el guardia cayó despatarrado al suelo.

—Vamos, profesor —dijo Ed, rodeándome con el brazo—. Será mejor que salga de aquí.

—¿Le conozco? —le pregunté, apoyándome lleno de gratitud en él.

—No, pero conoce usted a mi sobrino, Dexter. Él lo señaló a usted una noche que estaba conmigo en el cine.

—Gracias —le dije al llegar a la cancela.

Él me sacudió un poco de tierra de la espalda de la chaqueta, me devolvió mi gorro de lana y luego se sacó un pañuelo negro del bolsillo de sus pantalones. Llevó una esquina del mismo a mi boca y lo retiró marcado con una mancha negra.

—No es más que un poco de sangre —dijo—. Se pondrá usted bien. Asegúrese de mantenerse lejos de este sitio a partir de ahora. —Acercó su cara a la mía y me llenó la nariz del intenso olor medicinal a su loción para después del afeitado. Bajó la voz hasta un susurro—. Y no pruebe la cerveza.

—¿Qué?

—Usted no la pruebe —se irguió y volvió a meterse el pañuelo en el bolsillo de atrás—. Yo llevo dos semanas sin probar una gota. —Asentí, confuso. Había estado bebiendo dos, tres y a veces cuatro botellas de Indian Ring todas las noches, y me parecía que me sumía con facilidad en un sueño profundo y tranquilo.

—Dígame solamente una cosa —dije.

—No puedo decirle nada más, profesor.

—Solamente... ¿Qué hace usted aquí?

—¿Yo? —dijo señalándose el pecho—. Manejo un extractor de válvulas.

—Sí, sí —dije—. Pero ¿qué hace un extractor de válvulas? ¿Para qué sirve?

Me miró con paciencia pero de forma un poco distante, como un padre distraído a un niño preguntón.

—Pues para extraer con válvulas —dijo—. ¿Para qué iba a servir?

Así de asqueado, humillado y provisto de buenas razones para temer que mi investigación estaba en peligro inminente de tocar a su fin, decidí sacarme de la cabeza el misterio de la fundición de una vez por todas y continuar con mis verdaderas responsabilidades en Plunkettsburg. Fui al emplazamiento del complejo de túmulos y allí me pasé el día con mi pincel y mi pequeña espátula, hasta que se fue la luz. Al llegar a casa, agotado, la señora Eibonas me trajo una botella de Indian Ring y yo la vacié lleno de agradecimiento antes de recordar la extraña advertencia de Ed. Le devolví la botella húmeda a la señora Eibonas. Ella sonrió.

—¿Puedo traerle otra, profesor? —dijo ella.

—No, gracias —dije yo.

Su sonrisa desapareció. Parecía muy decepcionada.

—Muy bien —dijo.

Por alguna razón, la idea de decepcionarla me preocupó mucho, así que le dije:

—Tal vez una más.

Me retiré temprano y los sueños que tuve fueron perturbados por el chirrido del hierro sobre la tierra y por un tumulto clamoroso de hombres. A la mañana siguiente me levanté y regresé directamente al yacimiento.

Porque iba a tener que trabajar, y trabajar mucho, si quería que mi teoría rindiera frutos. Durante gran parte de mis primeros meses en Plunkettsburg mi tarea se había visto dificultada por la nieve y por el grado en que el yacimiento de los túmulos de Plunkettsburg —una amplia meseta en la ladera oriental del monte Orrert, sobre la que se habían desenterrado, en la década de 1890, treinta y seis enormes molares de tierra compacta, cada uno del tamaño de una casa de dos pisos— había sido abierto y removido por la generación anterior de arqueólogos. Sus métodos no siempre habían sido tan meticulosos como habría sido de desear. Había numerosas zonas de viejas excavaciones donde los registros históricos, por falta de cuidado, habían quedado ilegibles. Luego recordé, mientras observaba la ladera cubierta de hiedra del viejo montículo artificial que mi mentor había denominado B-3, que siempre existía la posibilidad de que mi teoría estuviera equivocada.

Como todos los productos de la academia, supongo, mi teoría se componía a partes iguales de deuda con los antecedentes y despecho hacia los mismos. La había formulado en una especie de rebelión contra aquel patriarca de la especialidad, mi director de tesis, la misma persona que había inculcado en mí cierto respeto por el profundo y sutil salvajismo de los indios Miskahannock. Su punto de vista —el estándar— era que la cultura de los constructores de los túmulos de Plunkettsburg, en su cénit, había expresado, hasta un punto inigualado en el hemisferio occidental, la estetización del impulso nihilista. Habían desarrollado todas las elaboradas estructuras sociales —textos, rituales, artes decorativas y arquitectura— de cualquiera de las grandes religiones del mundo: resplandecientes hazañas de diseño abstracto representadas por los millares de cestas, jarras, cuencos, lanzas, tabletas, cuchillos, mayales, hachas, códices, túnicas y demás que se albergaban y se exhibían con tanto orgullo en el museo de mi universidad, en Boston. Pero los Miskahannock, a juzgar por los resultados de todas las investigaciones (y había habido muchas), no adoraban a nada, o como diría mi maestro, adoraban la Nada. No se dirigían a ningunos dioses o diosas y no conversaban con ningunos espíritus ni familiares. Su único propósito, la meta y el pináculo de su genio artístico, era matar hombres. Nadie sabía cuántos de los desafortunados varones de las tribus vecinas habían sido víctimas del delicado arte de la tortura y el desmembramiento de los Miskahannock. En 1903 el profesor

William Waterman de Yale descubrió catorce osarios distintos a lo largo de las orillas del río, no lejos de la actual ubicación de la fundición. En ellos había los bastantes huesos como para componer los cuerpos de siete mil hombres y muchachos. Y nadie sabía por qué habían muerto. Los pocos textos ajados y fragmentarios escritos en sangre sobre corteza descubiertos hasta entonces se referían sobre todo a las hambrunas recurrentes que azotaban a la civilización Miskahannock y que, según solía teorizarse, habían sido las causantes de su hundimiento final. Los textos no mencionaban las artes sagradas del homicidio y la tortura. Y había, según la persuasiva argumentación de mi profesor, una razón para esto. Las muertes habían carecido de propósito: su justificación era la ausencia cósmica de propósito de la misma vida.

Ahora, en cuanto me decidí por la rebelión y el resentimiento, como todo buen alumno debe hacer en algún momento, se me abrían dos caminos posibles. El primero era intentar demostrar sin dejar lugar a duda que los Miskahannock sí que habían adorado a alguna clase de dios, a alguna entidad positiva y dotada de intención, por muy sedienta de sangre que fuese. Yo elegí el segundo camino. Acepté la falta de religión de los Miskahannock. Rechacé el refinado y racional nihilismo que había postulado mi mentor (y al que él mismo se adscribía en privado, tal como sabíamos unos pocos). Confiaba en demostrar que los Miskahannock habían tenido un motivo distinto para matar: tenían hambre. De acuerdo con los pedazos ajados del Códex de Plunkettsburg, tenían mucha hambre. Los dientes afilados que mi profesor subsumía a unos principios estéticos más amplios habían servido, en mi opinión, un propósito mucho más simple y utilitario. Por desgracia, la amplia incidencia del canibalismo entre las mujeres de un pueblo desaparecido hacía cuatro mil años estaba resultando bastante difícil de demostrar. Por el momento, de hecho, no había encontrado ni una sola prueba.

Me arrodillé para desatar la lona que había extendido sobre mi excavación del día anterior. Me estaba esforzando por coger una sección inclinada del B-3 y cavar un pasadizo de metro y medio de alto y sesenta centímetros de ancho a un ángulo de treinta grados respecto de la horizontal. Aquella empresa en sí misma era una especie de admisión de la derrota, ya que el B-3 formaba parte de una pareja de túmulos cuyo otro miembro era su vecino el B-5, designado «túmulo nulo» por aquellos que habían estudiado el yacimiento. Había sido completamente perforado y penetrado y había resultado estar del todo vacío: reservado, daba la sensación, para los restos mortales de una dinastía fallida. Pero yo ya había llevado a cabo registros cuidadosos de las otras treinta y cuatro tumbas de las reinas Miskahannock. Los únicos túmulos que me quedaban eran los nulos. Si tal como yo había previsto, no encontraba ninguna prueba de antropofagia, tendría que renunciar del todo a los túmulos y empezar a buscar en otras partes. Había historias persistentes de más osarios en los pliegues y hondonadas

de los montes Yuggoghenny. Tal vez podría encontrar uno, uno nuevo, que no estuviera pisoteado ni corrompido por los métodos primitivos de mis antecesores profesionales.

Retiré la lona engrasada que había extendido sobre mi trabajo y sufrí un shock. El pasadizo, que en el curso del día anterior yo había conseguido abrir hasta más de un metro de profundidad en el costado del túmulo, había sido rellenado del todo. Y no solamente rellenado: la tierra densa y negra había sido apisonada y sobre la misma se había extendido una capa improvisada de hiedra. Di un paso atrás y examiné el emplazamiento, repentinamente seguro de que me estaban observando. Solo había cuervos en las copas de los árboles. A lo lejos pude oír los camiones de Murrough avanzar por la tortuosa carretera, cambiando de marcha con esfuerzo mientras ascendían por el valle. Miré el suelo que estaba pisando y vi la débil huella de un pie más pequeño que el mío. A pocos pasos de aquel, encontré otro. Y eso fue todo.

Supongo que debería haber tenido miedo, o por lo menos debería haber estado preocupado, pero en aquel punto, lo confieso, solamente estaba enfadado. El emplazamiento estaba rodeado de vallas y postes con letreros de prohibido el paso, pero al parecer unos gamberros locales habían entrado en plena noche y habían echado a perder todo el duro trabajo del día anterior. El motivo de aquel vandalismo se me escapaba, pero supongo que la falta de motivo discernible formaba parte de la naturaleza misma del vandalismo. Recogí la pala y empecé a trabajar de nuevo en mi puerta de acceso al túmulo. La quinta vez que hundí aquel pequeño diente metálico me encontré con algo extraño. Era un pañuelo negro, retorcido y sucio. Me lo extendí sobre el muslo y encontré la pequeña mancha redonda de mi sangre en una esquina. Me sentía perplejo, y volví a mirar a mi alrededor a ver si alguien me estaba observando. No había más que las risas y los dedos andrajosos de los cuervos. ¿Qué se proponía Ed? ¿Por qué el mismo que me había rescatado querría subir a la montaña y estropear mi trabajo? ¿Acaso creía que me estaba protegiendo? Me encogí de hombros, me metí el pañuelo en un bolsillo y regresé a mi meticulosa excavación. Trabajé sin parar durante todo el día y expandí el túnel veinte centímetros más cerca del corazón del túmulo de lo que había llegado el día anterior, luego regresé a Murrough House con los hombros doloridos y los dedos rígidos. Me di un largo baño caliente en la enorme bañera que había en los aseos de mi planta, fumé una pipa y leí, por decimoquinta vez por lo menos, la sección de las *Investigaciones de Miskahannock* que trataba del B-3. Luego, a las seis y media, bajé y me encontré a Dexter Eibonas esperando para servirme la cena, con cara inexpresiva y los ojos inyectados de sangre. Recuerdo que me sorprendió que no me pidiera inmediatamente los detalles de mi día en el yacimiento. Se limitó a saludar con la cabeza, se retiró a la cocina y regresó con una lata recalentada de sopa, media rebanada de pan blanco y una botella de Ring. Como es natural, después de un día tan

duro me sentí decepcionado por aquella comida, y pregunté por dónde andaba la señora Eibonas.

—Tenía asuntos de familia, profesor —dijo Dexter enrollando las manos en su paño del té y desenrollándolas—. Asuntos desgraciados.

—¿Ha... muerto alguien?

—Mi tío Ed —dijo el chico desplomándose en una silla a mi lado y tapándose los rasgos fruncidos con las manos—. Supongo que ha tenido un accidente en la fundición. Se ha caído de cabeza en el moldeador de impacto.

—¿Qué? —dije sintiendo que se me constreñía la garganta—. ¡Dios mío, Dexter! ¡Hay que hacer algo! ¡Esa fundición hay que cerrarla!

Dexter dio un paso atrás, sobresaltado por mi vehemencia. Por supuesto, me había acordado de inmediato del pañuelo negro, y ahora me pregunté si no sería de alguna forma responsable de la muerte del Ed Eibonas. Tal vez el incidente del día anterior en el patio de la fundición y su excavación nocturna en la tierra del B-3 en alguna clase de esfuerzo desencaminado para ayudarme, lo habían dejado nervioso e incapaz de concentrarse en su trabajo y lo habían vuelto propenso a accidentes.

—Usted no lo entiende —dijo Dexter—. Es nuestro modo de vida aquí. Para nosotros no existe nada más que la fundición. —Empujó la botella de Indian Ring en mi dirección—. Bébase su cerveza, profesor.

Cogí la jarra y me la llevé a los labios, pero me barrió una ola repentina de repulsión como la que me había acometido en el restaurante chino durante mi primera noche en el pueblo. Me aparté de la mesa y me puse de pie, y mi violenta maniobra hizo temblar un candelabro de peltre en el que ardían cuatro velas. Dexter se abalanzó para evitar que se cayera y luego se me quedó mirando, sorprendido. Yo le devolví la mirada, respirando agitadamente y sintiéndome desafiante sin estar seguro de qué estaba desafiando exactamente.

—¡No voy a tocar ni una gota más de esa cerveza! —dije, y mis palabras sonaron petulantes y absurdas en cuanto me salieron de la boca.

Dexter asintió. Parecía preocupado.

—Muy bien, profesor —dijo en un tono amable, como si pensara que yo podía haber perdido el juicio—. Usted suba a su habitación y tumbese. Yo le llevaré la comida un poco más tarde. ¿Qué le parece?

El día siguiente me quedé tumbado en la cama, dolorido, agobiado y sufriendo esa clase peculiar de depresión espiritual que nace básicamente del miedo reprimido. La mañana siguiente me despabilé, me afeité, me vestí con mis mejores ropas y fui a la iglesia de Saint Stephen, en Nolt Street, el corazón del vecindario estonio de Plunkettsburg, para el funeral de Ed Eibonas. Había muchos asistentes, como pasaba siempre, según me dijeron, que se producía una muerte en la fundición. Dichas

muertes eran supuestamente poco comunes. La fundición era un lugar cruel y peligroso pero casi nunca fatal. Invitado por Dexter, fui a la casa del muerto a darle el pésame a la viuda, y dos horas más tarde me encontré a mí mismo, junto con la mayoría de los hombres del funeral, borracho como una cuba de una especie de coñac de frutas que se sacaba en ocasiones especiales. Es posible que aquel coñac quemara los nervios y la ansiedad de los últimos dos días. En todo caso, a la mañana siguiente regresé a los túmulos con una tienda de campaña, un hornillo y varias bolsas llenas de comida. Y allí me pasé cinco días.

Me habían vuelto a tapar el agujero, y aquella vez no había ninguna pista de la identidad del que lo había tapado, pero yo estaba decidido a no dejar que aquello me asustara, como se suele decir. En circunstancias normales me habría comportado con cautela, habría sacado la tierra a dedales y habría cribado cada uno de ellos, pero tenía la sensación de que se me estaba acabando el tiempo en la excavación. A menudo veía coches de día en la carretera de acceso y faros de noche, aminorando la marcha como para observarme. Al principio, siempre que aparecían yo dejaba de trabajar, encendía un cigarrillo y esperaba a que me detuvieran. Pero cuando después de las primeras veces resultó que no pasaba nada de eso, me relajé un poco y continué con mi excavación mientras duraban sus visitas. Estaba resignado a que me impidieran completar mi investigación, pero antes de que aquello sucediera quería llegar al corazón del B-3.

El cuarto día, cuando ya estaba a medio camino de alcanzar mi meta, George Birch llegó en coche procedente de su tienda, tal como yo le había pedido, con latas de estofado, botellas de refresco y cigarrillos. Normalmente ya era un hombre adusto, pero aquella mañana tenía la cara más larga que nunca. Le pregunté si había algo que le preocupara.

—Anoche murió Carlotta Brown-Jenkin —dijo—. Una amiga de mi madre. Una vieja dura de pelar. —Sacudió la cabeza—. La gripe. Una pena.

Yo recordé aquella cena espantosa en Technicolor de hacía tantos meses, el brillo de acero de sus ojos en aquellas cuencas cavernosas. Hice lo que pude para parecer solidario.

—Sí que es una pena —dije.

Dejó la caja de comida y miró detrás de mí, en dirección a la entrada de mi túnel.

—¿Seguro que sabe lo que está haciendo? —dijo.

Le aseguré que sí, pero él continuó mostrándose escéptico.

—Recuerdo la última vez que sus colegas arqueólogos vinieron al pueblo, ya sabe —dijo. De hecho, sí que lo sabía, ya que me lo contaba casi todas las veces que lo veía—. Yo era un chaval. Nos acababan de poner electricidad en la casa.

—Las cosas deben de haber cambiado mucho desde entonces —dije yo.

—Las cosas no han cambiado en absoluto —dijo en un tono cortante.



George Birch nunca había sido un hombre jovial. Se volvió, tirando de sus pantalones hacia arriba, y regresó cojeando a su camioneta con su pie de madera.

Aquella noche yací en mi saco de dormir debajo del techo de lona de mi tienda, mirando el cielo atormentado. El farol susurraba suavemente junto a mi cabeza. Yo lo mantenía bajo, ardiendo toda la noche, anunciando mi presencia a todo aquel que pudiera querer venir y deshacer mi trabajo. Había sido una tarde templada y casi primaveral, pero ahora soplaba una brisa fría procedente del norte que agitaba las ramas de los árboles por encima de mi cabeza. Al cabo de un rato me adormilé un poco. Me pareció oír el canturreo del Miskahannock fluyendo por su lecho rocoso y, todavía más lejos, el tamborileo bajo e insistente del corazón mecánico de la negra fundición. De pronto me incorporé: la música que había estado oyendo, la música de la brisa y el río y la maquinaria lejana, pareció de pronto muy cercana y en absoluto metafórica. Salí del saco de dormir y de la tienda y me quedé, tenso, escuchando, al borde del Círculo de Plunkettsburg. Lo que oía era música, una música extraña, y parecía salir, imposiblemente, del otro extremo del túnel que yo había estado cavando y volviendo a cavar durante las últimas dos semanas. ¡Del interior del túmulo B-3, el túmulo nulo!

Por lo general, nunca he sido víctima de ataques de gran valentía, pero sí que sufro de otro vicio cuya apariencia externa a menudo no se distingue de la del valor: tengo una curiosidad patológica. En aquel momento extraño no fui lo bastante valiente como para acercarme al B-3 e investigar el origen de la música. Pero aunque todos mis impulsos primitivos me decían que huyera, me quedé allí escuchando hasta que la música paró, una hora antes del amanecer. Oí pena en aquella música, y también lamentaciones, y el tañido de muchos tambores pequeños. Luego, a plena luz del último día de abril, envalentonado por el brillo del sol y por una taza de café instantáneo, me acerqué al túmulo con cautela. Recogí la pala, metí mi cabeza atontada en el túnel y me interné con cuidado en las entrañas del montículo ahora silencioso. Siete horas más tarde sentí que la pala golpeaba algo duro, como piedra o ladrillo. Luego aquello duro cedió y la pala me salió disparada de las manos. Había llegado finalmente al corazón del túmulo B-3.

Y no estaba vacío: oh no, en absoluto. Había siete tumbas selladas a lo largo de las paredes rematadas por una cúpula, cámaras de piedra tallada de las habituales entre los Miskahannock, otras diez vacías y una todavía sin sellar que contenía la figura inconfundible, aunque marchita, amarillenta, desnuda y eternamente dormida de Carlotta Brown-Jenkin. Y en cuclillas sobre su pecho inmóvil, como preparado para devorarle la garganta, había sentado un diminuto ídolo de piedra, repulsivo, negro y mostrando unos malignos colmillos de marfil.

Por fin cedí a los impulsos primitivos. Me entró el pánico. Salí de la cámara funeraria tan deprisa como pude y corrí hacia mi coche, sin preocuparme por recoger

mis cosas. En veinte minutos estaba de vuelta en Murrough House. Subí la escalera, con la única intención de ir a mi habitación, recuperar mi ropa, libros y papeles y dejar atrás para siempre Plunkettsburg. Pero cuando llegué al vestíbulo me encontré a Dexter, cargado con una bandeja de restos del almuerzo del comedor a la cocina. Estaba silbando animadamente y al verme sonrió. Luego le cambió la expresión.

—¿Qué pasa? —dijo extendiendo un brazo en mi dirección—. ¿Ha pasado algo?

—Nada —dije pasando a su lado y evitando su mano. Las calles de Plunkettsburg se habían construido en terreno maligno y ahora yo solamente podía asumir que todos sus habitantes, incluso el jovial Dexter, habían quedado alterados por los años y los siglos de vivir allí—. Todo va bien. Pero tengo que irme del pueblo.

Empecé a subir los escalones amplios y alfombrados tan deprisa como pude, haciendo mentalmente las maletas y llenando cajas con objetos esenciales, cargando el coche, doblando curvas y dando marcha atrás por la empinada carretera que salía de aquel valle maldito.

—Mi nombre ha salido —dijo Dexter—. Empiezo mañana en la fundición.

¿Por qué me volví? ¿Por qué no seguí adelante por aquel pasillo largo y sinuoso y continué con mi plan cobarde y sensato?

—No puedes hacer eso —dije. Él empezó a sonreír pero debió de ver algo en mi cara. La sonrisa se evaporó—. Te matarán. Te destrozarán. Esa cara bonita tuya quedará horriblemente deformada.

—Tal vez —dijo él intentando parecer tranquilo, aunque yo veía que mi nerviosismo le estaba afectando—. Tal vez no.

—Son las mujeres. Las reinas. Están vivas.

—¿Las reinas están vivas? ¿De qué está hablando, profesor? Creo que ha pasado demasiado tiempo en la montaña.

—Tengo que irme, Dexter —dije—. Lo siento. No puedo seguir quedándome aquí. Pero si te queda algo de sentido común, vente conmigo. Yo te llevo a Pittsburgh. Puedes empezar las clases en la politécnica. Ellos te ayudarán. Te darán trabajo... —Noté que estaba empezando a farfullar.

Dexter negó con la cabeza.

—No puedo —dijo—. ¡Ha salido mi nombre! Caramba, llevo toda la vida esperando esto.

—Mira —dije—. Muy bien. Tú ven conmigo al Círculo. —Me miré el reloj—. Tenemos una hora antes de que anochezca. Déjame que te enseñe algo que he encontrado allí, y si entonces todavía quieres ir a trabajar en esa factoría infernal, te daré un apretón de manos y te desearé buena suerte.

—¿De verdad me llevaría al yacimiento?

Asentí. Él dejó la bandeja sobre una mesa de pino y se desató el delantal.

Recogí mis cosas e hicimos en silencio el trayecto en coche hasta la necrópolis. Aquella decisión me llenaba de remordimientos y de premoniciones de desastre. Pero sentía que no podía limitarme a irme de la ciudad y dejar a Dexter Eibonas entrar caminando por propia voluntad en aquel abrasador eructo de genialidad malvada, aquella maldición inmemorial de su pueblo natal de Pensilvania. Yo no podía dejar que rompieran y partieran aquel cuerpo joven e intacto en las horribles máquinas de la fundición. En cuanto a por qué Dexter no decía nada, no lo sé. Tal vez percibía mi desesperación creciente o tal vez estaba simplemente perdido en especulaciones juveniles sobre los paisajes nunca vistos que le esperaban, vistas subterráneas prohibidas y semilegendarias para él desde que tenía uso de razón en el mundo. Cuando dejamos Gray Road por la carretera secundaria que llevaba al yacimiento, puso la espalda recta y me miró, con la cara seria por el placer adolescente consumado de violar las normas.

—Ahí —dije yo.

Señalé al otro lado de la ventanilla mientras coronábamos la elevación. El Círculo de Plunkettsburg se extendía ante nosotros, lleno de sombras irregulares, bajo la luz oblicua y roja como el óxido del sol poniente. Desde aquel ángulo, el plano circular doble del yacimiento no era visible, y los treinta y seis túmulos parecían extenderse de un extremo a otro de la meseta, como una línea de dientes irregulares tachonando una mandíbula inmensa y voraz.

—Hagamos esto deprisa —dije temblando.

Le di un farol que me sobraba en el maletero del Nash y luego caminamos por el margen del bosque aborígen que subía la ladera desde la meseta hasta los terrenos azotados por el viento del afilado pico del monte Orrert. Era allí, al abrigo de un arce enorme, donde yo había instalado mi campamento. Por entonces el cobijo de aquel árbol hogareño me había parecido bastante acogedor, pero ahora me daba la impresión de que el bosque era el origen de todas las sombras alargadas que extendían sus dedos hambrientos por la meseta. Me metí rápidamente en la tienda de campaña para coger el farol y luego me apresuré a volver a donde estaba Dexter. Ahora me pareció un poco intranquilo. Sus pasos se ralentizaron mientras nos acercábamos al B-3. Cuando rodeamos el mismo hasta tener delante la boca de tierra fresca del pasadizo que yo había cavado, se detuvo por completo.

—No vamos a entrar ahí —dijo con voz monótona. Vi que sus ojos adoptaban la mirada vidriosa y ausente que siempre adoptaban cuando hablaba de ir a trabajar a la fundición—. No está permitido.

—Solo un momento, Dexter. No hace falta más que eso.

Le puse las manos en los hombros, lo empujé y entramos a trompicones por el pasadizo húmedo y estrecho, con la luz de nuestras linternas girando salvajemente a nuestro alrededor. Por fin entramos en la cripta.

—No —dijo Dexter. El efecto que tuvo en él el ver el cuerpo desnudo y desgastado por el tiempo de Carlotta Brown-Jenkin, las tumbas vacías, el ídolo repulsivo, los extravagantes ideogramas que cubrían las paredes, era exactamente el que yo esperaba. Se quedó boquiabierto, se puso a abrir y cerrar los puños, dio un paso atrás—. ¡Pero si acaba de morir!

—Ayer —dije intentando disipar mi propia ansiedad con un despliegue de distanciamiento irónico.

—Pero ¿qué... qué está haciendo aquí? —Negó con la cabeza violentamente, como si se la intentara vaciar de humo o de telas de araña.

—¿No lo sabes? —le pregunté, porque yo seguía sin estar del todo seguro de que hubiera alguien en el pueblo que no estuviera implicado en aquella maldad, al mismo tiempo arcana e industrial, que constituía evidentemente el negocio principal de Plunkettsburg.

—¡No, Dios, no! —Señaló el extraño ídolo con colmillos que se acuclillaba con una sonrisa hambrienta sobre el pecho cóncavo de la difunta rectora—. Dios, ¿qué es esa cosa?

Fui a la tumba y con cuidado, como si la figura con sus colmillos enormes y obscenos pudiera cobrar vida y arrancarme un bocado de la mano, cogí el ídolo. Era tan negro y frío como el espacio exterior, y tan pesado que me dobló la mano hacia atrás a la altura de la muñeca cuando lo levanté. Lo agarré bien con las dos manos y le di media vuelta. En su pedestal había inscritos tres símbolos con la caligrafía compleja y puntiaguda de los Miskahannock, sin relación con ningún otro idioma o alfabeto humano conocido. Igual que con todas las inscripciones de la tribu, los caracteres tenían un sentido tanto fonético como simbólico. A menudo ambos sentidos eran bastante independientes entre sí.

—Yu... yug... gog —leí, pronunciando con cuidado—. Yuggog.

—¿Qué quiere decir eso?

—No quiere decir nada, que yo sepa. Pero puede leerse de otra forma. Es más complicado. Esto es diente... tripa... Esto es hambre, y esto... —Levanté el ídolo en dirección a él. Él se apartó instintivamente. La cara se le había vuelto completamente blanca y tenía una mirada asustada, de conciencia del mal, que me resultó, que Dios me perdone, extrañamente gratificante—. Esto es una especie de intensivo general, creo. Lo cual quiere decir que esto significa, más o menos, hambre... en sí misma. Qué extraño.

—Yuggog —dijo Dexter en voz baja con un hilillo de saliva uniéndole los labios.

—Ten —dije cruelmente, arrojándole el pesado objeto.

Que se vaya ahora a la fundición, pensé, después de haber visto esto. Dexter lo detuvo con las manos y lo tiró al suelo. Hubo un ruido brusco y desgarrado como de astillas partiéndose. Por un instante, Dexter parecía completa y cósmicamente

sobresaltado. Luego él, y el ídolo de Yuggog, desaparecieron. Se oyó un fuerte porrazo y un repiqueteo y oí que el chico gemía. Yo cogí las mitades astilladas de la trampilla de madera labrada a través de la cual había caído Dexter y miré por el agujero profundo y de bordes lisos. Él yacía encogido en el fondo, a unos dos metros y medio por debajo de mí, a la luz de su farol volcado.

—¡Dios mío! ¡Lo siento! ¿Estás bien?

—Creo que me he torcido el tobillo —dijo él. Se incorporó y levantó el farol. Abrió mucho los ojos—. Profesor, tiene que ver usted esto.

Bajé con cuidado por el agujero y contemplé junto con Dexter el interior de un gran túnel redondo, más alto que nosotros dos, pavimentado con huesos humanos resquebrajados, que se extendía más allá de la claridad de nuestras linternas.

—Un túnel —dijo—. Me pregunto adonde va.

—Solamente me lo puedo imaginar —dije—. Y eso nunca es suficiente para mí.

—¡Profesor! ¡No irá usted...!

Pero yo ya había echado a andar por el túnel, una decisión que no atribuí al valor, por supuesto, sino a mi vicio mucho mayor. Yo no veía que mientras daba mis primeros pasos por el túnel de hecho estaba siendo mordido, masticado y tragado, por decirlo de alguna forma, por la misma boca del mal de Plunkettsburg. Yo iba dando pasos pequeños e intranquilos por aquel suelo horrible, evitando en la medida de lo posible pisar los semblantes indignados de los cráneos humanos, examinando las paredes alisadas y enyesadas del túnel en busca de ideogramas o de otras señales de los constructores de aquella estructura asombrosa. El túnel, o por lo menos aquella versión del mismo, estaba bien construido, reforzado a intervalos regulares por robustos pilares y dinteles de hierro, y era de construcción escalofriantemente reciente. Hacía falta una gran fortuna, pensé, para lograr aquella hazaña de la ingeniería. Pocos minutos más tarde oí un paso detrás de mí y vi el leve resplandor de un farol. Dexter se unió a mí, sin forzar el tobillo derecho, y con la linterna balanceándose al caminar.

—Vamos en dirección noroeste —dije yo—. Ahora mismo tenemos que estar debajo del río.

—¿Debajo del río? —dijo él—. ¿Y los indios pudieron construir un túnel como este?

—No, Dexter, no pudieron.

Guardó silencio durante un momento mientras asimilaba aquella información.

—Profesor, nos dirigimos a la fundición, ¿verdad?

—Me temo que sí —dije.

Caminamos tres cuartos de hora, hasta que el martilleo de las máquinas se hizo primero audible, luego gradualmente insoportable y por fin explotó directamente encima de nuestras cabezas. El túnel había llegado a su fin. Levanté la vista hacia la

trampilla que teníamos encima. Luego oí un grito apagado. Todavía hoy no sé si el que gritó fue uno de los hombres que estaban encima de nosotros en la factoría o bien Dexter Eibonas, con una mano enorme tapándole la boca, porque un instante más tarde, en mi nuca, una supernova nació y brilló con fuerza.

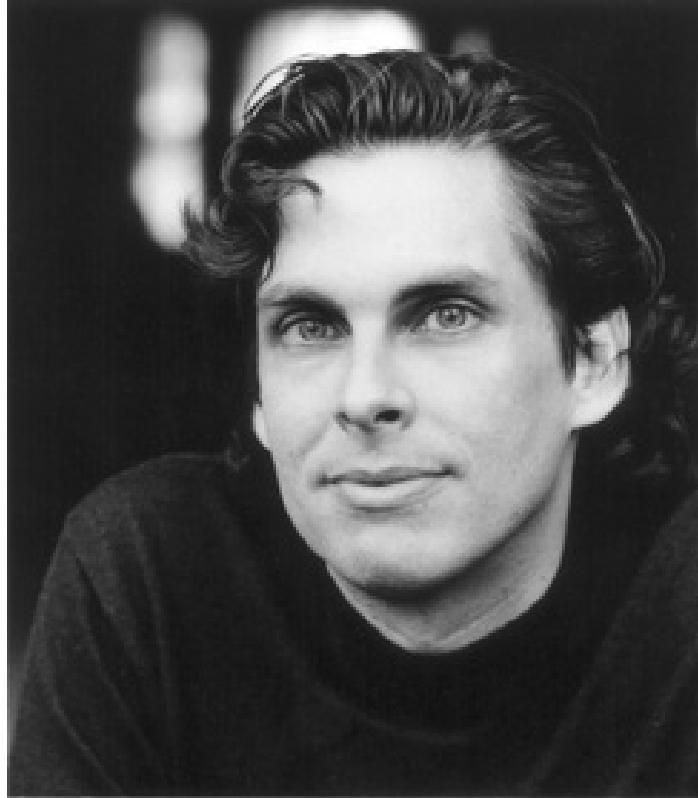
Me despierto en una sala inmensa y oigo el estúpido martilleo de una máquina. Las paredes son pantallas de fuego que ascienden como cataratas invertidas. El techo está perdido en las sombras, de las cuales, cuando las llamas arden con fuerza, emerge la vaga impresión de una red de vigas de acero entre las cuales no paran de reptar cosas oscuras. Una gruesa soga enrollada en torno a mi cuerpo me sujeta los brazos a los costados, y mis piernas están atadas a la altura de los tobillos a las de la vulgar silla de pino en la que me han colocado.

Es una entre una docena de sillas puestas en fila que a su vez es una entre un centenar de filas, en una sala llena de hombres, los hombres normales y corrientes de Plunkettsburg y sus pueblos vecinos, encorvados, rapados y de espaldas anchas. Estamos todos esperando y mirando cómo las mujeres de Plunkettsburg, las sirvientas de Yuggog, pasan en silencio entre nosotros, con sus capas horribles hechas con pieles de hombres muertos, tocando de vez en cuando el hombro de alguno de los tipos. Ninguno de mis vecinos, sin embargo, parece necesitar el uso de sogas para unirlo a su destino. Sin decir palabra, los hombres designados, con la sangre espesada por el oscuro brebaje terroso de las brujas del Ring, se levantan y siguen a las pieles de los bellacos de sus padres y abuelos hasta el altar ceremonial situado en el corazón de la fundición, donde las sacerdotisas de Yuggog arrojan los huesos oraculares y, dependiendo del resultado, cogen la oreja del hombre, su pie o sus dedos. Una serpiente amarilla, cuyo veneno es supuestamente anestésico, es aplicada al miembro condenado. Luego aparece el gran cuchillo y el hambre gigantesca e inmemorial del dios de los Miskahannock es saciada durante otro breve instante. En las tres horas previas de esta Noche de Valpurgis, nueve hombres han recibido ya aquel tratamiento. Mañana, la gente de este pueblo embrujado que en plena era de la razón ha aprendido a comerse a sus hombres poco a poco hablará, estoy seguro, de una serie de horribles accidentes en la fundición. Hace una hora que las mujeres han venido a llevarse a Dexter Eibonas. Yo he apartado la vista mientras lo pasaban a cuchillo, pero creo que el dios se ha cobrado la mayor parte de su brazo izquierdo. Doy por sentado que muy pronto voy a sentir en el hombro izquierdo los dedos de la bibliotecaria del pueblo, de la mujer del dueño de la tienda de comestibles o de la propia señora Eibonas. Soy culpable de un pecado mucho más grande que Ed Eibonas y no creo que vaya a sobrevivir al proceso.

Es extraño lo tranquilo que me siento a la vista de todo esto. Tal vez queden restos de la cerveza en mis venas o tal vez en este lugar infernal haya otros

encantamientos funcionando. En todo caso, por lo menos tendré la satisfacción de ver mi teoría confirmada, o parcialmente confirmada, antes de morir, y la satisfacción concomitante, tan esencial a mi profesión, de ver la teoría de mi maestro tirada a la papelera. Porque, tal como yo sostenía, los Miskahannock pasaban hambre. Y el hambre, un hambre negra, primordial e insaciable era su dios. Fue ciertamente la excavación y la manipulación desencaminadas de mi maestro y sus colegas, me imagino, lo que despertó al gran Yuggog de su sueño de cuatro mil años. En cuanto a la negra fundición que me había fascinado durante tantos meses, se trata de una farsa. La única gran máquina que hay a mi izquierda no admite materias primas y no emite ni láminas ni lingotes. No es más que un inmenso pistón que chirría infinitamente y golpea como si fuera el pellejo de un inmenso tambor el suelo que desde la época de los Miskahannock ha sido el territorio sagrado del dios. Las llamas que se vislumbran a través de las ventanas y el humo que sale de las chimeneas son meros trucos, artilugios mecánicos diseñados, supongo, por la propia Philippa Howard Murrough, en la época en que el espíritu revivido de Yuggog empezó a hablarle en susurros de su apetito horrible y eterno por la carne de los hombres. La única industria de Plunkettsburg es la matanza, y los cuerpos destrozados y llenos de cicatrices, su único producto.

Una sola idea trastorna la calma perfecta y venenosa de la que he sido imbuido: los camiones que entran y salen pesadamente del valle, y los trenes de carga que llegan traqueteando en plena noche. ¿Qué cargamento, me pregunto, es descargado todas las mañanas en las zonas de carga de la fundición de Plunkettsburg? ¿Qué se llevan de aquí todos esos trenes?



MICHAEL CHABON, nacido en 1957, se convirtió en joven prodigio literario con sus primeros relatos publicados en la revista *The New Yorker* a mediados de los ochenta, antes de cumplir los treinta años. Poco después saboreó el éxito con su primera novela, *Los misterios de Pittsburgh*. Es también autor de las novelas *Chicos prodigiosos*, *Las asombrosas aventuras de Kavalier y Clay* (premio Pulitzer 2001) y *El sindicato de policía yiddish*, y de los libros de relatos *Un mundo modelo* y *Jóvenes hombres lobo*.